

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

COLEGIO DE HISTORIA

**ANTONIO LÓPEZ DE SANTA ANNA DE 1836 A 1855
EN LA TRAMA HISTÓRICA DE ALGUNOS DE SUS
CONTEMPORÁNEOS**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

MAESTRA EN HISTORIA

PRESENTA:

ARACELI MEDINA CHÁVEZ

**DIRECTORA DE TESIS:
DRA. EVELIA TREJO ESTRADA**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**A MI PAPI
IN MEMORIAN
Y
A MI MISMIIDAD**

AGRADECIMIENTOS

Agradezco en primer término a la Dirección General de Estudios de Posgrado de la Universidad Nacional Autónoma de México por haberme otorgado una beca, de octubre de 2002 a julio de 2004, para realizar los estudios de maestría y al Instituto de Investigaciones Históricas Dr. José María Luis Mora asimismo por beneficiarme con mi integración al plan de apoyo a estudiantes. Gracias a las oportunidades que tuve de trabajar —de mayo a septiembre de 2006 y de mayo a agosto de 2008— como becaria adscrita al área de Historia y Estudios Internacionales en el proyecto “El pensamiento conservador ecuatoriano, 1860-1875”; y de septiembre a noviembre de 2008, en el área editorial de la publicación *América Latina en la Historia Económica. Revista de Fuentes e Investigación*, pude concluir el presente trabajo sin preocuparme por la falta de empleo. Además de permitirme incursionar y aprender en el área de mi interés, que es la investigación histórica y la historiografía.

Infinitas gracias doy a mi tutora Dra. Evelia Trejo Estrada, por la paciencia que tuvo al revisar las varias versiones que escribí hasta concluir el texto que ahora presento y ante todo por abrir mis ojos al apasionante mundo de la filosofía de la historia, brindarme sus sabios conocimientos acerca de la teoría hermenéutica y finalmente conducirme en este camino de llegar a ser maestra. Asimismo a los lectores de esta tesis: Dr. Fernando Curiel Defossé, Dr. Álvaro Matute Aguirre, Dr. Javier Rico Moreno y Dra. Laura Suárez de la Torre, por haber ocupado su tiempo en leer y exponer sus puntos de vista. Gracias a ellos logré mejorar y precisar la calidad del análisis de los discursos aquí tratados.

Por último, hago extensivas mis más sinceras muestras de cariño y agradecimiento a la Dra. Ana Buriano Castro, quien desde hace varias décadas no ha escatimado nunca en brindarme enseñanzas, tanto en el oficio de la historia como en el terreno de la vida. Tan sólo con su ejemplo de dedicación y pasión por la investigación histórica, me siento obligada a plantearme nuevos retos, que por lo menos dejen constancia de mi paso en este mundo con un trabajo de mayor envergadura.

Finalmente no quiero dejar de dar gracias a mis hijos Israel, Germán Alí y Sofía — quienes han sufrido las consecuencias de mis desvelos y preocupaciones— por su amor y comprensión; y, a mis amigos, por su cálida amistad.

Esta llamada
hacia un cierto tipo de vida o,
lo que es igual,
de un cierto tipo de vida hacia nosotros,
esta voz o rito imperativo que asciende
de nuestro más íntimo fondo
es la vocación.
Pero esto quiere decir
que nuestra vida es, por lo pronto,
una fantasía,
una obra de la imaginación.
Y, en efecto, en todo instante
tenemos que imaginar,
que construir mediante la fantasía
lo que vamos a hacer en el inmediato.
Sin esa intervención del poder poético,
es decir, fantástico, el hombre es imposible
[...] la vida humana es un género literario,
puesto que es, primero y ante todo,
faena poética, de fantasía.

José Ortega y Gasset

ÍNDICE

❖ INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO I	
❖ LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN EL SIGLO XIX.....	23
▪ Las generaciones, la cultura y el sentido de la historia.....	34
CAPÍTULO II	
❖ LOS CONTEMPORÁNEOS DE SANTA ANNA Y LOS DISCURSOS DAN VIDA AL CAUDILLO NACIONAL DE 1836 A 1855.....	55
▪ Bustamante: tres momentos, tres discursos.....	58
♦ Historiador de México, en 1842.....	58
♦ En 1845.....	71
♦ En 1848	73
▪ Lucas Alamán y su <i>Historia de Méjico</i>	75
♦ Estructura de la obra.....	79
♦ La trama y su lenguaje.....	81
♦ Su <i>Historia</i> , una propuesta política.....	84
▪ Los jóvenes revolucionarios de Ayutla y sus discursos.....	85
♦ Manuel Payno y su pluma parahistoriográfica.....	87
▪ Contexto y motivaciones.....	88
▪ Sus escritos de juventud.....	90
▪ El lenguaje de su libro de texto.....	96
♦ Guillermo Prieto, historiador de México y de Santa Anna.....	100
▪ Contexto y motivaciones.....	103
▪ <i>Viajes de orden suprema</i>	104
▪ Prieto y la historia reflexiva.....	110
▪ Sus <i>Memorias</i>	112
▪ El libro de texto y su contexto.....	115

CAPÍTULO III

❖ SANTA ANNA, EL MILITAR Y EL GOBERNANTE EN LA TRAMA DE SUS CONTEMPORÁNEOS.....121

- ◆ Santa Anna, el héroe-villano de Bustamante.....122
- ◆ El militar en el discurso de Alamán.....142
- ◆ El general en la trama histórica de Payno.....148
- ◆ Prieto y el general Santa Anna.....150

- Santa Anna, el gobernante.....155
 - ◆ En la trama bustamantina.....156
 - ◆ Antonio, el prospecto de Alamán.....174
 - ◆ Impresiones de Payno sobre el ser del dictador.....177
 - ◆ El discurso fideliano de Santa Anna.....188

❖ REFLEXIONES FINALES.....203

FUENTES CONSULTADAS.....213

INTRODUCCIÓN

El personaje histórico Antonio López de Santa Anna ha sido objeto de innumerables controversias. A través de varias décadas, periodistas, literatos, sociólogos, politólogos e historiadores han evocado su figura y reinterpretado la historia de su tiempo. Todos ellos han contribuido a conformar en el imaginario colectivo la proyección de una imagen, entre muchas otras, del traidor, el vende-patrias, el hombre poderoso y corrupto que ejerció la tiranía sobre el pueblo mexicano y se enriqueció a su costa. Su figura se ha convertido en emblemática y tiene un significado en la conciencia histórica mexicana de carácter ético, moral y por lo mismo ideológico-político. ¿A qué intereses ha obedecido o qué implicaciones ha tenido el recordar a Santa Anna a través del tiempo? ¿Se le recuerda? ¿Cómo?

El primer acercamiento que tuve con el personaje fue en mis ya lejanos años preparatorianos cuando leí la novela histórica de Rafael F. Muñoz, *El dictador resplandeciente*. La narrativa del autor me cautivó, la trama de la comedia trágica que construyó, condujo mi imaginación y me transportó al fascinante mundo del México de la primera mitad del siglo XIX. La historia me gustó tanto que decidí estudiar la licenciatura e inclinarme por el estudio de la era santannista. Desde ese momento intuí que historia y literatura, van de la mano y que a través de una buena narrativa es posible despertar el interés del lector por temas que pudiesen parecer agrios.

El estigma y el calificativo de traidor que aún pesa sobre la figura de Santa Anna me intrigó, pues el juicio que yo me formé del militar con esa lectura fue que indudablemente ese hombre profesó una gran vocación por la milicia y siempre que tuvo oportunidad de desempeñarse como un defensor de la patria, así lo hizo. Por ello, algunos de sus contemporáneos le dieron un lugar en la historia, le consignaron como un héroe e hicieron posible que se sentara varias veces en la silla presidencial. Precisamente, por esa imagen gloriosa y después vituperada, me asaltaron muchas dudas y preguntas que con el tiempo pretendí responder.

Me interesaba sobre todo contestarme ¿por qué sí sus compatriotas lo consideraron felón en su actuación durante la guerra con Estados Unidos, lo llamaron de nuevo a

gobernar en 1853? ¿No era ésta una actitud contradictoria? Entonces, podía asegurarse que Santa Anna traicionó a los mexicanos ¿sí o no? ¿Qué cualidades tenía ese militar? ¿Cómo explicar su poder, su carisma y el influjo que tuvo sobre sus compatriotas? ¿Puede considerarse legítimo, o justo, culpar a un solo hombre del drama histórico que se vivió con la invasión extranjera? ¿Cómo es posible que aún siga vigente la idea de que Santa Anna fue un traidor? Cuando a gran distancia de ese pasado, los mexicanos ya conocen muy de cerca el hecho de que era imposible detener la expansión norteamericana, y que con Santa Anna o no al frente de la defensa, los estadounidenses nos hubiesen arrebatado el territorio como lo hicieron, en forma premeditada y con miras a no ceder hasta conseguir lo que ambicionaban, ya por medio de la intriga, de la especulación o del “derecho”.

El tiempo para comenzar a responder tantas inquietudes llegó cuando me enfrenté a la tarea de elaborar mi tesis de licenciatura. Confieso que concretarla me dio serios dolores de cabeza. En un primer momento, pretendí analizar todo el material que me permitiera conocerlo a través de los documentos producidos desde que nació como personaje histórico, en 1821, hasta lo publicado en la década de los años ochenta del siglo XX, para descubrir así esa imagen de traidor desde sus orígenes. Huelga decir, que inexperta en el quehacer de historiador e ingenua por creer poder abarcar fuentes de diversa índole (libros, folletos, manuscritos, miles de artículos periodísticos, pasquines, volantes, entre otros) producidos durante más de siglo y medio de historia, como era de esperarse me perdí en un mar de datos y de información que no pude sistematizar. Después de haber iniciado dos o tres fallidas versiones decidí entonces delimitar el tema y ocuparme tan sólo de lo publicado por los contemporáneos de Santa Anna como obras de historia nacional, hasta el año de 1855.

Al seleccionar las fuentes publicadas durante ese periodo me percaté de que se perfilaban claramente dos grupos de autores: uno, compuesto por quienes pudiéramos denominar como compañeros de generación porque al igual que Santa Anna nacieron en las postrimerías del siglo XVIII y con él participaron en la conformación de la historia de las primeras décadas de la vida independiente; y otro, compuesto por hombres más jóvenes que el caudillo pertenecientes a una nueva generación que nació con el siglo XIX y que publicaron obras a partir de un acontecimiento trascendental para el país y para Antonio López de Santa Anna: la guerra con Estados Unidos.

Para comenzar a incursionar en el terreno de la historiografía de los contemporáneos de Santa Anna opté por revisar, en primer término, los escritos de sus compañeros de generación y dejar para un trabajo posterior el análisis de las obras de los jóvenes autores. De ello da cuenta mi tesis de licenciatura, *La controvertida figura de Antonio López de Santa Anna a través de la historiografía de algunos de sus contemporáneos, 1821-1835*, en donde analicé la trayectoria del militar veracruzano a través de las voces de Carlos María de Bustamante, Lucas Alamán y Escalada, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora, José María Tornel y Mendivil y Juan Suárez y Navarro.¹ Vislumbré a través de sus textos la imagen y los juicios con los que cada uno delineó al personaje histórico en los acontecimientos más relevantes de su carrera política-militar desde que surgió en el escenario histórico en 1821 con la proclamación del Plan de Iguala, hasta el año de 1835 en que el fracaso de la Primera República Federal dio lugar al establecimiento de la Primera República Central.

También incluí en el análisis la *Biografía del general Santa Anna*, la primera de este género escrita con el fin de vilipendiar al personaje y por lo mismo publicada bajo el abrigo del anonimato.² El texto fue reimpresso, corregido y aumentado en el *Calendario Pedro de Urdimalas*, en años consecutivos.³ Esto me permitió comprobar que las voces anónimas pertenecían a jóvenes autores liberales quienes promovieron de alguna manera la caída del dictador con la llamada Revolución de Ayutla y que interesados en destruirle políticamente conformaron la figura del villano al denostar todas y cada una de las acciones por las que los viejos políticos, compañeros de su generación, lo habían consignado como un héroe de la historia nacional. Realizar este ejercicio interpretativo me condujo a otras interrogantes y

¹ Cabe aclarar que Juan Suárez y Navarro, adicto santannista, no fue miembro de la generación de los compañeros del caudillo sino de la denominada como la de los revolucionarios de Ayutla pero dado que el objetivo principal de ese estudio era seguir la carrera política militar de Santa Anna a través de las obras publicadas como historia nacional hasta el año de 1855, incluí en el análisis su obra.

² *Biografía del general Santa Anna*, México, Vicente García Torres, 1849.

³ “Compendio histórico de la vida del general D. Antonio López de Santa Anna”, en *Calendario de Pedro de Urdimalas para el año de 1856*, editor responsable José María Barbosa, México, Imprenta de M. Murguía y Cía., Portal del Águila de Oro, 1855, pp. 40-63; *Segundo Calendario de Pedro de Urdimalas para el año de 1857, con un opúsculo titulado: Santa Anna a la faz de sus compatriotas, adornado de una estampa con veinte cuadros*, Méjico, Imprenta a cargo de Leandro J. Valdés, Calle de la Chiquis núm. 6, [1857], [pp. 27-64].

a recordar, que habían quedado muchos puntos pendientes por resolver. Desde luego, analizar la imagen historiográfica de Santa Anna como caudillo nacional, de 1836 a 1855.⁴

Posteriormente, regresé a la Facultad a estudiar el posgrado con la expectativa de continuar con dicha investigación. El acercamiento que tuve a la teoría hermenéutica en el seminario impartido por el Dr. Álvaro Matute y la Dra. Evelia Trejo, y, mi reencuentro allí con el mundo de la filosofía del conocimiento y la historia de las ideas, ampliaron mi horizonte y me condujeron a la necesidad de profundizar en el complejo fenómeno del análisis historiográfico. Actualmente, ya no me seduce la idea de poder responder a la pregunta de si el veracruzano fue un traidor o no, ni tratar de reconstruir en forma puntual su trayectoria política a través de lo consignado por los historiadores. En el presente estudio me interesa conocer el discurso construido por sus contemporáneos sobre la historia de 1836 a 1855 y el papel que desempeñó en ella el caudillo nacional, pero también escudriñar sobre ¿quiénes fueron los autores que delinearon al personaje en la historiografía? ¿Qué papel jugaron en la historia que relataron? ¿Cómo comprendieron el mundo y cómo se explicaron a sí mismos? ¿Cuál fue su horizonte cultural? ¿Qué intereses persiguieron cuando caracterizaron al personaje de tal o cual manera? en fin, ahora quiero poder comprender y explicar a los autores que lo han interpretado a través de las nuevas herramientas teóricas que adquiriré en el transcurso de mis estudios de maestría.

Debo confesar que aunque en el pasado tuve un cierto acercamiento con las obras de José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* o *El tema de nuestro tiempo*, no había tenido ocasión para que éstas produjeran en mí algún significado hasta que asistí al seminario de Historia y Literatura, a cargo del Doctor Fernando Curiel.⁵ En su cátedra, sobre el Ateneo de la Juventud, descubrí que filólogos y literatos como él o Fernando Tola de Habich, e incluso historiadores como Luis González y Álvaro Matute se han valido de las teorías de las generaciones para realizar estudios aplicados a la historia política

⁴ Es pertinente apuntar, que en ese acercamiento que tuve al personaje a través de las grandes obras de historia nacional publicadas mientras Santa Anna detentó el poder, no pudo ser de otra manera. Zavala, Mora, Tornel y Suárez y Navarro, se ocuparon de lo acontecido hasta mediados de la década de los años treinta, sólo Bustamante y Alamán escribieron sobre los hechos de años posteriores; puede decirse que ambos interpretaron su historia inmediata hasta que les llegó la hora de morir, el primero en 1848 y el segundo en 1853.

⁵ José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas. Con un prólogo para franceses, un epílogo para ingleses y un Apéndice: Dinámica del tiempo*, 20ª ed., México, Espasa Calpe Mexicana, 1976 (Colección Austral; 1); _____, *El tema de nuestro tiempo*, 14ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, 1980.

mexicana o literaria, respectivamente.⁶ Esto para mí, fue un gran hallazgo. Porque, como se recordará, cuando hice el bosquejo del trabajo heurístico de mi tesis de licenciatura, mencioné que había vislumbrado en el horizonte historiográfico de los contemporáneos de Santa Anna, claramente, a distintas generaciones de autores que de él se ocuparon.

El historicismo ha llamado mucho mi atención por su realismo y vitalidad. Considero que con dicho recurso filosófico y la teoría del método generacional propuesto por José Ortega y Gasset para la comprensión histórica, puedo abordar el estudio de la historiografía sobre el personaje Santa Anna en toda su dimensión, a través del análisis de la conciencia histórica de autores representativos de cada generación, incluso, hasta llegar al presente. Sin embargo, por el momento me conformo con empezar el análisis del discurso de tres generaciones a partir de los escritos de cuatro autores representativos en el terreno de la historiografía y del arte de las letras, a saber: Carlos María de Bustamante (1774-1848), Lucas Alamán y Escalada (1792-1853), Manuel Payno (1820-1894) y Guillermo Prieto (1818-1897).

Se preguntará el lector, por qué dicha selección. En primer término obedece a mi insistencia por concluir el estudio de Santa Anna en su trayectoria política hasta el año de 1855, a través de lo consignado por sus contemporáneos. Porque indiscutiblemente que fueron ellos quienes plasmaron en sus escritos la imagen del dictador a partir de la cual se le ha reinterpretado hasta la fecha.

A los criollos nacidos en las postrimerías del siglo XVIII, como Bustamante y Alamán, les tocó vivir un tiempo de cambio. Ambos fueron miembros de las generaciones vanguardistas que hicieron posible la independencia de México e integraron la minoría dirigente que tomó en sus manos las riendas del gobierno independiente. Por lo tanto, tuvieron un papel relevante como protagonistas de la historia que narran, los dos

⁶ No sólo ellos, el precursor para aplicar esta teoría ha sido Wigberto Jiménez Moreno quien en conjunto con Alfonso García Ruiz publicó, al inicio de la década de los años sesenta, una síntesis de la historia de México en cuyo apéndice que llevó por título “Crisis de la conciencia mexicana del siglo XVIII a la Revolución. Las generaciones y los cambios socioculturales” clasificó distintas generaciones de criollos en Nueva España en quienes podía observarse ya una incipiente “conciencia nacional”. Vid. Wigberto Jiménez Moreno y Alfonso García Ruiz, *Historia de México. Una síntesis*, México, México, INAH, 1962. Posteriormente, Jiménez retomó la temática y publicó *El enfoque generacional en la historia de México*, México, Ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, 1974; Luis González y González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989; Fernando Curiel Defossé, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2001; Fernando Tola de Habich, “Altamirano y la teoría de las generaciones en el siglo XIX”, *Sábado. Suplemento de Uno más Uno*, 27 de noviembre de 1999, número 1156, pp.1-3.

mencionados destacaron por su genio, Alamán como ideólogo conservador y Bustamante, como periodista, político e intérprete de su historia inmediata. Este último, fue sumamente criticado por sus compatriotas a causa de su contradictoria visión de las cosas; mas paradójicamente es él, quien en esencia a través de su prolífica pluma colocó los cimientos de una conciencia histórica nacional y refleja en su discurso la experiencia vital de esa convulsa historia de la primera mitad del siglo XIX.

Manuel Payno Cruzado y Guillermo Prieto han sido reconocidos como distinguidos literatos y sólo en fechas recientes, se les ha revalorado como historiadores. Sus escritos son testimonios de gran valor, que expresan el genio y el espíritu que movió a los hombres de su generación. Sin embargo, el tinte partidista, político o subjetivo y el romanticismo que caracterizó sus pensamientos, ha sido un estigma para quienes han considerado, erróneamente, que el historiador debe trabajar como un “científico”, ser “imparcial” y no mezclar la historiografía con el ejercicio de las bellas letras. Es un hecho, que los jóvenes que nacieron en el preludio del siglo XIX, tuvieron otro sentido de la historia y de lo que significaba el oficio de historiar. El discurso de su generación refleja al artista romántico que opta por la expresión de toda su sensibilidad creativa y humana sin preocuparse por hacer ciencia.⁷ A ellos, también les tocó ser protagonistas en un tiempo de cambio. Aprendieron de las generaciones a las que pertenecieron Bustamante y Alamán, y les sobrepasaron en alcances.

En el presente estudio me dispongo al análisis de los discursos sobre la historia nacional y el caudillo elaborados por los cuatro historiadores mencionados, con el fin de dilucidar la forma como quedó construido el discurso sobre Santa Anna que sus contemporáneos nos legaron. Así, para lograr comprender, en medida de lo posible, el espíritu de las generaciones a las que ellos representan, en toda su dimensión vital, eché mano de otros recursos metodológicos porque me interesa explicar que la historiografía es un arte en el narrar y como la narrativa también es asunto de la literatura, ambas están ligadas íntimamente.

Ha sido el ser humano quien ha dado sentido a la historia a través de lo que ha escrito. Para abordar este tema, el historiador norteamericano, Hayden White y su obra de reflexión sobre la imaginación histórica en el siglo XIX *Metahistoria*, me ha sido de gran

⁷ Hayden White, “El peso de la historia”, *Nexos*, México, mayo de 1980, pp. 23-33.

utilidad.⁸ El autor se ocupa del análisis de los contenidos y las formas de los discursos históricos en el siglo XIX y vincula su interés por la lingüística con la filosofía. Entre las varias hipótesis que el autor defiende, comparto la idea de que no existe separación entre historia y filosofía porque aquel que tenga algo que contar plasma en el relato una filosofía de la historia, por el simple y sencillo hecho de interpretar el mundo.⁹

White, utiliza sus estudios lingüísticos para definir las estructuras de las historias, relatos o discursos. Aunque me declaro poco inclinada al estudio filológico, lingüístico y gramático considero de gran ayuda sus hipótesis para el análisis de los discursos de los historiadores contemporáneos de Santa Anna respecto a distinguir la voz de los conservadores y la de los liberales.

Para el estudio de las ideologías y utopías tomé en cuenta las propuestas teóricas de Paul Ricoeur¹⁰ y las de Karl Mannheim, a quien él mismo retoma.¹¹ Asimismo, a fin de lograr una mayor comprensión de la historia de las primeras décadas de la vida independiente, del personaje y de quienes escribieron sobre él, orienté mi interpretación hacia un estudio más profundo de la estructura del poder en México, en virtud de que Santa Anna es el prototipo ideal para el análisis de los fenómenos de dominación característicos de Hispanoamérica. La teoría sociológica de Max Weber y su tipología de la dominación, —así como otros estudios en relación con el tema de los caciques— fueron siempre

⁸ _____, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. de Stella Mastrangelo, 2ª reimp., México, FCE, 2002.

⁹ Antonio Gramsci considera que todos los seres humanos somos filósofos por el simple hecho de tener una concepción del mundo y por ende de la historia. *Vid.* Antonio Gramsci, *La formación de los intelectuales*, trad. de Ángel González Vega, México, Grijalbo, 1967, pp. 61-64 (Enlace-Iniciación; 2). En el presente estudio se habla de la filosofía de la historia en este sentido y no como materia de estudio o “ciencia” pues de hecho siempre permaneció ligada a la metafísica, hasta que Herder y después Hegel publicaron obras con ese tema de reflexión específica y abrieron un camino. A fines del siglo XIX y principios del XX, filósofos como Dilthey y Rickert en Alemania y Croce en Italia “pensaban que la historia ofrecía una forma de conocimiento que podía considerarse concreta e individual en comparación con el conocimiento abstracto, general, y construyeron sus sistemas en torno a ese hecho o supuesto hecho”. *Vid.* W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, trad. de Florentino M. Torner, 8ª edición, México, siglo XXI Editores, pp. 8-9.

¹⁰ Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, compilado por George H. Taylor, 3ª reimp., Barcelona, Editorial Gedisa, 1999 (Serie CLA.DE.MA. Filosofía).

¹¹ Cabe aclarar que Karl Mannheim publicó en 1943, cinco años después que Ortega y Gasset, una obra similar a la del filósofo español en donde se ocupa también de las juventudes y del problema generacional. *Vid.* Karl Mannheim, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, 3ª edición, México, FCE, 1959 (Colección Popular; 9). Además de este, nos será de gran utilidad su escrito sobre “El pensamiento conservador” en Paul Kecskemeti (ed.), *Ensayos sobre la sociología y psicología social*, trad. Florentino M. Torner, México, FCE, 1963, pp. 84-183.

herramientas útiles para interpretar a la luz de los conceptos weberianos, la autoridad carismática que ejerció Santa Anna sobre su sociedad.¹²

Esta metodología un tanto ecléctica me sirvió como recurso para analizar el discurso sobre Santa Anna que nos legaron sus contemporáneos. Así, de entre los múltiples escritos de Carlos María de Bustamante me ocupé en analizar los siguientes: *El gabinete mexicano durante el segundo periodo de la administración del exmo. señor presidente D. Anastasio Bustamante hasta la entrega del mando al exmo. señor presidente interino D. Antonio López de Santa Anna*; los *Apuntes para la historia del gobierno del general Santa Anna, desde principios de octubre de 1841, hasta el 6 de diciembre de 1844, en que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación*; y *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*.¹³

De Lucas Alamán, su *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia el año de 1808 hasta la época presente* y otros escritos que me permitieron adentrarme en su filosofía de la historia y en su pensamiento político fueron: el *Examen imparcial de la administración del general vicepresidente D. Anastasio Bustamante* y la [Carta] que le envió a Santa Anna para traerlo de regreso a ejercer el poder, en 1853, y en la cual expuso el Programa del Partido Conservador que encabezó.¹⁴

Manuel Payno y Guillermo Prieto irrumpieron en el terreno historiográfico, en el año de 1848, con la publicación de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y*

¹² Max Weber, *Economía y sociedad*, trad. de José Medina Echavarría, 7ª. reimp. de la 2ª ed., México, FCE, 1984; François Chevalier, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, trad. de José Esteban Calderón, colaboración de Yves Saint-Geoms, México, FCE, 1999; Fernando Díaz Díaz, *Caudillos y caciques; Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez, frente a frente*, México, El Colegio de México, 1972 (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie; 15).

¹³ Carlos María de Bustamante, *El gabinete mexicano durante el segundo periodo de la administración del exmo. señor presidente D. Anastasio Bustamante hasta la entrega del mando al exmo. señor presidente interino D. Antonio López de Santa Anna*, 2 t., México, J.M. Lara, 1842; _____, *Apuntes para la historia del gobierno del General Santa Anna, desde principios de octubre de 1841, hasta el 6 de diciembre de 1844, en que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación*, México, J.M. Lara, 1845; _____, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*, 2 t. en 1 vol., México, Vicente García Torres, 1847.

¹⁴ Lucas Alamán, [Carta a Santa Anna] 23 de marzo de 1853, en Álvaro Matute, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1984, pp. 284-286 (Lecturas universitarias; 12); *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vols. México, J. M. Lara, 1852, ed. facs., México, FCE/Centro Cultural Helénico, 1985 (Clásicos de la Historia de México); _____, "Examen imparcial de la administración del general vicepresidente D. Anastasio Bustamante. Con observaciones generales sobre el estado presente de la República y consecuencias que este debe producir" en *Documentos diversos; inéditos y muy raros*, t.3., compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, Editorial Jus, 1946, pp. 235-275 (Colección de Grandes Autores Mexicanos).

los Estados Unidos.¹⁵ Allí vertieron agudas críticas sobre la manera en que se condujeron los hombres que detentaban el poder y sobre todo contra el caudillo Santa Anna, no obstante por ser esta obra de carácter colectivo es imposible dilucidar su voz y por ello no tendrá cabida en este análisis. Sin embargo, es preciso mencionar que su participación en ella les condujo a ser perseguidos y a tener que publicar bajo el resguardo del anonimato hasta que cayó el dictador. Aún tras la salida del caudillo fue difícil lograr la estabilidad y los años convulsos que le siguieron determinaron el curso accidentado de sus producciones historiográficas y literarias. Será hasta después del triunfo de la República Restaurada cuando ya con la perspectiva del tiempo y en sus años de madurez, volcarán de nuevo su atención al quehacer historiográfico. Inmersos en el ámbito institucional, escribieron libros de texto de historia patria que fueron utilizados para la instrucción pública. En ellos elaboraron una trama de la historia nacional y del caudillo Santa Anna que nos remiten a otro tipo de discurso, muy distinto del que produjeron en sus años de juventud.

La obra de Manuel Payno, ha sido compilada por el historiador Boris Rosen Jélomer, quien se dio a la tarea de seleccionar los distintos ensayos que el autor publicó en diversos periódicos y revistas de carácter científico y literario. De entre ellos, me ocupé de algunos de sus escritos de juventud, clasificados como crónicas de viaje y de costumbres, en donde el autor describió al personaje Santa Anna e hizo críticas agudas a la sociedad de su tiempo, y por último, del *Compendio de la historia de México*, que elaboró en su madurez.¹⁶ De Guillermo Prieto analicé sus *Memorias de mis tiempos, de 1828 a 1853*, los *Viajes de orden suprema (1853-1855)* y su libro de texto, *Lecciones de historia patria*.¹⁷

¹⁵ Ramón Alcaraz, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Tipografía de Manuel Payno (hijo), 1848.

¹⁶ Manuel Payno, *Costumbres mexicanas*, compilación, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. Jorge Ruedas de la Serna, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998 (Obras Completas IV); _____, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, compilación, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. Blanca Estela Treviño, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996 (Obras Completas; I); _____, *Compendio de la historia de México. Historia nacional*, compilación, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. Nicolás Cárdenas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002 (Obras Completas; XII).

¹⁷ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos, 1828 a 1853*, 2 vols., México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1906; _____, *Viajes de orden suprema (1853-1855). Crónicas de viajes 1*, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. de Francisco López Cámara, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 (Obras Completas; IV); _____, *Lecciones de historia patria*, presentación Boris Rosen Jélomer, pról. Ernesto de la Torre Villar, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, (Obras Completas: XXVIII).

Así, después de haber conocido a Antonio López de Santa Anna a través de las obras de los cuatro autores pertenecientes a tres generaciones de sus contemporáneos, no me queda la menor duda de que fueron los de la generación de los llamados “revolucionarios de Ayutla” quienes construyeron el discurso del dictador arbitrario, símbolo del antiguo régimen, que se convirtió en la versión oficial de la historia porque de él emanó la legitimidad de la Reforma. Representó el arma con la cual se afianzó en el poder como nueva minoría rectora tras derrocar al dictador y tomar el lugar, que otrora tuvieron las generaciones precedentes. Éstos últimos, dieron fuerza a su vez a nuevos caudillos que edificaron como héroes de la historia nacional para legitimar así el cambio político del cual fueron protagonistas. Como así lo hizo Guillermo Prieto, al denostar la imagen del dictador general Santa Anna, para posteriormente enaltecer al caudillo de la Reforma, el prócer benemérito de la patria, Benito Juárez.

Parto de la idea de que en ese discurso que ha caracterizado a Santa Anna a través de lo consignado por sus contemporáneos, y por medio del cual se le ha interpretado y reinterpretado a lo largo del tiempo, las voces de los conservadores como Alamán o la de los moderados como Manuel Payno, quedaron, si no sepultadas, sí disminuidas bajo la fuerza que tuvieron las imágenes plasmadas por Carlos María de Bustamante y Guillermo Prieto. Imágenes que giran en torno a su actividad como militar en los momentos decisivos de su carrera castrense y del papel que desempeñó como gobernante.

De tal manera que para demostrar esta hipótesis consideré pertinente exponer el tema de investigación a partir de tres capítulos: en el primero, abordo el tema de la escritura de la historia en el siglo XIX con pequeñas notas introductorias sobre las peculiaridades de la ciencia histórica y el carácter subjetivo de la interpretación. A continuación, expongo el planteamiento teórico de Hayden White, sobre la relación que existe entre historia y literatura así como de algunos aspectos que atañen a la escritura de la historia en el siglo XIX. Trato el tema de la narrativa histórica e introduzco los conceptos que utilizaré de White para el análisis de los discursos. Finalmente, me ocupo de las generaciones, la cultura y el sentido de la historia. Y trato de explicar cómo diferentes visiones y divergentes discursos provienen de las distintas generaciones. Mas sin embargo, las últimas siempre tendrán en su bagaje cultural aspectos distintivos de todas las oleadas humanas que le anteceden, por herencia. Indiscutiblemente los individuos aprenden a ser y a tener identidad

a través de la educación de sus antecesores, padres y abuelos o los equivalentes, que les transmiten un conocimiento del mundo y con lo aprehendido construyen una nueva visión. Y esta ley inquebrantable es el motor de la historia, del desarrollo y el progreso social. Efectivamente, cada generación tiene un discurso determinado por su tiempo y circunstancias y en el México de la primera mitad del siglo XIX, tres de ellas fueron protagonistas de la historia del periodo santannista (1821-1855). De entre sus miembros, una minoría selecta se distinguió al constituirse de individuos destacados por su genio y por su actividad en la política y en la cultura. Bustamante, Alamán, Payno y Prieto son ejemplo de esto. De tal manera, que los ubico como representantes de sus respectivas generaciones y me ocupo de las diferentes concepciones de la historia y del trabajo del historiador que cada una de las oleadas humanas manifestó.

Tema del segundo capítulo son los autores, sus textos y contextos. En él describo el papel que cada uno de ellos desempeñó como protagonista de los acontecimientos, de 1836 a 1855, a fin de comprender los intereses que persiguieron al interpretar la historia de ese tiempo. Me centro en el análisis de las obras con respecto a su intención historiográfica, las estructuras de las tramas: en sus contenidos y formas, así como de las implicaciones ideológicas de lo escrito.

En el tercero, me ocupo de desentrañar los distintos discursos sobre Santa Anna acerca de su desempeño militar en los momentos más importantes de su carrera como caudillo nacional, durante los conflictos extranjeros de la guerra de Texas (1836), la primera intervención francesa (1838) y la guerra con Estados Unidos (1846-1848); además de su imagen como gobernante durante los periodos 1841-1844 y 1853-1855. Sin dejar de destacar la forma en que los autores fueron construyendo la imagen de su personalidad.

Con la finalidad de descubrir cuál es el discurso que heredamos a propósito del caudillo expongo en primer término lo dicho por Carlos María de Bustamante, quien fue el autor del personaje Santa Anna, como héroe y como felón. Continúo con Alamán, Payno y Prieto para que el lector pueda percibir en primer término, la herencia cultural que refleja cada uno de los textos escritos por los autores representantes de cada generación; encontrar similitudes y discrepancias en los juicios con los que describieron al militar y al gobernante, y descubrir en qué medida es válida la hipótesis que planteo respecto a que las voces de Bustamante y Prieto son los pilares del discurso liberal sobre Santa Anna por

haber sido los creadores del drama trágico-cómico, con tintes novelescos con el que finalmente quedó retratado Antonio López en la historiografía de sus contemporáneos.

Por último, y a manera de conclusión expongo una serie de reflexiones tocantes a los autores, sus discursos y por supuesto sobre el retrato que de Santa Anna hicieron ya que ha sido la fuente principal para las posteriores reinterpretaciones elaboradas en torno al personaje y a la historia del periodo. Sirvan las siguientes páginas para conocer y comprender las características de los textos que nos legaron los contemporáneos de Santa para permitir la interpretación y reinterpretación de su personalidad y acciones a través del tiempo con un conocimiento cabal de las fuentes aquí estudiadas.

CAPÍTULO I

LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN EL SIGLO XIX

Al siglo XIX se le ha considerado como el siglo de la historia y de las revoluciones porque durante ese tiempo se consolidaron la mayor parte de los Estados nacionales. Asimismo porque cada uno de ellos utilizó el discurso histórico para lograr su integración; por contar con un pasado que los identificara y también diferenciase de otros pueblos.¹ El individualismo que trajo consigo el desarrollo del capitalismo comenzó con la individualización de las naciones a través de su historia. El concepto de desarrollo histórico ligado a la noción de evolución tomó preponderancia y llevó a la reflexión sobre el curso de las civilizaciones en el tiempo; la filosofía de la historia de Friedrich Hegel y más tarde la de Carlos Marx, son un ejemplo de ello. Es también la primera mitad del siglo el momento del romanticismo, en donde el pasado, la propia existencia, el futuro en ciernes e incluso la misma muerte cambiaron de significado. Otra visión del mundo se apoderó del horizonte cultural. Los mexicanos iniciaron tardíamente ese proceso histórico en comparación con otros países de occidente, sin embargo, al independizarse siguieron el mismo derrotero, bajo su influencia cultural y los efectos de la historia.

No es ninguna novedad afirmar, que desde tiempos muy remotos —que datan de la antigüedad clásica y latina— hasta bien entrado el siglo XIX, la historiografía fue concebida como un género literario. La literatura era el único medio por el cual se podía acceder al conocimiento del hombre y de su vida. En ella estaba contenida toda la sabiduría, la experiencia, las enseñanzas y los valores morales que se transmitían a las generaciones. Tenía la función y el sentido de ser maestra de la vida; su conocimiento era útil para aprender sobre los errores del pasado, conformar el presente y vislumbrar un porvenir. Además era generadora de cultura y cumplía una tarea educativa porque en ella se

¹ Virginia Guedea, “Introducción” en _____, (coord.) *El surgimiento de la historiografía nacional*, 1ª. reimp., coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, pp. 11-32 (Historiografía Mexicana; III).

inscribía todo lo digno de ser conservado en la memoria colectiva de los hombres: las creaciones estéticas como la poesía y las intelectuales como la filosofía.²

Era a través de la narración oral y escrita en diversas formas: la epopeya, la crónica, la retórica, la comedia y la tragedia, entre otras, mediante la cuales se daban a conocer los hechos verdaderos y memorables del acontecer humano. A pesar de que Aristóteles se había ocupado ya en su *Poética* de definir claramente que historia y literatura tratan verdades diferentes sobre la realidad —la primera es veraz, y nos habla de que realmente aconteció y la segunda es verosímil— no fue prioridad aclarar sus diferencias y efectuar su deslinde de facto hasta que el auge de la filosofía del positivismo exigió elevar a la historia, a la categoría de ciencia y definir a la literatura como una de las bellas artes.³

Así, después de haber permanecido durante más de veinticinco siglos en un mismo plano —respecto al conocimiento del pasado— historia y literatura definieron sus campos de acción y se separaron sin dejarse, dado que ambas comparten el uso y manejo del lenguaje y nos remiten al conocimiento del hombre y su cultura. Mas como era imposible romper de tajo con una costumbre ancestral de escribir historia poniendo en práctica los recursos literarios aprehendidos para interpretar el mundo, se inventó —en la segunda mitad del siglo XIX— la novela histórica. Escritura que puede mirarse como un puente hacia la nueva forma exigida; fue sin embargo estigmatizada desde su origen por sus contenidos de ficción y quedó fuera de lo comprendido en la “ciencia” histórica. Puede decirse que a partir de ese momento se dio una escisión entre la llamada historia científica (académica) y la literatura de tema histórico, aún hasta hoy vigente.⁴

La creación de la sociología como práctica de la filosofía positiva apresuró la elevación de la historia a la categoría de ciencia y se comenzaron a elaborar unidades

² Nicole Giron, “Historia y literatura: dos ventanas hacia un mismo mundo” en Fernando Curiel Defossé, *et al.*, *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000, p. 94 (Serie divulgación 3).

³ Aristóteles definió en su *Poética* que los historiadores se ocupan de los mitos tradicionales que son la materia prima de la historia, mientras que a los poetas les está permitido transformar esos mitos en fábulas. En ese sentido, la historia se refiere a lo particular y la poesía a lo universal, que “es cosa más filosófica que la historia”. Historia y poesía tratan de verdades distintas, la primera se ocupa de “la verdad del mito (tradicional), que es la verdad particular, de “lo que efectivamente sucedió;” y la segunda, de lo verosímil, de lo que pudo, o no haber sucedido, o pudiera suceder. Dado que para que exista una fábula es necesario el mito, hecho o acontecimiento, puede decirse entonces que hay un elemento histórico en toda poesía, a la vez que ésta se encuentra en todo relato histórico. Jorge Ruedas de la Serna, “*In medias res*. Haberes literarios de la historia” en Fernando Curiel, *et al.*, *op.cit.*, p. 145.

⁴ Antonio Rubial García, “¿Historia ‘literaria’ versus historia ‘académica’?” en Fernando Curiel Defossé, *et al.*, *op.cit.*, pp. 41-60.

teóricas y metodológicas para explicar la realidad.⁵ De esta forma, la historiografía científica creyó poder definir leyes mediante procesos inductivos y deductivos para interpretar los hechos. Más tarde, la escuela alemana representada por Leopold von Ranke, denominada por Croce como historia diplomática, también consideró a la historia como una ciencia objetiva, pero a diferencia de la positivista no se ocupó en deducir leyes sino que estableció certidumbres a partir de los hechos comprobados.⁶ No obstante, en ambas historiografías existió un apego total a los documentos y se creía que a partir de ellos, el historiador podía definir leyes generales o hacer generalizaciones sobre el acontecer humano.

La historiografía diplomática implicó la sofisticación de métodos y de técnicas de investigación propiciando a la par el nacimiento de las llamadas ciencias auxiliares de la historia; la paleografía y la numismática, por ejemplo; el desarrollo de las ciencias sociales como la antropología, economía, sociología —entre las que se pretendió insertar a la historia— y más tarde las historias especializadas en economía, ciencia política, arte, cultura, etcétera.⁷ En resumen, durante el relativamente corto periodo que marca el tránsito entre los siglos XIX y XX la Academia se institucionalizó y se creyó que la historia como ciencia podía equipararse a las de la naturaleza y a las exactas así como alcanzar la exigida objetividad en el estudio del pasado humano, en base a fuentes documentales.⁸

Esta “creencia transnochada”; para utilizar las palabras de O’Gorman, de poder lograr la “posibilidad de una verdad histórica absoluta, la cual, según célebre fórmula de

⁵ Mucho se ha escrito ya sobre las singularidades de la historia como ciencia, dado que difiere de las ciencias exactas y naturales precisamente por la función interpretativa de la realidad que ejerce el sujeto cognoscente y por la “objetividad” que las segundas exigen. De ahí que se ha propuesto que el ser objetivo, imparcial y neutral en el juicio histórico es imposible a la manera en que se trabaja en ellas. Porque el historiador que interpreta no puede dejar de lado el carácter subjetivo que tiene su oficio y tampoco establecer leyes universalmente válidas que puedan ser experimentadas y comprobadas una y otra vez, a la manera en que lo hace un químico de laboratorio cuando establece una fórmula. No obstante al asumirse esta verdad, la historia ha podido mantener su *status* como ciencia, debido a la metodología y a las técnicas de investigación que el historiador utiliza para trabajar con sus fuentes.

⁶ Álvaro Matute Aguirre, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, FCE/UNAM. Instituto de Investigaciones Históricas, 1999, p. 15 (Sección de Obras de Historia).

⁷ *Ibid.*, pp.16-18.

⁸ De Certau señala la importancia del lugar desde donde se escribe la historia. Pues toda investigación, como actividad humana forma parte de la realidad y se articula a una esfera de producción socioeconómica, política y cultural. Para él, la operación historiográfica remite siempre a la combinación de un espacio social y sus prácticas científicas. De tal modo que la Institución (la Academia) no sólo da una base social a la doctrina “científica”, sino que la posibilita y la determina. *Vid.* Michel de Certau, “La operación histórica”, en Françoise Perus (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 31-69.

Leopoldo von Ranke (1795-1886) fuera la expresión inexpugnable de ‘lo que realmente pasó’, y cuya garantía se cifraba en la utopía de una aséptica imparcialidad y exhaustiva información testimonial”, provocó una loca “pasión devoradora de los hechos” cuya única ganancia fue empobrecer la historiografía y ahogar la posibilidad de la creatividad del historiador, despersonalizando su trabajo. Cuantimás porque limitó su lenguaje a uno técnico y especializado, y enterró su voz cuando se planteó el trabajo en equipo, dado que precisamente es a través del lenguaje donde se devela el ser histórico.⁹

Afortunadamente un hecho indiscutible es —como bien expresó Heráclito—que todo cambia, nada permanece, menos aún cuando se está sometido al paso del tiempo y a las acciones de los hombres. Gracias al despertar epistemológico de algunos historiadores que se han ocupado en reflexionar sobre su quehacer, el positivismo así entendido y la llamada historia diplomática originaron críticas que dieron lugar a nuevas concepciones.¹⁰ Hoy se asume que la historia no es ciencia ni literatura sino un género ambiguo donde ambas actividades (cientificidad y ejercicio literario) se entremezclan;¹¹ además que definitivamente, lograr reconstruir la verdad de lo ocurrido es imposible, pues es el historiador quien dota de sentido a sus escritos a partir de una historia que le determina.¹²

⁹ Edmundo O’Gorman, *Ensayos de filosofía de la historia*, selección y presentación de Álvaro Matute, México, IIH-UNAM, 2007 (Serie de Teoría e Historia de la Historiografía; 8). Cabe señalar que todos los seres humanos somos herederos de un pasado, de una serie de experiencias que condicionan nuestro ser y posibilidades y al interpretar el mundo necesariamente plasmamos parte de nosotros mismos, no podemos despojarnos del cristal a través del cual explicamos la realidad, es decir nuestro pensamiento. Éste formado por una serie de valores, prejuicios, creencias que aprehendimos en sociedad y que atañen a lo ético, a lo moral, a lo ideológico y cultural.

¹⁰ Evelia Trejo hace una interesante valoración sobre lo que ha significado para George P. Gooch, Ed Feuter, Benedetto Croce, James T. Shotwell, Robin G. Collingwood, Fritz Wagner, Georges Lefebvre, Charles Olivier Carbonell, Sonia Corcuera y Josefina Vázquez, historiadores del siglo XX esa exigencia de objetividad, partiendo en primer lugar del concepto que cada uno de ellos tiene respecto a ser “objetivo” en el conocimiento del pasado. Asimismo se ocupa en desentrañar de sus obras —dedicadas a la historia de la historiografía— lo que ella denomina como el caso Ranke, es decir, como valoraron el trabajo y la pretensión de Leopold von Ranke de dar a conocer “lo que realmente ocurrió” a través de las fuentes documentales. De tal manera que es posible concebir la postura del fundador de la llamada historia diplomática, a partir de distintos matices que lo enriquecen. *Vid.* Evelia Trejo, “La objetividad, quimera de la historia”, *Históricas*, IIH-UNAM, núm. 55, mayo-agosto, 1999, México, pp. 16-31.

¹¹ José Gaos, “Notas sobre la historiografía” en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, p. 67 (Sep-setentas; 126).

¹² Para Álvaro Matute, la investigación histórica es un “constante indagar acerca de lo humano, del hombre, de su vida”. De tal manera que el resultado de esa interpretación es —o será— no el rescate del pasado como si fuese una pieza arqueológica sino un nuevo conocimiento que implica al ser del historiador, determinado éste por su tiempo y circunstancias, de esta forma el historiógrafo expresa el resultado de sus investigaciones tratando de encontrar leyes generales acerca del curso de la humanidad o bien a través de un ensayo literario en donde establece un diálogo consciente con el pasado. *Vid.* Álvaro Matute, *México en el siglo XIX*.

Esta última certeza, ha permitido que la operación historiográfica sea actualmente analizada bajo distintas perspectivas: filosóficas, filológicas, ontológicas o lingüísticas, entre muchas otras; y con ello que el estudio de la historiografía del siglo XIX, haya cobrado nuevas dimensiones.

Los progresos logrados por la lingüística —en el curso de los siglos XX y XXI— han revolucionado los conceptos en torno al complejo fenómeno del lenguaje, la expresión literaria y por ende, de la historiografía. Ferdinand de Saussure, por ejemplo, afirma que el presente es lo único que existe tangiblemente; pasado y futuro podemos concebirlos sólo a través de la memoria y de la imaginación. De manera que cuando el historiador —a pesar de trabajar con documentos— se encuentra con las limitaciones de no poder reconstruir el pasado a partir de éstos, imagina lo plausible.¹³ O bien, Arthur Danto que se ocupa de la teoría de la recepción y habla de la conciencia retrospectiva de los intérpretes históricamente situados.¹⁴ Y para no ir más lejos, basta recordar *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, de Edmundo O’Gorman, donde demuestra —de manera erudita— el papel de la imaginación y de la invención en la operación historiográfica, además de lo relativo que es la verdad.¹⁵

Dedicado al estudio de la escritura de la historia en el siglo XIX, Hayden White sigue la línea de la sospecha en torno a la cientificidad de la historia y define —a partir de sus conocimientos sobre lingüística— a la historiografía como un arte. Para él, las narraciones históricas son “ficciones verbales, cuyo contenido es tanto *inventado como encontrado* y cuyas formas tienen más en común” con la literatura que con la ciencia. Además, al trabajar el historiador con el pasado es incapaz de someter sus juicios o argumentos a la observación o experimentación a la manera en que lo hace un científico de las ciencias exactas o de la naturaleza. En las ciencias sociales ninguna explicación es

Antología de fuentes e interpretaciones históricas, México, UNAM, 1984, pp. 15-17 (Lecturas Universitarias; 12).

¹³ *Apud.* Nicole Giron, *op.cit.*, p. 99.

¹⁴ *Vid.* Arthur C. Danto, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, trad. de Eduardo Bustos, introducción de Fina Birulés, Barcelona, Paidós, 1989 (Pensamiento Contemporáneo).

¹⁵ *Vid.* Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1951 (Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México).

determinante y acabada. La verdad es relativa y depende de quien interpreta la realidad a partir de circunstancias históricas concretas.¹⁶

A pesar de que —como señalamos anteriormente— esas afirmaciones no son nuevas, la propuesta de Hayden White ha sido considerada una verdadera provocación para quienes aún creen que la historia es una ciencia y que el historiador puede alcanzar indiscutibles niveles de objetividad —tal es el caso de Roger Chartier, quien le critica por no ocuparse en estudiar la forma como trabaja el historiador con sus fuentes y documentación.¹⁷

White conformó en *Metahistoria* una teoría sistemática de amplio alcance para demostrar que la historiografía y las filosofías la historia —en cualquier época que se practiquen— tienen una estructura profunda de naturaleza poética y lingüística cuyos mecanismos son los mismos utilizados en los relatos de ficción. Expone en el “Prefacio” que mientras leía a los clásicos del pensamiento europeo del siglo XIX se percató de la falta de una teoría formal para el análisis de la obra histórica y eso fue precisamente lo que construyó, a partir de lo encontrado en lo escrito por cuatro historiadores de la Revolución Francesa: Michelet, Ranke, Tocqueville y Burkhardt; y, cuatro filósofos de la historia: Hegel, Marx, Nietzsche y Croce.

En su teoría considera a la obra histórica como una “estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa” en donde se combinan por un lado, cierta cantidad de elementos o conceptos teóricos que operan para explicar los datos que se seleccionan, y, por otro, la estructura narrativa que se utiliza para presentarlos como una representación de “lo que realmente ocurrió en el pasado”. Esto es, para caracterizar los distintos niveles en los que se despliega un relato histórico, identifica primero las dimensiones epistemológicas,

¹⁶Vid. Hayden White, “El texto historiográfico como artefacto literario”, *Historia y Grafía*, trad. de José Ortiz Monasterio, México, Universidad Iberoamericana, núm. 2, 1994, p. 9.

¹⁷ Roger Chartier, “Cuatro preguntas a Hayden White”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 3, 1994, pp. 231-245. Pudiera decirse que parece una situación análoga a la que se dio precisamente, cuando Edmundo O’Gorman recibió críticas por parte de Marcell Bataillon a consecuencia de sus estudios en torno a la historia de la idea del descubrimiento de América. A través de la polémica que establecieron ambos, es posible discernir que los dos historiadores hablaban lenguajes diferentes, desde planos diferentes también. Así sucede entre White y Chartier. El primero define su trabajo como formalista o formista estructuralista y se ubica en el nivel metahistórico. Es decir, desde que el historiador prefigura en su conciencia una estructura para construir los relatos, que posteriormente expresa bajo una forma lingüística. Además, porque se ocupa de la estructura del texto como unidad y no del conocimiento contenido, es decir, no de las técnicas de investigación y la metodología utilizadas por el historiador, así como sus fuentes. Vid. Marcel Bataillon y Edmundo O’Gorman, *Dos concepciones de la tarea histórica. Con motivo de la idea del descubrimiento de América*, México, Imprenta Universitaria, 1955.

estéticas y morales, a partir de tres estrategias de explicación: argumentación formal, explicación por trama e implicación ideológica, que adopta el historiador en la realización del mismo y que además define su estilo historiográfico.¹⁸ Dentro de cada una de esas formas distingue cuatro posibilidades por medio de las cuales el historiador puede lograr un efecto explicatorio de un tipo específico. Para la argumentación son los modos de formismo, organicismo, mecanicismo y contextualismo; en la explicación por trama tenemos a los arquetipos de novela, comedia, tragedia y sátira; y, en ideología al anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo.¹⁹

Y el otro nivel del relato está dado por la base metahistórica constituida por el modo tropológico dominante y su correspondiente protocolo lingüístico, elementos que en su concepto constituyen la filosofía de la historia. White afirma que siguiendo una tradición tan antigua como la de Aristóteles y más tarde desarrollada por Vico y los modernos lingüistas y teóricos de la literatura, ha llamado a estos cuatro tipos de prefiguración histórica por los nombres de los cuatro tropos del lenguaje poético: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía, y en base a ellos postula cuatro modos principales de conciencia histórica.²⁰ Sostiene la posibilidad de comprender a los autores representativos del

¹⁸ Distingue cinco niveles de conceptualización en la obra histórica: crónica, relato (cuento), modo de tramar, modo de argumentación y modo de implicación ideológica. Hayden White, *Metahistoria...*, p. 16.

¹⁹ *Ibid.*, p. 9.

²⁰ He leído con frecuencia que Giambatista Vico fue un incomprendido de su época, ahora es considerado como un precursor de la teoría lingüística moderna. Para White, sus estudios son fundamentales porque hablan del lenguaje poético. Por ello, es interesante recordar algunas de sus notas sobre retórica para lograr una mayor comprensión de lo que significan esos tropos del lenguaje, a los que Hayden White se refiere. Si se pudiera traducir la palabra “Retórica” con la elegancia propia del griego, dice Vico, se diría “palabras que fluyen” o “palabras que se dicen”. *Retor* para los griegos era el orador mismo y claro, faltaba un nombre para designar al especialista porque la retórica se aprendía con la filosofía, que formaba “la mente del hombre en las verdaderas virtudes del espíritu y de tal manera que enseña a pensar, a hacer y decir cosas verdaderas y dignas”. Más tarde, los estudios de filosofía se separaron de la elocuencia y comenzó “la división entre el corazón y la lengua”; los cultivadores de este arte terminaron por llamarse oradores. En la Roma republicana, la retórica, la elocuencia o el discurso, tomó otro significado. El orador preparaba en casa un discurso para defender en el Foro sus causas, y debía tener la facultad de “decir de modo adecuado para persuadir, esto es, de suerte que se aplique a inducir en el que escucha, por medio de la dicción, un ánimo conforme al discurso, por el cual llegue a sentir con el orador a propósito de la causa”. Para poder lograrlo, debía cautivar a sus oyentes con la verdad y el deleite, además de enseñar y conmover.

Cuando Vico se ocupa de los tropos habla de la dignidad en el discurso. Para él la dignidad es responsable de decir las cosas adecuadas y este decoro gana para lo escrito o lo dicho, la belleza. De tal manera que los tropos son figuras retóricas (*schemata*) que desvían la palabra de su significación propia a la impropia y ajena a causa de la necesidad y el ornato, y, aumentan o disminuyen la significación de la cosa en favor de su dignidad; por ejemplo, trabajo fructífero, campos sedientos. Estos tropos invierten la significación de cuatro maneras: 1) del todo a la parte; 2) de las causas a los efectos y a la inversa; 3) por semejantes; 4) por contrarios y corresponden a la sinécdoque, metonimia, metáfora e ironía, respectivamente. *Vid.* Giambatista

pensamiento histórico del siglo XIX y establecer sus relaciones, precisamente por los modos tropológicos que inspiran sus trabajos, dado que participan de una tradición común, de un lenguaje.²¹

Finalmente, después de haber realizado el análisis de las obras de los historiadores y los filósofos mencionados en los dos niveles White llegó a concluir que “no puede haber historia propiamente dicha que no sea al mismo tiempo filosofía de la historia” y que los modos posibles de la historiografía son los mismos posibles de la filosofía especulativa de la historia; modos que a su vez son en realidad formalizaciones de intuiciones poéticas que analíticamente los preceden y que sancionan las teorías particulares utilizadas para dar a los relatos históricos el aspecto de una explicación”.²²

Me pareció adecuado echar mano de esta teoría propuesta por Hayden White, para el análisis historiográfico que tiene por objeto la presente tesis, precisamente porque se centra en el estudio de la escritura de la historia en la centuria de mi interés. Además por considerar apasionante, el tema del maridaje historia-literatura y su deslinde, así como sentirme atraída por su muy provocativa propuesta, de considerar el trabajo historiográfico como un ejercicio poético. No obstante, asumo mi ignorancia respecto a la teoría lingüística; por ello y por ser de mi interés el análisis de las tramas me centraré en tratar de utilizar las herramientas por él propuestas para estudiar los textos históricos de los cuatro historiadores que me ocupan, sólo en sus dimensiones epistemológicas, estéticas y morales, es decir en el primer nivel donde se ocupa de las estrategias de explicación, y no incursionar a profundidad en su teoría tropológica más que para caracterizar algunos rasgos del lenguaje utilizado por cada uno de ellos en los discursos.

En el siglo XIX la historia tuvo una connotación artística y hoy también la tiene. Para White, los historiadores como narradores de historias que somos, al urdir una trama

Vico, *Elementos de retórica: el sistema de los estudios de nuestro tiempo y principios de oratoria*, edición de Celso Rodríguez Fernández y Fernando Romo Feito, Madrid, Editorial Trotta, 2005, pp. 207-215.

²¹ Hayden White, *Metahistoria...*, p. 10. Es pertinente señalar que White ha recibido muchas críticas por su teoría tropológica, porque en opinión de algunos, no ha podido explicar cabalmente cuál es el *status* teórico de los tropos. Por su parte, el asume que ésta ha sido tanto inventada como encontrada a través de los estudios que ha realizado sobre el discurso. Al respecto, yo considero que como sus argumentos son válidos y acordes con sus investigaciones nadie puede descalificarlas. Vid. Tozzi, Verónica, “Introducción” en Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, trad., de Nicolás Lavagnino y Verónica Tozzi, Barcelona, Buenos Aires, México, Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona/Ediciones Paidós, SAICF/Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2003, pp. 11-42.

²² Hayden White, *Metahistoria...*, p. 11.

trabajamos con la “imaginación constructiva” para elaborar una explicación plausible de la realidad en el pasado.²³ Es en este sentido que White considera a la historiografía como un arte, precisamente por el papel que desempeña la invención en la construcción de un relato y que es el contenido de la forma de la narrativa histórica. Para él, las historias son estructuras simbólicas o metáforas extendidas que revelan una conciencia histórica precisamente a través de su lenguaje y del entramado que hace cada historiador al dotar de significado a los acontecimientos.²⁴

White dice que para conocer el entramado es necesario tomar en cuenta, lo que se queda fuera, aquello que no se dice, porque es allí donde se traduce la ideología. El historiador selecciona los acontecimientos y urde una trama al dar significado a sus datos, al tiempo que realiza el proceso de deconstruir y reconstruir la realidad que interpreta.²⁵ Para explicar “lo que sucedió”, el historiador representa historias —al igual que el literato— sobre la vida de los hombres que pueden ser escritos, según su trama, a manera de romance, sátira, comedia y tragedia. El romance está simbolizado por la victoria del héroe sobre el mundo de la experiencia; el triunfo del bien sobre el mal, de la virtud sobre el vicio; de la luz sobre las tinieblas y finalmente de la trascendencia última del hombre sobre las condiciones mundanas en el que está inmerso.²⁶

Lo opuesto al drama romántico de la redención es el tema arquetípico de la sátira. Se construye en base a un lenguaje de desgarramiento. “Es un drama dominado por el temor de que finalmente el hombre sea prisionero del mundo antes que su amo, y por el reconocimiento de que en último análisis, la conciencia y la voluntad humanas son siempre

²³ Vid. Hayden White, “El texto historiográfico...”, pp. 9-34.

²⁴ Los relatos son explicativos cuando dejando de ser meras crónicas se convierten en una narración de carácter histórico mediante la operación que Hayden ha llamado “entramado” y éste no es más que la codificación de hechos contenidos en la crónica. Por lo tanto, es la creación de una obra de carácter superior que devela un complejo de símbolos. Es decir, en la construcción de una explicación plausible de la realidad, los acontecimientos se convierten en un relato cuando se suprimen o subordinan algunos de ellos y se destacan otros para dar lugar a una historia que cuenta con un principio, un medio y un fin.

²⁵ O lo que es lo mismo, como dice Ricoeur, el historiador crea una “puesta en intriga”, hablando en el sentido aristotélico, cuando selecciona y combina los acontecimientos y acciones que relata y convierte una fábula en una historia completa y entera. Para Aristóteles el mito, en su acepción de fábula es una composición de actos, es la imitación de una acción completa que constituye un todo; y todo es lo que tiene un principio, un medio y un fin. Jorge Ruedas de la Serna, *op.cit.*, p. 145.

²⁶ Hayden White, *Metahistoria...*, p. 19.

inadecuadas para la tarea de derrotar a la fuerza oscura de la muerte, que es el enemigo irreconciliable del hombre”.²⁷

En la comedia se mantiene la esperanza de un triunfo provisional del hombre sobre su mundo, por medio de reconciliaciones de los hombres con los hombres y con su sociedad.²⁸ En cambio en la tragedia, el héroe vive una situación de caída; se revela una conciencia desgarrada por el sentimiento de las contradicciones que dividen al hombre contra sí mismo y de la imposibilidad a escapar del destino o cambiar las condiciones adversas; el hombre se mira obligado a orientar sus acciones en un universo de valores ambiguos, porque nada en este mundo es jamás estable ni unívoco.²⁹

Por otro lado, además del nivel de conceptualización en el que el historiador trama su relato narrativo para explicar “lo que sucedió”, existe otro plano en el que trata de explicar el sentido y el “significado de todo eso”, es lo que White llama explicación por modo de argumentación y distingue en éste cuatro paradigmas. En el argumento discursivo del formista, se revela la creencia de lograr una explicación completa del campo histórico cuando se han identificado un conjunto de objetos y se les ha asignado clase y atributos específicos. Estos pueden ser individualidades o colectividades, entidades concretas o abstracciones y se explican por medio de una construcción “nomológico-deductiva”.³⁰ Las hipótesis organicistas del mundo y sus correspondientes teorías sobre la verdad son integrativas. El historiador tiende a ver a las individualidades como partes de un proceso que se explica dentro en una totalidad mayor, pues existe una relación macrocosmos-microcosmos.³¹ Por su parte, las explicaciones mecanicistas, al igual que las organicistas, también son integrales pero tienden a ser reductivas antes que sintéticas. En ellas se buscan las leyes causales que determinan los fenómenos descubiertos en el campo histórico.³² Finalmente, en la explicación contextualista los acontecimientos son analizados en el contexto de su ocurrencia. Si tomamos en cuenta lo referido por Karl Popper, dice White, significa que el historiador aísla cualquier elemento del campo histórico para su estudio y jala todos los hilos que unen el suceso a explicar, tanto hacia atrás en el tiempo a fin de

²⁷ *Ibid.*, p. 20.

²⁸ *Idem.*

²⁹ *Apud.* Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, v. 1, Trad. de Mauro Armíño, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2002, p. 19.

³⁰ Hayden White, *Metahistoria...*, p. 24.

³¹ *Ibid.*, p. 26.

³² *Ibid.*, p. 27.

comprender sus orígenes, como hacia adelante para determinar sus efectos e influencias en sucesos subsiguientes.³³

Respecto al modo de implicación ideológica White define, de acuerdo con Karl Mannheim, cuatro posturas ideológicas (que sugieren un sistema de valores y de carácter ético) a partir de las cuales desde un presente se comprenden los hechos pasados: anarquismo, radicalismo, conservadurismo y liberalismo. Posiciones de carácter ideológico cuya explicación juzgo, por el momento innecesarias dado que mi finalidad no es verter en este apartado todo lo expuesto por Hayden White con el propósito de explicar su teoría formista-estructuralista para el análisis del texto historiográfico, sino tratar de poner en práctica sus conocimientos en el estudio de los textos, que son objeto de la presente tesis.

En los siguientes capítulos, se hará a la luz de esta teoría un análisis de los discursos históricos de los cuatro historiadores que trata la presente tesis y que nos acercan a la visión del mundo de tres generaciones, que permiten conocer al personaje Santa Anna a través de la mirada de sus contemporáneos. Cabe aclarar que el objetivo es comprender la forma como los autores narran los hechos, conocer el entretejido que urden de los acontecimientos y los intereses que devela cada uno de ellos en sus argumentos. Así como darnos una idea de su moral, sus prejuicios y la visión peculiar de su existencia, a partir de la interpretación que hacen de Santa Anna y la historia de su tiempo. Y por lo tanto, no descubrir si sus juicios explican cabal y verdaderamente las acciones del personaje o tratar de seguir con exactitud la trayectoria política y militar del caudillo en ese periodo.

Igualmente quiero manifestar que entre la gran gama de posibilidades teóricas para la interpretación histórica y el análisis historiográfico, que existen en nuestro horizonte cultural actual, me inclino por la perspectiva historicista porque creo que indudablemente el hombre no tiene naturaleza sino historia y que cada uno de los hombres que les ha tocado estar en este mundo, son únicos e irrepetibles, porque están determinados por su tiempo y circunstancias. Asimismo, considero el método generacional propuesto por José Ortega y Gasset, como el más adecuado para comprender el sentido y significado que tuvo el oficio del historiador en el siglo XIX. Comparto con él la idea de que el motor de la historia son las generaciones, y que cada una de esas oleadas humanas en el tiempo ha interpretado el acontecer y la propia existencia a su manera y a través de un peculiar espíritu vital.

³³ *Ibid.*, p. 29. White remite a la obra de Karl R. Popper, *The Poverty of Historicism*, Londres, 1961, pp. 5-55.

Considero que a partir de estas premisas podemos explicarnos la tarea que emprendieron los mexicanos que vivieron durante la primera mitad del siglo XIX al escribir su historia inmediata e inventarse a sí mismos para dejar memoria de su existencia a la posteridad.

A continuación, trataré de contextualizar el sentido que para esas generaciones tuvo la historia y el trabajo del historiador, ya que sólo puede comprenderse a la luz de su propia atmósfera.

Las generaciones, la cultura y el sentido de la historia

Después de haber permanecido estudiando, durante años, la historia de la primera mitad del siglo XIX, y en concreto, la imagen de Antonio López de Santa Anna (1794-1876) a partir de la historiografía de sus contemporáneos puedo afirmar que fue a través de los discursos de tres generaciones vanguardistas que llevaron a cabo los cambios sociales y culturales ocurridos en la primera mitad del siglo XIX: la Independencia y la Reforma, que se configuró el personaje histórico Santa Anna como el caudillo más controvertido en el drama de nuestra historia nacional.³⁴ Sus discursos dieron vida al mito original del héroe-villano a partir del cual se le ha interpretado y reinterpretado a través del tiempo, además de haber forjado la idea de que el periodo santannista corresponde a una época de anarquía.

Sabido es que cuando se habla de coloraturas partidistas, de concepciones políticas, de programas de acción social, e incluso de ideología, se agrupan personajes de distintas generaciones dada su convergencia en la opinión y por consiguiente, es posible generalizar conceptos. Sin embargo, cuando se trata de llevar a cabo un análisis hermenéutico, conocer el por qué un individuo concreto interpreta su mundo y los hechos históricos de tal o cual manera, ubicarlos dentro de su contexto generacional es esencial. Es por ello que en el presente análisis tomo muy en cuenta este elemento que permite enriquecer la interpretación de las obras. Pues sólo a medida de que se establezcan parámetros de comparación sobre las distintas formas de ser y concebir el mundo respecto a cada una de las generaciones será posible vislumbrar cómo las nuevas, se nutren de las precedentes y transforman realidades en el curso de la historia y del progreso social.

³⁴ Siguiendo a Ortega y Gasset podemos decir que los cambios sociales se llevan a cabo gracias a la acción de las minorías rectoras, de grupos de hombres destacados y no por la acción de las masas sin rostro.

En la autognosis de la historia intelectual, cultural y política mexicana, historiadores, sociólogos y literatos han recurrido a la comprensión y explicación de la realidad histórica a través de la teoría de las generaciones. Han trabajado con este método Wigberto Jiménez Moreno, Luis González y González, Álvaro Matute, Enrique Krauze, Fernando Tola de Habich y Fernando Curiel, entre otros.³⁵ Cada uno de ellos ha seguido criterios distintos para definir el margen temporal de influencia de las distintas generaciones. El precursor fue Jiménez quien clasificó a un total de veintiún generaciones, que datan del año de 1690 a 1970. Por su parte, Luis González, utilizó el método generacional propuesto por José Ortega y Gasset, para interpretar los procesos de cambio sociocultural en el devenir histórico mexicano, de 1856 a 1956. En su escrito “La ronda de las generaciones. Los protagonistas de la Reforma y la Revolución Mexicana” destacó a “seis tandas de mexicanos” cuyas generaciones analizó en sus distintas etapas: infancia, juventud, madurez incipiente, segunda madurez, vejez y senilidad hasta la muerte; y, definió que más o menos cada quince años surgen en las naciones capitalistas del mundo occidental otras minorías dirigentes, con otro modo de ver las cosas con respecto a sus predecesores.³⁶

En la definición de las generaciones que se han sucedido en el proceso histórico mexicano del siglo XVIII al XX, Wigberto Jiménez Moreno utiliza un lapso de trece años para enmarcar los nacimientos y dado que afirma que una atmósfera sociocultural normalmente es creada por la acción de tres generaciones, en el caso de la revolución de independencia, las distingue además de por sus fechas con un subnombre. Por ejemplo: la de los revolucionarios insurgentes o de la independencia, comprende a los proto-

³⁵ Vid. Fernando Curiel Defoseé, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2001; Luis González y González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989; Wigberto, Jiménez Moreno y Alfonso García Ruiz, *Historia de México. Una síntesis*, México, INAH, 1962. El Apéndice incluye: “La crisis de la conciencia mexicana” del siglo XVIII a la Revolución. Las generaciones y los cambios socioculturales”; Wigberto Jiménez, *El enfoque generacional en la historia de México*, México, Ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, 1974; Enrique Krauze, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, 3ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1976; Álvaro Matute, *El Ateneo de México*, México, FCE, 1999 (Fondo 2000. Cultura para todos); Fernando Tola de Habich, *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX, 1836-1894*, México, Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Literatura, UNAM, 1987 (La Crítica Literaria en México; 2); ____, “Altamirano y la teoría de las generaciones en el siglo XIX”, *Sábado. Suplemento de Uno más uno*, número 1156, México, 27 de noviembre de 1999, pp. 1-3.

³⁶ Luis González, *op.cit.*, pp. 125-210.

insurgentes, los pleni-insurgentes y los epi-insurgentes; que corresponderían a la de Morelos, Bustamante y Alamán, respectivamente.³⁷

Por mi parte, decidí “rebautizar” a las generaciones e incluso contemplar otras fechas para definir las en la advertencia de que esto no contradice lo estipulado por Jiménez, sino que obedece a la mejor comprensión de los autores que se ocuparon de la historiografía de México y de su caudillo Santa Anna. Por otro lado, Julián Marías sugiere la posibilidad de sobrepasar en más de una década los quince años sugeridos por José Ortega y Gasset tanto para definir una generación así como para delimitar el tiempo de influencia de una minoría rectora.³⁸ En el caso de México, es un hecho que la generación de los compañeros de Santa Anna, así como él, mantuvieron las riendas del poder durante tres décadas y por ello se dieron circunstancias peculiares en la convivencia generacional que existió en dicho periodo.

Comparto con Ortega y Gasset la idea de que a través de la historia de la humanidad generalmente se ha perfilado una minoría selecta formada por hombres egregios que se distinguen de las mayorías en el terreno de la cultura y por estar circunscritos a los grupos que detentan el poder.³⁹ En ese mismo sentido, Antonio Gramsci afirma que todos los hombres son filósofos e intelectuales, pero sólo unos cuantos se manifiestan como intelectuales orgánicos. Por su parte Max Weber, analiza las estructuras del poder y la dominación así como la tipología de los líderes políticos, quienes por supuesto se diferencian de una masa.⁴⁰ Incluso, el mismo Charles Darwin observó que en el reino de la naturaleza el proceso de selección natural y de la evolución de las especies, estaba condicionado por la ley del más fuerte. En mi opinión, aún hoy, aunque se hable de democracia y en teoría exista una equidad entre los seres, actualmente el binomio gobernantes-gobernados sigue siendo una realidad, y, una utopía, la igualdad entre los hombres.

³⁷ Vid. Wigberto Jiménez y Alfonso García Ruiz, *op.cit.*

³⁸ Vid. Julián Marías, *Generaciones y constelaciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.

³⁹ Con respecto a las tendencias de la filosofía de la historia por interpretar la historia misma: una, como la acción de las colectividades y otra, como la acción de las individualidades, Ortega considera que no es viable ni la una ni la otra, dado que “el individuo señero es una abstracción”. La “vida histórica es convivencia” de las masas y de los hombres destacados. “Se trata de una dualidad esencial al proceso histórico”. No pueden existir los héroes sin esas masas que los erigen y los aclaman; hay siempre una cierta reciprocidad entre los individuos superiores y las muchedumbres. José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo...*; p. 13

⁴⁰ Vid. Antonio Gramsci, *op.cit.*, p. 26; Max Weber, *op.cit.*

En efecto, en la historia de México podemos observar agrupaciones de hombres selectos que se distinguen de las masas. Pudiera pensarse, que esta concepción de la historia y de la estructura social es elitista, clasista e incluso racista, pero no cabe duda, como decía Hegel, hay cierto tipo de seres que destacan por su genio y eso ha sido y es una verdad indiscutible.⁴¹ Como lo es que numerosos personajes del siglo XIX brillaron en el ámbito cultural por la esencia que les caracterizó. Así, tomando en consideración lo anterior, encuentro que en las distintas pléyades es definitivo el influjo de algunas personalidades clave en el terreno de la cultura y la política; dado que con su ejemplo y acciones incidieron de alguna manera en la forma que adoptó el trabajo literario e historiográfico. En esa lógica, considero miembros de la generación de los insurgentes o revolucionarios de la independencia a los actores históricos nacidos entre 1774 —año en el que vio la luz por primera vez nuestro historiador y político Carlos María de Bustamante— y 1787 —año en el que nació Andrés Quintana Roo destacado insurgente, político y literato cuya inteligencia y personalidad fue de gran trascendencia para las jóvenes generaciones que de él aprendieron. Cabe señalarse, que en mi opinión ambos, junto con José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) —quien marcó un hito en la historia de la literatura hispanoamericana con la publicación de su novela de costumbres y de prédica moral, *El Periquillo sarniento*— pueden ser considerados como ejemplos de los tipos de espíritus que conformaron esta generación. Los tres desplegaron su energía en el ejercicio del periodismo político e hicieron de esta actividad, un legado cultural que heredaron a las generaciones posteriores.⁴²

Por otra parte, he denominado como la generación de los compañeros de Santa Anna (no por pretender dar importancia de manera subjetiva al general sino por diferenciar así, a dos generaciones que entran dentro de la clasificación de los revolucionarios de la independencia pero que son distintas) a la oleada humana que comprende a los nacidos entre, 1788 —fecha en la que nació Lorenzo de Zavala, historiador del proceso

⁴¹ Para Hegel, nada se ha hecho en el mundo sin pasión. Los individuos que logran transformaciones sociales lo hacen siempre acompañados de ella y por este ímpetu destacan. Hayden White, *Metahistoria...*, p. 110.

⁴² En 1812, la libertad de imprenta que promulgó la Constitución de Cádiz dio un mayor impulso al desarrollo del periodismo político. Puede decirse, que a partir de ese año la generación de los revolucionarios de la independencia, comenzó a desplegar su actividad en ese terreno. José Joaquín Fernández de Lizardi fundó *El Pensador Mexicano*, Bustamante publicó *El Juguetillo* y dirigió *El Correo Americano del Sur*, entre otros; y, Andrés Quintana Roo (1787-1851) figuró como redactor de periódicos como el *Semanario Patriótico Americano* y el *Ilustrador Americano*.

revolucionario de la independencia, desde 1808 hasta su consumación en 1821, y quien dio vida a Santa Anna como personaje de la historia de México independiente— y 1803. Y, por último la generación de los revolucionarios de Ayutla o de la Reforma, que comprende a autores nacidos entre 1804 —año en que Luis de la Rosa nació— y 1820, en el que Manuel Payno fue arrojado a este mundo para existir.⁴³

De suma importancia son las experiencias que se tienen en la vida porque definitivamente van marcando los derroteros de la existencia y la formación de una personalidad a partir de un sistema de creencias y valores. Así le sucedió a Carlos María de Bustamante (1774-1848) cuando luchó al lado de Morelos y formó parte del Congreso de Chilpancingo, además de haber sido incluso uno de los redactores de la Constitución de Apatzingán. Por ello, podemos definirlo acertadamente como un miembro de la generación de los insurgentes o revolucionarios de la independencia. Por su parte, Lucas Alamán (1792-1853) inició su vida política representando a su provincia como diputado en las cortes de Cádiz y al consumarse la independencia se convirtió en uno de los protagonistas más destacados del periodo hasta convertirse en el principal ideólogo del partido conservador; él perteneció a la generación de los compañeros de Santa Anna. Y por último, Manuel Payno (1820-1894) y Guillermo Prieto (1818-1897) fueron miembros de la generación de los revolucionarios de Ayutla. Después de haberse constituido ambos como disidentes del régimen durante la última dictadura de Santa Anna, pasaron a formar parte de la nueva minoría rectora que suplantó a la anterior e hizo posible el cambio social con la caída del caudillo.⁴⁴

Como ya se dijo, será a partir de la visión de tres generaciones y cuatro autores (Bustamante, Alamán, Payno y Prieto) a través de los cuales conoceremos páginas adelante

⁴³ Por cierto, ha sido en recientes fechas que se ha determinado con precisión el año del nacimiento de Manuel Payno. En el pasado se le atribuyeron distintas edades en las que supuestamente encontró la muerte. Antonio Castro Leal y Josefina Zoraida Vázquez han consignado en sus obras que Manuel Payno nació en 1810. No obstante, Robert Duclas, estudioso del literato encontró en un archivo parroquial el acta de su fe de bautismo y asegura que el año de su nacimiento es 1820. *Vid.* Miguel Soto, “Manuel Payno” en Pi-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, 1ª reimp., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, pp. 55-70 (Historiografía Mexicana; IV).

⁴⁴ Considero acertadas las reflexiones que hace Edmundo O’Gorman en torno a la revolución de Ayutla. Entre ellas, en primer término que no podemos hablar de una revolución sino que sólo fue un movimiento perpetrado con la única finalidad de derrocar a Santa Anna. *Vid.* Edmundo O’Gorman, “Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla”, *Secuencia 16. Revista de Historia y Ciencias Sociales. Nueva Época*, Instituto Mora, enero-abril, 1990, México, pp. 63-96.

a don Antonio López de Santa Anna.⁴⁵ Mas no podremos comprenderle como personaje histórico sin antes tratar de explicar el sentido que tuvo la historia y el quehacer del historiador para cada una de las generaciones así como el desarrollo de una cultura nacional a través de la caracterización de los tipos de discursos que cada una, valga la redundancia, generó en torno al acontecer nacional.

Es posible afirmar que las dos primeras generaciones viven el proceso revolucionario de la independencia marcadas por dos momentos coyunturales en la historia de España y que por supuesto cimbraron la conciencia del hombre novohispano: la invasión napoleónica en 1808 y la revolución liberal de 1820. Por las fechas en que se dieron las coyunturas, a ambas les tocó vivirlas, sin embargo no de igual manera. Bien puede decirse, en términos de Luis González, que la del año de 1808, la generación de los revolucionarios de la independencia la vivió durante su incipiente madurez, y la de los compañeros de Santa Anna durante su juventud, por lo mismo el significado que tuvo para cada una de ellas fue distinto.⁴⁶ En ese tiempo, la primera tomó conciencia de sí y desplegó todas sus potencialidades a través de un movimiento insurgente, mientras que la segunda abrevó de la experiencia. En cambio, la coyuntura de 1820 significó para la generación de los compañeros de Santa Anna el comienzo de su vida madura, con la gran responsabilidad a cuestas de tomar en sus manos las riendas de un país que optó por ser independiente y al cual debían constituir como nación; mientras que para la oleada precedente representó el puntal del ejercicio de su plena madurez en busca de la utopía que fabricó, a partir de ese crucial año de 1808 que marcó su existencia.⁴⁷ Es pertinente mencionar que el proceso de la

⁴⁵ Imposible es poder nombrar en este trabajo a todos y cada uno de los miembros destacados de las distintas oleadas humanas, no obstante un solo exponente de una generación es síntoma de la constelación histórica que expresa el sentido de su historicidad, por ello bastará con adentrarnos un poco en el conocimiento de quiénes fueron ellos a través de sus textos, para acercarnos a la realidad histórica de su tiempo y al pulso vital de sus respectivas generaciones. No debemos olvidar que todo pensamiento y existencia son históricos. *Apud.* Félix Duque, “Historia e historicidad en el existencialismo y la hermenéutica” en Manuel Reyes Mate, *et al.*, *Filosofía de la Historia*, Madrid, Ediciones Trotta, 1993, p. 140 (Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía; 5).

⁴⁶ Luis González, *op.cit.* Los contemporáneos a los hechos coinciden en señalar que los sucesos acaecidos en 1808 significaron la punta del iceberg en el despertar de su conciencia nacional.

⁴⁷ Lo anterior es posible ejemplificarlo si consideramos que el vacío de poder que se dio en 1808 generó una crisis existencial entre algunos criollos novohispanos que los condujo a cuestionarse y reflexionar. Al fin cobraron sentido los conceptos de libertad, igualdad, democracia, soberanía nacional, en las mentes de los hombres ilustrados que comenzaron a soñar en la posibilidad de transformar su realidad y llegar a gobernarse a sí mismos y; se prendió entonces la mecha que más tarde estalló en 1810. Puede decirse que a partir del “asesinato” del licenciado Francisco Primo de Verdad y Ramos, Bustamante —quien hasta ese entonces trabajaba como abogado bajo su abrigo— en los albores de su madurez (treinta y cuatro años) tomó

revolución de independencia implicó también una revolución en el pensamiento. Representa el tránsito a la modernidad y sigue la evolución ideológica de la península.⁴⁸ Además de la cercanía que tuvieron los novohispanos a los textos clásicos y latinos — porque estudiarlos directamente del latín era parte de su formación educativa desde los niveles tempranos hasta los superiores de las carreras de humanidades y derecho—⁴⁹ fue vía la Metrópoli que recibieron la influencia de la filosofía de la ilustración española. Tuvieron acceso a lecturas, que por un momento fueron prohibidas y circularon clandestinamente, quizá entre ellas pudieron encontrarse las obras de los enciclopedistas y otras muy diversas de ilustrados ingleses o españoles, que fueron transformando su conciencia y formas de ver el mundo

A partir de 1821, año en que se consumó la independencia la constelación de generaciones que cohabitaba en un mismo espacio político-cultural, generó una peculiar energía.⁵⁰ El nacimiento de México como nación independiente fue un gran acontecimiento para los novohispanos. Significó el surgimiento de una nueva forma de vida política y el inicio de un proceso de cambio sociocultural. Al romper con su pasado inmediato, la minoría criolla que tomó en sus manos las riendas del gobierno quedó escindida en por lo menos dos posturas: una formada por quienes pretendían conservar una estructura de forma de vida, es decir los “conservadores” de tradiciones; y otra, formada por quienes poseían ya

conciencia de las posibilidades de su protagonismo como actor histórico y se convirtió en un hombre rebelde; abrazó las filas de la disidencia sumándose al grupo clandestino de “los Guadalupes” hasta que se integró al movimiento de Morelos; en él desplegó toda su energía e inició su carrera política como uno de los fabricantes de los sueños e ideales de Apatzingán.

Otra impresión de los acontecimientos debió tener Alamán, cuando las consecuencias de ese momento coyuntural de 1808 se presentaron ante los ojos de un joven (de dieciséis años) en la forma de una muchedumbre enardecida y violenta encabezada por el cura Hidalgo y que al grito de ¡muera los gachupines! destruyó la paz y el orden de la sociedad en la que había crecido. A esa temprana edad conoció el dolor que produce la muerte de los seres queridos y la angustia de sus padres y familiares por la pérdida de una importante porción de sus bienes materiales. No cabe duda que estos sucesos marcarían hondamente su vida y pensamiento mas aún no le había llegado la hora de protagonizar el importante papel que desempeñó posteriormente como uno de los ideólogos más destacados de la generación de los compañeros de Santa Anna. Fue la reforma liberal encabezada por Rafael de Riego en la metrópoli, en 1820, la que le permitió iniciar su carrera política en las cortes gaditanas. Tras consumarse la independencia Alamán fue nombrado en 1823 ministro de Relaciones Interiores y Exteriores y desde ese momento entregó su vida a los intereses nacionales.

⁴⁸ Una revolución es “una mutación cultural: en las ideas, en el imaginario, en los valores y en los comportamientos, en las prácticas políticas, pero también en los lenguajes que [...] manifiestan una nueva visión del hombre y de la sociedad”. François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, 3ª ed., México, 2000, p. 15 (Sección de obras de Historia).

⁴⁹ Nicole Giron, *op.cit.*, p. 94.

⁵⁰ Vid. Julián Marías, *op.cit.*

un modo distinto de ver el mundo, vislumbraban cambios e iban construyendo una nueva mentalidad a través de las utopías liberales. Estos estilos de pensamiento, liberal y conservador, no se reflejaron nada más en términos políticos sino en la totalidad de las expresiones humanas, en el arte, en la literatura, en el campo de la historiografía e implicaron una manera de ser desde el punto de vista racional.⁵¹ Asimismo, el racionalismo ilustrado permitió que el hombre se apropiara de la idea de que es el hombre mismo, el motor de la historia y con ello sus acciones tomaron un valor significativo, en el terreno sociopolítico. Además se introdujo la noción de evolución y la historia fue concebida como un movimiento que llevaba implícita la idea de progreso.⁵²

El círculo selecto que tomó el poder en 1821, estuvo constituido por hombres de diversas edades —pertenecientes a las dos generaciones arriba mencionadas— que se abocaron a la tarea de conformar una nación. Todos, comprometidos con su presente y conscientes de que eran ellos los constructores de esa nueva vida. No obstante, dar forma a una nación fue una tarea difícil, los choques y los enfrentamientos entre las distintas maneras de concebir el ser nacional y la vida misma, no se hicieron esperar. Fue un tiempo, signado por la lucha entre las distintas facciones, los pronunciamientos y la lucha por el poder. Nació entonces una historiografía esencialmente política porque quienes interpretaron y escribieron la historia de la revolución de independencia y del periodo santannista fueron actores en los mismos acontecimientos que narraron. La tarea de dejar memoria y a la vez justificar sus propias acciones en el ámbito del Estado o proponer los distintos proyectos de nación, la llevaron a cabo miembros distinguidos de la élite intelectual. En consecuencia, produjeron una historia pragmático-política y de tinte maniqueísta por ser ésta interpretada a partir de diferentes posturas ideológicas y con intereses encaminados a dirigir el curso de los acontecimientos.⁵³

A fin de explicar a través de la lógica de un contemporáneo a los hechos lo acontecido durante las primeras décadas, me parece muy ilustrativo lo expresado por

⁵¹ Vid. Karl Mannheim, “El pensamiento conservador...”, p. 89. En México, estas dos formas distintas de ver el mundo (liberalismo y conservadurismo) no fueron antagónicas, por lo menos durante la primera mitad del siglo XIX hasta la Guerra de Reforma, en que ya se definieron como tendencias polarizadas.

⁵² Virginia Guedea, *op.cit.*, p. 11.

⁵³ Según Friedrich Hegel, las historias pragmáticas luchan por servir al presente y por derivar lecciones morales para la edificación e instrucción de los hombres vivos. Vid. Hayden White, *Metahistoria...*, p. 102. Sin embargo, cabe precisar que fue Álvaro Matute quien acuñó el término pragmático-político para caracterizar el discurso construido por los historiógrafos mexicanos de la primera mitad del siglo XX. Cfr. Álvaro Matute, *Pensamiento historiográfico...*, p. 27.

Lorenzo de Zavala quien fue el primero en publicar una interpretación sobre su pasado inmediato o sea del proceso revolucionario de la independencia y la historia de los primeros años de la vida independiente, es por ello que le he considerado para delimitar —con su fecha de nacimiento— el periodo que enmarca la generación de los compañeros de Santa Anna. En su opinión, la gran inestabilidad política que mostraban los mexicanos ante el mundo al haberse constituido primero como un imperio, después como una república federal y al fracasar ésta, haberse establecido como una república central fue producto de la inexperiencia pues al inicio nadie sabía hacia dónde dirigirse ni qué forma de gobierno adoptar mas por el momento esos representaron ensayos que la nación debió poner en práctica hasta encontrar el que conviniese a la nación.⁵⁴ Considero que su juicio al respecto es bastante acertado porque efectivamente, a grandes rasgos, durante el periodo santannista se ensayaron distintas formas de gobierno sin lograr conformar a la nación. Sin embargo, ese periodo —que pareció representar un tiempo de anarquía porque no se logró una estabilidad política debido a los numerosos pronunciamientos y rebeliones— guarda un sentido porque fue un momento de aprendizaje.

Las ideas sobre distintos proyectos de nación fueron madurando y los partidos políticos se fueron perfilando; hasta que a mediados del siglo XIX es posible vislumbrar claramente a dos grandes grupos: liberales y conservadores, cuyos principales ideólogos y precursores, fueron los compañeros de Santa Anna: José María Luis Mora y Lucas Alamán, respectivamente. Ambos en su momento, construyeron utopías que los hombres de la generación de Ayutla concretaron más tarde. Los conservadores lo hicieron cuando establecieron una monarquía constitucional en manos del príncipe extranjero Maximiliano de Habsburgo y los liberales cuando lograron establecer el gobierno de la República Restaurada e institucionalizar la Reforma, en 1867.

En el tiempo formativo, los miembros de la generación de los revolucionarios de la independencia y los compañeros de Santa Anna produjeron a la vez una cultura y buscaron crear una conciencia nacional mediante la indagación e interpretación del pasado. Fundaron la Academia Nacional de la Historia, la Academia de la Lengua, el Archivo General de la Nación, algunos museos y cuidaron de comenzar a construir un patrimonio histórico cultural que les permitiera identificarse como mexicanos. A la sazón nació también el

⁵⁴ Lorenzo de Zavala, *op.cit.*

periodismo político; fueron los periódicos los principales medios por los cuales se atacaron las logias yorkina y escocesa así como las facciones que de ellas se derivaron, a la vez que dieron a conocer sus posturas y proyectos de nación. Asimismo, diversos géneros literarios adoptaron la forma de historia. Esta prolífica actividad cultural la llevó a cabo una pléyade de hombres entre los que podemos nombrar como miembros de la generación de los revolucionarios de la independencia además a: Nicolás Bravo (1786-1854), Anastasio Bustamante (1780-1840), Guadalupe Victoria (1786-1843), Valentín Gómez Farías (1781-1858), Vicente Guerrero (1783-1831), Agustín de Iturbide (1783-1824), Miguel Ramos Arizpe (1775-1843) y Manuel Sánchez de Tagle (1782-1847) entre otros. Y por otra parte, como integrantes de la generación de los compañeros de Santa Anna identificamos también a: José Bernardo Couto (1803- 1862), Francisco Fagoaga (1788-1851), Mariano Galván Rivera (1791-1876), José Gómez de la Cortina (1799-1860), Manuel Gómez Pedraza (1789-1851), Isidro Rafael Gondra (1788-1861), Manuel Eduardo de Gorostiza (1789-1851), José Joaquín Pesado (1801-1861) y Juan Rodríguez Puebla (1798-1848), entre otros.

Cabe reiterar que la actividad política y la cultural guardaron una estrecha relación, quienes se dedicaron a la literatura y al periodismo fueron los políticos miembros de la minoría rectora. La mayoría ocupó puestos gubernamentales, fueron ministros, gobernadores, diputados, senadores, militares, entre otros cargos, y por ello el discurso histórico fue utilizado por quienes se interesaron en justificar sus propias acciones en el desarrollo de los acontecimientos. Así lo hicieron, como ya se dijo, quienes publicaron las grandes obras de historia nacional en las cuales fue consignado Santa Anna como héroe y como villano según los intereses ideológicos, políticos o personales de quienes lo juzgaron. Asimismo puede decirse que los grupos que conformaron a la élite intelectual fueron heterogéneos. Las ideas que tuvieron sobre cómo alcanzar la modernidad, eran distintas, pero indudablemente que en el seno de una tradición nacieron ambas y por lo mismo guardan similitudes.⁵⁵

Del engranaje de las generaciones y de su convivencia en el terreno de la política y la cultura, podemos decir que un rasgo de su peculiaridad fue que “jóvenes” y “viejos” de

⁵⁵ Edmundo O’Gorman demuestra de manera brillante cómo las tesis conservadora y liberal terminan postulando lo mismo, las dos pretenden alcanzar la modernidad, el progreso social y material, en la forma como se presenta en Estados Unidos pero salvaguardando el legado de la tradición, en cuanto a los valores y las creencias. *Vid.* Edmundo O’Gorman, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999 (Cien de México).

credos de todo tinte convivieron, asimilaron nuevas formas de concebir el mundo y se respetaron porque mantuvieron códigos de comportamiento. Así, aunque a través de la prensa se estuvieran enfrentando los distintos actores (militares, viejos caudillos insurgentes, grandes y pequeños propietarios, integrantes del alto y bajo clero, entre otros) a causa de la politización que permeaba el ambiente, en el círculo político-cultural, la intelectualidad se congregó en sociedades ilustradas, academias, cafés y tertulias literarias.

Fue allí, en esos centros de convivencia, en especial en las tertulias organizadas por Francisco Ortega, Manuel Gómez Pedraza y Andrés Quintana Roo, donde a mediados de la década de los años treinta, los jóvenes revolucionarios de Ayutla, se integraron a los ámbitos de la política y la cultura. Y de inmediato hicieron sentir la presencia de su espíritu vanguardista innovando.⁵⁶ Mas otro sentido tuvo la historia para los jóvenes que se educaron bajo las creencias, valores, ideas, instituciones, usos y costumbres, así como algunos otros preceptos de las generaciones de los revolucionarios de la independencia y la de los compañeros de Santa Anna. Los revolucionarios de Ayutla, abrazaron otra visión del mundo y vivieron su existencia de manera distinta; superaron a los viejos y crearon lo propio. Fueron románticos, su pasión fue la práctica literaria y la actividad periodística que aprendieron de sus antecesores, sin embargo, ellos estuvieron enormemente influenciados por el romanticismo francés y se inclinaron más al arte.⁵⁷ Puede decirse que construyeron

⁵⁶ Mientras para Ortega y Gasset, a veces las juventudes pueden ser pasivas dado que asimilan sin crítica lo heredado, para Karl Mannheim, el enfrentamiento entre el pensamiento de los jóvenes y el de los viejos es una realidad inminente y una constante continua, es la piedra de toque en el desarrollo de toda sociedad histórica. Mannheim define que la función específica de la juventud es precisamente la de ser un agente revitalizador porque tiene la potencialidad siempre dispuesta a toda renovación, es “el iniciador predestinado de todo cambio social”. Dado que los jóvenes conviven con las viejas e intermedias generaciones que previeron la naturaleza de los cambios futuros y para ello emplearon su imaginación y formularon políticas, la verdadera vida nueva sólo la experimentan las generaciones más jóvenes y son ellas las que viven los nuevos valores que los viejos profesaron en teoría. Podría decirse que en la juventud está sembrado el germen de las utopías que persiguieron los viejos que las educaron y son los jóvenes finalmente quienes las realizan. *Vid.* Karl Mannheim, *Diagnóstico...*, pp. 51-55.

⁵⁷ El Romanticismo es la filosofía que surge a principios del siglo XIX después de la ilustración y como reacción a ella. En el pensamiento se manifiesta la equipolencia entre la razón y las leyes de la naturaleza o los sentimientos y la intuición. Nicola Abbagnano define al Romanticismo como un “movimiento filosófico, literario y artístico que se inició en los últimos años del siglo XVIII, tuvo su máximo florecimiento en los primeros decenios del siglo XIX y [...] constituyó la característica propia [del] siglo”. El romanticismo implicó una forma de vida, una visión del mundo que se manifestó en todos los terrenos. *Cfr.* Nicola Abbagnano, *Diccionario de Filosofía*, 2ª. reimp., trad. de Alfredo N. Galletti, México, FCE, 2000, p. 1203. Víctor Hugo, considerado el padre del romanticismo francés o el exponente más representativo del mismo y Alexandre Dumas, entre otros, eran miembros de una generación coetánea a la de los revolucionarios de Ayutla y puede decirse también, que establecieron relaciones que les enriquecieron a ambas e incidieron al tiempo en su cultura literaria.

un discurso histórico ligado a la intención de producir sensaciones bellas con sus ejercicios literarios y practicaron distintos géneros para hacer historiografía.

En 1836, Guillermo Prieto fundó junto con los hermanos Lacunza y José Tossiat Ferrer la asociación literaria conocida como la Academia de Letrán, cuyo principal objetivo fue “mexicanizar la literatura” dándole un carácter peculiar y único.⁵⁸ Se invitó a pertenecer a ella a todo aquel que quisiese crear poesía y trabajar por generar una conciencia nacional a través de sus escritos. Entre sus miembros podemos nombrar a: Manuel Carpio (1791-1860), Eulalio Ortega, Francisco Modesto de Olaguíbel (1806- 1865), Ignacio Aguilar y Marocho (1813-1884), Ramón Isaac Alcaraz, José María Lafragua (1813-1875), Fernando Calderón (1809-1845), Félix María Escalante (1820-1861), Ignacio Ramírez (1818-1879) e Ignacio Rodríguez Galván (1816-1842), José María Tornel y Mendívil (1795-1853).⁵⁹ A pesar de haber sido constituida principalmente por los jóvenes de Ayutla puede decirse que en ella convivieron hombres de las tres generaciones.

Las fuentes nos permiten conocer cuán importante fue la figura de Andrés Quintana Roo para los revolucionarios de Ayutla, en esa ocasión le nombraron presidente vitalicio de la asociación.⁶⁰ Era considerado como un padre intelectual, por ello creo que se convirtió en algo así como un eslabón de generaciones; fue admirado como un veterano caudillo cultural de la insurgencia, especialmente por Guillermo Prieto quien fue su protegido. Fiel a su legado, éste último se constituyó a su vez en un eslabón, con respecto a la generación de los “tuxtepecanos”.⁶¹

Dadas las circunstancias políticas del país, en 1839 la Academia de Letrán se disolvió y un nuevo horizonte se desplegó ante las vidas de Payno y Prieto, quienes sin dejar nunca su actividad literaria se integraron al ámbito de la administración centralista,

⁵⁸ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos, 1828 a 1853*, México, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1906, vol.1, p. 216.

⁵⁹ Prieto refiere que el discurso que presentó Ramírez para ingresar a la Academia rompió con los esquemas de la tradición. Titulada ésta como “No hay Dios” provocó grandes estruendos en el recinto. Por un momento, se obstaculizó la lectura del texto mas al dejarle proseguir los oyentes quedaron estupefactos ante la erudición del personaje. Habló de astronomía, matemáticas y zoología, entre otras ciencias, para fundamentar la tesis de que todos los seres de la naturaleza se sostienen por sí mismos y que la materia es indestructible. Asimismo se manifestó como un hombre rebelde y en oposición contra algunos legados de España. Lo cual produjo contrariedades pero también llevó a la reflexión de quienes lo escucharon y replicaron. *Cfr., Ibid.*

⁶⁰ Quintana Roo, al igual de Carlos María de Bustamante, participó en el movimiento de Morelos. Fue él quien presidió la Asamblea Nacional Constituyente que declaró la independencia en 1813.

⁶¹ “Tuxtepecadora” denomina Luis González a la generación que siguió a la de los revolucionarios de Ayutla o Pléyade de la Reforma y en la que figuraron literatos e historiadores como Francisco Zarco, Ignacio Manuel Altamirano, José María Roa Bárcena y Vicente Riva Palacio, entre otros. *Cfr. Luis González, op.cit.*

durante el gobierno de Anastasio Bustamante.⁶² El último como redactor del *Diario Oficial* y el primero con un cargo importante en la Aduana Marítima de Matamoros;⁶³ al tiempo en el que ambos se iniciaron en el periodismo participando en la redacción de *El Cosmopolita* y *La Lima de Vulcano*. A partir de ese momento se convirtieron en promotores de un cambio sociocultural cuando en mancuerna con otro de sus contemporáneos y miembro a la vez de su generación, el impresor Ignacio Cumplido, ejercieron su vocación literaria y dieron vida con sus letras a *El Siglo Diez y Nueve* y a numerosas revistas literarias.⁶⁴

Al año siguiente, en igual armonía las tres generaciones se integraron y participaron en una nueva organización literaria auspiciada por el primer ministro plenipotenciario español en México, Ángel Calderón de la Barca, quien fundó el Ateneo Mexicano: sociedad científica y literaria que, en imitación a la de Madrid, tuvo por objeto hacer extensiva al pueblo la enseñanza de las ciencias y las artes. Cada uno de sus miembros debía dar lecciones gratuitas sobre las materias de su especialidad y dictar conferencias. La asociación contó con un órgano de difusión impreso con el mismo nombre cuya redacción y edición de la sección literaria, estuvo a cargo del viejo liberal insurgente Andrés Quintana Roo. Allí escribieron Lucas Alamán, Guillermo Prieto y Manuel Payno, y convivieron de cerca los dos primeros, como funcionarios de la Junta de Gobierno del Ateneo.⁶⁵ En ese centro cultural se impartieron cátedras de ciencias morales, ciencias naturales, economía política, geografía y estadística, agricultura, lengua castellana, legislación, medicina, música, matemáticas e historia, entre otras.

Quiero hacer especial mención de uno de sus socios, también miembro de la generación de los revolucionarios de Ayutla, el zacatecano Luis de la Rosa Oteiza, para

⁶² A pesar de haber sido disuelta la Academia sus miembros se mantuvieron siempre activos en su vocación literaria, aun cuando se dio una escisión entre ellos y se formaron dos tendencias: una, conservadora y clásica en torno a José Joaquín Pesado y Manuel Carpio, y, otra liberal y romántica en la línea de Ignacio Rodríguez Galván y Fernando Calderón. De ahí surgieron dos revistas literarias: *El Liceo* y *El Museo Mexicano*, en esta última, escribieron Payno y Prieto. Vid. Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, México, UNAM, 1957 (Centro de Estudios Literarios).

⁶³ Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol.2, p. 21; vol.1, p. 360.

⁶⁴ *El Recreo de las Familias, El Museo Mexicano, El Semanario Ilustrado, El Semanario de las Señoritas, El Mosaico, El Álbum, la Revista Científica y Literaria de México*, entre otras publicaciones que alcanzaron gran relevancia y difusión como así sucedió con los Calendarios. Vid. Guillermo Prieto, *Memorias*, vol.2. p. 78 Para ahondar en esta temática es imprescindible consultar la obra de María Esther Pérez-Salas, “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido” en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 101-182 (Historia Social y Cultura).

⁶⁵ Además, Alamán se encargó de los idiomas y trabajó junto con José María Lafragua en la redacción y revisión de las publicaciones.

tratar de explicar el sentido que tuvo la historia para los jóvenes reformistas. Poco se le conoce como figura relevante en el ámbito cultural, en cambio generalmente se le relaciona por el papel diplomático que desempeñó durante las negociaciones de paz con Estados Unidos y la firma del tratado Guadalupe Hidalgo, en 1848. A decir de Miguel Ángel Castro, a Luis de la Rosa debe considerársele como autor de uno de los primeros artículos de crítica literaria publicados en México, titulado “*Utilidad de la literatura en México*”.⁶⁶ Sin embargo, en mi opinión, el escrito tiene múltiples aristas que pueden observarse, si se le mira en su carácter filosófico e histórico, es una fuente de primer orden que nos permite conocer la filosofía de la historia y las características del quehacer historiográfico que compartieron los hombres de la generación de Payno y Prieto. A través de él podemos comprender que fue otro el sentido que tuvo la historia para los hombres de la generación de los revolucionarios de Ayutla.

Según expresa De la Rosa en su texto, en primer lugar la literatura tenía un valor moral, estético y estaba en íntima relación con el placer espiritual. Para ellos progresar en el terreno de las letras significaba civilización y cultura. El ejercicio literario implicaba comprender “los idiomas, la oración, la poesía, todos los escritos inspirados por la imaginación o que son la expresión de un sentimiento, la historia y todos los ramos anexos a ella”.⁶⁷ Sólo a través del arte de las letras era posible la historia. Los poetas eran los contadores de historias y de la historia. Se pensaba que a través de la literatura era más fácil divulgar el conocimiento. Esta condición permitió el posterior cultivo de la novela histórica por parte de los jóvenes de la siguiente generación.⁶⁸

⁶⁶ Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura en México” en *Periodismo y obra literaria*, recopilación, prólogo, introducción y notas de Laura Beatriz Suárez de la Torre, México, UNAM/Instituto Mora, 1996, pp. 375-391 (Obras; I). Originalmente publicado en *El Ateneo Mexicano*, t. 1, México, Vicente García Torres, 1844 y en *El Siglo Diez y Nueve*.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 375.

⁶⁸ Respecto a Santa Anna, puede mencionarse la novela histórica escrita por Ireneo Paz, *Su alteza serenísima*, hace evidente la herencia cultural recibida de sus predecesores y en concreto de Guillermo Prieto. Hacia 1855, año en que cayó Santa Anna, la generación de quienes serían conocidos como los tuxtepecanos era muy joven, sus miembros aún no tenían participación política real hasta que suplantaron a los viejos y constituyeron una nueva minoría rectora. No obstante, con ellos se formaron y serían más tarde los responsables del cambio socio-cultural. Es importante apuntar, que entre los años de 1873-1914 Ireneo Paz escribió quince leyendas históricas en forma novelada, entre las que se encontró la obra arriba mencionada. Vid. Ireneo Paz, *Su alteza serenísima*, México, SEP/FCE, 1982, (SEP 80; 30); Antonia Pi-Suñer Llorens, “Entre la historia y la novela: Ireneo Paz” en Belem Clark y Elisa Speckman Guerra (coords.), *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades/Programa Editorial: Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de investigaciones

Para los revolucionarios de Ayutla el trabajo historiográfico era ciencia y arte a la vez. En su concepto, todo hombre al peregrinar en su existencia en esta tierra no persigue nada más que la verdad y en esa búsqueda los individuos crean cultura a través del ejercicio de la imaginación, conciben utopías que les llevan a transformar su realidad. La literatura fue alimento del espíritu y signo de civilización.⁶⁹ Le consideraron como el medio más adecuado para propagar instrucción y moralidad; con ella pretendieron inspirar virtudes, actitudes e incluso sentimientos como los patrióticos y nacionalistas. En la obra literaria se vislumbra, comprendido por igual, al ensayo histórico, la poesía, la novela, el cuento o la dramaturgia. Por ello, su afición al estudio de la lengua castellana, de la literatura española y ante todo de la filosofía que, en su opinión, implicaba un conocimiento profundo del ser humano. No se puede progresar —decía Luis de la Rosa— en el ejercicio de la oratoria, que es esencial y necesaria para los hombres de Estado, sin conocer “el corazón humano, sus instintos y propensiones”, por no decir pasiones, de ahí que sea necesario estudiar “profundamente la moral y la filosofía en toda su extensión”.⁷⁰

Al hablar de literatura, de la Rosa toca el tema de la imaginación en la fabricación de los relatos y da un lugar preponderante a la redacción de la novela, que implicaba ante todo un profundo conocimiento del ser humano. Para escribirlas dice, “es necesario estudiar historia detenidamente y leer, para formar cada cuadro, para escribir cada pasaje, un gran número de memoria de esas que revelan a la posteridad los pormenores de la vida doméstica, los íntimos secretos de las familias, las obscuras intrigas y los sucesos, a primera vista pequeños, pero de los que han resultado los más ruidosos acontecimientos”. Implicaba remitirse a los documentos, a las memorias de lo “que realmente aconteció” en el pasado.⁷¹ En su creencia el historiador debía ser un erudito y además poseedor de una imaginación capaz de llevarlos a construir bellos cuadros para impresionar al lector y transmitir así los conocimientos históricos.

Evidentemente hoy —que prevalece otra concepción de la historia y bien definido se tiene el campo de la literatura, en el área del no lugar y de la no verdad que es la ficción— la novela histórica carece del *status* de fuente confiable de que gozó en el pasado.

Filológicas, Instituto de Investigaciones Históricas, Dirección General de publicaciones y Fomento Editorial, 2005, pp. 379-392 (Galería de escritores; 3).

⁶⁹ Luis de la Rosa, *op.cit.*, pp. 375-376.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 381.

⁷¹ *Ibid.*, p. 382.

En cambio, los intelectuales de la generación de Ayutla consideraron que el historiador estaba obligado a contar con un amplio conocimiento “de todas las ciencias del hombre”, especialmente de filosofía, para construir un relato verdadero de los hechos —después de haber trabajado de manera crítica con sus fuentes— a través de una narrativa que impresionara “el espíritu del lector”, activara su imaginación e incidiera en su memoria. Lo cual nos lleva a considerar que literatura e historia, son una y lo mismo cuando se enmarcan en el terreno de la verdad y también cuando lo hacen en el lugar de la ficción, la diferencia radica en la intencionalidad del creador de esa historia.⁷²

Esta generación juzgó imprescindible el desarrollo de una “literatura verdaderamente nacional” porque sólo a través de ella era posible escribir y conformar una memoria histórica. Esta última, debía contener todo lo “sublime” y digno de quedar escrito como lo eran todas las acciones de los hombres en el tiempo, “la magnanimidad y el infortunio de los héroes”, la naturaleza e incluso las mismas intuiciones metafísicas que lo recreaban y lo hacían mirar más allá de lo material y de lo humano.⁷³

En mi opinión, respecto a lo expuesto hasta este punto, no hay ninguna duda de que el sentido de la historia fue otro para la generación de los jóvenes revolucionarios de Ayutla y eso explica el por qué, la gran mayoría de los escritores destacaron en el terreno literario y no en el historiográfico. Quizá por el hecho de “filosofar” les consideraron erróneamente más alejados del quehacer histórico que del literario. Ellos tampoco se llamaron a sí mismos historiadores; sin embargo serlo fue un ideal de erudición que finalmente todos pretendieron alcanzar mediante el trabajo de su intelecto en las distintas ramas del saber y en la práctica de las bellas letras. Pues cuando esos hombres tomaron conciencia de que se vive para morir y de que ésta es la única realidad tangible para el ser humano, valoraron su existencia y su protagonismo histórico. Entonces abrazaron al pasado como la esencia de su identidad, interpretaron su presente y dejaron memorias de vida para que sirvieran como lección para el futuro; algunos con la esperanza de que las generaciones venideras separadas en el tiempo se encargaran de escribir la historia que forjaron ellos en acción y pensamiento, y, otros, con la conciencia de que al interpretar su mundo y discurrir sobre sus

⁷² *Ibid.*, p. 387.

⁷³ *Ibid.*, p. 387.

peculiaridades nacionales, expresándose por medio de la poesía hacían historia, y lo hicieron todos los días a través del ejercicio literario y periodístico.

Los autores pertenecientes a la generación de los revolucionarios de Ayutla o de la Reforma, produjeron diversos tipos de discurso en donde lo que los define como textos historiográficos es la intención y la forma como fueron escritos. Cabe señalar, que al referirse a la narrativa de Manuel Payno, Evelia Trejo y Álvaro Matute hacen una puntual diferenciación, entre lo que es considerado “historiográfico” y “parahistoriográfico”. Lo primero, pertenece a una disciplina que se ejecuta bajo cánones y rigores sistemáticos; y lo segundo, son elaboraciones que “contienen elementos formales y de contenido que las hacen semejantes” o útiles, como la compilación de documentos, pero que no son retórica de la historia, como es lo primero.⁷⁴

En el caso de Manuel Payno, he preferido el análisis de sus ensayos para la prensa por la intención que tuvo al escribirlos y porque son fuentes primordiales para el estudio de su pensamiento y el tema que nos atañe. Sin embargo no puedo dejar de mencionar que Payno fue autor de la novela costumbrista, *El fistol del diablo* y con ella marcó un hito en la literatura de carácter histórico dado que jugando con la ficción interpreta su historia inmediata y nos narra acontecimientos en la ciudad de México, desde mediados del año de 1844 hasta la ocupación norteamericana, en septiembre de 1847.⁷⁵ La historia, que comienza con la descripción de un gran baile en el Palacio Arzobispal, en honor a Santa Anna, es utilizada como arma por Payno para realizar una aguda crítica social y actuar en el terreno político, a la manera en que los hacían los intelectuales de las viejas generaciones con las que se estaba formando, con un carácter pragmático y dirigido a incidir en los acontecimientos de un futuro inmediato. No obstante, como ya se vio, la visión de la historia y sobre el oficio del historiador, eran distintas. Tanto como el abrazo a la verdad, que para el romántico, inclinado más hacia la literatura, era mejor revestirla de ficción. Es

⁷⁴ Evelia Trejo y Álvaro Matute, “Manuel Payno: de la historia inmediata a la perspectiva histórica” en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, 1994*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1997, pp. 115-121 (Ida y regreso al siglo XIX).

⁷⁵ Manuel Payno, *El fistol del diablo*, escrita a manera de folletín y editada en la *Revista Científica y Literaria* durante los años de 1845-1846. En 1848, Payno continuó su publicación en el periódico de su propiedad, *El Eco del Comercio*. En 1859, se hizo una segunda edición de la obra notablemente corregida y aumentada y la tercera fue hecha en Barcelona, en 1887. Vid. Robert Duclas, *Bibliografía de Manuel Payno*, edición preparada por Miguel Ángel Castro y Arturo Gómez, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1994 (Serie Bibliografías del Siglo XIX Mexicano).

así, como esta novela, la primera en su género, sin duda fue la semilla que Payno sembró entre los jóvenes de la generación de los tuxtepecanos que se formaron bajo su ejemplo y enseñanzas. Entre ellos destacó más tarde, por su genio en el terreno histórico-literario, Vicente Riva Palacio (1832-1896) quien cultivó el ejercicio literario a través de la novela histórica.⁷⁶

Sin embargo, a ese tipo de discurso elaborado no podemos considerarla con rigor como historiografía. Aunque como ya se mencionó, otra era la idea que se tenía de la historia; mas evidentemente la intención de los autores que abrazaron ese peculiar género, que bien podríamos definir “romántico”, se inclinaron en mayor medida a demostrar su destreza en el manejo de las letras y del lenguaje a través de un relato rico en imaginación, más que a construir un relato verdadero —sobre lo que realmente ocurrió— que para el momento en que vivían, seguramente sería trágico, deprimente y desesperanzador. Como sí lo fue, en ese sentido, la obra con la cual irrumpieron en el escenario de la historiografía e hicieron sentir su presencia en el ámbito político en su carácter de generación vanguardista destinada a promover el cambio social: *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*.⁷⁷

Huelga decir, que a consecuencia de los juicios vertidos en contra del general, los autores fueron perseguidos por el ofendido caudillo, quien los hizo optar —a partir de 1853 que regresó a gobernar— por publicar sus escritos bajo el resguardo del anonimato. De tal manera que otras fueron las circunstancias que definieron el curso de la historia de la producción historiográfica y literaria de la generación de los jóvenes revolucionarios con respecto a las generaciones de los viejos, quienes en su momento, como rectores de la política y de la cultura, produjeron y publicaron libremente, a lo largo de tres décadas, grandes obras de historia nacional. Ellos por su parte, dadas las circunstancias históricas lo hicieron a través de la prensa periódica, en forma accidentada y por un periodo más corto.

⁷⁶ Vicente Riva Palacio tuvo bajo su custodia los archivos de la Inquisición lo que le permitió realizar en sus novelas —*Calvario y Tabor*, *Martín Garatuza*, *Monja y casada*, *virgen y mártir*, *Los piratas del Golfo*, *Las dos emparedadas*, *La vuelta de los muertos*, *Memorias de un impostor*, *D. Guillén de Lampart*, *rey de México*, *Un secreto que mata*, entre otras— y obras de teatro, una reconstrucción histórica a partir de documentos. Posteriormente coordinó la magna obra de sus contemporáneos *México a través de los siglos*. Vid. José Ortiz Monasterio, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 1993; _____, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Instituto Mora/FCE, 2004.

⁷⁷ Ramón, Alcaraz, et al., *op.cit.*

Así, tras la caída de Santa Anna, en 1855, lo primero que hicieron los revolucionarios de Ayutla para legitimarse en el ejercicio del poder, fue abocarse a la tarea de denostar la imagen del general, quien permaneció por un largo periodo como un enemigo espectral que cernía su sombra sobre el futuro esperanzador que se prometieron alcanzar los intelectuales mexicanos, luego de su derrocamiento. Durante varios años algunos críticos de Santa Anna y su régimen, decidieron seguir manteniendo su nombre en el anonimato, no fuera a ser que a ese hombre se le ocurriera regresar. Otros, como Guillermo Prieto, demostraron su decisión de aniquilarle políticamente y pronto sacaron a la luz sus historias.⁷⁸ Sin embargo, de nueva cuenta surgieron los enfrentamientos entre las facciones liberales y conservadoras, en la lucha por el poder. Se sucedieron la guerra de Reforma, la Guerra de los Tres Años y la Intervención Francesa. Fue hasta el triunfo de la República Restaurada, que en una actitud reflexiva y bajo la influencia del positivismo reanimaron el nuevo discurso sobre la nación del cual fueron autores, pero inmersos ya en un proyecto educativo de carácter estatal. Sus libros de texto, los cuales sí pueden definirse como historiografía, fueron escritos en una tonalidad distinta a la que tuvieron en sus años mozos y Santa Anna fue medido con la vara del tiempo por los otrora jóvenes críticos.

Para dar fin al presente capítulo, puede decirse que independientemente de las diferencias que existieron —respecto a la concepción del mundo y de la historia— entre las tres generaciones que fueron contemporáneas al ejercicio político de Santa Anna, los autores que hemos seleccionado para representarlas dejaron memoria de los acontecimientos de su tiempo, orgullosos todos de su existencia y de haber sido protagonistas del devenir histórico que interpretaron. Sin embargo, no debemos olvidar que la interpretación histórica, siempre ha estado acompañada de intereses políticos. Los hombres que gobiernan intervienen en la recuperación del pasado para obrar sobre el futuro. La historia se ha escrito y se utiliza como una forma de identificación, de explicación de los orígenes, para legitimar un orden establecido o para darle sentido a la vida de las naciones. México no es la excepción, quienes dejaron testimonio del acontecer de México en el siglo XIX fueron miembros de una élite, personajes letrados que

⁷⁸ Vid. Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema...*; Anselmo de la Portilla, *Historia de la revolución de México en contra de la dictadura del general Santa Anna, 1853-1855*, México, Vicente García Torres, 1856; Juan Suárez y Navarro, *El general Santa Anna burlándose de la nación en su despedida fecha en Perote. Artículos publicados en el Siglo XIX*, México, Ignacio Cumplido, 1856; *Biografía del general Santa Anna. Aumentada con la segunda parte*, México, Vicente García Torres, 1857.

interpretaron su realidad y su pasado y plasmaron intereses políticos y personales, en respuesta a sus necesidades del presente.

En la actualidad puede considerarse como falso que sólo quienes están en el poder interpretan la historia para legitimar un orden dado; pero si nos remontamos en el tiempo a esas primeras décadas decimonónicas y consideramos que el número de habitantes era bastante reducido, podremos comprender el uso que hicieron del discurso histórico esos hombres que interpretaron su acontecer.

CAPÍTULO II

LOS CONTEMPORÁNEOS DE SANTA ANNA Y LOS DISCURSOS DAN VIDA AL CAUDILLO NACIONAL DE 1836 A 1855

Con la finalidad de demostrar que el discurso histórico con el que se explica a Santa Anna fue construido a partir de las voces de tres generaciones de sus contemporáneos, me he propuesto analizar algunas de las obras de los cuatro autores, ya nombrados. Inicio, por supuesto, con el contexto de los escritos de la voz del más grande, por no decir el más viejo de todos ellos, y quien según lo manifiestan las fuentes, uno de los autores más destacados entre los creadores y constructores del mito sobre las acciones y personalidad del general jalapeño.

Carlos María de Bustamante fue uno de esos hombres revolucionarios, de la primera mitad del siglo XIX, que no escaparon al influjo del carisma del militar veracruzano y reconocieron como legítima su autoridad, desde el primer contacto que tuvieron con él. Cabe señalar, que fue a través de folletos, artículos periodísticos, pasquines e incluso proclamas en donde nació Antonio López de Santa Anna como personaje de la historia de México, y no propiamente en las obras de historiografía publicadas.¹ Sus adictos y seguidores se encargaron de ello. El primero, fue su compadre y entrañable amigo, el general José María Tornel y Mendívil, quien en *Sentimientos y heroísmo del general de la provincia de Veracruz*,² incluso dos meses antes de haberse consumado la independencia y logrado el triunfo el Ejército Trigarante, le caracterizaba ya como un héroe por su valor y patriotismo. Así también lo hizo Carlos María, desde el momento en que se sumó a las fuerzas libertadoras de Iguala y se adjudicó la tarea de fungir como su secretario particular. Aunque Bustamante desempeñó ese cargo por poco tiempo, puede decirse que no dejó de considerarle objeto de sus numerosos escritos donde le juzgó de manera contradictoria. No obstante, poco a poco, el apasionado escritor e historiador Carlos María comenzó a dotar al personaje con un halo providencialista hasta presentarlo ante la opinión pública como un

¹ Importante es señalar que los pasquines u hojas sueltas eran vehículos eficaces para propagar ideas, planes políticos, información sobre personajes u cualquier otra cosa que se quisiera comunicar con rapidez, dado que tenían una amplia circulación y fácil aceptación por el público lector. Los libelos eran capaces de incendiar los ánimos para organizar revueltas, asonadas y manifestaciones.

² José María Tornel y Mendívil, *Sentimientos y heroísmo del general de la provincia de Veracruz*, Puebla, impreso en la oficina de Pedro de Rosa, 1821.

héroe nacional. Así lo demostró, hacia el año de 1831 con el discurso del folleto titulado *Memorias para la historia de la invasión española sobre la costa de Tampico de Tamaulipas, hecha en el año de 1829 y destruida por el valor y prudencia de los generales D. Antonio López de Santa Anna y D. Manuel Mier y Terán en el corto espacio de un mes y quince días*.³ En él, Bustamante construyó una trama en forma de romance donde glorificó su hazaña e hizo aparecer el triunfo de los mexicanos sobre los españoles como un hecho histórico sin precedentes: Para ello, invocó al pasado prehispánico e hizo una analogía con la historia de la conquista; en aquella ocasión el imperio mexica sucumbió ante el embate de los poderosos; pero en su presente lograron vencer gracias a las capacidades extraordinarias del militar Santa Anna, a quien presentó ante su sociedad como un hombre providencial destinado a ser el “salvador de la patria”.⁴

En ese mismo año, Lorenzo de Zavala publicó una obra caracterizada propiamente como historiográfica —por el sentido y la intención que tuvo al escribirla— y en ella consignó asimismo a Santa Anna, como un personaje clave en el desarrollo de los acontecimientos y aunque no le reconoció como un héroe en la forma como lo hizo Bustamante, sí le destacó por sus acciones y patriotismo.

A pesar de que Bustamante consideraba que la historia de su tiempo presente, debería de explicarse como resultado del proceso revolucionario iniciado por Hidalgo en 1810, hasta ese momento, él no había logrado integrar una interpretación que llegara a ese punto. El *Cuadro histórico de la revolución mexicana* que comenzó a publicar desde 1821, había quedado inconcluso,⁵ dada su inclinación a documentar el periodo de la insurgencia y por ocuparse con fervor a su ejercicio periodístico diario. Zavala le ganó la carrera en el

³ Carlos María de Bustamante, *Memorias para la historia de la invasión española sobre la costa de Tampico de Tamaulipas, hecha en el año de 1829 y destruida por el valor y prudencia de los generales D. Antonio López de Santa Anna y D. Manuel Mier y Terán en el corto espacio de un mes y quince días*, México, C. Alejandro Valdés, 1831.

⁴ En la interpretación de la historia de México se delinearon dos posturas: una que identificó los orígenes de la civilización mexicana a partir de un pasado prehispánico y otra que lo desdeñó, reconociendo como punto de partida a la conquista y el dominio español. Desde tiempos de la insurgencia, Bustamante trabajó junto con Fray Servando Teresa de Mier para conformar una ideología nacionalista asumiendo la primera. Enrique Florescano piensa que ésta se convirtió en un arma política que reivindicó demandas de mestizos e indígenas, quienes mediante el rescate de ese pasado incorporaron “a su patrimonio la legitimidad de los vencidos”. Enrique Florescano, *Emia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, 2ª reimp., México, Editorial Aguilar, 1998, p. 99 (Nuevo Siglo); _____, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2000 (Pasado y Presente).

⁵ Carlos María de Bustamante, *Cuadro histórico de la revolución de la América mexicana, comenzada el 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla*, 5 vols., México, Imprenta del Águila, 1823-1827.

sentido de presentarse como el primer historiador de la nación mexicana e ideólogo liberal que había logrado hacer una síntesis del pasado inmediato para explicar su presente.⁶ Cabe señalar que con el *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*⁷ Zavala marcó la pauta que seguiría la historiografía de ese tiempo, la de ser una historia de tinte esencialmente político. En su discurso, que expresa la voz de la generación de los compañeros de Santa Anna, Zavala se reconoce a sí mismo como protagonista de la historia de México y valida su testimonio; por ello da cuenta y justifica con argumentos sus propias acciones en el terreno de la política y en la lucha por el poder, donde por supuesto se relacionó con el militar.⁸ No obstante, manifiesta haber pretendido en todo momento presentar los hechos con imparcialidad y narrar la verdad de lo acontecido. Finalmente, con su obra sentó las legítimas bases sobre las cuales se edificó el personaje histórico Santa Anna, en el discurso liberal.⁹

En los años posteriores, salieron a la luz otras obras de historiografía en torno al proceso de la independencia por parte de algunos miembros de la generación santannista, como la historia de José María Luis Mora.¹⁰ Más como sucediera con la obra de Bustamante, el escrito del ideólogo liberal únicamente alcanzó a describir los acontecimientos hasta 1812 y fue en sus trabajos de índole periodístico y sobre todo en su *Revista Política*, donde Mora se ocupó de su historia inmediata y de juzgar y caracterizar al personaje Santa Anna.¹¹ Allí escribió una trama urdida por intereses de índole político, confeccionada al ritmo y al calor de los acontecimientos, con la finalidad de justificar sus propias acciones en el ámbito del Estado.¹²

⁶ En 1846, Bustamante publicó la *Continuación del cuadro histórico. Historia del emperador D. Agustín de Iturbide hasta su muerte y sus consecuencias; y establecimiento de la República Federal*. Cabe señalar que en el *inter* de los años que existen entre las fechas de publicación de éste y el anterior, Bustamante dio a luz a tres obras de las que nos ocuparemos en el presente estudio.

⁷ Lorenzo de Zavala, *op.cit.*

⁸ Para ahondar sobre este tema véase Evelia Trejo, *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su "Ensayo histórico" y la cuestión religiosa en México*, México, FCE/UNAM/INAH, 2001 (Sección de Obras de Historia).

⁹ Zavala escribió en las primeras páginas de su obra la opinión que tenía sobre Bustamante a quien consideró como un "hombre sin luces" que escribió todo lo que oyó y lo que le contaron construyendo así una obra compuesta por hechos falsos, absurdos y ridículos, que lejos de decir verdad ofrecían "un testimonio vergonzoso para el país". Por esta razón, entre otras, él se propuso seguramente publicar una historia "verdadera" de lo acontecido hasta su reciente pasado. *Ibid.*, vol. 1, p. 4.

¹⁰ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, París, Librería de Rosa, 1836.

¹¹ José María Luis Mora, *Obras sueltas*, t. 1, París, Librería de Rosa, 1837 (Revista Política-Crédito Público).

¹² Allí llamó Mora a Santa Anna el "Átila de la civilización mexicana" y lo acusó de haber sido el culpable del fracaso de la reforma liberal de 1833, de la cual fue él autor intelectual. Juzgó a las clases tradicionales, el

Así lo hizo Carlos María de Bustamante, tras la instauración de la primera república central que lo llevó a ser uno de los cinco miembros que formaron el Supremo Poder Conservador.¹³ Se juzgó a sí mismo un protagonista importante en el desarrollo de los acontecimientos históricos, interpretó su historia inmediata y urdió tramas significativas para el estudio del personaje Santa Anna, a la vez que interesantes para el análisis del discurso y de las ideologías pues permite comprender las características de los pensamientos liberal y conservador característicos de esa primera mitad del siglo XIX, y cuya esencia se trasluce, aún hoy, a través del tiempo y las generaciones.

Bustamante: tres momentos, tres discursos

Huelga decir que Carlos María de Bustamante fue uno de los historiadores que dieron vida al personaje Santa Anna como héroe nacional y también como villano. El tinte maniqueísta de su historiografía y lo contrastante de sus juicios es consecuencia de la interpretación de una historia inmediata en donde el autor mismo desempeñó un papel clave como intelectual de Estado y protagonista de los acontecimientos que describe. Para conocer la gran trama que Bustamante urdió sobre la historia y el protagonismo de Santa Anna en los años de 1836 a 1848, así como el sentido pragmático político de su quehacer historiográfico es necesario comprender las distintas tramas que elaboró en tres de sus obras, cada una de ellas con una intriga diferente.¹⁴

Historiador de México, en 1842

Carlos María de Bustamante tenía sesenta y ocho años y se consideraba a sí mismo como un hombre maduro en experiencia y digno de ser escuchado en sus críticas y en su propuesta política cuando publicó, en 1842, *El gabinete mexicano durante el segundo periodo de la administración del exmo. señor presidente D. Anastasio Bustamante, hasta la entrega del mando al exmo. señor presidente interino D. Antonio López de Santa Anna, y*

clero y el ejército, como los principales obstáculos para que México pudiera ubicarse en el camino de la modernidad, el desarrollo y el progreso.

¹³ A partir de este momento, utilizaré en ocasiones las siglas SPC para referirme al Supremo Poder Conservador.

¹⁴ Para tener una visión más amplia sobre lo voluminoso de su obra véase Edmundo O’Gorman, *Guía bibliográfica de Carlos María de Bustamante, trabajo realizado por el seminario de historiografía de la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la dirección de ...*, México, Fundación Cultural CONDUMEX, 1967.

*continuación del cuadro histórico de la revolución mexicana escrito por el...*¹⁵ Texto, que como el título reza debía ser considerado como parte de la gran labor que como historiador de México inició desde tempranas fechas. En él se ocupa de la historia del gobierno de Anastasio Bustamante, desde abril de 1837 en que juró la constitución de las Siete Leyes, hasta octubre de 1841 en que tras la firma de las Bases de Tacubaya y los Convenios de la Estanzuela, Antonio López de Santa Anna tomó posesión del gobierno, como presidente interino.

Los dos volúmenes que constituyen el cuerpo están escritos en forma de cartas que Bustamante escribió casi al ritmo de los acontecimientos, en un momento de crisis en su ejercicio político, debido al fracaso del régimen central y la derogación de la constitución de 1836 —de la cual fue uno de los autores y en virtud de la que se desempeñó como uno de los miembros del Supremo Poder Conservador.¹⁶ Al final, incluye un apéndice formado por algunos documentos que confirman que el sentido que tuvo su escrito fue el de justificar el viraje al centralismo y atacar a los federalistas que coadyuvaron a su caída.¹⁷

Respecto a su trabajo historiográfico, puede decirse que con una idea ciceroniana de la historia, Bustamante escribió en forma epistolar y anteponiendo el título de amigo. Dirigió sus letras a las futuras generaciones para que se ocuparan en conocer su pasado, pues según su concepto el conocimiento histórico era útil para predecir el futuro y conformarlo. Modestamente reconoció haber descrito los acontecimientos de los que fue testigo, bajo una perspectiva muy propia de concebir su entorno. No obstante afirmó haber pretendido imitar a Miguel de Cervantes y Saavedra y tomar muy en cuenta, lo que el

¹⁵ Carlos María de Bustamante, *El gabinete mexicano durante el segundo periodo de la administración del exmo. señor presidente D. Anastasio Bustamante, hasta la entrega del mando al exmo. señor presidente interino D. Antonio López de Santa Anna, y continuación del cuadro histórico de la revolución mexicana*, 2 t., México, Imprenta de José M. Lara, 1842, ed. facs. México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985, (Clásicos de la Historia de México; 7-8).

¹⁶ Fueron nombrados miembros del Supremo Poder Conservador los señores Justo Corro, Rafael Mangino, José Ignacio Espinosa, Melchor Múzquiz y Francisco Manuel Sánchez de Tagle, pero el primero no prestó juramento a su cargo. Como suplentes se designaron a Carlos María de Bustamante, Cirilo Gómez Anaya y José María Bocanegra. Vid. Alfonso Noriega, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, México, UNAM, 1972, vol.1, p. 223.

¹⁷ Dicho apéndice incluye el libelo de su autoría, *La verdadera noticia de los tres días del ministerio*, impreso en el año de 1839 por Tomás Uribe y Alcalde en Puento de Correo Mayor núm. 9 y otras “notas *post-scriptu*”. Al parecer, intencionalmente y a última hora el autor incluyó su *Análisis Crítico de la Constitución de 1836, en que se demuestra la injusticia y sinrazón con que ciegame, y como en tumulto y asonada se le ha censurado por escritores, que o no la han leído, o no la han entendido y a que dio lugar el pronunciamiento que contra ella hizo el Sr. Don Anastasio Bustamante desde que tomó el mando*; escrito en respuesta al editorial del periódico *El Cosmopolita* de 1º de noviembre de 1837 e incluso con una paginación distinta.

escritor consignó en *El Quijote*, sobre la manera que debía conducirse un historiador. A saber, las siguientes líneas que del autor cita: “*Deben ser los historiadores, puntuales, verdaderos y no nada apasionados, y que ni el interés ni el miedo, ni el rencor, ni la afición no les haga torcer el camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir*”.¹⁸

Su tradición hispánica cervantina se manifiesta tanto en su lenguaje metafórico, como en la forma quijotesca en la que se desenvuelve la trama de su obra.¹⁹ En sus cartas se entretejen múltiples historias diversas, que no todas intrigas o relatos de tinte político sino poesías, rimas patrióticas, narraciones de cosas divertidas o sucesos ridículos, cuadros de usos y costumbres, documentos, artículos periodísticos, decretos, y todo aquello que creyó importante para conformar un fiel retrato de lo que se presentó a su vista. Por lo que su narrativa representa una fuente de gran valor para reconstruir el paisaje de su tiempo. Asimismo, organizó su discurso histórico a partir de innumerables analogías establecidas con la historia de la Grecia clásica o de Roma, con la de la época prehispánica o con la de los países europeos, incluso hasta con pasajes bíblicos.

Es pertinente advertir, que esta forma peculiar de escribir —de valor incalculable pues contiene imágenes que de no haber sido plasmadas por su ecléctico espíritu, se habrían perdido— le llevó a ser objeto de crítica por parte de sus contemporáneos; algunos le consideraron superficial y autor de sucesos fantasiosos, de carecer de precisión en fechas y escribir incoherencias; mientras que otros, le consideraron como quien “puso los fundamentos de la historia contemporánea” gracias a su vehemente afán por reunir documentos.²⁰ Por mi parte, puedo afirmar que la poética de Bustamante es histórica

¹⁸ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...t.I*, p. 137. Las cursivas son de Bustamante, quien afirma que la cita es del capítulo 9 del primer tomo de *El Quijote*, sin precisar la edición que usó.

¹⁹ Lemoine apunta que los autores que dejaron una honda huella en el espíritu de Bustamante, fueron Miguel de Cervantes y Bernal Díaz del Castillo. Asegura que se sabía casi de memoria *El Quijote* y lo utilizó como “figuras referenciales para censurar, ejemplificar o moralizar sobre situaciones y hombres de su tiempo”. Hace notar que en cierta manera don Carlos se imaginaba o soñaba que se convertía en otro Quijote, “desfacedor de los entuertos nacionales”. Ernesto Lemoine, *Estudios historiográficos sobre Carlos María de Bustamante*, edición, introducción y selección y presentación de textos por Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, México, UAM, 1997, pp. 285-286.

²⁰ Vid. Manuel Larrainzar, “Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribirla en México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días” en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos en torno a la historia de México*, notas bibliográficas e índice

porque fue escrita con el sentido de decir verdad, pero también es un arte literario singular. En el curso de la lectura y a través del análisis de su lenguaje encontramos la ironía en sus agudas críticas que permite percibir lo cómico de lo que creyó absurdo; y, también una actitud reflexiva y seria, comprometida con el oficio de historiador.

Bustamante se propuso trabajar bajo la exigencia de un método muy personal, por el cual recopiló “cuantos datos y apuntamientos secretos” pudo, con la finalidad de que otra pluma los tomara como base para escribir “una historia verdadera”. Afirmaba estar convencido de que muchos textos que circulaban habían sido escritos al calor de las pasiones políticas y que lo único que hacían era confundir a los lectores y mal instruirlos, de tal forma que de no poner remedio alguno como, en este caso, él lo hacía publicando sus trabajos, se corría el riesgo de que la historia de esos años se escribiera, a su decir, como una romántica novela para arrullar chamacos cuando en realidad era, según su juicio, un drama, que tuvo un final “cómico-trágico” cuando pasó el poder a manos del general Antonio López de Santa Anna.²¹

En su narrativa se perfilan distintas sub-tramas, sin embargo en todas ellas el personaje principal es la patria que se imagina y que describe como la heroína que encarna la tragedia. En el drama que urdió de la historia de esos años, el país no sólo sufría desórdenes en su interior sino que se encontraba amenazado externamente por las naciones civilizadas. Los principales golpes provenían de Estados Unidos, que por medio de la intriga y la imposición de sus intereses egoístas había influido para que, en 1836, la provincia tejana se declarara independiente argumentando que su conducta era en respuesta al establecimiento del sistema central. Pero también sufrió los ataques de aquellos países europeos que decían ser la cuna la modernidad. En 1838, Francia hizo injustas y ridículas reclamaciones al gobierno de México, a causa de los daños sufridos por sus conciudadanos a consecuencia de las guerras civiles; y con la fuerza de las bayonetas exigió el pago de una suma de la cual, por supuesto, el país carecía.

En la primera carta, escrita al inicio del año de 1841, en un lenguaje que pretende conmover al lector, Bustamante nos da cuenta de su idea providencialista de la historia, así

onomástico por Eugenia W. Meyer, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 133-241 (Serie Documental; 8).

²¹ Carlos María de Bustamante, *El gabinete mexicano ...*, t. 1, p. [VI]. Evidentemente, él hizo lo mismo que sus contemporáneos, escribió su historia al calor de las querellas políticas.

como del carácter político y tono moral de su interpretación. Hace saber su convicción de la existencia de un ser “supremo moderador, árbitro y soberano de los hombres” que dotó a los mexicanos “de toda clase de bienes”. Sin embargo, ellos haciendo mal uso de su libre albedrío no habían hecho más que desaprovechar tanta riqueza a consecuencia de mantenerse enfrascados en sus luchas partidistas.

Contrariamente a lo que pudiera creerse, dada su trayectoria como liberal insurgente y su participación como miembro del Congreso Constituyente, Bustamante no comulgó nunca con el federalismo. Consideró que la causa principal de todos sus “errores y extravíos” había sido constituirse como una república federal. Al final del apéndice de la obra el autor documenta la valiente confesión que hizo de haber firmado la Constitución de 1824, sin haber estado de acuerdo con ella. Asimismo, afirma que en el tiempo en que escribía esas líneas, estaba más que convencido de que dicho sistema federalista, sólo les había deparado desgracias.

Un gobierno fuerte, controlador y respaldado por el ejército era el más congruente con sus ideas. Para él, erigir un Estado centralizado como lo fue en su momento el gobierno colonial era lo idóneo. Sin embargo, no pretendió tampoco revivir el pasado porque las circunstancias eran otras. Las doctrinas liberales con las cuales nutrió su pensamiento conforman una amalgama con sus prejuicios y le permitían vislumbrar un nuevo orden.²² De ahí que nunca hubiese considerado a la monarquía como una posibilidad del ser de México y sí, defendido la idea de un gobierno republicano y representativo, pero central. En su opinión, los mexicanos se habían dejado alucinar por el ejemplo de Estados Unidos de Norteamérica y tratado de imitar una forma de gobierno que era totalmente ajena e incongruente con la tradición de México.

A consecuencia del choque generacional, Bustamante escribe como un viejo horrorizado por la “inconsciencia” de los jóvenes poseedores de las ideas vanguardistas. Les llama “mozalbetes románticos”, “demagogos” y con otros epítetos más, les califica e insulta porque les mira amenazantes. Su retórica está encaminada a demostrar que la

²² En sus escritos se devela que en su conciencia histórica, como diría Hans Georg Gadamer, tienen un gran peso en la interpretación: la tradición, la autoridad y los prejuicios. Considerando el prejuicio como lo que es la “conciencia de sí” que se adquiere en el seno de las tradiciones y de la historia o bien puede decirse como la historicidad de su pensamiento dado que se nace en la historia. *Vid.* Paul Ricoeur, “Hermenéutica y crítica de las ideologías” en Paul Ricoeur, *Ideología y utopía*, compilado por George H. Taylor, 3ª reimp., Barcelona, Editorial Gedisa, 1999, pp. 307-324 (Serie CLA DE MA. Filosofía).

elección del centralismo fue obra del pueblo y no la representación del triunfo de la oligarquía como argumentaban los escritores de la nuevas generaciones que escribían en *El Cosmopolita*, y que le atacaban.²³ Por ello acusa a los redactores del periódico de recurrir al “arte de alucinar” a un “pueblo irreflexivo e inocente”, dibujando tendenciosamente todos los males de la república como emanados de la Constitución y de las instituciones del gobierno, concretamente del Supremo Poder Conservador.

Puede observarse que a pesar de que Bustamante dice ser un “filósofo imparcial”, su interés a todas luces es atacar a quienes pretendían el restablecimiento del federalismo y aplicar “las medidas”, que según dice, ellos creían “*exigidas por la civilización y el espíritu filosófico del siglo*” y que en su opinión, estaban encaminadas a mancillar el poder económico, político y social que tenía la Iglesia. Pero más aún, porque consideraba que el presidente Anastasio Bustamante se encontraba confabulado con ellos y preparaba un complot junto con los liberales moderados, capitaneados por Manuel Gómez Pedraza, para finalmente acabar con un gobierno que aún no podía ponerse en marcha.²⁴ A su decir, el presidente tenía “bien amasado el pastel o sea el programa”, como así lo llamaban los “señores del progreso”.²⁵

Las acciones de las jóvenes generaciones le rompían a Bustamante el esquema de un orden que por un momento sintió seguro con su práctica política como brazo ejecutante del Cuarto Poder. Por ello con un grito desesperado afirmaba que los mexicanos eran amantes de “la religión de sus padres” y eran intolerantes mas no por ello dejaban de progresar. Refería, no ser de su consentimiento pensar que frente a una iglesia pudiera colocarse una sinagoga donde se maldijera a Jesucristo, como tampoco creer que los sacerdotes pudieran dejar de ser célibes, entre otras cosas.²⁶ Por lo tanto, quería persuadir a los hombres de su tiempo de estar alerta contra la verborrea de las logias masónicas y los invitaba a considerar

²³ Cabe recordar que fue en *El Cosmopolita* uno de los diarios en donde Guillermo Prieto y Manuel Payno iniciaron su carrera periodística y literaria, después de fundada la Academia de Letrán, y en donde interactuaron con algunos de los miembros de la generación de los compañeros de Santa Anna, como Manuel Gómez Pedraza, Juan Rodríguez Puebla e incluso con el presidente Anastasio Bustamante, entre otros.

²⁴ Dado que el general Anastasio Bustamante hizo mancuerna con Alamán, durante los años de 1830-1832, en un gobierno que fue tildado de centralista se le consideró entonces como la persona idónea para gobernar y poner en marcha la república central, en 1837. Mas su desempeño desilusionó a don Carlos María, quien sembró expectativas en él, de ahí que arguyera que algo le pasó al muchacho Anastasio, cuando tuvo que salir del país en virtud de la llamada Ley del Caso, pues regresó cambiado por la influencia de las ideas del siglo.

²⁵ Vid. Carlos María de Bustamante, *Análisis crítico...*, pp.30-37.

²⁶ Para él, la religión es un punto de cohesión entre los mexicanos. Más tarde, Alamán retomará este punto para confirmar lo mismo.

el papel de moderador que desempeñaba el Supremo Poder Conservador en su sociedad. Esto es: ocuparse de la disciplina militar, regular las leyes económicas y de Hacienda, cuidar de la moral, educación y buenas costumbres a fin de evitar la propagación de las ideas detestables que la juventud traía en boga.

Bustamante temía a los cambios drásticos. En su concepción del Estado, la Iglesia y el Ejército eran pilares. A pesar de haberse nutrido durante su juventud con ideas vanguardistas y liberales emanadas de la revolución francesa y de la ilustración española, mismas que en un momento dado, le sirvieron para integrarse al movimiento insurgente y ser uno de los protagonistas que favorecerían un cambio social, puede observarse en su pensamiento un gran arraigo a la tradición y a los prejuicios en los que se formó.²⁷

Bustamante nos permite leer en el texto que, en su opinión, se había gestado un proceso de desmoralización con respecto a la conveniencia del sistema federal y lo establecido por la Constitución de 1824. A su decir, en realidad a México se lo “estaba llevando el diablo” pues existía pobreza, injusticia, guerra civil, rapiña y una “general desmoralización de todas las clases del Estado”.²⁸ Por ello, fragmentado ya el partido liberal después del fracaso reformista de 33, el ala moderada y los conservadores decidieron poner en marcha otra forma de gobierno. Manifiesta Bustamante estar convencido de lo negativo que fue el federalismo, pero no así el sistema representativo. Argumenta y sostiene la tesis de que en ese tiempo había sido la voluntad general establecer un gobierno fuerte y centralizado dirigido por los “hombres de bien”.

Se preguntará el lector ¿quiénes eran estos “hombres de bien”? Pues personas miembros de la clases privilegiadas y las clases medias que tenían una posición social, cultural y valores morales que superaban las diferencias políticas. Eran los grandes y

²⁷ Ernesto Lemoine refiere que Bustamante, en su juventud, fue indisciplinado y poco metódico en sus obligaciones escolares así que pronto abandonó sus estudios superiores de jurisprudencia y se convirtió en autodidacta; su curiosidad insaciable lo llevó a nutrirse de las “lecturas más heterogéneas y de los temas más inconexos sin plan ni concierto”. Descubrió a los clásicos; Cicerón, Tácito, Polibio, Virgilio, como a los autores más representativos de la ilustración española: Gaspar Melchor de Jovellanos y Benito Jerónimo de Feijóo y Montenegro. Además leyó *Recreaciones filosóficas* de Almeyda y *Elementa juris naturae et gentium* de Heineccius. Glosas sobre filósofos y enciclopedistas de moda publicadas en revistas especializadas de la Península como *El Correo de Madrid*, *El espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa*, el *Semanario erudito* de Valladares, ampliaron en Bustamante su visión del mundo, de los problemas generales, de los hombres”. Podría decirse que comenzó a tener conciencia. Más tarde su amistad con Francisco Primo de Verdad y Ramos lo colocó en posición de “sospechoso de infidencia” y casi corría la misma suerte que el precursor. *Vid.* Ernesto Lemoine, *op.cit.*, p. 283.

²⁸ Carlos María de Bustamante, *El gabinete ...*, t. 2, p. 7.

pequeños propietarios, aquellos profesionales con capitales o empleados públicos remunerados de la burocracia civil o militar. Eran la gente “de razón” y culta, la única que podía votar y ser elegida para los cargos políticos como representantes de las mayorías, es decir del pueblo “inculto,” pobre y a veces inmoral. Los hombres de bien eran católicos y podían ser liberales o conservadores de una tradición como nuestro autor. En su discurso Bustamante se muestra orgulloso de haber pertenecido al Supremo Poder, como puede leerse a continuación:

Jamás amigo mío olvide usted este criterio. Las instituciones son buenas, y su bondad se conoce por sus efectos, como la bondad de los árboles se conoce por sus frutos. Los que hasta aquí ha dado el conservador no son de maldición sino de honor. Preséntese, si no en la palestra el que se quejase de sus procedimientos, yo lo desafío. Mi timbre de honor y mi blasón siempre será haber pertenecido a esta corporación augusta.²⁹

Mas sin embargo afirma que alzó su voz, no con “carácter de conservador” sino como el viejo ciudadano que desde 1808 se dedicó a trabajar, con sus escritos y con su espada, “por la felicidad de la nación”.³⁰ En el discurso, Bustamante nos deja leer su convicción de que en su presente México estaba más vulnerable ante las amenazas exteriores que cuando era colonia española, de ahí la urgente necesidad de lograr la unidad y consolidación de las instituciones de gobierno: la Iglesia y el Ejército. En especial de la fuerza militar, para evitar ser fácil presa de cualquier potencia extranjera, como de Estados Unidos que no ocultaba su ambición de querer ondear su bandera en la capital mexicana.³¹ Bustamante no sabía que lo que estaba escribiendo entonces, efectivamente sucedería cinco años después y que su pronóstico fue acertado. El miedo a pensar que México pudiese perder su independencia lo llevó incluso a considerar con nostalgia la antigua protección de la que gozó el país cuando era colonia de España, como se lee a continuación:

Efectivamente: la España protegía con su escuadra y su prestigio estos países que las naciones extranjeras respetaban; mas hoy las naciones extrañas se burlan de nosotros, y a cada paso nos formidan [*sic.*] con sus armas, si no condescendemos con sus pretensiones caprichosas.³²

²⁹ *Ibid.*, p. 212.

³⁰ *Ibid.*, p. 170.

³¹ *Ibid.*, p. 39.

³² *Ibid.*, t.1, p. 28.

Por ello era necesario instaurar un gobierno fuerte y centralizado que permitiera a México presentarse ante el mundo como una nación respetable y sólo podría lograrse a través de la consolidación de una economía propia. En sus líneas expresa el temor que sentían los hombres de bien conservadores a un cambio radical que transformara el *status* social, económico y su forma de vida. Su lenguaje tiene un tono moralizante y evoca a la tradición. Para él hablar de libre cambio era una amenaza como lo era la libertad de cultos. Así, nos permite conocer sus ideas proteccionistas en beneficio de la consolidación de una economía nacional a través de la explicación que da sobre lo perjudicial que era establecer relaciones comerciales libres con los extranjeros. En su concepto, lo más inteligente sería primero tratar de fabricar una independencia económica, como la hubo mientras México fue colonia española, para después pensar en interactuar económicamente con otros países, ya en una situación de igualdad y no en desventaja, como lo era en la visión de su presente inmediato. Por consiguiente, en su texto expone argumentos para reconocer los beneficios que tenía controlar la economía a fin de impedir o si acaso poder contener y limitar la importación de mercancías y bienes.

Con su lenguaje cargado de analogías, Bustamante recuerda, reflexiona y transporta al lector a través de una retrospectiva al México colonial en donde sueña con el ideal de construir un país formado por un pueblo industrioso, capaz de cubrir por sí mismo sus necesidades económicas. Así, después de establecer algunas comparaciones con el pasado concluye considerando que durante el gobierno colonial había orden y economía y en su presente todo lo contrario. Por lo tanto, reconviene y manifiesta que era necesario establecer una manera de producir y repartir la riqueza similar a la que hubo antaño, a fin de establecer un gobierno pacífico y justo. Así lo manifiesta en las siguientes líneas:

Desengañémonos, amigo, si queremos *progreso* volvamos al retroceso en cuanto a *hacienda*. No nos engañemos creyendo que habría mayor recaudación acumulando en la autoridad militar la civil y de hacienda; jamás la acumuló el gobierno español: los intendentes proporcionaban el dinero a los cuerpos militares y jamás les faltó; aquellos magistrados obraban independientes en su esfera, y jamás se turbaba la armonía. ¡Que insensatez! ¡Buscar la felicidad pública por un medio desconocido, abandonando el camino seguro y trillado! ¡abandonar lo cierto por lo dudoso! ¡vah, esto apenas se hace creíble!³³

³³ *Ibid.*, t 2, p. 92.

Es interesante notar este tipo de ideas que caracterizan al pensamiento conservador de Bustamante. En lo económico pudiera decirse que el modelo del pasado era el ideal. En su opinión, sólo con el proteccionismo, “progresaría la industria, se asegurarían las propiedades y se evitarían las revoluciones”.³⁴ En lo político no puede argüirse lo mismo, pues tiene otras connotaciones en donde se mezcla, el conservadurismo y lo liberal. Asimismo, es posible comprobar que el conservador defiende la idea de un progreso gradual y por caminos conocidos. Los cambios y las innovaciones lo violentan y le provocan temor.

Como bien señala Edmundo O’Gorman, la historia de México es la historia de un “pueblo atenazado por dos utopismos contrarios”, dos sueños en pugna con respecto a la idea del ser nacional. Uno de ellos se gestó en Apatzingán y el otro en Iguala. El primero fue un movimiento de carácter democrático liberal; en Iguala se perfilaron los elementos tradicionalistas donde la nota decisiva fue la exaltación de un hombre excepcional por sus virtudes. A partir de ese momento coexistirán dos posibilidades históricas del ser: la democrático-liberal y la utopía personalista.³⁵ Respecto a lo anterior, bien pudiera afirmarse que el pensamiento de Bustamante es una extraña mezcla de los dos o una síntesis. Su conciencia histórica y horizonte cultural representa “una mezcla ecléctica de postulados de la ilustración, de pasiones y anhelos románticos de una reforma político social y de tradicionalismo católico”.³⁶ A medida que pasó el tiempo y Bustamante alcanzó la madurez en su práctica política, su pensamiento fue tomando distintas tonalidades que le llevaron a considerarse ideológicamente a sí mismo, como un conservador.

En recientes fechas, la historiografía revisionista ha destacado puntos fundamentales para comprender el proceso histórico del siglo XIX mexicano que rompen el esquema de la versión oficial promotora de una visión mitológica con la cual se explicó la historia de esos años como la lucha entre liberales y conservadores y por ende definió a los conceptos de liberalismo y conservadurismo, como dos formas radicalmente opuestas y acabadas. La verdad es que no se puede hablar de ellos en ese sentido porque ambos tienen elementos en los que convergen. Pues como dice O’Gorman esas dos utopías o sueños sobre las

³⁴ *Ibid.*, p. 105.

³⁵ Edmundo O’Gorman, “Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla” en *Secuencia 16. Revista de historia y ciencias sociales*. Nueva Época, México, Instituto Mora, enero-abril de 1990, p. 82.

³⁶ *Ibid.*, p. 70.

posibilidades del ser nacional se van contaminando. Por lo tanto no podemos hablar de un Bustamante liberal o conservador sino que como se podrá apreciar a través del análisis de la trama que construyó de la historia de 1836 a 1848 y del personaje Santa Anna, efectivamente fue él un ecléctico: liberal republicano, pero intolerante en cuestiones religiosas dado que era un católico dogmático y además guadalupano; centralista, elitista y proteccionista en el ámbito económico y en lo que respecta a cuestiones morales y éticas, un tradicionalista porque defendió valores conservadores que provenían claramente de la sociedad colonial en la cual se formó.³⁷

Bustamante interpretó la historia de 1837 a 1841 como una tragedia. A través de las líneas que componen *El gabinete* puede sentirse el horror, la indignación y el miedo que sintió el autor al haber vivido esos acontecimientos que calificó como “de triste memoria” por no poder México escaparse de un destino al que estaba circunscrito —al vivir en desventaja ante la fuerza y el poderío que representaban las grandes potencias— más el caos interno que se mostraba ante sus ojos como consecuencia de las luchas intestinas. En su trama, al comenzar el año de 1840, la república que es la heroína que encarna la tragedia, vivió como un ultraje el reconocimiento de la independencia de Texas, por parte de Francia e Inglaterra. A partir de ese momento diversos males se desencadenaron sobre el país. Yucatán y Tabasco se separaron. Chiapas y otros departamentos amenazaban con secundarlos. Esto a los ojos de Bustamante cayó como una estocada al gobierno mexicano porque las condiciones para recuperar dichas provincias eran totalmente adversas, salvo que por el “arte del *encantamento*” como sucedían las cosas en *El Quijote*, pudiesen salir del embrollo.³⁸ En esas circunstancias la prioridad era recaudar más dinero para organizar al ejército, de tal manera que se dictaron nuevas contribuciones y se puso en vigor una ley que imponía “durante la guerra” un recargo sobre las fincas rústicas y urbanas. Dichas ordenanzas y los numerosos impuestos terminaron por incomodar a los grandes propietarios y comerciantes de toda la república. Varios departamentos, como Guanajuato y Jalisco, se negaron a obedecer la ley de contribuciones. La moneda de cobre se depreció y los agiotistas se comportaron como unas verdaderas sanguijuelas; además de que la famosa

³⁷ William Fowler, “Carlos María de Bustamante: un tradicionalista liberal” en William Fowler y Humberto Morales (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Saint Andrews University, 1999, pp. 59-86.

³⁸ Carlos María de Bustamante, *El gabinete mexicano ...*, t. 2., p. 61.

“ley del 15 por 100” —que se dispuso para gravar la introducción de los efectos extranjeros— prendió la mecha de la franca guerra civil. En su visión, los autores de “tan infandos males” fueron el presidente Anastasio Bustamante y esa “colluvie de zánganos inmorales cuya consigna era la palabra federación”.³⁹

El 15 de julio de 1840, fue para Bustamante uno de esos fatídicos e imborrables días, tanto para su personal experiencia como para la república. En la madrugada, José Urrea fue liberado de su prisión en el edificio de la Inquisición por una fuerza armada. Al mando de ésta sorprendió en la recámara de Palacio a Anastasio Bustamante tomándole prisionero. Después se dirigió a casa de Valentín Gómez Farías y le cedió el mando. Sucedió pues, lo que tanto temían los hombres de bien-conservadores como Bustamante, “un enjambre de léperos” siguió al liberal en su “revolución” y devinieron momentos violentos caracterizados por el caos, la anarquía y el miedo a la disolución social.

Con la intención de desacreditar a los federalistas Bustamante despliega su don de la narrativa y con un paisaje de horror dibuja sus impresiones. Los sublevados se hicieron de armamento y ocuparon las azoteas del Palacio, la Universidad, el Colegio de Santos y las torres de la Catedral. Por otro lado, las fuerzas gobiernistas se situaron en la Ciudadela al mando del general Gabriel Valencia. Se vivieron doce días de fuegos cruzados y se destruyó la ciudad. En un lenguaje de trágica tonalidad Bustamante describe escenas de muerte, barbarie y desolación que erizan el cuerpo y nos permiten ver como “al rayar la aurora se [presentaban] funestos espectáculos de grupos de perros que se disputaban los restos de un hombre, de una mujer o de un niño”; así como percibir el olor pútrido de los cadáveres mutilados, que al correr el tiempo trepanaba los cerebros.⁴⁰ Dado el realismo con que dibuja las escenas, puede afirmarse que el discurso permite sentir el temple de su órgano cardíaco y también percibir su vena de historiador. Sin duda, la experiencia le marcó definitivamente, en su opinión la violencia desatada en esos doce días superó en crueldad al motín de la Acordada. Por ello exigía tener presente en la memoria histórica ese “teatro del terror” que amenazó ruina.⁴¹

Es de suponer, que ese hórrido escenario que pinta el autor dejó huella incluso entre quienes simpatizaban con el sistema federal. De tal forma que el radicalismo liberal

³⁹ *Ibid.*, t.2, p. 73.

⁴⁰ *Ibid.*, t.2, p. 74.

⁴¹ *Ibid.*, t. 2, p. 78.

propuesto por Valentín Gómez Farías, se debilitó y perdió influencia entre sus adeptos moderados. Por su parte, aquellos hombres de bien-conservadores como Bustamante, que habían colocado sus esperanzas en el proyecto centralista se desmoralizaron al constatar que la solución de los problemas no dependía concretamente del sistema de gobierno, sino en tratar de subsanar las diferencias y los enfrentamientos que existían entre ellos mismos.

Las causas principales de esa “nueva revolución” que dio fin al gobierno centralista de las Siete Leyes, fueron en la trama de Bustamante en primer término, la terrible crisis económica en la que estaba sumida la república —aquejada por innumerables impuestos— y segundo, el proceso de desmoralización en general que vivía la sociedad. La política fiscal y la incapacidad del sistema hacendario para subsanar la economía provocaron resentimientos públicos. El ejército, fue blanco de crítica porque gran parte del erario se invertía en él y no se veían resultados. Además porque evidentemente el poder de éste último crecía sin medida y rebasaba, en autoridad, al gobierno de la sociedad civil. Varios incidentes desataron de nuevo la furia y los enfrentamientos entre quienes defendían un sistema económico proteccionista y quienes abogaban por el libre cambio. En opinión de Bustamante, los militares comenzaron a estrechar sus relaciones con los agiotistas hasta que se pusieron a la cabeza de otra “nueva revolución” e hirieron de muerte al gobierno centralista de las Siete Leyes.

La historia que narró Bustamante culminó en un final, a su decir cómico-trágico cuando se hizo evidente que tras bambalinas Santa Anna, había orquestado una intriga para ascender al poder. El pronunciamiento de Paredes, el de Valencia en la Ciudadela, la renuncia de Anastasio Bustamante, la celebración de los Convenios de la Estanzuela y la firma de las Bases de Tacubaya, llevaron a Santa Anna a la dictadura en el supuesto de que se desempeñaría en el cargo de presidente interino mientras un nuevo Congreso decidía otro rumbo para el país.

En 1842, año en que Bustamante publicó el texto, creía que la república estaba en un punto “*vital*” de su existencia en la que, o se regeneraban políticamente o esperaba la tan temida “disolución social” y dado que estaba convencido de que por su edad y experiencia sus críticas y observaciones serían dignas de tomarse en cuenta, quiso hablarle al oído a Santa Anna a fin de persuadirle de cambiar el rumbo.⁴² Es decir, escribió con la expectativa

⁴² *Ibid.*, t. 2, p. 162.

de abrir una brecha para que él mismo, como protagonista de la historia del país, pudiese intervenir en el desarrollo de los acontecimientos de un futuro inmediato. Este era el objetivo de su escritura pragmática, de su retórica, como lo fue justificar sus acciones como miembro del Supremo Poder Conservador, cuya existencia consideró “no una bella ideología” sino un “bien efectivo”, porque contuvo la marcha del “sansculotismo el más desarrapado y soez.”⁴³

En 1845

En otro sentido y con otros motivos, ya concretamente dirigidos a denostar la imagen del general veracruzano como caudillo nacional y señalar sus errores, Bustamante publicó: *Apuntes para la historia del gobierno del general Santa Anna, desde principios de octubre de 1841, hasta el 6 de diciembre de 1844, en que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación*, en 1845.⁴⁴ La obra guarda el mismo estilo epistolar que la anterior y según fechó la primera de las veintiséis misivas que componen su cuerpo, puede afirmarse que comenzó a escribirla a principios de 1843, en respuesta y motivado por la “escandalosa” disolución del Congreso y su reemplazo por una “Junta de Notables”, formada por santannistas; ridícula en su opinión, porque se adjudicaba la tarea de elaborar las bases para la creación de una nueva Constitución. Con ironía reconoció que la república había perdido el cauce y afirmaba que por supuesto ni la junta ni su proyecto de nación podía “reunir la soberanía nacional”.⁴⁵

Bustamante quiso instruir a las generaciones futuras de los errores que cometieron los hombres de su tiempo, entre ellos él mismo que contribuyó en anteriores años a la rehabilitación política de Santa Anna, porque éste último terminó gobernando dictatorialmente. Por estar decididamente en contra de la dictadura como forma de gobierno, Bustamante relató ápices y pormenores de esos años de los cuales fue testigo, para que otros, con la perspectiva del tiempo pudieran explicarse las causas, que hicieron posible que los mexicanos, después de haberse regido desde su independencia por los

⁴³ *Ibid.*, t.2, p. 140-141.

⁴⁴ Carlos María de Bustamante, *Apuntes para la historia del gobierno del general Santa Anna, desde principios de octubre de 1841, hasta el 6 de diciembre de 1844, en que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación*, México, J.M. Lara, 1845, ed. facs., México, FCE/Centro Cultural Helénico, 1986 (Clásicos de la Historia de México).

⁴⁵ *Ibid.*, p. II.

“principios y máximas de las constituciones más liberales” hubiesen podido “vivir bajo una dominación tan dura y degradante” como lo fue el gobierno del general Santa Anna, durante esos años. Bustamante pedía a Dios, que la lectura de sus letras hiciera comprender que ese descarrío fue el fatal resultado de la influencia de las “*asociaciones secretas*” y de la inmoralidad con la que se condujeron los militares, en especial, el caudillo veracruzano.⁴⁶

En su discurso, la república que es el personaje principal de la tragedia se mantiene amenazada en el exterior por Estados Unidos e internamente está en crisis. Denuncia la corrupción y los malos manejos de los dineros, la carga de los cuantiosos impuestos, el abuso de los agiotistas y especuladores y la relación de éstos con Santa Anna. Su voz se mantiene como la de un representante de los hombres de bien-conservadores con su peculiar mezcla liberal en defensa de la soberanía nacional. En esta ocasión la trama trágica que Bustamante urde culmina en un final cómico cuando el pueblo, con la revolución del 6 de diciembre de 1844, recobra la libertad que Santa Anna les había usurpado.⁴⁷

A través de sus líneas, don Carlos se muestra como un romántico ilustrado grandemente influenciado por los clásicos. Cicerón es guía de su trabajo historiográfico, como lo son Platón y Aristóteles, en el imaginario de lo ético y moral. Huelga decir que con su lenguaje —abundante en analogías— además de describir la enigmática personalidad del caudillo y sus “desatinadas providencias” pinta paisajes del inconsciente colectivo que nos permiten observar lo cómico de lo absurdo que Bustamante pretendió explicar con ironía. Teje el drama de su historia inmediata, a través de la óptica de la moral que ve mancillada. Sin embargo valoriza y juzga el presente y su existencia digna de memoria y no de olvido.

Finalmente, puede decirse que en los *Apuntes*, Bustamante tramó la historia del gobierno de Santa Anna, de 1841 a 1844, como una tragicomedia. White considera que comedia y tragedia representan calificaciones de la aprehensión romántica del mundo. Para los románticos, fue posible asimilar las verdades de la existencia humana reveladas de esas formas (cómica o trágica) dentro de la estructura del drama de la redención que se figura en

⁴⁶ *Ibid.*, p. 2.

⁴⁷ *Ibid.*, p. II. Este final cómico en donde es el pueblo quien “toma las riendas del gobierno” y obliga a dimitir al dictador, me recuerda la comedia de Aristófanes, *La asamblea de las mujeres* en donde por un momento extraordinario, son las féminas quienes gobiernan y deciden sobre las normas éticas y morales de la sociedad. En el drama que escribió Bustamante y en la comedia de Aristófanes se mantiene una esperanza de reconciliación con la realidad. *Vid.* Aristófanes, “La asamblea de las mujeres” en ____, *Las once comedias*, versión directa del griego con introducción de Ángel Ma. Garibay K., 19ª ed., México, Editorial Porrúa, 2006, pp. 291-317 (Sepan Cuantos; 67).

una visión de la victoria final del hombre sobre el mundo de la experiencia. Es decir, se mantiene una esperanza de lograr vencer las fuerzas que se oponen a la redención y poder trocar esa historia en un romance. “Sugieren la posibilidad de una liberación al menos parcial de la condición de caída y un escape siquiera provisional del estado dividido en que los hombres se encuentran en este mundo”.⁴⁸

En 1848

Carente del ingrediente romántico, artístico literario que caracteriza la mayor parte de sus obras, Bustamante publicó antes de morir el último discurso de su vida *El nuevo Bernal Díaz del Castillo, o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*,⁴⁹ un texto de carácter pragmático político dirigido a conducir la opinión pública respecto a la guerra con Estados Unidos. Como el título nos permite leer, Bustamante quiso imitar al historiador de la conquista española de México, porque en su imaginario el presente se le develaba análogo. Él, como lo hiciera uno de sus antepasados con conciencia histórica, dio su testimonio de lo que consideró como el fin y muerte de la civilización mexicana.

⁴⁸ Hayden White, *Metahistoria...*, p. 20. Su apreciación me parece acertada, sin embargo para abundar respecto a la escritura bustamantina y explicar o describir con mayor exactitud su poética, cabe tomar en cuenta los conceptos de otros teóricos lingüistas, que como White se ocupan del género literario, de la narratividad y de los discursos. En sus estudios sobre la historia de la poética y teoría del lenguaje, el ruso Mijaíl Bajtín apunta en primer término, que constantemente en los géneros (que originalmente definió Aristóteles en su *Poética*: la poesía heroica, la poesía satírica y la tragedia) se combina lo nuevo con lo arcaico. “El género es siempre el mismo y otro, simultáneamente, siempre es viejo y es nuevo. Renace y se renueva en cada etapa del desarrollo literario y en cada obra individual”. Para Bajtín, todo género literario constituye uno secundario o complejo que tiene contenido en sí, géneros primarios o arcaicos de la comunicación discursiva inmediata. El toque distintivo de cada texto se encuentra precisamente en la poética personal de cada autor, que interpreta el mundo o la realidad. Así, con el objetivo de rastrear los orígenes de la novela, Bajtín acuñó el término cómico/serio para definir las formas que adoptaron los antiguos géneros como la epopeya, la tragedia, la retórica cuando se careció de distancia y se interpretó la historia inmediata. Para él, éstos son literatura “carnavalizada” porque de algún modo esta forma de tramar “revela una percepción carnavalesca del mundo”. Ello se debe a que su objeto de representación “carece de todo distanciamiento épico o trágico, pues está [quien interpreta] en la actualidad que es la zona de contacto inmediato con los coetáneos vivos, con la contemporaneidad inconclusa”. Las características que Bajtín establece respecto a esta forma de escritura, en mi opinión, describen de alguna manera las peculiaridades que tiene la tragicomedia que Bustamante construyó para explicar la historia del gobierno de Santa Anna, principalmente por ofrecer una “deliberada heterogeneidad de voces, una negación de la unidad de estilo, una pluralidad de tonos en la narración (mezcla de lo serio y lo ridículo) una frecuente intercalación de otros géneros (cartas, manuscritos hallados, diálogos narrados, parodias de géneros altos, citas con acentuación paródica, mezcla de prosa y verso, de dialectos y jergas vivas, de bilingüismo directo en la literatura romana”, entre otras peculiaridades que se le pueden agregar para explicar con mayor profundidad a la escritura bustamantina. *Apud.* Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, 9ª ed., México, Editorial Porrúa, 2006, pp. 231-234.

⁴⁹ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*, 2 t. en 1 vol., México, Vicente García Torres, 1847.

En *El nuevo Bernal* Bustamante escribe un drama de carácter trágico. A sus setenta y tres años está viviendo con horror, esos últimos meses de su existencia, bajo la creencia de que el advenimiento de la tan temida disolución social ha posado su sombra sobre México; y juzgaba imposible ya, escaparse de ese destino fatal. En su concepto, el responsable de la invasión de las tropas estadounidenses fue el general Antonio López de Santa Anna, a quien juzga como traidor a la patria y le pinta cual si fuera el tlaxcalteca que guió a Cortés por la ruta de la conquista. En su opinión, el héroe benemérito, al que otrora consideró como un salvador providencial de la patria, traicionó a los mexicanos y se convirtió en su Judas, como se analizará en el siguiente capítulo.

En el final cómico de la tragedia que construyó en sus *Apuntes*, Bustamante nos dejó leer que para él, tras el triunfo del “pueblo” con la revolución del 6 de diciembre de 1844, Santa Anna desapareció del mapa de las minorías rectoras y perecería en el destierro. Pero su esquema se rompió cuando lo volvió a ver en 1846, en el escenario de la política del país como bandera de los liberales que restituyeron el federalismo. Ante el hecho don Carlos lanzó un grito desesperado y lamentó no haber sido escuchado cuando clamó por castigarlo con la pena capital, un año antes. Alzó su voz en 1845, mas nadie lo oyó. Según interpreta, en esa ocasión, una mayoría todavía bajo el influjo de su hechizo, le perdonó la vida y tan sólo le desterró sin imaginar siquiera que el general veracruzano se atrevería a regresar y sobre todo como un traidor a los intereses de México, su patria, según su visión. Por ello en el drama trágico de esa historia, Bustamante pinta a la república ultrajada y traicionada por uno de sus hijos, a quien supuso coludido con el enemigo. Santa Anna se convirtió así en el personaje principal de su entramado y en quien centró su atención para entretejer los acontecimientos. A pesar de la carga emocional tan fuerte con la que escribió Bustamante este discurso final —distinto en su forma y contenido— su escritura no pierde esa chispa cómica que guardan las tramas de sus tragedias. Sin embargo, fue un hecho que esta experiencia de la guerra que nuestro autor vivió como el fin de la nación mexicana, terminó con su vida a los setenta y cuatro años de edad. Sus contemporáneos afirmaron que murió, en septiembre de 1848, a consecuencia del profundo sentimiento de tristeza que le causó ver la incapacidad del gobierno de México para enfrentar la situación de la guerra con Estados Unidos y la conducta que mostró el héroe de su pluma.⁵⁰

⁵⁰ Manuel Larrainzar, *op.cit.*, p. 185.

Lucas Alamán y su *Historia de Méjico*

En 1849, Lucas Alamán publicó el primer volumen de los cinco que forman su *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*.⁵¹ En la introducción, Alamán expresó que hubiera querido que su escrito se imprimiera en forma póstuma, con el fin de que ya apaciguadas las pasiones de las luchas partidistas las futuras generaciones pudiesen analizar con mayor objetividad los hechos. Sin embargo, después de la cruda experiencia de la guerra con Estados Unidos el público se manifestó “deseoso de saber la verdad” sobre el acontecer de México, de tal manera que motivado por ello, Alamán se propuso “presentar los hechos con toda la fidelidad que requiere la verdad de la historia”.⁵²

En su visión, todas las interpretaciones sobre la historia nacional publicadas hasta esa fecha estaban plagadas de errores porque quienes se habían dado a la tarea de escribir lo hicieron bajo la influencia de un “espíritu de partido” y al calor de las luchas intestinas.⁵³ Consideró Alamán que su posición en el tiempo le había colocado en una “situación más ventajosa para juzgar con imparcialidad el pasado” además de haberle permitido trabajar con base en testimonios y documentos originales, fruto del trabajo de investigación y recopilación de fuentes que se impuso.⁵⁴

Para Alamán, el conocimiento de la historia abría un camino de luz en el porvenir y permitía caminar de manera más cauta sobre la senda de la experiencia del pasado. Su historiografía pragmática, valga la redundancia, era una enseñanza para la práctica. Por ello emulando a Cicerón expresó, que su discurso tenía el objeto de manifestar con claridad en qué consistían los males de la república, hacer un diagnóstico de su sociedad “para que otros [tuvieran] la gloria de acertar” con el remedio para curarlos.⁵⁵

Tenía Alamán cincuenta y siete años cuando inició la publicación de su escrito y se consideraba a sí mismo con autoridad moral para señalar errores y proponer “a la generación que se va formando” la manera de enmendarlos. Creía, que dado su protagonismo como hombre de Estado, por su edad, experiencia, y el más genuino interés

⁵¹ Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vols., México, J.M. Lara, 1849-1852, ed. facs., México, FCE/Centro Cultural Helénico, 1985 (Clásicos de la Historia de México).

⁵² *Ibid.*, vol. 1, p. IV.

⁵³ *Ibid.*, p. III.

⁵⁴ *Ibid.*, p. V.

⁵⁵ *Ibid.*, vol. V, p. 921.

que tenía por el porvenir de México, su punto de vista tenía que ser escuchado. Así lo podemos leer en las siguientes líneas:

Me he creído en cierto modo obligado a ello, como por una deuda de justicia que debo a la posteridad. Vi nacer en Guanajuato, mi patria, la revolución que comenzó D. Miguel Hidalgo, cura de Dolores, en 16 de septiembre de 1810; conocí personalmente a éste y a muchas de las personas que en aquellos sucesos hicieron un papel muy principal: he intervenido después frecuentemente en los negocios públicos desde 1820, ya como diputado en las cortes de España, ya como ministro en este gobierno y en otros altos puestos: he tratado muy de cerca de casi todos los que desde aquella época han tenido parte en los acontecimientos políticos, y he podido con esto penetrar sus miras e intenciones: pocos hombres pues de los que hoy existen se hallan con los conocimientos que yo, de las personas y de las cosas, de los tiempos y circunstancias.⁵⁶

Es preciso mencionar que Alamán se inició en el terreno historiográfico años atrás. En 1835, fue uno de los miembros fundadores de la Academia de la Historia y en 1844, expuso en El Ateneo su proyecto de escribir una obra histórica que partiera de la época de la conquista hasta su presente. Inició sus quehaceres como historiador “académico” con una serie de conferencias sobre distintas temáticas, todas ellas del periodo colonial, y que formaron los tres volúmenes de sus *Disertaciones*.⁵⁷ Mas sin embargo, en 1849 otras fueron las circunstancias y las intenciones con las que escribió. La interpretación que hizo Alamán de su historia inmediata no fue inocente, llevó impresa la intención de preparar el terreno para legitimar el ensayo político que llevaría a cabo cuatro años después, cuando llamó a Santa Anna del exilio para que se colocara al frente del gobierno.

En su tiempo, la obra fue señalada como la historia contemporánea más completa que se hubiese escrito, por su metodología y el manejo de fuentes.⁵⁸ Además fue puntal,

⁵⁶ *Ibid.*, vol. I, p. II.

⁵⁷ Lucas Alamán, *Disertaciones sobre la historia de la República Mejicana, desde la época de la conquista que los españoles hicieron a fines del siglo XV y principios del XVI de las islas y continente americano hasta la independencia*, 3 vols., México, Imprenta de José Mariano Lara, 1844-1849.

⁵⁸ Con firme postura de historiador Alamán se dedicó a investigar en archivos, a recopilar testimonios orales y a estudiar las obras que sus contemporáneos habían publicado. Para realizar su interpretación utilizó la extensa colección de libros y documentos de su maestro José María Andrade, el diario manuscrito de su medio hermano, Juan Bautista Arechederreta, titulado *Apuntes históricos de la revolución del reino de la Nueva España*, que abarcó narraciones de acontecimientos, desde 1º de octubre de 1811 hasta el 19 de junio de 1820 y muy en especial, el *Cuadro histórico* de Carlos María de Bustamante. *Apud.* Manuel Larrainzar, “Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribirla en México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días” en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos en torno a la historia de México*, notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, p. 193 (Serie Documental; 8).

para que otros miembros de su generación se abocaran a la tarea y al oficio de historiar e incluso a valorar sus circunstancias presentes.⁵⁹ Por lo que a él respecta, efectivamente el acervo documental con el que contó y el propio horizonte cultural del cual nutrió su pensamiento, le permitieron realizar una interpretación más veraz con respecto a lo publicado hasta entonces.⁶⁰ Para él, la historia era una sucesión lineal de causas y efectos y su utilidad consistía, no sólo en el conocimiento de los hechos en sí “sino en penetrar el influjo que estos han tenido los unos sobre los otros; en ligarlos entre sí de manera que en los primeros se eche de ver la causa productora de los últimos, y en éstos la consecuencia precisa de aquéllos con el fin de guiarse en lo sucesivo por la experiencia de lo pasado”.⁶¹

De acuerdo a la explicación causal de su trama trágica, en el año de 1852 que publicó el quinto y último volumen de su *Historia*, se vivían las consecuencias que generaron el movimiento de independencia y las ideas liberales que fueron su motor. En su opinión, se estaba al borde del “abismo” porque bajo el influjo del ideario liberal se había pretendido cambiar “no sólo el estado político, sino también el civil, atacando las creencias religiosas y los usos y costumbres establecidos”.⁶² Consideró que su deber como historiador era, según afirma, presentar la historia sin disfraz alguno y narrar la obra de destrucción que comenzó con la independencia.

A través de sus líneas, Alamán nos permite observar que la filosofía contrarrevolucionaria de Edmund Burke fue determinante en la conformación de su pensamiento político. Según afirma, con su obra quiso imitar a ése “célebre publicista inglés” quien en sus *Reflections on the revolution in France* anunció con precisión, a partir de las primeras manifestaciones de la revolución, “todas las consecuencias que ella iba a

⁵⁹ Alamán refiere que desde la publicación del 4º tomo de la obra, es decir en 1851, salieron a la luz dos escritos importantes que le sirvieron para ampliar o modificar la interpretación de algunos sucesos de los que se ocupó en el quinto volumen. Estos son: *Porvenir de México, o juicio sobre su estado político en 1821 y 1851* de Luis Cuevas y la *Reseña histórica* que José María Tornel y Mendivil comenzó a publicar en el periódico *La Ilustración* y que en 1852 Ignacio Cumplido le editó e imprimió bajo el título de *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana, desde el año de 1821 hasta nuestros días*. Cfr. Lucas Alamán, *Historia de Méjico...*, vol. V, p. VII.

⁶⁰ Para ahondar sobre este asunto de la retórica de la historia, Vid. Enrique Plasencia de la Parra, “Lucas Alamán” en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, 1ª reimp., coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, pp. 307-348 (Historiografía Mexicana; III).

⁶¹ Lucas Alamán, *Historia de Méjico...*, vol. I, p. X.

⁶² *Ibid.*, p. XI.

producir”.⁶³ Burke, quien en la actualidad es considerado como el máximo exponente del pensamiento conservador, fue su guía intelectual e incluso espiritual, pues de su estilo de pensamiento heredó el perfil romántico e historicista de su visión del mundo. Tanto le admiró, que en la presentación introductoria de su obra le citó con unas líneas que tradujo especialmente para expresar con ellas su sinceridad y manifestar que escribió con la intención de conservar el justo equilibrio de sus juicios en el marco de los principios que profesó.⁶⁴

Alamán miró con nostalgia el pasado y se regocijó de tenerlo como guía. En ese año de 1852, manifestó su esperanza de que el país —después de escuchar su propuesta— tomase el rumbo que finalmente los conduciría por la senda del progreso. Consideraba que en medio de tantos males existía un “porvenir risueño” para los mexicanos pues el país tenía los elementos para prosperar, tan sólo era necesaria una “reforma urgente” de las instituciones políticas. En su visión, la sociedad era como un organismo cuyo desarrollo debía ser gradual. Por ello el gran error que se cometió después de la independencia fue, en su concepto, haber roto abruptamente con su pasado inmediato para posteriormente constituirse como una república federal y no, con otra forma de gobierno que al menos hubiese sido acorde con la historia y las tradiciones. En su opinión, los legisladores de 1824 tomaron como modelo la Constitución de los Estados Unidos del Norte, para redactar la de México sin tomar en cuenta que por sus diferencias históricas y sociales dicho sistema era inadecuado para el país.⁶⁵ Guiado por este pensamiento, ya desde 1846 había dado a conocer a la opinión pública su postura monárquica cuando comenzó a editar el periódico *El Tiempo*, mas su acción no prosperó. De un momento a otro, los mexicanos se encontraron ante la difícil situación de afrontar la guerra, con el país vecino del Norte, momento durante el cual los liberales aprovecharon la coyuntura para el restablecimiento de la república federal y la caída del centralismo que se había instaurado.

Ni duda cabe que el comportamiento agresivo que mostró Estados Unidos con México provocó un gran temor en la sociedad y llevó a hombres como Lucas Alamán a

⁶³ *Ibid.*, vol. V, p. X.

⁶⁴ *Ibid.*, p. XI.

⁶⁵ Lucas Alamán, “Examen imparcial de la administración del general vicepresidente D. Anastasio Bustamante. Con observaciones generales sobre el estado presente de la República y consecuencias que este debe producir” en *Documentos diversos; inéditos y muy raros*, t.3, compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, Editorial Jus, 1946 (Colección de Grandes Autores Mexicanos).

madurar sus ideas y a decidirse a ejercer una acción para hacer variar las circunstancias y poner en marcha su proyecto político. Así, en 1849, Alamán se erigió como el líder principal del partido conservador y de su órgano de difusión *El Universal* y a la par se dedicó a escribir y publicar los volúmenes que forman su *Historia*. En ella tratará de demostrar el yerro cometido en el pasado, cuando no se tomó en cuenta la tradición para caminar sobre un sendero correcto y seguro, en cambio se adoptó el federalismo, que en su opinión fue la “máquina de destrucción” más poderosa que pudiera imaginarse y el motor de los enfrentamientos entre liberales y conservadores. La permanente guerra civil que se vivía y la reciente usurpación territorial sufrida por parte de la nación vecina del norte, los había conducido ya a un proceso de desmoralización tal, que en su concepto era imprescindible “discutir, si la independencia [había] sido un bien o una mal y si debió o no promoverse”.⁶⁶ Asimismo le serviría para definir políticamente la acción del partido conservador mediante la presentación de un discurso retórico.

Estructura de la obra

Alamán dividió su obra en dos partes. Una, que versa sobre lo que a su decir era “la terminación del dominio español en Méjico” expuesta en los primeros cuatro volúmenes, donde trata los acontecimientos de 1808 a 1819; y la segunda —tema del quinto— en donde narra la historia desde el “principio de la época de la independencia”, desde la proclamación del Plan de Iguala, en 1821, hasta su tiempo presente.⁶⁷ Es el discurso de este último volumen del cual nos ocuparemos, ya que en él Alamán nos delinea a su compañero de generación, el general Santa Anna y el análisis de su trama nos permite conocer su pensamiento conservador. Él mismo consideró que esta segunda parte era la de mayor interés, por la conexión que tenía con su presente.

Puede decirse que existe una diferencia tangencial en la arquitectura de ambas partes de la obra. Por la manera en que entreteje los acontecimientos y la forma en que presenta Alamán su discurso, la segunda, puede considerarse más como una manifestación y una propuesta política del partido conservador, a cuya cabeza se había colocado, que como la historia imparcial que se imaginó poder escribir. Lo que a él interesaba era conocer

⁶⁶ Lucas Alamán, *Historia de Méjico...*, vol. V, p. 876.

el resultado, introducirse en la esencia del problema para poder conducir al lector a una reflexión sobre el pasado, dado que era necesaria una acción urgente para conformar un futuro inmediato. Ahí el pragmatismo de su historia. En su opinión, habían estado a punto de ser aniquilados por el enemigo invasor a causa de carecer de unidad y de un Estado fuerte y consolidado. Era menester entonces, meditar y juzgar la trayectoria que había seguido México como nación independiente. De tal forma que termina la valoración e interpretación del periodo, con un análisis comparativo entre las condiciones habidas en 1808 y las de su presente.

Alamán estaba seguro de que ya no tenía tiempo para extenderse y trabajar como lo había hecho en la primera parte de su historia. Así que como él mismo asume, en el quinto volumen se encargó de referir en forma general los sucesos que siguieron a la muerte de Agustín de Iturbide hasta su presente, limitándose a los necesarios a su objeto y “omitiendo nombrar personas”.⁶⁸ Quiso dejar muy claro en el texto que el héroe de Iguala tenía un lugar especial en la historia, porque en su concepto, la independencia mexicana se debía al ejército y muy en especial, a Iturbide. Por ello, se manifiesta abiertamente en contra de quienes argumentaban que el mérito de haber logrado la libertad, lo tenían los insurgentes de 1810, porque ellos habían osado dar el primer paso, y por ende le negaban a él, el “tino y la felicidad con la que ejecutó lo que aquellos intentaron y no pudieron llevar a cabo”, es decir consumir la separación de la metrópoli.⁶⁹

De tal forma que, en diez capítulos del volumen, Alamán discurre sobre el incumplimiento del Plan de Iguala en la cláusula que prometía la instauración de una monarquía en manos de un miembro de la corona española y se ocupa, muy puntualmente, del imperio de Iturbide. A continuación, demuestra poco interés en narrar con detalle los sucesos que le siguieron. Quizá por mantener su pretendida objetividad o porque —como él afirma— no deseaba cansar al lector o aburrirle con el relato de las muchas “revoluciones” y “motines” que se habían sucedido después de la independencia⁷⁰ Así, en un solo capítulo resume y explica rápidamente los distintos gobiernos que se pusieron en marcha desde el establecimiento de la república federal, en 1824, hasta la caída de José Joaquín Herrera. Argumentando que prefería dejar a otros esa “fastidiosa tarea” y ocuparse de esa historia en

⁶⁸ *Ibid.*, p. VI.

⁶⁹ *Ibid.*, p. VIII.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 870.

otras circunstancias, cuando ya pudiese volver la vista al pasado, satisfecho y feliz, como “el náufrago mira desde la playa el mar tempestuoso de cuyos peligros se salvó”.⁷¹ Porque en ese momento, su objetivo y el sentido que a todas luces tenía su obra, era conducir al lector a una reflexión. Finalmente para concluir, en el duodécimo y último capítulo, Alamán hace un análisis comparativo entre las condiciones que tenía México en 1808 con las que presentaba la república a esa fecha, a fin de sustentar y convencer a su público lector sobre la viabilidad de la propuesta política que hacía con su historia para salvar a la nación.

La trama y su lenguaje

Alamán tramó la historia de México como una tragedia. Según consigna en su escrito una obra de destrucción comenzó con la independencia, causa primera de las consecuencias que determinaban su presente y amenazaban el porvenir, es decir, de las dramáticas circunstancias que se vivían en ese año de 1852, amenazado el país tanto en el exterior como en el interior por la tan temida disolución social. Al respecto dice:

Al ver en tan pocos años esta pérdida inmensa de territorio; esta ruina de la hacienda, dejando tras de sí una deuda gravosísima; este aniquilamiento de un ejército florido y valiente, sin que hayan quedado medios de defensa; y sobre todo, esta completa extinción del espíritu público, que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional: no hallando en Méjico mejicanos, y contemplando a una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud, sin haber disfrutado más que un vislumbre de la lozanía de la edad juvenil ni dado otras señales de vida que violentas convulsiones, parece que habría razón para reconocer con el gran Bolívar, que la independencia se ha comprado a costa de todos los bienes que la América española disfrutaba, y para dar a la historia de aquella el mismo título que el venerable obispo Casas dio a su Historia general de Indias: *Historia de la destrucción de las Indias*.⁷²

En concepto de Alamán, la independencia fue prematura; los mejicanos no tenían edad para separarse de su madre patria y como adolescentes inconscientes e inexpertos lo que ganaron al romper con su progenie, e intentar innovar sin tomar en cuenta la tradición y la historia, fue contraer enfermedades que les podían llevar a la muerte. La más voraz, entre ellas, había sido la contienda política. Así, a partir de la reflexión en torno a ese pasado inmediato

⁷¹ *Ibid.*, p. 860.

⁷² *Ibid.*, p. 903-904.

—en el que habían permanecido desunidos y en franca confrontación ideológica— no sin ironía Alamán (evidentemente influenciado por el pensamiento de Burke) construye una parodia de la historia de esos años en la que hace alusión al proceso revolucionario francés, pues se imagina en México una situación análoga.

Como un hombre de bien-conservador Alamán se muestra amenazado. Mira a los federalistas, representantes de las clases medias en ascenso, como un peligro para la estabilidad social y les señala como movidos por un “espíritu de impiedad”. En la intriga que construye, presenta al federalismo como una “máquina de destrucción” cuya fuerza representó el “terror” y la “arbitrariedad más absoluta”, para el clero y los propietarios.⁷³ Desde la caída de Iturbide, dice Alamán, “la sociedad era enteramente política” y “algunos señores adictos a la insurrección”. Esa herencia funesta, que en su concepto, recibieron los mexicanos de su madre patria España, fue el caldo de cultivo para las luchas intestinas que se dieron. Sin embargo, cabe señalar que él no se muestra al margen de esa realidad. Sino por el contrario, sus líneas denotan orgullo por haber pertenecido a la logia escocesa, que delinea como antecedente directo del partido conservador que encabezó. Sin avergonzarse por haber vivido en la juventud también un poco extraviado “por los ensueños de las teorías y los delirios de los sistemas” Alamán, describió sus encuentros y reuniones en la casa de una bella mujer que no nombra, pero sí evoca metafóricamente cuando recuerda que en las tertulias político-literarias dicha mujer, por su juventud y talento, era considerada por los escoceses como lo fue madame Roland, entre los girondinos.⁷⁴

Alamán nos deja leer en su discurso, que los intentos reformistas de los liberales generaron en el grupo conservador un sentimiento de terror hacia las posibilidades de un cambio radical en el *status* social y la forma de vida, en caso de que llegasen a ser dueños de las riendas del gobierno y dominaran el escenario político esas clases medias que exigían igualdad de derechos a la propiedad, por sus ataques a la Iglesia y a los grandes latifundistas, por sus pretensiones de establecer una libertad de cultos. Por ello consigna que desde ese tiempo los principios rectores de los conservadores eran, y lo seguían siendo en su presente, el “respeto de las propiedades y de las personas,” la seguridad y protección a los propietarios y a la Iglesia.⁷⁵ Defiende en primer término el poder de esta última, tanto

⁷³ *Ibid.*, p. 886.

⁷⁴ *Ibid.*, vol. I, p. VI; vol. V, p. 917.

⁷⁵ *Ibid.*, vol. V, p. 712.

en el plano económico como en el ideológico y el moral. En su visión, existía un “profundo sentimiento religioso” fruto de la herencia cultural española y consideraba que en ese crítico año de 1852, el catolicismo era el único “lazo de unión” y “preservativo” que habían tenido y tenían los mexicanos para sobrevivir.⁷⁶

Es pertinente hacer notar, que en la trama histórica de Alamán el personaje pueblo no existe. Hasta que lo toma en cuenta para emitir este juicio tan significativo y simbólico respecto a la nación, en sus últimas letras diseñadas para tocar las fibras de la conciencia del lector. Para él, el pueblo vivía sumido en la ignorancia y feliz con sus fiestas religiosas, mientras no se le gravara con excesivas contribuciones o fuera seducido y “adormecido con ficciones lisonjeras” y lo mejor era mantenerlo así.⁷⁷ Como estadista Alamán, se asume superior al pueblo que debe regir. Es él, quien reflexiona y se ocupa del análisis crítico de las circunstancias, a fin de vislumbrar los factores políticos y éticos modificables.

Cabe señalar en este punto las diferencias generacionales que se perciben entre Carlos María de Bustamante y Lucas Alamán a través de sus escritos, cuando se analiza el papel que desempeñó el pueblo en el entramado histórico de cada uno de ellos. A pesar de que ambos se definieron a sí mismos como hombres de bien-conservadores, su conservadurismo es esencialmente distinto. Como ya se dijo, en su tradicionalismo y en muchos otros aspectos concuerdan, pero difieren en su visión del mundo por su propia experiencia vital.⁷⁸

Para Bustamante, quien se inició en la vida política en pos de los ideales democráticos que persiguieron los caudillos de la insurgencia, defender la representatividad y la soberanía fue una de las máximas rectoras de su pensamiento y por ello escribió, como vimos, un final cómico en la trama de su tragedia política en donde el pueblo es uno de los principales actores; él se identificó con ese pueblo y se convirtió en su portavoz. Esa es la razón por la cual la gran mayoría de los estudiosos de su obra le han definido como un liberal, además de haber considerado también su acendrado indigenismo. En contraste, Alamán concibió de distinta forma al pueblo. Recuérdese que por lo que a este último

⁷⁶ *Ibid.*, vol. V, p. 929.

⁷⁷ *Ibid.*

⁷⁸ En sus reflexiones sobre la historia de México en la primera mitad del siglo XIX, Edmundo O’Gorman concluye que las tesis, conservadora y liberal, en torno a las dos posibilidades del ser nacional no fueron contradictorias, compartieron postulados y persiguieron el mismo fin, pero ambas creyeron lograrlo de diferente manera. *Vid.* Edmundo O’Gorman, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999 (Cien de México).

respecta, vivió en su adolescencia experiencias traumáticas como lo fue ser testigo de la ola de muerte y destrucción que dejó a su paso Hidalgo cuando las huestes que le siguieron se salieron de control. Por ello para él, el pueblo era un elemento social que debía dominarse y mantenerse a distancia (como también lo fue en este aspecto para Bustamante) y por supuesto con ese actor nunca se identificó, y menos aún con el indígena. Podríamos decir, que el espíritu del joven criollo se forjó dentro del sueño y los ideales personalistas de Iguala. Quizá por ello, a pesar de que el lenguaje de Alamán es rico en metáforas y analogías, carece de la festividad artística del ensayo literario que pudiéramos decir tiene la narrativa histórica de Bustamante.

Su *Historia*, una propuesta política

Con su escrito Alamán pretendió que sus contemporáneos se dieran cuenta que todavía existía un “risueño porvenir para los mexicanos”, hacerles ver que la Providencia había dispensado al país con muchos privilegios y que no hacía falta más que poner en marcha un plan de reconstrucción.⁷⁹ Con el análisis comparativo demuestra que con la independencia México, perdió la estabilidad y la paz social, entre otras cosas. En su opinión, la experiencia les había demostrado que los ni el republicanismo federal o central, ni el gobierno personalista de Santa Anna habían logrado establecer el orden, que no habían servido de nada ni las facultades extraordinarias ni los congresos ni las constituciones y que por lo tanto, era un hecho que las instituciones políticas con las que contaban, no eran las que se requerían para su prosperidad. Era necesario reformarlas y esa reforma era urgente y asunto prioritario de todo “buen ciudadano”.⁸⁰

Alamán proponía a la nación, conservar lo útil y desechar lo perjudicial. En su opinión se debía imitar el sistema colonial erigiendo un gobierno fuerte y central, organizado en provincias como el de antaño, y mantener a la Iglesia y al Ejército como pilares de la sociedad.⁸¹ Estaba convencido de que los mexicanos tenían todo para ser felices, elementos de prosperidad, riquezas, un pueblo dócil, soldados, lo único que hacía falta era erigir un ejecutivo fuerte y eliminar para siempre al sistema representativo federal,

⁷⁹ Lucas Alamán, *Historia de Méjico...*, vol. V, p. 952.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 927.

⁸¹ *Ibid.*, p. 947.

porque para él, con estados libres e independientes no podía haber hacienda, ni ejército y en suma, ni nación.⁸²

En su juicio, los mexicanos se encontraban sumidos en una crisis económica, con una cuantiosa deuda extranjera encima, sin ejército y sin medios de defensa. No obstante, advertía, que en medio de tantos males podía decirse que México gozaba de “bienestar general”, mas era necesario generar recursos. Para ello proponía suspender la deuda externa, fortalecer al ejército y llamar a quien fuese considerado necesario para el gobierno del Estado y el trabajo en esa “obra grandiosa”.⁸³ Como ya dijimos con anterioridad, esa persona en quien pensaba Alamán sin nombrar, era el general Santa Anna.

En resumen, para don Lucas la emancipación hubiera sido menos caótica si se hubiese optado desde un inicio por un monarca. Sin embargo, no por ello dejó de participar y desempeñarse como protagonista de la historia política de esos años, en su papel de ministro de Relaciones o como actor social. El sueño de poder establecer un gobierno monárquico en manos de un príncipe extranjero como la única medida para subsistir ante los embates extranjeros lo mostró, sin recato, desde el año de 1846, antes se movió como un pez en las aguas del río republicano. Sin embargo, la invasión estadounidense y sus consecuencias lo adormecieron dicha ilusión por un instante. Mientras tanto propuso en su historia establecer un gobierno centralizado en manos de un hombre fuerte; la suspensión del pago de la deuda y la represión total a los liberales federalistas.

Por último, cabe señalar que Alamán fue sincero cuando publicó su obra con la esperanza de cimbrar las conciencias de los políticos mexicanos para adoptar el camino coherente con su tradición histórica, único que creyó los conduciría a la senda de la salvación y el progreso.

Los jóvenes revolucionarios de Ayutla y sus discursos

Distintas son las perspectivas que todo ser humano tiene de la vida y del mundo, en las etapas de juventud y madurez. A través de sus textos, Manuel Payno y Guillermo Prieto, permiten acercarnos a ese espíritu vital de su existencia en las dos facetas: la juvenil, donde

⁸² *Ibid.*, p. 884.

⁸³ *Ibid.*, p. 951.

se muestran críticos, combativos políticamente en aras de un cambio social; y otra, en su plena madurez artística, con pretensiones científicas y con la perspectiva del tiempo que les permitió sublimar su pasado. Asimismo nos será posible conocer que el pensamiento de cada uno de ellos se caracteriza también por una peculiar mezcla de tradicionalismo, liberalismo y conservadurismo. Producto de su herencia cultural y de su propia experiencia vital.

Payno y Prieto fueron de jóvenes, entrañables amigos y compañeros en la lucha por transformar su sociedad; en la vejez, antiguos camaradas distanciados por cuestiones de ideología y las vivencias que compartieron como actores políticos y protagonistas históricos de los acontecimientos que se dieron tras la caída de Santa Anna. Como es sabido, la puesta en marcha de las reformas provocó una escisión entre los liberales. La presión que ejerció la Iglesia en el ámbito moral de los mexicanos, dio lugar a crisis existenciales en algunos de ellos, como fue el caso de Payno, quien rompió con los puros por haber dudado sobre la viabilidad de la Constitución de 1857 y participado activamente en la intriga de diciembre del mismo año.⁸⁴ Después de esta experiencia vital, Payno que era un liberal de tendencia moderada, contrario a los cambios drásticos y radicales, quedó fuera del grupo dirigente formado por los puros. Nunca más volvió a ocupar en su vida un alto cargo, salvo el de diputado o senador. Asimismo, por su tendencia ideológica “rosada” y el comportamiento que tuvo en esa ocasión, la entrañable amistad que tenía con Prieto se fracturó y no se subsanó jamás.⁸⁵

Para los jóvenes revolucionarios de Ayutla, terminar con los adictos santannistas no fue tarea fácil y menos aún transformar la realidad. Por éstas y otras razones, así como a consecuencia de los acontecimientos políticos que posteriormente se dieron, la publicación de los escritos de Payno y Prieto se vieron determinados por las circunstancias históricas.

⁸⁴ A Payno, la Constitución de 1857 —que anulaba prácticamente toda autoridad del clero en materia política, económica y social— le resultaba sumamente radical e impracticable. La conducta que adoptó el clero, las amenazas de excomunión y de carecer de “cristiana sepultura” atemorizaron a Payno. Sus miedos fueron compartidos por el presidente Comonfort, quien de alguna forma fue el responsable de haberlo involucrado en el golpe de Estado que fraguó él mismo, en contra de su gobierno en diciembre de 1857.

⁸⁵ En su defensa, y en busca de lograr una catarsis, Manuel Payno publicó en 1860 la *Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858* en la que procuró justificar sus actos y negar que su conducta hubiese sido una traición al partido liberal al cual perteneció. *Vid.* su reimpresión en Manuel Payno, *Memorias de México y el mundo*, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. Marcos T. Águila Medina, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, pp. 83-96 (Obras Completas VIII).

Fue hasta después del triunfo de la República liberal y de ahí en adelante, cuando, ya apaciguadas sus almas y en plena madurez, volvieron a sus producciones literarias e historiográficas. Asimismo pusieron en práctica de nueva cuenta su vocación ateneísta e impartieron clases de historia patria. Para ello, ambos escribieron un libro de texto en donde ya con una perspectiva del tiempo interpretaron la historia de México y urdieron una trama en donde develan su ideología liberal, uno de temple moderado y el otro radical como se analizará, a continuación.

Manuel Payno y su pluma parahistoriográfica

Manuel Payno es famoso en el mundo de la literatura mexicana por sus novelas costumbristas, *El fistol del diablo*, *El hombre de la situación* y *Los Bandidos de Río Frío*.⁸⁶ Poco se le conoce en su faceta de historiador, a pesar de haber sido escritor de una gran cantidad de textos historiográficos y parahistoriográficos que nutrieron las páginas de diversas revistas literarias porque cuando se inició en el oficio lo hizo a través del periodismo con ensayos de corte literario, de carácter costumbrista, naturalista y de ficción. Como ya se mencionó en el capítulo anterior, hay que tomar en cuenta que en ese tiempo la historiografía era un género literario y otra concepción se tenía sobre la escritura de la historia.⁸⁷ Los jóvenes revolucionarios de Ayutla consideraban que la única manera de llegar al pueblo y crearle conciencia de sus peculiaridades como mexicano era por medio de la fácil y divertida lectura.

Manuel Payno escribió innumerables textos parahistoriográficos con los cuales desempeñó un importante papel en la conducción de la opinión pública con respecto a la

⁸⁶ Manuel Payno, *El fistol del diablo*, escrita a manera de folletín por entregas fue publicada por primera vez en los años de 1845 y 1846 en la *Revista Científica y Literaria de México*. En 1848, Payno continuó la publicación en su periódico *El Eco del Comercio*. En 1859, se hizo una segunda edición, notablemente corregida y aumentada, y la tercera, fue hecha en Barcelona, en 1887; *El hombre de la situación. Novela de costumbres por M. Payno ciudadano mexicano*, México, Abadiano, 1861, 236 p.; *Los bandidos de Río Frío, novela naturalista, humorística de costumbres, de crímenes, de horrores por un ingenio de la corte*, Barcelona-México, F. Parres y Compañía, s.f. [1892-1893]. *Apud.* Robert Duclas, *Bibliografía de Manuel Payno*, edición preparada por Miguel Ángel Castro y Arturo Gómez, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1994 (Serie Bibliografías del Siglo XIX Mexicano).

⁸⁷ *Vid.* Aurelio de los Reyes, "Precisiones sobre el fistol del diablo de Manuel Payno" en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, 1994*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1997, pp. 185-192 (Ida y regreso al siglo XIX); _____, "Manuel Payno: el aprendizaje del oficio de escritor" en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, edición de Miguel Ángel Castro, México, Instituto Mora/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 2001, pp. 637- 655.

figura e imagen de Antonio López de Santa Anna. Mas antes de abordar este tema en específico, quisiera ahondar un poco en las circunstancias que condicionaron a Payno para ejercer el oficio de historiador, de la manera en que lo hizo, es decir, inclinado más hacia la forma literaria: en donde se dicen las cosas como son, pero revestidas con contenidos morales y en terrenos donde se permite jugar con el lenguaje, así como desplegar todo el espíritu creativo de la imaginación.⁸⁸

Contexto y motivaciones

Manuel Payno creció y nutrió su pensamiento con el espíritu romántico del siglo. A través de sus escritos podemos advertir su preferencia por los franceses Víctor Hugo, Honoré de Balzac, Jules Michelet, Alexandre Dumas, Alphonse de Lamartine, entre otros; encontrar además numerosas alusiones a Goethe, Shakespeare, Alexandre von Humboldt o incluso a Schahrazad, la voz de los maravillosos cuentos de *Las Mil y una noches* tan vitales, espirituales y tan llenos de humanidad. Sin embargo, tomó conciencia de sus orígenes y en el abrazo al pasado y a su cultura, Payno dirigió los ojos hacia la madre patria España. Miguel de Cervantes, Ramón de Mesonero Romanos, el “Curiosos Parlante,” Manuel Bretón de los Herreros y José Mariano Larra, “Fígaro”, fueron la fuente definitiva de inspiración para que comenzara la escritura de sus cuadros de costumbres, de sus crónicas de viaje o de sus frescos de la vida cotidiana del México de entonces. Incluso al igual que ellos, adoptó varios seudónimos con los cuales firmó sus textos.⁸⁹

La visión de Payno como romántico es nostálgica y melancólica. Busca en el pasado y el presente detalles pintorescos, sentimientos y valores humanos para dar sentido a su

⁸⁸ Sin embargo, puede decirse que en el trabajo historiográfico cultivó el género biográfico. *Vid.* Manuel Payno, *Bosquejo biográfico de los generales Iturbide y Terán escrito por...*, México, Ignacio Cumplido, 1843; *El Año Nuevo*, 4 vols. estudio preliminar de Fernando Tola de Habich, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1994. En esta última revista escribió sobre Alejandro Dumas y otros románticos franceses a los que admiraba. Puede pensarse que quizá fueron muchos los trabajos de corte historiográfico elaborados por Payno que quedaron sin firmar, sobre todo en los *Calendarios*, en donde diversas plumas se ocuparon en biografar incluso a Santa Anna, pero como nadie se adjudicó la autoría del texto, es difícil saberlo.

⁸⁹ Sus escritos fueron firmados de las siguientes maneras: Manuel Payno, M. Payno, Payno, Payno y del Castillo, M.P.C., M.P., P., Yo, Fidel y yo, El mismo yo, El Bibliotecario o Un ingenio de la Corte. Robert Duclas, *op.cit.*; María del Carmen Ruiz Castañeda, y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas. UNAM, 2000.

existencia. Le interesa sobre todo criticar la conducta de los seres humanos, destacar sus vicios y sus virtudes, así lo consigna él mismo cuando dice:

Por un enigma incomprensible, esta sociedad actual positivista e incrédula, quiere hallar la perfección en su mismo seno, y el mundo está atestado de utopistas que viven eternamente disgustados de todo lo que existe. En cuanto a mí, convencido de que el mundo siempre ha sido así, y será con poca diferencia, lo mismo, es decir, un conjunto donde confundidos marchan todos los vicios y las virtudes, me he formado un sistema que se reduce a ver los defectos de la sociedad como una consecuencia innata de la constitución humana, y admirar las virtudes como una prueba evidente de que la mirada de Dios penetra hasta los rincones más ocultos del corazón humano.⁹⁰

Como puede observarse, comprenderse a sí mismo y comprender al ser humano fue lo que Payno se propuso hacer a lo largo de toda su vida. En su visión del mundo, y por ende, en el desarrollo de su conciencia histórica, la idea de un Dios creador del hombre y la naturaleza es definitiva. Se muestra contrario al frío raciocinio de la ilustración, cuya esencia radicó precisamente en haber dado muerte a la idea de ese Dios creador de los destinos, para ponderar el papel del hombre mismo, con su libre albedrío, como actor de la historia.

El joven Payno contaba con tan sólo veinte años cuando, a principios de la década de los años cuarenta, formó parte de la sociedad literaria el Ateneo Mexicano, cuyo objeto principal fue instruir al pueblo y hacer extensiva la cultura. Allí impartió cátedras y publicó numerosos escritos en su revista de difusión que llevó el mismo nombre. Asimismo, dada su buena pluma se integró al equipo de redactores del periódico *El Siglo Diez y Nueve*, dirigido por Ignacio Cumplido, en donde comenzó a ejercer su vocación de literato e historiador. Cultivó diversos géneros con una gran maestría: el epistolar, la crónica, la narrativa, el cuento corto, el ensayo, la crítica teatral, entre otros. Según Guillermo Prieto, Cumplido era “tiránico” y los hacía producir sin descanso. De sus prensas salieron fructíferas ediciones en las cuales escribieron ambos.⁹¹

Al poco tiempo, Payno se convirtió en un verdadero promotor y empresario de la cultura pues incluso fundó su propia imprenta. Escribió con la intención de fomentar el

⁹⁰ Manuel Payno, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. Blanca Estela Treviño, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 142 (Obras Completas; I).

⁹¹ *Vid. infra.* nota 81.

gusto por lo bello, de instruir, divertir o seducir a la población en general con temas diversos. A través de sus textos nuestra imaginación viaja al México del siglo XIX, visita Chapultepec, Tacubaya o Santa Fe; cree ver la Casa de las Diligencias situada en el Callejón de Dolores y a las prostitutas que por ahí pululaban; el San Ángel de ese entonces donde había ranas y arroyuelos; el paseo de La Viga, los cafés, las cantinas... En fin, difícil sería enumerar los tan variados temas que tocó su pluma, mas baste lo dicho para tratar de intuir el ímpetu de su vocación artística, más inclinada hacia la forma literaria que a la retórica de la historia. Sin embargo, cabe insistir en que historia y literatura no se riñen, sino al contrario, van siempre de la mano. Así, ante la necesidad de describir su mundo Payno recurrió a las fuentes y comenzó a vivir un proceso que lo formaría al mismo tiempo, como historiador y como un artista consumado de la literatura. Era un crítico social. Estaba interesado en sensibilizar el espíritu del pueblo así como conducirlo moralmente, para lograr finalmente un cambio en la perspectiva del pasado, el presente y lo que estuviera por venir. Así el amor a las raíces, a lo nuestro, a lo mexicano lo condujeron a buscar su esencia y a resaltar sus rasgos, a fin de alimentar un sentimiento de identidad nacional. Pero no sólo se ocupó de los paisajes que se mostraron a su vista, sino también de la descripción de lo cotidiano, y dentro de esa cotidianeidad se encontraron personajes que como él, fueron actores en ese drama de su historia presente y por supuesto que Santa Anna no pudo faltar.

Sus escritos de juventud

En su juventud las letras para Payno fueron un arma de combate contra la ignorancia. Con ellas plasmó su visión del mundo, el sentido que tenía de la historia y narró acontecimientos de su tiempo presente jugando con la ficción y la realidad, sin pensar en escribir historia en un sentido estricto. Simple y sencillamente dejó fluir su espíritu y discurrió en una multiplicidad de temáticas en donde fue creativo y agudo crítico social. Quiso educar al pueblo y con ahínco trabajó por transformarlo en uno “consciente” e “industrioso,” capaz de colocar a México, en el mismo nivel que los países desarrollados de la historia mundial. ¿Cómo que no hay remedio? Se preguntaba, y por ello con su arte trató de producir en el lector un cambio de actitud. Así, a través de un discurso de carácter moralizante invitó a sus

conciudadanos a no dejar nada para mañana sino actuar en su presente para construir un mundo mejor.⁹²

A fin de analizar la imagen de Santa Anna que Payno plasmó en sus escritos de juventud nos ocuparemos del artículo titulado *El ómnibus de Tacubaya*, publicado en *El Siglo Diez y Nueve*, del 5 de octubre de 1843, en donde con ironía describe y critica las condiciones políticas y sociales de ese tiempo; da cuenta de cómo se comenzaba a susurrar, a conspirar y de la conducta que adoptaba la gente que esperaba verse favorecida con las prebendas que otorgaba el general a sus aduladores, y lo más importante, nos permite conocer su ideología liberal y sus ideas sobre el progreso y el cambio social.⁹³

El texto, es sin duda, un documento de gran valor histórico, mas parahistoriográfico al fin. En él, Payno mezcla la ficción y la realidad para hablar del caudillo, quien en ese tiempo era conocido como el “Cometa de Tacubaya”, porque habitó intermitentemente el Palacio Arzobispal, entre los años de 1841 a 1844. Asimismo, es importante porque nos habla de Payno y sus circunstancias, de su visión del mundo y de la historia. Este impreso de carácter testimonial destaca por su elocuencia y por la forma en como devela el autor su personalidad. En él, declaró el propósito por el cual adoptó el seudónimo “YO” y consignó que era en aras de la crítica social, movido por un espíritu de denuncia y con el fin de moralizar, de motivar a la conciencia individual a reflexionar sobre sí misma. En él expresó su idea de progreso de la civilización y del papel que juegan en la sociedad las generaciones en la marcha de la historia, como se lee a continuación:

Te diré mi elocuente ómnibus. Cuando me bautizaron me pusieron Perico o Juan, no me acuerdo; pero después registré ávidamente el calendario, al mismo tiempo que mi conciencia y hallé que era un ente con mis caprichos, mis opiniones, mi soberbia, mi amor, mis defectos; y como no he tenido la vanidad de elogiarme yo mismo, ni de crearme superior a los demás, me resolví llamarme *Yo*. [...] Como tú, todos los hombres de nuestra sociedad se llaman *Yo*.

Los patriotas exaltados, que oyes perorar en los cafés cual otros Cicerones, son *Yo*. A sus ideas, a sus principios, a sus errores, a sus pasiones son las que quieren ver rigiendo la sociedad, y en todo esto van mezcladas abundantemente sus colosales esperanzas, y sus proyectos de ambición. Éstos pertenecen más a sí propios que a la patria, y por consiguiente es ser *Yo*.

⁹² Manuel Payno, “Estudios Filológicos” en *Costumbres mexicanas*, compilación, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. Jorge Ruedas de la Serna, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, pp. 191-197 (Obras Completas IV) (Fue originalmente publicado en *El Álbum Mexicano*, t.I, 1849, pp. 127-130).

⁹³ Manuel Payno, “El ómnibus de Tacubaya”, en *Costumbres mexicanas...*, pp. 21-23.

Los viejos rancios que desconocen todas las mejoras del progreso, y todas las ideas que el tiempo y la civilización han creado para la perfección de las sociedades y que desean la vuelta de aquellos tiempos de poltronería [...] no son más que *Yo*.

Los zoilos ignorantes y críticos de profesión que ven su descrédito y su ruina en los adelantos de la juventud, se ponen de uñas con cuanta idea no se sujeta a su aprobación; quieren que sus pobres pensamientos y sus singulares manías dominen la sociedad. Ésos son *Yo*.

En una palabra, el individualismo, es el que domina la sociedad: cada cual se cree sabio, valiente, grande, virtuoso; y cada cual busca por diversos caminos su conveniencia y sus mejoras, sin cuidarse de los demás. [...] El dinero y el egoísmo rigen la sociedad moderna, y con el tiempo irán cayendo una por una las ilusiones de tu corazón. Amor y libertad, que han sido siempre nombres santos y respetables, están ya al fundirse en uno solo: *Egoísmo*.⁹⁴

Después de haber leído estas líneas, no nos queda la menor duda de que Payno poseía dones de filósofo y era dueño de una gran intuición, capaz de reconocer a los diversos tipos de espíritus que poblaban las distintas generaciones que convivían en su sociedad. Reflexiona y se ocupa en criticar y, por lo tanto dar valor y significado a ese individualismo y egoísmo que trajo consigo la civilización o el capitalismo. El camino hacia el progreso y la modernidad revelaba un gran costo, la total separación de individuos y naciones a consecuencia de lo que Payno juzgaba inherente a la naturaleza humana: los vicios y las virtudes. Interesante es percibir la fresca mirada del joven Payno respecto a las diferencias de visión por parte de las generaciones que le precedían. Cuestiona a los viejos por “conservadores” y tener miedo a los cambios que, seguramente él comenzaba a vivir en forma acelerada y estrepitosa. Esto nos indica que sólo a través del choque generacional y el roce con lo aprehendido por parte de los viejos de quienes se es fruto, es posible que los jóvenes construyan su propia visión y logren los cambios en la historia. Y eso era lo que pretendía Payno, innovar, ser creativo en la literatura —que era su pasión— con las formas de sus escritos, impactar con ellos y lograr al fin, transmitir sus propios juicios respecto a las circunstancias políticas y sociales de su tiempo presente.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 120 Como puede observarse, Payno se refiere a la modernidad y al individualismo capitalista. Su postura representa la rebelión romántica en contra del predominio del racionalismo. Se pregunta sobre el manejo que se había hecho del concepto de libertad y aboga a favor de un pasado mítico contra el futuro de las utopías racionales; se manifiesta en pos de la “imaginación poética” y en contra del “frío raciocinio” del *Aufklärung* ocupándose en discurrir o filosofar sobre cuestiones morales y las que atañen al ser de la humanidad. *Apud.* Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, Trad. Pablo Corona, 2ª ed., México, FCE, 2002, p. 313.

Así, en *El ómnibus de Tacubaya* —entremezclando lo real y lo ficticio— Payno da vida a una trama, cuyo objetivo fue criticar a los círculos sociales que gravitaban en torno a la figura del caudillo carismático, enajenados con la idea de obtener un cargo o lograr un ascenso en la escala social. Según su relato, los personajes que se reunían en el Café Paoli, eran los pasajeros que se dirigían a Tacubaya, convencidos que abordar el vehículo los llevaría a la concreción de sus sueños y aspiraciones en la política, logrando así un cargo en la administración. En su lenguaje, entreteje palabras con sentido para que el lector, al hacer analogías se imagine al dictador y conozca la conducta de los “pretendientes” que a él se acercaban. Asimismo para hacer notar que el vehículo era un dejarse llevar sin conciencia sobre lo que realmente se quería; que no existían acciones concretas para detener al dictador en su apoderamiento.

Con ironía afirma que su conversación podría llamarse “filosófica” y en el cuadro que pinta, él mismo aborda el carruaje que va a Palacio. Se suma a las conversaciones de los individuos con los que viaja y entabla un diálogo con el ómnibus, que le habla de lo “cotidiano” para denunciar los actos de los “hombres arrancados, interesables y egoístas como son todos los pretendientes” a quienes define como “la bola” que trae, tras de sí, el general.

Discurre sobre diversas caracterizaciones de personajes y muestra su opinión sobre algunos liberales exaltados quienes caían en contradicciones cuando se escudaban en su prestigio como defensores de la democracia y de la libertad para mantener en el poder a un dictador que les reportaba cuantiosos beneficios de carácter personal. Asimismo, habla de los aventureros, quienes logrando una fortuna se hacían pasar por lo más selecto de la sociedad; y, de los usureros ante quienes se postraba “todo el mundo”.⁹⁵

Por otro lado, veía en el predominio del Ejército al principal obstáculo para lograr una estabilidad política y económica. Para él, la sociedad tenía una “tendencia marcada a perfeccionarse y a llegar a un alto grado de “civilización”.⁹⁶ Sin embargo, en México se oponía a esto la inmoralidad producida por las “revoluciones”; donde figuraban siempre en primer plano los militares, dado que sin su apoyo ninguna facción podía llegar al poder. Payno critica el predominio del ejército y es congruente con las ideas liberales que miran al

⁹⁵ Manuel Payno, “El ómnibus de Tacubaya” en *Costumbres mexicanas*, p. 119.

⁹⁶ *Ibid.*

ejército como una corporación del orden tradicional que había imperado desde la colonia y que representaba uno de los primeros obstáculos para el desarrollo y el “progreso social”, pero lo ve desde la óptica de la moralidad y de la ética y juzga por sus conductas inmorales a los hombres de su tiempo, y no sólo a los militares, sino a los propios liberales que alimentaban ese militarismo.⁹⁷

Su crítica apunta a atacar a la clase dirigente formada por viejos políticos anquilosados que según su concepto, permanecían inmersos en una red de intrigas y enfrentamientos. En su opinión las luchas intestinas obstaculizaban el desarrollo del país, dado que las pugnas eran ya, entre “facciones sin energía, sin vigor, y muchas de las veces sin poder para percibir lo justo y lo conveniente”.⁹⁸

Al año siguiente, en *El Museo Mexicano*, fueron publicadas veintidós cartas que escribió Manuel Payno y que componen el itinerario de un *Viaje a Veracruz en el invierno de 1843*.⁹⁹ En algunas de ellas, la figura de Santa Anna aparece retratada de una manera interesante, además que nos da noticias de su hacienda El Encero y otras más, por lo que significan una fuente de gran valía para el estudio del personaje de nuestro interés.

Como representante de la nueva generación, Payno se mostró posesionado por un espíritu de fresco aroma e inclinado a lograr un cambio social o la transformación mediante la difusión de la cultura. Con sus letras como armas, tuvo una importante participación en las filas opositoras al régimen santannista y en especial en los meses previos a su caída, en el año de 1844. Sin embargo, como ya mencionamos, las publicaciones de estos hombres que se convirtieron en disidentes, tuvieron un camino distinto, pues era arriesgado asumir su autoría. Tenemos noticia de que Payno escribió, junto con Fernando Ramírez y Ramón Alcaraz, entre otros, numerosos folletines que se distribuyeron antes de que estallara la “revolución popular” que hizo salir a Santa Anna al exilio, en 1845, pero ningún ejemplar

⁹⁷ En sus digresiones de carácter religioso o moral Payno nos deja leer su aversión hacia aquellos liberales exaltados quienes, según su concepto, negaban la “existencia del alma” y “blasfemaban de los santos” así como no reconocían la validez de los sacramentos religiosos. Así, en el buen sentido nos deja ver sus prejuicios, el abrazo a la tradición de su educación religiosa, posición que en términos ideológicos, le conduciría más tarde a tener los enfrentamientos que tuvo con los liberales juaristas que le excluyeron del círculo del poder.

⁹⁸ Manuel Payno, “El ómnibus de Tacubaya” en *Costumbres mexicanas*, p. 118. Es interesante hacer notar, que su opinión corresponde a la postura de esa nueva generación de jóvenes liberales que no compartieron de cerca los ideales y las utopías de los reformistas de 1833 —miembros de una generación anterior a la cual pertenecieron José María Luis Mora y Valentín Gómez Farías— y que delinearían nuevas pautas a la historia del liberalismo, como lo fue más tarde el llamado moderantismo.

⁹⁹ Manuel Payno, “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843” en *Crónicas de viaje...*, pp. 46-144.

del cual podamos hablar en concreto. Refiriéndose a dicho activismo político que Manuel Payno llevó a cabo por medio de libelos y pasquines confeccionados exclusivamente contra el general veracruzano, Guillermo Prieto menciona en sus *Memorias* lo siguiente:

Forjaban folletos diabólicos escritos con hiel de víboras y con ácido prúsico contra Santa Anna y los suyos, dándole por un bledo a los papeleros que recorrían en las calles enfurecidos gritando: *Los crímenes de Santa Anna pidiendo están su cabeza...Santa Anna fue siempre malo, desde el vientre de su madre...Santa Anna ante los veteranos de la independencia*, y otros libelos que habrían hecho la reputación del propio Satanás, habiendo algunos notables por los talentos innegables de las personas que escribían.¹⁰⁰

De acuerdo a lo anterior puedo argüir que los textos de Payno azuzaron al populacho y que en buena medida con su influjo, se prendió la mecha de la bomba dirigida al militar el 6 de diciembre de 1844.¹⁰¹ Lamentablemente cuento con escasas fuentes para determinar el curso que siguió la producción parahistoriográfica de Manuel Payno, en torno a la figura del caudillo, en su etapa de juventud. Sin embargo, lo que sí puedo afirmar es que los años de 1844 y 1845, fueron definitivos en su carrera política, pues a su paso y en íntima relación con los acontecimientos del país, Payno ocupó un lugar importante dentro del grupo de los liberales. Entusiasmado, por el protagonismo que había alcanzado en los ámbitos cultural y político y, sobre todo por los vínculos que tuvo con sus compañeros de generación con quienes compartió sueños e ideales, colocó su fortuna al servicio de la causa. Puso en marcha su propia imprenta y proporcionó el medio para que él y sus amigos pudiesen desempeñar su labor periodística, con la que combatían en el terreno político. De las prensas de su negocio salió a la luz el periódico satírico, *Don Simplicio*, fundado por Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto¹⁰² y más tarde, fueron impresos los ya mencionados *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*.¹⁰³ Después de éste último título, no tenemos noticia de algún otro escrito producto de sus años mozos, en el que se ocupe en concreto del dictador.

¹⁰⁰ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos, 1828 a 1853*, México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906, vol. 2, p. 136.

¹⁰¹ Recuérdese que en ese día, el pueblo enardecido se levantó en contra del gobierno y mostró el odio que sentía por el opresor, general Antonio López de Santa Anna. La turba se dirigió al cementerio de Santa Paula, desenterró el fragmento de su pierna y lo arrastró por las calles de la ciudad, inmersa en una experiencia frenética y lúdica.

¹⁰² Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol.2, p. 182.

¹⁰³ En los que según noticias de Fidel, Payno fue autor del capítulo “Polkos y puros”. *Cfr. Ibid.*, p. 265.

Asimismo, no me cabe ninguna duda, respecto al duro impacto que tuvieron en Payno las experiencias vividas durante la invasión norteamericana. A partir de ese momento decidió declararse como un activo miembro de la “oposición” y según afirma, su nueva condición le convirtió en blanco de los ataques del partido conservador y de su jefe, Lucas Alamán.¹⁰⁴ Fue el tiempo durante el cual, el joven revolucionario, escaló en su carrera política dentro del “partido” de los liberales hasta colocarse, tras el triunfo de la revolución de Ayutla como ministro de Hacienda, durante el gobierno del general Ignacio Comonfort. Sin embargo, como ya mencioné con anterioridad, pronto tuvo que confrontar diversas vicisitudes con sus compañeros los radicales, a consecuencia de su postura ideológica. Dichos problemas le sumieron por algún tiempo en una depresión y seguramente condicionaron su proceso de madurez, como artista y como individuo.

Finalmente, es preciso reiterar que el general veracruzano no volvió a ser objeto principal de sus escritos hasta que después del triunfo de la República e invitado por Gabino Barreda, Payno formó parte del equipo de docentes de la Escuela Nacional Preparatoria. Entonces, se ocupó de la redacción de un libro de historia patria, y, en él entretejió la trama de la historia nacional y la de su caudillo, Antonio López de Santa Anna.¹⁰⁵

El lenguaje de su libro de texto

Payno tenía cincuenta años de vida cuando, en 1870, publicó su *Compendio de la historia de México*.¹⁰⁶ Para elaborarlo emprendió una tarea de reflexión sobre el pasado y urdió un entramado que le devela ideológicamente como un liberal moderado, dada su peculiar mezcla de lo característico conservador y lo liberal. Median entre los escritos de juventud y éste de su madurez, más de dos décadas de historia nacional y de experiencia vital.¹⁰⁷

¹⁰⁴ Manuel Payno, “Costumbres políticas” en *Costumbres mexicanas...*, pp. 175-178. (El artículo originalmente fue publicado en *El Eco del Comercio*, de 22 de julio de 1848, pp. 2-3.)

¹⁰⁵ En ese tiempo Payno fue elegido diputado por el estado de Tepic y nombrado director del periódico *El Siglo Diez y Nueve*. También impartió la materia de economía política en la Escuela de Comercio y Administración.

¹⁰⁶ Manuel Payno, *Compendio de la historia de México. Historia nacional*, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. Nicolás Cárdenas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002 (Obras Completas XII).

¹⁰⁷ Dicho texto sirvió a la instrucción pública durante bastante tiempo. Fue reeditado ocho veces en dieciséis años que Payno utilizó para corregirlo y aumentarlo. No obstante después de muerto, con su historia siguió educando a las juventudes de las primeras décadas del siglo XX. *Vid.* Patricia Escandón, “La historia antigua

En 1867, año en que fue fundada la Escuela Nacional Preparatoria, recién se había vivido la experiencia del Segundo Imperio y la Intervención Francesa. De tal manera, que para quienes tenían en sus manos la tarea de reconstruir un orden y de llevar a cabo el proceso de restauración de la República era clara la necesidad de buscar la unidad de los mexicanos a través de su historia. Asimismo de introyectar una moral liberal para legitimar el nuevo orden establecido por la minoría rectora. Payno fue promotor de un discurso integrador de la nación. A él y otros autores de su generación, como Manuel Orozco y Berra, se debe la creación de una nueva interpretación histórica en donde el pasado prehispánico y el colonial dejaron de ser contradictorios. A decir de Antonia Pi-Suñer su concepción progresista, y aún evolucionista de la historia, les llevó a considerar el periodo de la conquista como un “paso doloroso pero inevitable dentro del lento pero permanente progreso humano”.¹⁰⁸ Asumir ese hecho como el origen del surgimiento de la nación mexicana dio vida a la idea del mestizaje como la esencia del ser y de la identidad nacional. Los mexicanos debían reconocerse orgullosamente como el resultado de la mezcla de dos razas: la indígena y la española.¹⁰⁹

Las cuatro partes que componen el libro están divididas en distintos números de lecciones, escritas a la manera de catecismos políticos o de los manuales de enseñanza cívica, al estilo de los que comenzaron a proliferar en Francia a raíz de la Revolución, para difundir y hacer accesible el conocimiento de los principios liberales.¹¹⁰ Esto es, en la forma de preguntas y respuestas que permitían la memorización. En el caso de Payno podemos decir que si bien utilizó este método para dar estructura al texto que utilizó como arma didáctica para la enseñanza de la historia, asimismo le sirvió como pretexto para construir una trama de la historia nacional.

Para el tema de nuestro interés, que es la interpretación del personaje Santa Anna en la trama de la historia nacional, es necesario abordar la cuarta y última parte del *Compendio*

de México en los textos escolares del siglo XIX”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Instituto Mora, núm. 10, ene-abr., 1988, México, pp. 33-42.

¹⁰⁸ Antonia Pi-Suñer Llorens, “Introducción” en ____ (coord.), *En busca de un discurso integrador de la Nación Mexicana, 1848-1884*, coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, 1ª reimp., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1996, p.26 (Historiografía Mexicana; IV).

¹⁰⁹ Cabe apuntar que algunos de los miembros de la generación de los compañeros de Santa Anna, vieron a los indígenas y al pueblo en general como harina de otro costal, tal fue el caso de Lucas Alamán o José María Luis Mora, para quienes la nación la constituían los criollos.

¹¹⁰ Eugenia Roldán Vera, “Los libros de texto en la historia de México” en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *op.cit.*, pp. 491-526.

en donde se ocupa de la historia de México independiente, de 1821 a 1880, y a su decir trata de las “guerras civiles y extranjeras”.¹¹¹

En relación con lo expuesto por Hayden White para el análisis de la estructura de la imaginación histórica a través del estilo historiográfico que adopta la narración, puede decirse que Payno tramó de una manera trágica el proceso de la historia nacional y el papel que jugó en él, el personaje Santa Anna. Los principales motores de esa gran tragedia fueron, en su trama, la inestabilidad política y los ataques extranjeros. En su concepto, las guerras civiles empobrecieron al país y fueron obstáculo para el desarrollo económico y cultural, además de haber “agriado [el] buen carácter” de los mexicanos, “relajado la moral y viciado las costumbres del pueblo”. Asimismo consideró que podía afirmarse que, los pronunciamientos que caracterizaron ese periodo de la historia fueron consecuencia de la actitud egoísta de “algunos hombres”, militares como Santa Anna, quienes por ambición de poder, de dinero y prestigio “social”, ligaron su “historia fatal” —inclinada a los vicios— a la del país y se convirtieron en los principales protagonistas de la “tristísima historia de nuestras revoluciones”. Como se analizará en el siguiente capítulo.¹¹²

En su *Compendio*, Payno muestra que de acuerdo a sus tradiciones y sus prejuicios tenía una concepción providencialista y maniquea de la historia. En su madurez, la influencia del positivismo así como de las teorías evolucionistas darwinianas, transformaron su visión del mundo y su horizonte cultural. Por la forma como explica el proceso histórico, podríamos definirle como un determinista evolucionista que consideró la existencia de leyes inquebrantables.¹¹³ En su opinión, alcanzar la cima de la civilización y la prosperidad era un proceso gradual; y México, a pesar de todas las tribulaciones que había experimentado podía asegurarse que estaba inmerso en la marcha del progreso

¹¹¹ Cabe señalar que rompiendo todos los esquemas que hasta ese momento se habían elaborado para la construcción de una historia general de México, Manuel Payno se ocupó del devenir histórico dando inicio a la primera parte de su texto con los descubrimientos y conquista, de 1490 a 1522. Enseguida, se ocupó de la “historia antigua de los mexicanos o aztecas, de 1142 a 1521, dando cuenta de todo lo conocido hasta entonces apoyándose en fuentes e incluso planteando sus hipótesis. En la tercera parte del texto, trató lo que denominó como “historia moderna de México” referente a la dominación española, de 1521 a 1821, en donde enfatizó constantemente la idea de que México había sido parte de España y que por lo tanto sus historias estaban entrelazadas. De la cuarta parte del libro ya se hizo mención; y, por último, para coronar el final de su *Compendio* Payno incluyó un apéndice con un “Catálogo de los Reyes Indígenas” y una “Cronología de los gobernantes de México desde la Conquista hasta 1876”. Cfr. Manuel Payno, *Compendio...*

¹¹² *Ibid.*, p. 253.

¹¹³ Para ahondar sobre este tema véase Miguel Soto Estrada, “Manuel Payno” en Antonia Pi Suñer Llorens (coord.), *op.cit.*, pp. 55-70.

universal. Todas las etapas de su historia fueron determinantes y necesarias para la conformación de su ser. De tal manera que creyó que las “revoluciones” debían considerarse como “evoluciones necesarias en la marcha de la civilización,” mismas que habían permitido a los mexicanos llegar a “un estado moral de adelanto”.¹¹⁴ De tal forma que la experiencia vital de Antonio López de Santa Anna enlazada con la historia del país, no era condenable, había sido un aprendizaje necesario en el desarrollo de la conciencia histórica de los mexicanos.

El pensamiento histórico de Payno puede considerarse como de tinte conservador porque concibió el desarrollo de la historia de los pueblos y las naciones similares a las de un organismo. Para él, los mexicanos hijos de la cultura y civilización española —de lo cual siempre se enorgulleció— llegaron al momento cumbre e inevitable de ejercer su derecho a independizarse, de la misma manera en que lo hace un hijo de familia que llega a la mayoría de edad. Considera a la historia de la civilización como un proceso evolutivo, en donde los cambios esenciales en la historia de la humanidad son conducidos por un Ser Providencial que genera vida, desarrollo y progreso. Mas son los hombres mismos, los actores de la historia y como seres imperfectos cometen errores y se dejan llevar por las pasiones, los intereses privados y las intenciones egoístas. En su visión las luchas intestinas y los ataques sufridos por México, durante 1821-1867, fueron necesarios para adquirir conciencia histórica y lograr el progreso como civilización. Del mismo modo, fue significativa la existencia y protagonismo de Santa Anna.

En la historia que interpretaron los triunfadores liberales de la república restaurada, se nota siempre de alguna u otra forma la crítica y el desdén del pasado inmediato que lograron transformar, porque precisamente ellos fueron los protagonistas del cambio y eran en su presente actores políticos en acción. Payno siempre más inclinado hacia lo filosófico que a lo político prefirió la crítica de carácter moral y se ocupó del terreno de la moralidad pública. En su interpretación, Santa Anna encarnó la figura trágica de la historia de la primera mitad del siglo XIX, precisamente por todos los vicios que le caracterizaron, pero ésos, más las cualidades que también tuvo, fueron necesarios y determinantes para alcanzar el grado de conciencia ética y moral que en su presente tenían los mexicanos. En su trama,

¹¹⁴ Manuel Payno, *Compendio...*, pp. 251-252.

ese hombre que actuó por pasión y a la vela de sus intereses privados tuvo un trágico final de su existencia, como castigo, porque fue él mismo la encarnación del egoísmo.

En la intriga que construyó Payno la figura del caudillo adoptó una significación específicamente ética. Su escritura refleja el gran peso que tuvo su educación católica y tradicionalista sobre su pensamiento y personalidad, al mismo tiempo que lo tuvo su convicción liberal y vanguardista. Como bien dice O’Gorman, es incorrecto encajonar a liberales y conservadores como entes ajenos y contradictorios. Ambos están contaminados de la esencia de su contrario, los liberales son conservadores y tradicionalistas en unos aspectos, como los conservadores son liberales en otros y Payno bien puede ejemplificar este postulado.

Guillermo Prieto, historiador de México y de Santa Anna

Después de la guerra con Estados Unidos, Guillermo Prieto radicalizó su postura liberal y abandonó las filas moderadas en las que se formó. Indudablemente sus experiencias durante ese trágico acontecimiento, le marcaron profundamente. Darse cuenta de la falta de unidad, de la ausencia de un sentimiento nacionalista, del egoísmo mostrado por la Iglesia, de la hipocresía con la que se condujeron muchos de sus contemporáneos, y de otros muchos aspectos, le llevó a tomar conciencia de su condición protagónica en la historia del país y a decidirse a actuar en pos de un nuevo gobierno declarándose en contra de las clases privilegiadas, del predominio del militarismo y sobre todo, en contra del general Santa Anna.

Treinta años tenía Guillermo Prieto cuando como miembro activo del Congreso de Querétaro se mostró siempre reacio a aceptar las condiciones humillantes que propusieron los vecinos del norte e inclinado por continuar la guerra y defender a México hasta con la vida. Mas como su pasión eran las letras, decidió con ellas mantenerse en pie de lucha y tomarlas como armas para transformar su realidad. En 1848, Prieto se ocupó de la edición de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y Estados Unidos*, y pudiera decirse que con ellos se inició en el oficio de historiador. Quince fueron los autores que se adjudicaron su autoría —entre ellos por supuesto él y Payno—, aduciendo al publicarla que

habían trabajado en equipo.¹¹⁵ No obstante, años más tarde Prieto definió el importante papel que desempeñó como arquitecto del entramado. Asumió, que con ayuda de las relaciones de las batallas que le proporcionaron algunos testigos, fue él quien redactó, con la mayor imparcialidad los acontecimientos.¹¹⁶ Si otorgamos credibilidad a sus palabras, es posible afirmar que dicha obra, pensada en sus orígenes como una simple reunión de artículos testimoniales, terminó siendo un trabajo historiográfico que Prieto realizó al consultar archivos y seleccionar fuentes para dar una explicación plausible de los orígenes y desarrollo del conflicto entre México y Estados Unidos. Asimismo, que la intención y el sentido que le llevó a ejecutarla fue trabajar, —para él en esta ocasión de forma extraordinaria dada su inclinación a lo literario y periodístico— como un historiador, quien según su opinión, debía asegurarse de la “verdad” e imparcialidad de los juicios vertidos además de “escribir sin pasión y sin pensión”.¹¹⁷

Gracias al empeño que colocó Guillermo Prieto en esa empresa y a Payno que financió la impresión, los *Apuntes* marcaron un hito en su historia presente. Con ellos, los intelectuales de la generación de los revolucionarios de Ayutla, hicieron sentir su irrupción en el ámbito del quehacer político como los principales impugnadores de un cambio. El disenter de los jóvenes respecto al Estado fue el puntal del proceso que los llevó a provocar el movimiento que dio lugar a la caída del dictador y por ende, al fin de la llamada “era santannista”, en 1855.

En la “Introducción” a los *Apuntes* que Prieto asegura haber redactado en nombre de todos, reconoce que pudo haber caído en la falta de imparcialidad al juzgar los hechos porque no podía negar el profundo odio que sentía en contra de “la benemérita clase y el inmortal ¾”[sic.], general Santa Anna.¹¹⁸ Huelga decir que por ello, cuando regresó el militar al poder, en 1853, reprimió duramente a los autores y en especial a Prieto. El general no pudo aceptar los críticos señalamientos que le hicieron en dicha obra, consideró que su contenido era un insulto al “patriotismo”, a la “religión” y a la moral, además que carecía, según su concepto, de los dotes de un escrito histórico porque deshonró al ejército

¹¹⁵ Los autores, además de ambos, fueron: Ramón Alcaraz, Alejo Barreiro, José María Castillo, Félix María Escalante, José María Iglesias, Manuel Muñoz, Ramón Ortiz, Ignacio Ramírez, Napoleón Saborío, Francisco Schiafino, Francisco Segura, Pablo María Torrescano y Francisco Urquidi.

¹¹⁶ Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2, pp. 264-265.

¹¹⁷ Ramón Alcaraz, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Tipografía de Manuel Payno hijo, 1848, ed. facs., 3ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1977, p. V.

¹¹⁸ *Ibid.*

nacional y a su caudillo.¹¹⁹ Por tal motivo, mandó recoger y quemar los ejemplares, destituyó a los escritores de sus cargos en la administración pública y en concreto, a Prieto le convirtió en un prisionero de carácter político, como se analizará más adelante.

Aunque pudiésemos precisar con ayuda de nuestro autor, cuáles fueron los capítulos que él redactó, prefiero no violentar el escrito y respetar la forma y la intención con que la obra fue publicada. Es mejor considerarle, como el discurso de quince autores, representantes de la generación de los revolucionarios de Ayutla, con el cual manifestaron su integración al quehacer político como protagonistas de su historia, criticaron su realidad y lucharon por transformarla, que tratar de adjudicarle su autoría a Prieto. Tan sólo quise hacer referencia del papel que él mismo informa haber desempeñado en la confección de los *Apuntes* para argumentar que en el joven Prieto cupo la intención de trabajar como historiador. Puede decirse que de alguna manera intuyó que aunque historia y literatura convergen en un punto, no son lo mismo. Sin embargo, no alcanzó a discernir cabalmente una diferenciación entre una y otra tarea porque no podía comportarse de otra manera más que como producto de su tiempo y herencia cultural: ecléctico por naturaleza e influenciado, enormemente, por el romanticismo francés —especialmente por Víctor Hugo— en donde el ideal de ser un intelectual culto y comprometido con su historia implicaba ser literato, historiador, educador y crítico social, como el pretendió ser.

Es así como recuerda Prieto en las *Memorias*, la filosofía que reinó en su pensamiento cuando en su hogar queretano los quince autores fraguaron en complicidad esos *Apuntes* y “desplegaron sus alas vigorosas” para transformar la realidad, en ese entonces embriagados del espíritu romántico del siglo y por lo cual se hicieron llamar en su conjunto la “Familia de Renepont”, como en la novela *Judío Errante* de Eugenio Sué.¹²⁰ Enseguida, continuaron combativos con su tarea educativa por medio de la prensa y sus publicaciones de corte literario, guiados por el propósito de generar sentimientos nacionalistas a partir del reconocimiento tácito de que México era un pueblo mestizo y sólo podía explicarse a través de su historia.

¹¹⁹ Cfr. *Bando del gobierno del general Antonio López de Santa Anna en el que se ordena la destrucción de los Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, 1º de febrero de 1854, en *Ibid.*

¹²⁰ Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2, pp. 264-265.

Contexto y motivaciones

A principios de 1853, Prieto se desempeñaba como ministro de Hacienda en la administración del presidente general Mariano Arista, cuando le tocó vivir un momento coyuntural y decisivo en la formación de su personalidad, tanto en el terreno intelectual como en el político que lo llevó a manifestarse decididamente en contra del general veracruzano y a definir su ideología liberal. Tras renunciar Arista, obligado por el inminente retorno del general Santa Anna al poder, de la noche a la mañana Prieto perdió su cargo en la administración y se convirtió en uno de los disidentes u opositores más peligrosos para el régimen santannista. Puede decirse que fue, materialmente, uno de los principales autores intelectuales del movimiento que se formó para derrocarlo.

En ese tiempo, un sincero sentimiento nacionalista y de amor por la patria nació en Prieto. Mantener la libertad, educar, reformar para alcanzar los ideales de una sociedad progresista, le llevaron a adoptar una postura de franca confrontación con Santa Anna. Fue perseguido y objeto de represiones por escribir en *El Monitor Republicano* artículos contra el gobierno. A decir de Prieto, dicho periódico se convirtió en el “foco de rebelión federalista” y “punto de reunión de la flor y nata del purismo”.¹²¹ En consecuencia, por orden del general jalapeño, Guillermo Prieto fue hecho prisionero —de junio a diciembre— bajo un arraigo domiciliario forzoso en Cadereyta, Querétaro. Allí comenzó a escribir los *Viajes de orden suprema (1853-1855)* donde interpretó su historia inmediata e hizo severas críticas al caudillo, cuando narró las tribulaciones de su vida como desterrado.¹²²

La obra representa un valioso documento para el análisis del personaje Santa Anna, a través de la óptica de un liberal que fue contemporáneo suyo y que además, desempeñó un papel determinante dentro de esa nueva minoría rectora que logró el cambio social con su caída. Guillermo Prieto, se convirtió en uno de los principales denostadores de su figura y fue autor de muchos de los mitos que aún existen en torno a su personalidad. Dado que se sintió comprometido con la sociedad de su tiempo a realizar acciones encaminadas a salvaguardar el nuevo orden político y civil que se había impuesto, creyó necesario dar a conocer la “verdadera historia” del régimen derrocado. Con esa intención sacó a la luz —

¹²¹ *Ibid.*, p. 76.

¹²² Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema (1853-1855)*. *Crónicas de viajes I*, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. de Francisco López Cámara, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994 (Obras Completas;IV)

precisamente cuando era miembro del congreso constituyente— su testimonio como perseguido político.

Viajes de orden suprema fue publicado a manera de folletín por la imprenta de Vicente García Torres, en el año de 1857,¹²³ lo que nos permite afirmar que durante los primeros años del triunfo liberal, los jóvenes miembros de la generación de los revolucionarios de Ayutla, sí publicaron una historia pragmática con el propósito de conducir a la opinión pública en la forma como lo aprendieron de los viejos con los que se forjaron, movidos por intereses políticos. De tal manera, que una de las primeras tareas que llevaron a cabo con esos propósitos, fue desprestigiar al personaje Santa Anna, a fin de asegurarse que ese hombre, que figuró en la vida pública por más de tres décadas en la historia del país, no regresase nunca.¹²⁴

Viajes de orden suprema

Es un texto que fue escrito por Prieto con la intención de que fuera utilizado como fuente por las posteriores generaciones para reconstruir la historia de su tiempo. A pesar de evitar nombrarse a sí mismo historiador, como tal se asumió cuando bajo la consigna de decir verdad narró parte de su vida y construyó una trama con la que explicó los últimos años del gobierno del general Santa Anna. En la crónica de su forzado viaje, Prieto se concibió a sí mismo como un protagonista clave y representativo entre los miembros del grupo opositor, como se desprende del siguiente párrafo:

¹²³ Como se publicó por entregas, son raros los ejemplares que pudieran existir de esa primera edición. Fue hasta el significativo año de 1968 en que dos casas editoras volvieron a reimprimirla: Porrúa la editó con un prólogo a cargo de José Ignacio Mantecón y Editorial Patria, con la introducción de Rafael Ayala Echeverría. En 1986, el gobierno de Querétaro sacó a la luz otra edición. Y Boris Rosen a finales del siglo XX. Vid. Begoña Arteta, “Guillermo Prieto” en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *op.cit.*, p. 50.

¹²⁴ De acuerdo a mis investigaciones en torno a la historiografía sobre el personaje Santa Anna puedo afirmar, que Guillermo Prieto estuvo detrás, de las publicaciones encaminadas al desprestigio de Santa Anna que se hicieron de manera anónima. Como es el caso del “Compendio histórico de la vida del general D. Antonio López de Santa Anna” publicado en el *Calendario de Pedro de Urdimalas* para los años de 1856 y 1857 e ilustrado, cada uno de ellos, con veinte estampas. El título cervantino, las formas y contenidos de los textos así como los diversos comentarios que hace Prieto en sus *Memorias*, no me dejan lugar a dudas que él, Manuel Doblado y quizá, hasta Manuel Payno, estuvieron involucrados en dicha empresa editorial. Por miedo a la represión y por no tener la certidumbre de que la acción social que realizaban llegase a buen puerto, propagaron escritos en los que hablaban mal de Santa Anna, en un primer momento bajo el resguardo del anonimato. Por ello, la publicación de los *Viajes*, en el año de 1857, bajo la pública autoría de Prieto acrecientan su valor y nos dan cuenta de su espíritu combativo. En dos ocasiones, se había vivido ya la experiencia de que Santa Anna habiendo salido del país, para no regresar jamás, lo había hecho, no fuera a ser que en ese tiempo sucediese lo mismo. No obstante, Guillermo Prieto, por convicción y conciencia histórica se aventuró a sufrir las consecuencias y dio a conocer su testimonio.

La historia de la época que voy describiendo, de este eclipse total de la ley de los derechos sociales, de este anacronismo inverosímil en que aparece dominadora la violencia, esclava de la razón, triunfante el crimen; de esta política de rencores que usurpa sus nombres a la probidad y al bien, y suplanta las reglas sencillas con que se opera la felicidad de los pueblos: la historia de este periodo en que a la cobardía se condecora, en que a la historia se calumnia, en que se manda acatar la impostura, y en que la delación y la crueldad son las puertas de marfil y oro abiertas a las dignidades del Estado...de este periodo en que sin estrépito, y con aparente beneplácito de los pueblos, como que borra entre ellos mismos la conciencia de su propia degradación; la historia de ese periodo la escribiré otra pluma que, como la de Juvenal; produzca la befa y el castigo, el suplicio y el escarnio de sus tipos eternos.¹²⁵

Si bien el texto de Prieto no es ejemplo de la retórica de la historia, la intención la tuvo y muestra la concepción ciceroniana que la rige. Los *Viajes* pueden considerarse como una valiosa fuente que nos permite conocer al multifacético joven romántico Prieto en su ejercicio intelectual, en lo que ahora se denomina, como sociólogo, antropólogo, economista, poeta lírico, escritor de romances y de excelentes cuadros de la vida social y costumbres; así como, acercarnos al muchacho crítico de firmes convicciones liberales y con vocación de historiador. Recuérdese que en ese tiempo el oficio no estaba tipificado con las normas de hoy. Por ello, podemos decir que en los *Viajes* —que son un conjunto de crónicas, más una mezcla de escritos de índole diversa que Prieto escribió en forma de verso y prosa y a manera de diario— es posible vislumbrar una trama de la historia de esos años, cuyo hilo conductor fue la política.

La obra se divide en dos partes. En la primera, titulada “la dictadura de prólogo” con un lenguaje satírico y mordaz, Prieto construyó una divertida parodia en donde, a manera de representación teatral, hizo una crónica de los sucesos políticos acontecidos desde el 6 de enero de 1853 —fecha en que Mariano Arista renunció a la presidencia y fue sustituido por el ministro de Justicia, Juan Bautista Ceballos— hasta principios de abril siguiente —que Santa Anna regresó del exilio a ocupar la silla presidencial y abanderar el proyecto de los conservadores. Además de dar los pormenores de su persecución y destierro para finalmente narrar sus experiencias durante el primer “viaje de orden suprema” que le impuso el caudillo. Como es de suponerse, entre las descripciones de sentimientos, de los

¹²⁵ Guillermo Prieto, *Viajes...*, p. 135.

paisajes que se posaron ante su vista y entre otras tantas digresiones, el romántico Prieto entreteje el drama de la historia de México y del caudillo, general Santa Anna.

En la segunda parte, nos da noticia de su regreso a la capital como un “apestado” — a su decir— por su adscripción al partido liberal. Nos relata el rumbo que tomaron los acontecimientos después de la muerte del ministro Lucas Alamán y ofrece un panorama del México de ese tiempo. Habla de la concentración del poder por parte del militar veracruzano, de la prensa vendida, de los agiotistas, del clero y la burocracia, entre otros temas, además de denunciar los crímenes y atrocidades del gobierno dictatorial de Santa Anna, que pinta y define con ironía, como una “monarquía de vaudeville”. Asimismo, en el entramado nos devela los sucesos significativos que, en su concepto, hicieron estallar la revolución del sur.

Al poco tiempo del grito de Ayutla, Guillermo Prieto fue privado de su libertad en dos ocasiones más. Hasta que finalmente, en mayo de 1854, recibió otra “orden suprema” para trasladarse al estado de Oaxaca. Lamentablemente aquí se corta la narración de su texto y da lugar a conjeturas sobre el hecho de estar inconcluso. Boris Rosen, asegura que los pliegos que contenían el manuscrito se quemaron y esa es la razón por la cual está incompleta. Sin embargo, no está por demás pensar que Prieto abandonó esa tarea cuando se integró de lleno a la actividad opositora, pues al parecer logró escapar de su prisión para unirse al movimiento de los revolucionarios de Ayutla.

Prieto interpretó la historia de ese tiempo como una tragicomedia. Consideró que en ese entonces México estuvo preso de una de “esas fascinaciones mentales que sufren los pueblos como para poner de manifiesto su postración”.¹²⁶ A su entender, la nación fue víctima de una “fiebre”, de un “delirio social” y presentaba un fenómeno digno de investigarse por medio de una filosofía profunda, por parte “de uno de esos hombres de Estado con que dota la Providencia a las naciones en sus grandes crisis” —quizá él mismo— porque no era fácil explicar por qué la nación abandonó el orden constitucional y permitió el nacimiento de un despotismo en manos de un hombre cruel, que destruyó los derechos del pueblo, oprimió a la sociedad y llenó de víctimas a la república.¹²⁷

¹²⁶ *Ibid.*, p. 417.

¹²⁷ *Ibid.*, pp. 467-468.

En su trama, fueron los militares quienes descontentos intrigaron en contra de Arista, por las reformas que llevó a cabo dentro del ejército, tomaron venganza y originaron la convulsión que finalmente trajo de regreso al caudillo, en su opinión, un hombre loco, enfermo de poder, a quien no le interesaban los derechos del pueblo ni la patria ni la nación, pero que contaba con un influjo impresionante sobre la sociedad a la cual tenía como hipnotizada. En consecuencia, las facciones de distintos colores fraguaron “invisibles intrigas para ganar el corazón del hombre de la época”.¹²⁸ Así, mientras los conservadores y santannistas unieron sus fuerzas para elevar al poder al general veracruzano, los liberales — ante el hecho inminente de su retorno— se vieron obligados a presentar también un “programa lleno de patriotismo” a fin de que les favoreciera aunque era sabido que algunos puros como él, le detestaban.¹²⁹

¹²⁸ *Ibid.*, p. 95.

¹²⁹ El grupo selecto de los liberales miembros de la generación de Ayutla comenzó a perfilarse. Mas aún no lograban una cohesión ni les había llegado el momento de suplantar a los viejos, sin embargo muchos estaban ya integrados en el ámbito político y gubernamental, como Prieto, Benito Juárez, Melchor Ocampo, entre otros. Los gobiernos establecidos después de la guerra con Estados Unidos no habían logrado subsanar la economía ni establecer un orden que les permitiera avanzar. Los partidos políticos, como bien dice Prieto — en el caso del liberal— estaban divididos, pero no imposibilitados para comenzar a organizarse. Al parecer, el partido santannista, era el único que se mantenía lo suficientemente fuerte y consolidado para tejer una intriga que permitiera el regreso del caudillo, misma que cundió por varios puntos de la república por obra de los militares, quienes por supuesto formaban el grueso de su clientela y se encargaron muy diligentemente de su retorno. Descontentos con las reformas al Ejército que pretendió poner en marcha Mariano Arista comenzaron a manifestarse con varios brotes de rebeldía por los alrededores de la ciudad de México, Chalco, Xochimilco y más tarde en Veracruz, Tampico, Michoacán, Durango, Chihuahua, hasta que en julio de 1852 se pronunció la guarnición de Guadalajara en contra del gobierno y el 20 de octubre José María Blancarte, proclamó el llamado plan del Hospicio. Con el, se desconoció a Mariano Arista como presidente, se propuso la instalación de un nuevo congreso que reformara la constitución y se llamó a Santa Anna a ocupar el poder. Juan Bautista Ceballos, ocupó interinamente la presidencia hasta que, el 4 de febrero de 1853, tras la celebración de los convenios de Arroyo Zarco se nombró depositario del poder Ejecutivo a José María Lombardini y se legitimó la propuesta de volver a colocar en la cúspide al general veracruzano. En la comisión que se formó para llevar a Turbaco la noticia de su elección a Santa Anna, se encontró Miguel Lerdo de Tejada como representante del gobierno. Esto nos permite argüir que en definitiva no sólo los conservadores y su cabeza, Alamán, consideraron a Santa Anna como el hombre fuerte y necesario para lograr consolidar el Estado, sino que también los liberales así lo miraron. Mientras la comitiva representada por santannistas y liberales, partió hacia territorio colombiano, el 14 de febrero, los conservadores decidieron entrar en acción y enviaron a su vez otra encabezada por Antonio Haro y Tamariz, portador de la carta en la que escribió Alamán su propuesta política. Finalmente, Santa Anna llegó al puerto de Veracruz el 1° de abril de 1853 gracias a las intrigas que entretejieron santannistas y liberales. Esto lo confirma la implicación de Lerdo y más tarde el testimonio de uno de sus adictos, el general Juan Suárez y Navarro, quien tiempo después, resentido por no haber logrado las expectativas que se formó —respecto a los “beneficios” que podía obtener del caudillo cuando retornara al poder— le recriminó el haber acogido la propuesta del partido conservador cuando habían sido ellos quienes posibilitaron su regreso. *Cfr.* Juan Suárez y Navarro, *El general Santa Anna burlándose de la nación, fecha en Perote*, México, Ignacio Cumplido, 1856.

También el veracruzano Miguel Lerdo de Tejada escribió una carta en donde expuso a su paisano la propuesta de los liberales. El 23 de marzo está fechada la misiva que escribió Alamán y el 18 de abril, la de Lerdo. Santa Anna se sintió obviamente más identificado con el programa de los hombres de su generación y

En su discurso Prieto pretende ser imparcial. Analiza con detenimiento la conducta de cada una de las facciones y no detiene la agudeza de sus críticas cuando toca el turno a los liberales. Reconoce que se encontraban divididos. Por otro lado, con indignación hace notar que el pueblo era ignorante, manipulable y en esos momentos lo estaba siendo por el clero y el ejército, instituciones que en su opinión, tenían postrada a la nación en una situación degradante.

Prieto aceptaba dolorosamente que en ese momento los liberales carecían de un programa concreto para gobernar. Desde su perspectiva, Alamán lo tuvo y se convirtió en el principal promotor del nuevo gobierno con el militar a la cabeza porque él, ejercería el poder y dirigiría a la nación.¹³⁰ Mas con su muerte —acaecida escasos tres meses de haber regresado Santa Anna— sobrevino el caos. Se perdió el control de la brújula del Estado en manos del general, quien al momento comenzó a develar su personalidad.¹³¹ Puso en marcha la Ley Lares —que aniquiló la libertad de imprenta— y desató una ola de persecuciones que afectaron en primer término, a su persona. A los pocos días le obligaron a salir de México y comenzaron “cabalmente los *Viajes de Fidel por orden suprema*”.¹³²

A través de sus líneas, el joven Guillermo, demuestra que a pesar de haber vivido confinado y aislado de sus seres queridos, su carácter no perdió esa chispa jocosa que le caracteriza ni tampoco su espíritu combativo sufrió mella. Según se lee en su escrito, quién sabe cómo se las arregló para hacer llegar a las prensas capitalinas, sus letras mordaces y satíricas contra la dictadura. Oculto bajo el anonimato, e incluso dentro de las jaulas del “orden”, siguió en pie de lucha hasta que fue perdonado por Santa Anna, en diciembre del por él nombrado “diabólico año de 1853”.¹³³

no con el que proponían los jóvenes miembros de la generación de Ayutla —que para ese tiempo le rompían el esquema con sus ideas vanguardistas pues hablaban de cambios en la estructura social y política— aunque asimismo le considerasen el “hombre necesario”. Vid. Carmen Blázquez, *Miguel Lerdo de Tejada: un liberal veracruzano en la política nacional*, México, El Colegio de México, 1978, pp. 57-59.

¹³⁰ Respecto a la figura de Alamán, es preciso señalar que algunos jóvenes como Prieto no comulgaron con sus ideas y le consideraron como “el campeón del partido retrogrado” porque estaba en contra de la libertad de comercio y defendía los privilegios del clero y ejército, sin embargo, le respetaron por su sapiencia, integridad y patriotismo. Muy emotivas líneas le dedicó nuestro autor en sus *Memorias* porque, según dijo, le admiró y amó entrañablemente. Cfr. Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2, pp. 234-235.

¹³¹ Para Prieto, Alamán a la cabeza del Estado era una “garantía”, porque sabía como controlar y manejar a Santa Anna, pero con su ausencia las circunstancias cambiaron.

¹³² Guillermo Prieto, *Viajes de orden suprema*, p. 99.

¹³³ *Ibid*, p. 468.

De nuevo ubicado en su estratégico observatorio que era su casa en Tacubaya — muy cerca del Palacio Arzobispal donde residió Santa Anna en México— Prieto se ocupó de dar rienda suelta a su talento y escribió una caricaturesca escena, digna de estudio, con la cual caracterizó al gobierno personal que ejerció Santa Anna. Para Prieto, los principios de libertad y democracia se tornaron inalcanzables y utópicos; la sociedad parecía dar marcha atrás e iniciar un proceso “retrógrado”. Según su punto de vista, los santannistas comenzaron a soñar con establecer una monarquía, pero como consideraban por el momento imposible el advenimiento de un borbón al trono de México, decidieron instaurar un gobierno monárquico “a la mexicana,” con Santa Anna aposentado en el trono, como veremos más adelante.¹³⁴

Prieto explicó la realidad histórico-política como una lucha entre contrarios, representados como las fuerzas del retroceso y del progreso, de la misma forma como lo había concebido el liberal, José María Luis Mora. En su discurso, muestra la firme convicción que tenía de saberse un protagonista clave en la historia de un cambio social, y sobre todo, de trascender a los viejos y poder llevar a cabo las utopías de los liberales de la generación que le precedió. De tal forma que reconoció, transformaciones en el “partido” —que según dice— ya no era el de antaño que confundía “el populacho con el pueblo” y estaba constituido por “calaveras desvergonzados de café” sino que el de su tiempo, era el formado por “pequeños propietarios de la clase media inteligente y laboriosa”, como él. Reconocía que el partido liberal carecía de unidad y de regularidad en la acción; pero estaba convencido de que la facción radical a la cual representaba, era sin duda, la destinada a llevar a cabo la “revolución”, porque él estaba sembrando su semilla.

En el texto, Prieto en varias ocasiones, sugiere que fraguó un complot en contra del gobierno para encender la mecha de la revolución. Conspiró e incluso financió un movimiento contra la dictadura, pero fracasó. En las reuniones que organizó en la azotea de su casa se habló incluso hasta de matar a Santa Anna. La consigna había sido: ¡muera el tirano!

¹³⁴ Fue en ese año cuando Guillermo Prieto escribió su famosa *Marcha de los cangrejos* y es parte de las distintas subtramas que componen su obra. La construcción obedece a la convocatoria que hizo el Ministerio de Fomento para que se creara una “marcha ardiente”, que sería instituida como el Himno Nacional Mexicano. Al respecto Fidel dice, que él no quería quedarse atrás y remitió el escrito para el concurso por medio de un amigo, cuidando de “disfrazar su letra” y bajo el resguardo del anonimato, por supuesto. *Ibid.*, p. 311-314.

Dedicó su pluma a destruir la imagen del héroe de Tampico y por eso le dibujó como un villano. Para ello denuncia varios casos de represión y tortura que llevó a cabo el gobierno, relata anécdotas y pasajes, los más, encaminados a mostrar la personalidad de Santa Anna bajo el influjo de sus bajos instintos. Construye mitos y va definiendo las caracterizaciones significativas para la descripción de Santa Anna en la trama del discurso liberal de la historia de esos años, como podremos analizarlo con mayor profundidad más adelante.

Para finalizar el análisis de esta trama, en primer término es importante hacer notar la certeza con la que Prieto pronosticó el triunfo de la revolución. Ello confirma de alguna manera el papel protagónico que desempeñó como revolucionario de Ayutla y que el sentido que tuvo su escrito fue dejar memoria de la “verdadera historia” de esos años para justificar un nuevo orden futuro. Sin embargo, no podemos saber qué tanto exageró Fidel en su escrito para lograr el matiz de su sátira política, ni qué tanta dosis de ficción tienen sus líneas; mas lo que sí queda claro es que las imágenes negativas que logró transmitir quedaron impresas en la memoria histórica e historiográfica en torno al personaje.

Prieto y la historia reflexiva

Las fuentes nos permiten afirmar que hacia mediados de la década de los años ochenta Guillermo Prieto, siendo un hombre ya maduro, se ocupó muy puntualmente de la historia de México y volvió a poner en práctica su vocación de historiador. En 1885, publicó *El Romancero nacional* con sus versos patrióticos para recordar a Hidalgo y a Iturbide. Además de relatar mediante su poesía, los sucesos vividos en la ciudad de México durante la ocupación norteamericana, desde comienzos del mes de septiembre de 1847, hasta culminar con el tratado de Guadalupe-Hidalgo.¹³⁵ Cabe señalar, que tuvo tal aceptación la anterior publicación que en consecuencia Fidel sumó a su sobrenombre, el título de “popular cantor de las chinas”.¹³⁶ Al siguiente año, comenzó a redactar sus *Memorias de mis tiempos, de 1828 a 1853* y al recordar y hacer un ejercicio reflexivo en torno al pasado del cual se ocupaba su pluma, en su imaginación reapareció el fantasma del texto de su

¹³⁵ Vid. Guillermo Prieto, *El Romancero nacional*, México, Secretaría de Fomento, 1885.

¹³⁶ Prieto escribió bajo el resguardo de diferentes seudónimos, Fidel, Don Benedeto, Don Simplicio, Zancadilla, entre otros. Miguel Ángel Castro, *Poliantea periodística. Homenaje a Guillermo Prieto*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1997, p.42 (30º Aniversario) (Seminario de Bibliografía Mexicana Siglo XIX).

juventud, *Viajes de orden suprema (1853-1855)*, decidió que éste debía ser publicado como continuación de sus *Memorias*, y por ello confeccionó los dos volúmenes que las componen para referir los acontecimientos hasta comienzos de 1853, a fin de dejar intacto, el “viviente colorido de los cuadros” que pintó en su juventud en esos *Viajes*, con los que narró la historia de la dictadura de Santa Anna.¹³⁷

De hecho, los últimos años de su vida los dedicó a escribir y a enseñar historia. Fue profesor de la materia, en el Colegio Militar; y de economía política en la Escuela de Jurisprudencia, además autor de los libros de texto: *Lecciones de historia patria* y *Lecciones elementales de economía política*, que aunque fueron escritos muy especialmente para la enseñanza en dichos recintos, por lo menos el primero —que también se imprimió en ese año de 1886— fue utilizado en la Escuela Nacional Preparatoria y en los centros de instrucción superior del interior de la República, durante varios años.¹³⁸ En los textos que Prieto confeccionó para impartir clases, llevó a cabo un trabajo como historiador y elaboró un discurso histórico de tinte liberal. En el primero, se ocupó de la época prehispánica hasta 1872, año en que murió el “Benemérito de América, presidente de la República Don Benito Juárez”.¹³⁹ En el segundo texto, escribió la historia de la Hacienda pública en México, desde la independencia hasta el establecimiento del federalismo. A continuación, analizó el funcionamiento del sistema centralista e hizo una revisión de lo acontecido hacia el momento de la proclamación del Plan de Ayutla, así como del establecimiento de la Constitución de 1857.¹⁴⁰

De acuerdo a lo anterior, podemos decir que durante los años de 1885 y 1886, Prieto escribió simultáneamente sus *Memorias*, sus *Lecciones*, *El Romancero nacional* y en ellas realizó el oficio de historiador pues su trabajo implicó una reflexión sobre el pasado desde

¹³⁷ Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2, p. 434.

¹³⁸ Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria, escrito para los alumnos del Colegio Militar por...*, México, Secretaría de Fomento, 1886, 709 pp. El texto fue reimpresso en tres ocasiones más por la Secretaría de Fomento, en los años 1890, 1891, 1892. En 1896, fue editado por la Escuela Correccional, Ex convento de San Francisco y San Pablo y en 1986, el Instituto Nacional de Bellas Artes publicó una nueva edición con prólogo de Carlos Monsiváis. Boris Rosen Jélomer apunta que Ralph Roeder hace mención de una edición de 1901 en *Juárez y su tiempo*, México, FCE, 1972, p. 1903; _____, *Lecciones elementales de economía política: dadas en la escuela de Jurisprudencia de México en el curso de 1871 por ...* México, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de J.M. Sandoval, 1870, 659 pp. Con motivo de la celebración de los sesenta años de la Facultad de Economía se hizo una nueva impresión de la 2ª. edición, que es la anteriormente consignada, en la Colección de Clásicos de la Economía Mexicana.

¹³⁹ Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria*, presentación de Boris Rosen Jélomer, pról. de Ernesto de la Torre Villar, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, p. 413 (Obras Completas; XXVIII).

¹⁴⁰ Begoña Arteta, *op.cit.*, pp. 46-47.

su presente y con la mirada puesta en el futuro. De tal forma que resulta paradójico pensar que habiendo sido Guillermo Prieto un historiador por vocación, como hemos visto, durante todo transcurso de su vida nadie le hubiese reconocido como tal. Evidentemente porque su vena poética y literaria siempre fue más fuerte.

Con gran acierto explica el doctor Ernesto de la Torre Villar, que todas las miles de páginas que conforman la obra de Prieto son una historia viva. Por haber sido a la vez, protagonista e intérprete de su historia inmediata sus testimonios son fuentes de primer orden para el estudio del autor y de su época. Su quehacer como historiador siempre fue pragmático aunque, con la madurez de los años y al ejercer la docencia, Prieto tuvo que reflexionar sobre los hechos pasados y sistematizar su saber de distinta manera: investigar, criticar, interpretar y explicar el pasado de México a través de la integración de un discurso.

No obstante, al juzgar las *Memorias* y las *Lecciones* —que son las obras que nos ocupan porque en ellas Prieto interpreta el protagonismo de Santa Anna— podríamos caer en contradicción con la afirmación anterior, si no consideramos que son de naturaleza distinta. La primera, puede ser considerada como un escrito donde se devela la madurez de el joven romántico Prieto que conocimos a través de los *Viajes de orden suprema*, en él se muestra como literato, sociólogo, economista, filósofo, poeta, antropólogo, gastrónomo, cronista y como el hombre que creía que para llegar a ser historiador en toda la extensión de la palabra, debía tener la capacidad de transmitir el espíritu de una época en todas sus expresiones artísticas y materiales. Además de contar con el don del manejo de las bellas letras para instruir con ellas y generar sentimientos de unidad nacional a partir del reconocimiento de una cultura y pasado comunes. Y la segunda, es un discurso inmerso en otro contexto, en el de la ideología y el Estado; además circunscrito a una nueva filosofía de pensamiento imperante ya en ese momento: el positivismo.

Sus *Memorias*

En un plano peculiar de la historiografía se encuentran las *Memorias de mis tiempos, de 1828 a 1853* y por ende su parte complementaria, los *Viajes*. Ambas obras desfasadas en el tiempo de su escritura e incluso en el de su publicación, pero mediante las cuales Prieto pretendió contar la historia de México. La primera salió a la luz en el año de 1906, casi una

década después, de haber muerto su autor; y la segunda, como ya se dijo, en el año de 1857.¹⁴¹

Prieto comenzó a escribir sus *Memorias* hacia la década de los años ochenta cuando contaba con casi setenta años de edad. Este dato es muy importante considerarlo porque el paso de los años le hizo ver con otros ojos el pasado. No hay frescura en el texto si lo comparamos con los *Viajes* y entonces puede decirse que es una trama romántica o a manera de romance, como de hecho era lo que le gustaba escribir en ese tiempo. En las primeras páginas, consigna que escribió “muy especialmente para pasar el tiempo” y darse gusto de dejar memoria de lo que se presentó ante sus ojos. El escrito es de carácter autobiográfico y tiene un trasfondo histórico político. La obra está dividida en dos tomos y cada uno de ellos, comprende cinco capítulos. En el primero narra los acontecimientos de 1828 a 1840 y en el segundo, los hechos hasta 1853.

Con un lenguaje sencillo, abundante en analogías, de carácter romántico. Prieto produce una rica narrativa y pinta un estupendo cuadro de la vida social y costumbres de la sociedad mexicana. Describe situaciones de índole económica, política y social y emite agudas críticas a las conductas de sus contemporáneos. Realizó vívidos y magistrales retratos físicos y psicológicos de las personalidades de la época.

Las *Memorias* de Guillermo Prieto se pueden concebir como una gran trama en donde se entretajan distintas subtramas de las que se desprenden innumerables temáticas, entre ellas, el drama de la historia y la actuación política y militar del personaje Santa Anna. Destaca el relato sobre la guerra con Estados Unidos y su protagonismo durante el conflicto, porque despliega en él todas sus dotes literarias y nos muestra su pasión por escribir historia. Además del compromiso moral que sintió de plasmar su testimonio sobre lo vivido durante ese trágico episodio con el fin de que las generaciones futuras conocieran su pasado.

Al instalarse en el recuerdo de ese hecho trascendental en la vida del país y la de él mismo —dado que su experiencia como diputado en el Congreso de Querétaro de 1847, le llevó a radicalizar su postura liberal y a convertirse en uno de los más peligrosos impugnadores del gobierno de Santa Anna— Guillermo Prieto tiene ocasión para dejar fluir

¹⁴¹ Sus *Memorias* fueron publicadas gracias a la intervención de su viuda, la señora Emilia Colard, quien solicitó ayuda y colaboración, al entonces profesor de etnología en el Museo Nacional, Nicolás León, para que organizara los manuscritos.

su romántica vena artística y queriendo emular al autor de *Los Miserables* en la agudeza de su crítica, describe los cinturones de miseria en los alrededores de la ciudad de México y se devela como uno de sus más importantes cronistas.¹⁴² Además, un elemento importante que se hace notar en el desarrollo de su trama, es que el pueblo tiene en el escenario de esa historia un papel principal. Quiso plasmar en sus *Memorias* el horror y la desesperanza que vivieron algunos mexicanos durante la invasión, pues se evidenciaron las contradicciones y la falta de cohesión nacional. Sus testimonios, como actor y espectador nos transportan al escenario de la guerra a través de una exquisita narración que provoca sensaciones, tanto que nos permite oler, sentir e imaginar esos momentos del pasado en los cuales Prieto aseguró haber “aullado como una mujer” cuando vio que un “yankee” osó derribar la bandera en Padierna.¹⁴³

En el desarrollo de esa trama, Prieto juzga a Santa Anna con respecto a su desempeño militar y explica su protagonismo en la intriga. En el drama, la república que es personaje principal que, es víctima de la división. A través de sus líneas Prieto denuncia el “mal comportamiento” de esos antipatriotas que conformaron lo que llamó el *Mal País*, palabras que escribió con mayúsculas y en cursivas, para definir a todos aquellos que dieron la espalda a la nación mexicana en pos de la salvaguarda de los intereses personales y a los que se abrigaron bajo banderas extranjeras como lo hizo, en su concepto, el clero que se comportó servicial con el invasor.¹⁴⁴

Después de haber sido partícipe en la llamada rebelión de los polkos —momento de su vida que siempre odió— Prieto se alineó bajo las órdenes del general Gabriel Valencia, jefe del Ejército del Norte. Esto le permitió situarse en la esfera del alto mando militar y conocer personalmente al terrible Santa Anna, el otro personaje principal de su historia. Ha pasado mucho tiempo entre la invasión y su recuento pero en el texto, como testigo directo de los hechos, Prieto cuenta la historia de la invasión de la ciudad de México por el ejército estadounidense y delinea la conducta del caudillo. Le juzga en su desempeño como militar y

¹⁴² Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2. Prieto explica con detalle la nomenclatura de la ciudad y realiza un recorrido por Tepito, Peralvillo, Guerrero, Santa María la Ribera y muchas otras colonias que aún son parte del corazón de nuestra gran metrópoli. Su influencia se dejó sentir muy de cerca en Luis González Obregón, autor de *Méjico Viejo* (1891) y *Las calles de México* (1922).

¹⁴³ *Ibid.*, p. 222.

¹⁴⁴ *Ibid.*

a través de sus líneas deja consignados mitos, que aún hasta la fecha prevalecen en la memoria colectiva, como se analizará en el siguiente capítulo.

El libro de texto y su contexto

No olvidemos que a fin de legitimar su poder y garantizarse una continuidad, las minorías rectoras ponen en marcha estrategias culturales para cimentar su ideología y entre ellas se encuentra en primer término, el discurso histórico. A través de él, se introyectan en la población valores éticos y morales y se da forma en el imaginario social, a la figura del ciudadano patriota, nacionalista y cumplidor de la ley.¹⁴⁵ De tal manera que Prieto pudiera ser considerado como autor de una interpretación peculiar, llena de símbolos cuando para ello hizo uso de la imagen del dictador arbitrario y antipatriota Santa Anna a fin de legitimar con su discurso la autoridad de los liberales de la Reforma y posteriormente, cuando puso su pluma al servicio de los tuxtepecanos para educar a las jóvenes generaciones dentro de un marco ideológico liberal, bastante conservador.

Puede parecer irónico que habiendo sido Prieto un idealista convencido, defensor de la libertad y la democracia, así como uno de los más duros impugnadores de la dictadura santannista, al final de su vida terminara aceptando como legítimo el orden dictatorial porfiriano. Que no dijera nada ni se manifestara en contra de las reformas que se hicieron a la Constitución para que Porfirio Díaz se perpetuara en el poder y estableciera un gobierno cesarista similar al de antaño; como el que tan duramente combatió y además cerrara los ojos ante el aniquilamiento de los derechos democráticos. Evidentemente, el ímpetu que mostró en su juventud como liberal radical cambió y en la vejez prefirió adoptar una actitud conservadora del orden, que de alguna manera con sus acciones contribuyó a establecer. Mejor se dedicó a escribir un libro de texto de historia patria en donde finalmente con su discurso, legitimó al Estado liberal en el poder mostrándolo ante la sociedad como emanado de la tradición de la República Restaurada y de los principios de la Reforma.

No obstante lo anterior, de irónico adolece en mucho ya que existe una explicación y radica en que el pensamiento de Prieto es también una síntesis de los sueños utópicos que se gestaron durante el proceso de la historia de la vida independiente y se caracteriza por el

¹⁴⁵ Vid. Hayden White, "La Historik de Droysen. La escritura histórica como ciencia burguesa" en _____. *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Ediciones Paidós, 1992, p. 110 (Paidós Básica; 52).

eclecticismo representado por la convivencia de ideas tradicionalistas, conservadoras, liberales y moderadas. La herencia histórico-cultural de las generaciones que le precedieron y con las cuales aprendió a comprender el mundo, más sus propias experiencias, le llevaron a forjar, en su etapa de madurez, un discurso liberal de la nación de corte conservador, porque le interesa preservar un orden. Asimismo, por considerar a la sociedad como un organismo, con sus determinadas etapas evolutivas en el proceso del desarrollo y el progreso de la civilización, inmerso ya en otro contexto y horizonte cultural.

En las siguientes líneas que Prieto expresó en la advertencia final de sus *Lecciones*, podemos constatar lo anteriormente dicho y percibir que su discurso histórico evolucionó:

En una palabra, el objeto de este libro es dar a conocer a la juventud mexicana los buenos principios liberales, fundados en la observación y en la ciencia, para hacerla ante todo mexicana, patriota, liberal, republicana y defensora entusiasta de los derechos del pueblo y de la Reforma.¹⁴⁶

Como puede observarse, el autor maneja otros términos que nos sugieren la influencia del positivismo que comenzó a estar en boga. El tratamiento que hace en esta ocasión de la historia pretende ser de carácter científico y asume el papel de historiador. Para elaborar el texto, Guillermo Prieto se documentó en las obras fundamentales habidas en su tiempo y por ello puede considerarse este escrito dentro de los parámetros de la retórica de la historia y de carácter historiográfico construido en el sentido de decir verdad y de explicar lo que realmente sucedió.¹⁴⁷ Se jactó de haber aportado con sus *Lecciones* nuevos conocimientos que ni aún personas de más talento y saber que él, refirieron o tomaron en cuenta. Como “reivindicar la verdad” en torno a la idea de que México es en esencia un pueblo mestizo o el haber dado importancia en su texto al estudio de las condiciones económicas para comprender el conjunto social.¹⁴⁸

¹⁴⁶ Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria*, p. 449.

¹⁴⁷ En la interpretación de su pasado y presente Guillermo Prieto se propuso ser exhaustivo en la utilización de fuentes hasta entonces conocidas. Las referencias que hace a los clásicos, de los enciclopedistas franceses, de los economistas ingleses y las numerosas citas a Lucas Alamán, Manuel Rivera Cambas, Francisco Javier Clavijero, Fray Bernardino de Sahún, Alfredo Chavero, Joaquín García Icazbalceta, Nicolás León, José María Luis Mora, Manuel Orozco y Berra, Fernando Ramírez, José María Roa Bárcena, Lorenzo de Zavala, entre otros. Su intención fue dar forma a una obra de orden superior, porque cumple con los pasos exigidos para considerar el texto como una obra historiográfica: heurística, crítica, hermenéutica, etiología, arquitectónica y estilística. *Apud.* José Gaos, “Notas sobre la historiografía” en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, p. 78 (Sepsetentas; 126).

¹⁴⁸ Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria*, p. 449.

Prieto preparó sus lecciones, muy especialmente orientado al ejército, un pilar de la sociedad. A los cadetes del Colegio Militar advirtió que había trabajado en ellas movido por la intención de legarles “una escuela de *verdad*, de *razón* y de *virtud*, como encarecía Guizot” y parafraseando al doctor Agustín Rivera les invitaba a estudiar la historia, porque en su opinión, gran certeza hay en el dicho que dice: “el que no conoce la historia de su país, es extranjero en su patria”.¹⁴⁹ Para Prieto el conocimiento del pasado era una herramienta indispensable para la comprensión del presente y la proyección hacia el futuro. La historiografía era alimento espiritual, revelación de lo divino, según sus palabras, una:

Herencia preciosa para el espíritu, registro de los avances de la humanidad, maestra del alma, faro de la moral, revelación sublime de la Providencia divina, alma de la experiencia, astro excelso que nos guía entre las tinieblas del futuro, tal es la historia, aunque haya quien la llame alfolí de mentiras y almacén de cuentos.¹⁵⁰

Formar una conciencia nacional con base en los principios liberales y fomentar un sentimiento patriótico en las jóvenes generaciones, fue la tarea primordial de Prieto durante sus años de madurez. Reconocía el carácter político de la historiografía y sabía que podía ser utilizada a favor de las causas liberales. Estaba convencido de que la enseñanza debía ser “intencional”, de tal forma que se interesó por exaltar y nutrir un sentimiento de amor a la patria, “enaltecer a sus hombres inminentes por sus virtudes”, para alumbrar a través del conocimiento histórico el camino de la gloria y el progreso.

Nuestro autor tuvo oportunidad de defender su postura ideológica así como su concepción sobre la historia y la manera de enseñarla cuando provocó a principios del año de 1891, una polémica en torno a esos temas con Enrique C. Rébsamen.¹⁵¹ Éste último, un pedagogo suizo quien por invitación de Ignacio Manuel Altamirano llegó al país a estructurar un plan educativo. Fue fundador de la Escuela Normal, en donde trató de aplicar sus ideas reformistas y las de otros educadores europeos destacados en el ramo. Así como editor de la revista *México Intelectual*, con la cual difundió sus teorías vanguardistas.

Como es de suponer, la presencia y actividad innovadora del suizo provocó recelos en Prieto. Quien en ese entonces ya viejo, y considerándose a sí mismo como un ciudadano

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 448.

¹⁵⁰ *Ibid.*

¹⁵¹ *Vid.* “Segunda polémica acerca del estudio de la historia patria en las escuelas primarias a fines del siglo XIX entre Guillermo Prieto y Enrique Rébsamen” en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos en torno a la historia de México*, notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 279-300 (Serie Documental; 8).

mexicano comprometido con su patria, decidió publicar en *El Universal* una serie de artículos a los que denominó *Cursos de Historia* y a través de los cuales criticó la *Guía metodológica para la enseñanza de la historia*, editada tiempo atrás por Rébsamen. Éste último, en respuesta a los ataques del primer texto que sacara a la luz don Guillermo, utilizó el mismo medio para escribir una *Carta Abierta* donde con argumentos se defendió de los ataques de Prieto y así establecieron una sonada controversia sobre el estudio de la historia patria en las escuelas primarias.

Paradójicamente, la polémica se entabló a través de un diario que nació con la actividad y desempeño de conservadores de cepa, como Alamán, y que para ese entonces, — como dijera Luis González, a consecuencia de la ronda de las generaciones y del curso de la historia— se nutría con las letras de prestigiados liberales que como Prieto, famoso por el radicalismo que le caracterizó en su juventud, se mostraba —hacia finales de siglo— transformado como el periódico, en un liberal-conservador.

Prieto se encolerizó cuando el suizo se mostró en favor de la idea de que los educadores debían ser imparciales en sus juicios a fin de respetar la libertad de pensamiento y la “verdadera tolerancia” política. De alguna manera, le acusaba de crear proselitismo en torno al partido de su preferencia a través de las *Lecciones* con las que impartía cátedra, ya que en su opinión, la escuela debía ser un lugar neutral en donde en teoría pudiesen convivir niños que profesasen distintas ideologías o creencias.¹⁵²

Resulta que el señor Rébsamen nada sabía de la experiencia histórica vital en la que se había forjado el espíritu de Prieto. No conocía que para él, era obligado que las nuevas generaciones se instruyeran y educaran como ciudadanos mexicanos bajo los principios liberales y republicanos emanados de la Reforma e inmersos dentro de un “verdadero” sentimiento patriótico y nacionalista.

Puede decirse que con la trama de sus *Lecciones* en forma de un romance, Prieto se convirtió en vocero del nuevo discurso de la nación. Destacó a los héroes de la patria bajo la perspectiva del ideario liberal de la Reforma y terminó con las ambigüedades que se dieron en la primera mitad del siglo, con respecto al papel que desempeñaron los militares en la independencia. Fiel al legado de Mora, quien concibió la historia de la primera mitad del siglo XIX como una lucha entre las fuerzas del progreso y el retroceso, Prieto construyó

¹⁵² *Ibid.*

un discurso en el que criticó severamente al ejército y al clero; también muy particularmente, al general Antonio López de Santa Anna. Al tiempo que exaltó los logros de la sociedad civil con el triunfo de la República, la Constitución y la Reforma.

Para explicar la historia de las primeras décadas de la vida independiente, Prieto escribió una trama en forma de romance en donde los liberales son los héroes vencedores que derrocaron al caudillo, representante del orden tradicional y retrógrado. Su lenguaje se vuelve parco y solemne si se le compara con el de sus escritos de juventud e incluso con el utilizado en las *Memorias*, porque carece del ingrediente de su vena poética y artística. No obstante, la aversión que sintió por Santa Anna aunque a veces parecería que quedó intacta porque muchas veces le odia, finalmente terminó por cuidar sus frases tratando de ser imparcial al juzgarle. De hecho pudiera decirse que el discurso sobre el protagonismo histórico del personaje, cambia de tono. Ahora el árbitro de la historia que llevó a vivir a la República esos años de anarquía no es un solo individuo, sino las viejas corporaciones: la Iglesia y el Ejército. Parece que el encono que otrora tuvo sobre su persona se diluye, tanto que le reconoce cualidades como defensor o al menos le dibuja como un militar dispuesto a dar la vida en la batalla.

CAPÍTULO III

SANTA ANNA, EL MILITAR Y EL GOBERNANTE EN LA TRAMA DE SUS CONTEMPORÁNEOS

SANTA ANNA, “Ser Providencial”, “Protector de la Iglesia”, “Protegido de la Providencia”, “Hombre superior y extraordinario”, “Benemérito de la Patria”, “Libertador de la opresión”, “Héroe amputado”, “Ilustre veracruzano”, “Cometa de Tacubaya”, “Héroe del Pánuco”, “Héroe de Tampico”, “Arbitro de la Nación”, “Satanás”, “Terrible Júpiter”, “Loco”, “Cabeza volcanizada”, “Traidor”, “Soldado terrible”, “Ídolo”, “Dictador”, “Autócrata”, “Cabeza delirante”, “Loco de remate”, “Monstruo destacado por el infierno para el azote de los mexicanos”, “Dictador perpetuo”, “Quince uñas”, “Mediador”, “Ilustre desterrado”, “Ídolo del clero”, “Soldado prostituido”, “Inmortal $\frac{3}{4}$ ”, “Desterrado de Turbaco”, “El proscrito”, “Héroe de Turbaco”, “Ilustre proscrito de Turbaco”, “Su Excelencia”, “Hombre de la época”, “Su Alteza Serenísima”, “Árbitro de energía inquisitorial”, “Lobo”, “Sátrapa”, “Mesías”, “Gobernante estúpido”.

¿Cuál es el discurso sobre Santa Anna que heredamos? ¿Por qué razón quedaron sepultadas las frases que le elevaron a la categoría de héroe nacional y las que le consignaron en la historia de las primeras décadas de la vida independiente como Benemérito de la Patria? A continuación, un esfuerzo por comprenderlo.

Si tomamos en cuenta las caracterizaciones que hace Max Weber sobre los tipos de dominación, podemos hablar de Antonio López de Santa Anna como un caudillo hasta que logró reunir el mando político y militar en su persona y extender su dominio y autoridad, a nivel nacional. Si bien, el general veracruzano fue declarado héroe benemérito de la nación en el año de 1829 —por la relevante actuación que logró tener junto con el general Manuel Mier y Terán en contra del intento de reconquista español llevado a cabo por el brigadier Isidro Barradas, en las costas de Tampico— no fue caudillo sino hasta que alcanzó la primera magistratura, en el año de 1833. Entonces sí, su autoridad carismática logró legitimarse.

Son tres los momentos en los cuales Santa Anna figuró como general en jefe del ejército mexicano y tuvo oportunidad de demostrar a sus contemporáneos sus habilidades

en el terreno de la milicia. A saber: cuando corrió a someter a los sublevados tejanos en 1836; en la defensa del puerto de Veracruz durante la primera intervención francesa, en diciembre de 1838; y, por último en la guerra con Estados Unidos, desde agosto de 1846 — que llegó a Veracruz a bordo del mercante inglés Arab en medio del bloqueo norteamericano— hasta finales de 1847 —que tras fracasar en la defensa, salió al exilio rumbo a Turbaco, Colombia.

A continuación analizaremos la imagen que cada uno de los autores plasmó en sus escritos sobre el desempeño de Santa Anna en su actividad castrense durante los momentos arriba mencionados.

Santa Anna, el héroe-villano de Bustamante

No podemos negar, el papel que desempeñó Carlos María de Bustamante como padre del personaje histórico Santa Anna. Fue él, quien con su incasable pluma, y bien plantado en su oficio de historiador, dio vida al héroe nacional —desde que lo llamó “libertador” cuando, en 1822, se sublevó contra Iturbide proclamando la República¹— y al villano —hasta que lo consignó como “traidor a la patria”, a consecuencia de su desempeño político-militar durante la invasión estadounidense.² Fue él, quien en definitiva delineó la personalidad de esa controvertida figura en la historiografía y creó el mito original a partir del cual nació el Santa Anna, del discurso liberal, tal y como se le ha reinterpretado hasta la fecha. Por tal motivo, es interesante conocer la gran trama que construyó Bustamante, en torno al caudillo veracruzano, porque al tratarse de una interpretación que va casi al ritmo de los acontecimientos, podemos ir notando a través de sus escritos cómo a medida que avanzó el tiempo, sus juicios fueron cambiando de color hasta volverse contrastantes y contradictorios, como se analizará a continuación.

Cuando Bustamante comenzó a escribir *El gabinete*, a principios del año de 1841, Santa Anna era su hombre fuerte y gozaba de la reputación de “héroe benemérito” y “salvador de la patria” que él mismo había contribuido a crearle. En su texto nos ha

¹ Cfr. Carlos María de Bustamante, *Continuación del cuadro histórico. Historia del emperador D. Agustín de Iturbide hasta su muerte y sus consecuencias; y establecimiento de la república popular federal*, México, Ignacio Cumplido, 1846, p. 37.

² Cfr. Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*, 2 t. en 1 vol., México, Vicente García Torres, 1847.

permitido leer que escribió posesionado del rol que había desempeñado como miembro del Supremo Poder Conservador, defendiendo a capa y espada el sistema republicano central, instaurado por los hombres de bien-conservadores. Asimismo, que Santa Anna fue un instrumento del cual se valieron algunos políticos centralistas, entre ellos él, para contender en el ámbito político y contrarrestar la personalidad del presidente Anastasio Bustamante, a quien nuestro autor creyó en complicidad con los federalistas.³ Esta paranoia, era producto de una realidad tangible: ninguna facción política podía llegar al poder sin el apoyo del ejército.

A veces las circunstancias se concatenan de una manera que parece insólita. Sobre todo cuando se piensa que el caudillo Santa Anna, evidentemente perdió popularidad cuando fue sorprendido y tomado prisionero por los tejanos, en 1836. Al año siguiente, regresó desprestigiado al país para recluirse en su hacienda Manga de Clavo, hasta que verdaderamente tuvo la suerte de perder la pierna, el 5 de diciembre de 1838, cuando enfrentó a los franceses porque con ello ganó la gloria al recobrar su autoridad e incluso hasta incrementar su poder, porque hubo hombres, como Carlos María de Bustamante, que le hicieron ver ante su sociedad, como un ser enviado por la providencia para salvar a los mexicanos.

Pareciera que al apasionado escritor le cayó como anillo al dedo ese suceso para construir una épica en torno al héroe que debió reivindicar. Asimismo, que el jalapeño hubiese dictado en esa ocasión, un conmovedor y teatral *Manifiesto a la nación*, en donde creyéndose al borde de la muerte pidió perdón a sus compatriotas por sus “errores políticos” y clamó porque no se le negara el título que deseaba donar a sus hijos, “el de buen mexicano”.⁴ Bustamante no era totalmente inocente en torno a las características de su endiosado. Simplemente veía en él mejores condiciones para desarrollar su proyecto político que las que intuía en Anastasio Bustamante, de cuya lealtad al centralismo dudaba. A los pocos días de la mutilación que sufrió Santa Anna, Bustamante nos da cuenta que de

³ Ambos militares, Anastasio Bustamante y Antonio López de Santa Anna habían alcanzado la primera magistratura, el primero en dos ocasiones; y el segundo sólo una, pero ya había sido considerado años atrás como un héroe benemérito de la patria por haber contrarrestado el intento de reconquista español, en 1829.

⁴ Antonio López de Santa Anna, “Manifiesto a la nación” en Carlos María de Bustamante, *El gabinete mexicano durante el segundo periodo de la administración del exmo. señor presidente D. Anastasio Bustamante, hasta la entrega del mando al exmo. señor interino D. Antonio López de Santa Anna, y continuación del cuadro histórico de la revolución mexicana*, México, Imprenta de José M. Lara, 1842, ed. facs., México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985, t.1, pp. 143-144 (Clásicos de la Historia de México; 7-8).

manera privada y con carácter legal, el Supremo Poder Conservador le premió por sus acciones, dotándolo de facultades extraordinarias para “establecer la constitución y los supremos poderes” en caso de que el gobierno fuese trastornado.⁵ Acto seguido Bustamante pidió a la opinión pública el olvido de los errores pasados y su reconocimiento como el defensor de la patria. Le consignó como héroe benemérito nacional y explicó que Santa Anna estaba allí, en el escenario de la intriga por designio divino, porque salvó a la Iglesia y a la patria cuando desplazó del poder al federalista, Valentín Gómez Farías y permitió el establecimiento de la república central. En su opinión, el centralismo era la mejor forma de gobierno y la única capaz de sacarlos de la crisis económica en la que se encontraban.

Más tarde, valiéndose de un impreso en la oficina de Galván titulado *Noticias muy importantes de Veracruz y Morelia* y del informe que dirigió Santa Anna al presidente, publicado en el *Diario del Gobierno* del 8 de diciembre, así como de testimonios orales, Bustamante construyó un drama novelesco con el cual consignó al veracruzano, en la historia de *El gabinete*, como un hombre extraordinario.⁶ En su relato hizo una crónica detallada desde el día en que fue nombrado para suceder al general Manuel Rincón en la defensa del puerto de Veracruz, hasta que fue lamentablemente herido. Así, con un lenguaje abundante en metáforas y analogías con la epopeya romana, Bustamante da cuenta al lector de ese hombre que estuvo a punto de perder la vida por defender a la nación y fue depositario de la confianza de todos los mexicanos, desde el momento en que se le designó para defenderla. Aprovecha el contexto para elevarlo a la categoría de héroe, como a continuación puede leerse:

Por tanto este jefe fue tan obsequiado en México como Cátulo en Roma, pues preguntándole éste al pueblo, quién salvaría la patria si Pompeyo abusaba del inmenso poder que se le quería conferir para obrar contra los piratas, todo él respondió unísono... Vos, Cátulo... En este día fue Santa Anna caro objeto de todos los mexicanos, y a dicha suya correspondió a sus deseos en tan terrible crisis.

Se nota en la escritura de Bustamante el estudio que hizo de los clásicos. Pretendió imitar la empresa de construir una épica con el héroe Santa Anna. En la narración de la historia mezcla descripciones de escenarios de distinta índole (políticos, principalmente) de personas y costumbres, salpicado con la reproducción de los discursos oratorios de los

⁵ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t.1, p. 21.

⁶ *Ibid.*, p. 140-152.

personajes que dan vida a su relato. Muchos teóricos han considerado a la epopeya como antecedente de la novela,⁷ bien podemos decir que Bustamante sentó las bases para que a partir de su discurso la interpretación de la figura de Santa Anna haya sido objeto de obras propiamente de ficción, aun cuando su intención fue relatar la “verdad” de cuanto aconteció.

Se interesó por denunciar en su texto la conducta de los países más desarrollados en contra de las naciones débiles, como México. La actitud de prepotencia que mostró Francia en ese tiempo la representa con metáforas que aluden a la conducta de los lobos para con los corderos.⁸ Bustamante desplegó toda su vena creativa y urdió una trama, en donde la ficción tiene un papel importante. Le sirvió para denostar al príncipe francés de Joinville, —a quien pinta como un *junior* que había sido enviado por sus padres para que se fogueara en el aprendizaje de las actividades de sojuzgamiento y ataque del país galo— así como para mostrar lo intrépido y audaz que era el general Santa Anna.⁹

Según reza el drama, en la madrugada del 5 de diciembre de 1838, para realizar una travesura antes de retirarse, al príncipe francés se le ocurrió tomar prisionero a Santa Anna. Mas el osado militar, antes de que eso sucediera, logró escabullirse en medio de la densa niebla y burlar a sus perseguidores. En su lugar, fue aprehendido el general Mariano Arista, quien tuvo que vivir todas las penalidades que le debieron tocar a Santa Anna; mientras él haciendo gala de su inteligencia e intrepidez y guiado por un genuino sentimiento patriótico con toda destreza y rapidez reunió a sus hombres para atacar al enemigo. Estaba al frente de esa tarea, cuando “el fuego de un cañón a metralla” le hizo estallar en mil pedazos los huesos de la pantorrilla izquierda y el de un dedo de la mano derecha.¹⁰ La noticia de tan

⁷ *Apud.* Helena Beristáin, *op.cit.*, p. 196.

⁸ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t.1, p. 125.

⁹ Como bien señala Hannah Arendt, narrar es una acción política que implica narrar la propia vida. La acción narrada es lo que prevalece y en donde se manifiesta el ser, esa experiencia vital del sujeto que se ocupa de plasmar un testimonio para alimentar una memoria histórica. Fue por medio de hacer, de la acción de Santa Anna un mito, de edificarle como un héroe, el arma con la cual Bustamante manifestó su acción en la política. Construir hechos memorables mediante el mito y el drama (tragedia y comedia) dentro de un ámbito político, es dar al héroe, una importancia dentro de la *polis*, al mismo tiempo que hacerse notar como quien habla, porque es el narrador quien da vida al hombre-héroe como personaje de una historia; al tiempo de conducir una opinión en sus espectadores, porque ellos son quienes finalmente permiten el “completamiento” esa acción política que es el relato mismo, mediante el reflejo del recuerdo. *Vid.* Julia Kristeva, “Arendt y Aristóteles: una apología de la narración” en _____, *El genio femenino. La vida, la locura, las palabras. I. Hannah Arendt*, trad. de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, Paidós, 2000, (Género y cultura; 7).

¹⁰ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t. 1, p. 141; Antonio López de Santa Anna, “Mi historia militar y política, 1810-1874” en Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, 3ª

lamentable suceso, según visión de Bustamante, hizo rugir hasta el Popocatepetl. Las mujeres, él, todos lloraron, incluso los enemigos del general se pusieron a rezar por la vida del único hombre osado, que hasta esa fecha, siempre había figurado en primer término cuando de salvar a la patria se trataba. No obstante, también dejó muy en claro que fueron las conmovedoras palabras del “moribundo” Santa Anna, las que finalmente produjeron su perdón. Bustamante las copió a la letra, asimismo para demostrar que con ellas efectivamente, el caudillo “consiguió [...] su objeto”, sus errores quedaron olvidados porque ese hombre “falto de salud y amputado de un pie” inspiró confianza a la nación y “reanimó su espíritu”.¹¹

La forma como construyó Bustamante el relato de los sucesos, como ya mencioné, dio lugar a posteriores construcciones novelescas en torno a ese episodio nacional, denominado por él con ironía, como el conflicto de los “*pasteles de Tacubaya*”.¹² Cabe señalar, que al cumplirse el primer aniversario de ese trágico y glorioso accidente —que vivió el general veracruzano— desde su curul Bustamante, promovió la condecoración del héroe con “una placa al pecho y una cruz de piedras, oro y esmalte con dos espadas cruzadas y una corona de laurel entrelazada en ellas, y por la orla este lema...Al general Santa Anna por su heroico valor [...] la patria reconocida”, en medio de una fastuosa celebración en donde no faltó el *Te Deum* y las lisonjas al héroe que él mismo, le hizo.¹³ También nos permite leer en su texto que fue él, uno de los promotores del plan para enterrar con grandes honores ese enigmático pie y tornarlo en una especie de símbolo patrio. Nos da cuenta que ocupó su tiempo en construir poemas que supuso idóneos para honrarle, según él, sin adularle. Los imaginaba grabados en la columna que había dispuesto el gobierno erigir en el cementerio general de Santa María, mejor conocido como de Santa Paula, para colocar allí en una urna, el glorioso pie. Uno de ellos a la letra dice:

En 5 de diciembre de 1838
fui estropeado, pero no vencido,
defendiendo en la ciudad de
Veracruz
mi hogar y patria,

ed., México, Editorial Porrúa, S.A., 1991, p. 24. Lo mismo puede leerse en su expediente militar que resguarda el Archivo de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional.

¹¹ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t.1, p.143.

¹² *Ibid.*, p. 111.

¹³ *Ibid.*, p. 198.

y
rechacé con gloria
las armas francesas
que
la invadieron
perdí el pie izquierdo, que aquí ofrezco a mi
nación
en testimonio del amor que le profesó
Antonio López de Santa Anna
Año de 1842

Como puede observarse, valga la redundancia, Bustamante contribuyó y dio pie para que ese miembro que perdió el militar en Veracruz se convirtiera en emblemático de toda interpretación que se hiciera del personaje histórico Santa Anna.¹⁴ Indiscutiblemente que su nueva situación de militar mutilado en “defensa de la patria”, le reactivó políticamente, Santa Anna recobró su autoridad carismática y provocó entre sus contemporáneos, acciones, intenciones y sentimientos. Así, al iniciar el año de 1839, según del testimonio de Bustamante, el Supremo Poder Conservador le nombró presidente interino y le colocó casi en la categoría de un mártir, cuando le hizo traer desde Veracruz, en litera y recién amputado, porque le creyó el instrumento necesario para enfrentar de manera legítima, el embate de los federalistas.

Poco tiempo Santa Anna se sentó en la silla porque decidió salir a batir a los pronunciados. A través de sus líneas, Bustamante permite interpretar que el caudillo actuó guiado por sentimientos de venganza contra el federalista Antonio Mejía y a pesar de conocer muy bien ese rasgo distintivo de su personalidad vengativa y en otros momentos haberle criticado por ello, en esta ocasión, utiliza ese atributo para pintarle como un patriota y se olvida de hacer ningún cuestionamiento de carácter moral como los que acostumbraba. Simple y sencillamente escribe en su historia que al general veracruzano —juizado en ese tiempo por su fracaso en la guerra de Texas— le “hirvió la sangre de coraje” cuando se enteró de los disturbios que estaba organizando Mejía en Teziutlán, al mando de un batallón llamado “sagrado”, formado por “tejanos y aventureros armados de rifles”.¹⁵ Pronto solicitó Santa Anna permiso al Supremo Consejo de Gobierno para salir a atacarle y

¹⁴ Aun hoy en la memoria colectiva prevalece la imagen respecto a Santa Anna como un hombre que estaba tan loco y era tal su narcisismo que pretendió que la sociedad adorara al simbólico pie que perdió en la batalla contra los españoles. Pero no se conoce que fue Bustamante uno de los promotores de esta idea.

¹⁵ *Ibid.*, t.1, p. 179.

sin esperar licencia de las cámaras marchó aún convaleciente de su reciente amputación. Bustamante se ocupó entonces de exaltar a su hombre-héroe. Elogió su vocación militar, su precisión y logística. Hizo notar en su discurso, que en esa ocasión no le importó reconocer si los pasos de Santa Anna guardaron o no una legalidad sino que su interés fue demostrar lo heroico que fueron sus acciones, sobre todo cuando se hizo conducir en litera a la escena del fuego y logró la rendición de los “demagogos” en la batalla de Acajete. Finalmente, Bustamante no pudo ocultar su partidismo y su intención de asegurar a cualquier costo, incluso a través de muertes, “la paz de la república” con la destrucción de los federalistas. El siguiente párrafo ilustra la manera en que en ese momento, apreció su acción:

Tal fue el combate de Acajete, que se recuerda con no menos horror que compasión, por el que se libró la república de ser presa de la más tirana demagogia; triunfó debido en mucha parte a la actividad y energía con que lo preparó Santa Anna, reuniendo con gran silencio tropas, dinero y cuanto fue necesario y dándole impulso con su misma persona.¹⁶

No faltó la anécdota del suceso. Bustamante consignó en su historia una, que se convirtió en un mito del discurso liberal. Refiere que de buena fuente conoció que en el momento en que notificaron a José Antonio Mejía su sentencia de muerte, él expresó lo siguiente: “*Santa Anna ha hecho conmigo lo que yo habría hecho con él si hubiera caído en mis manos*”.¹⁷ Enseguida se ocupó en denostar la imagen de Mejía llamándole mal agradecido porque según sabía, a Santa Anna debía él su fortuna. A través de sus apasionadas líneas, Bustamante denigró la imagen del federalista Mejía al tiempo que magnificó la figura de Santa Anna. Dio cuenta del fastuoso recibimiento que el personaje tuvo tras el fusilamiento de su incómodo rival y de la autoridad que alcanzó por ello en el ámbito del poder, no en vano era su hombre fuerte e instrumento político; quien después de haber logrado dar un duro golpe a los federalistas se retiró; necesitaba reponer su salud y ocuparse de sus intereses en Veracruz. Nicolás Bravo, quien era presidente del Consejo de Gobierno tomó su lugar.

En mi opinión, sin duda —como ya dije— Santa Anna tuvo la suerte de perder la pierna cuando enfrentó al ejército invasor francés porque su nueva situación de militar mutilado en “defensa de la patria” le reactivó políticamente. Como se recordará, las

¹⁶ *Ibid.*, t.1, p. 182.

¹⁷ *Ibid.*, t.1, p. 183.

expectativas de triunfo sobre el control y sometimiento de los sublevados tejanos que depositaron sus contemporáneos en la figura de Santa Anna se vieron frustradas cuando, en el año de 1836, el general fue sorprendido en San Jacinto, tomado prisionero y obligado a firmar los Tratados de Velasco en donde reconoció “sin autoridad alguna” la independencia de Tejas. Ese “error” le restó popularidad como caudillo nacional y le alejó momentáneamente del ámbito político hasta que, como hemos visto a través de lo expresado por Bustamante —quien le justifica para exaltarlo— el Supremo Poder Conservador reivindicó su calidad de héroe nacional y lo utilizó como instrumento para contrarrestar la autoridad del poder Ejecutivo.

En *El gabinete* Bustamante se ocupa de la actuación de Santa Anna en Texas y vierte juicios coherentes con la imagen del héroe de Veracruz. Afirma, que la campaña fue fecunda hasta que de “modo incomprensible” el caudillo fue derrotado y hecho prisionero por los sublevados. Manifiesta que de esos hechos así como de “su libertad y rescate” no podía consignar nada en su historia que no fuese “sabido por todos”, además de ser sucesos a esa fecha “demasiado recientes [como] para ser analizados o criticados”.¹⁸ Sin embargo él lo hizo y aprovechó el momento para señalar que estaba consciente de que Estados Unidos estaba detrás de toda esa intriga, Santa Anna era una víctima. Para nadie era oculto que los vecinos nortños ambicionaban posesionarse de Tejas,¹⁹ además de Nuevo México y California.²⁰

Bustamante le dio vuelta a un tema que podía ser escabroso tratar pues podía opacar la imagen gloriosa de Santa Anna y con toda intención construyó una subtrama a manera de romance, en donde se refirió a él, en sentido figurado sin nombrarle, aunque con su prosa exaltó su actuación y le mantuvo en el pedestal como un héroe. En ella criticó a Francia e

¹⁸ *Ibid.*, t.2, p. 21.

¹⁹ Recordemos que uno de los objetivos que persiguió Bustamante en su obra fue demostrar que el establecimiento del centralismo no había sido la causa directa por la cual la provincia tejana decidió separarse del gobierno de México y declararse independiente. Fue sólo un pretexto para dar lugar a una decisión ya tomada de antemano. En su opinión el origen del conflicto debía situarse en el error que cometió el gobierno independiente al ratificar las concesiones que obtuvo Moisés Austin del antiguo gobierno virreinal para colonizar dicho territorio, porque finalmente se pobló de angloamericanos aventureros. Además, no podía negarse la injerencia de Estados Unidos en la política que siguió el estado rebelde.

²⁰ En ese tiempo, en su calidad de magistrado del Supremo Poder Conservador, Bustamante dispuso que por ningún motivo se recibiera al enviado tejano Bernardo E. Bee, quien llegó a Veracruz en junio de 1839, a bordo de una fragata norteamericana con el propósito de negociar el reconocimiento de Texas independiente. De hecho el gobierno mexicano nunca aceptó su independencia y siempre le consideró como un terreno usurpado.

Inglaterra por haber reconocido la independencia de Texas, en 1840, y cuestionó a ambas naciones, su actitud pasiva ante la flagrante impunidad con la que Estados Unidos pretendía extender sus áreas esclavistas. En su escrito Bustamante se muestra posesionado de su papel como portavoz del gobierno de México y con un grito de alarma presenta a los mexicanos ante el mundo como justos defensores de los derechos del hombre y en primer término, de la libertad. Deja sobrentender, —porque como ya mencioné, no lo nombra— que su héroe Santa Anna es defensor de las “causas de la humanidad” y está dispuesto a luchar de nuevo para someter a la provincia rebelde así como “volver a cortar los laureles con que otra vez se engalanó en el Álamo, Llano del Perdido y otros puntos. Desea volver a recorrer la escala de las victorias por donde marchó hasta San Jacinto, y probar a la nación, que si la suerte de las armas le fue adversa en los campos de este último punto, su valor puede borrar de las páginas de la historia ese día infortunado”.²¹

También enaltece e incluso idealiza al ejército mexicano. Bustamante simboliza históricamente su importancia imprimiéndole el sentido de una tradición insurgente. Hace notar que su superioridad radicaba en la experiencia que logró durante once años de lucha por conquistar la independencia. Exalta la imagen de sus jefes y oficiales. Los califica como hombres “fogueados”, “aguerridos”, acostumbrados a pelear con la “pericia y experiencia” que les reportaba la práctica. Bustamante da la impresión de querer con sus líneas, generar a la vez un sentimiento de unidad dentro del ejército y lograr subordinarlo a la tarea de construir un Estado fuerte, rector, sin institución que le supere. Afirma que la autoridad del gobierno central se ha consolidado y que las discordias civiles bajaron de tono, mas sin embargo, en esos momentos se requería trabajar por “la conservación del territorio nacional”.²² Exagera en optimismo expresando que se tenían los recursos de sobra para enfrentar a Estados Unidos. Como se observa en la siguiente aseveración: “Si ellos nos sobrepujan en población numérica y en riqueza comercial, nosotros les excedemos en recursos militares”; o, en esta otra: “es excelente nuestra artillería, nuestra bien probada infantería y nuestra caballería tan sobresaliente en hombres y caballos, que sería agraviarla el desconocer su superioridad”.²³

²¹ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t. 2 p. 9.

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*, p. 36.

Bustamante demuestra que al embelesarse con sus letras su imaginación lo lleva a soñar con una realidad inexistente y a creer que el ejército que se había formado durante esos años de guerra civil, era fuerte y poderoso. Finalmente aseguró, que el gobierno estaba decidido a recuperar sus territorios y a no permitir que los vecinos del norte lograran el objetivo que se fijaron, que era según su acertada visión, “absorber por grados nuestro territorio y conquistarnos política o militarmente”.²⁴

Por otro lado, cabe señalar que Bustamante manifestó reconocer algunos de los verdaderos hilos que se movían bajo las aguas turbulentas de ese conflicto. Uno de ellos era la esclavitud. Dice que aunque era un hecho que el gobierno había tolerado su existencia en la región —disimulando no ver que se trasgredían sus leyes— a los colonos les incomodaba que en el país estuviera proscrita. Otro, fue el error que cometió el gobierno mexicano de otorgar grandes extensiones de tierra a algunos políticos porque especularon con ellas, como así lo hizo en su opinión, Lorenzo de Zavala. Para Bustamante este hecho trajo consecuencias funestas para la república porque los enemigos extranjeros angloamericanos se posesionaron de las tierras y “aunque establecidos en el suelo mexicano no dejaron de verse como ciudadanos de los Estados Unidos”.²⁵

Ahora sí, dice Bustamante en su lenguaje metafórico y analógico, nos pasa lo que el “apólogo de la perra parida”, los colonos nos quieren echar de nuestra propia casa cuando ellos llegaron a pedir resguardo e incluso se han enriquecido a nuestra costa con las “ventas imaginarias” y demás negocios lucrativos que han hecho con territorio mexicano. No son los colonos agricultores los que quieren la separación sino los especuladores de tierras quienes se sienten protegidos militar y económicamente, por “sus paisanos los norteamericanos”.²⁶

Cierto es que para Bustamante no fue una verdad a medias que los estadounidenses fomentaron con dinero, armas y gente la insurrección de la provincia tejana. En su visión, el destino que corrió el caudillo en ese entonces en Velasco, fue obra del mismo Andrew Jackson quien se encargó, en uno de sus últimos actos como presidente de la Unión, de “recabar del general Santa Anna, cuando estaba prisionero, que no opusiese obstáculo al

²⁴ *Ibid.*, p. 34.

²⁵ *Ibid.*, p. 25.

²⁶ *Ibid.*, p. 26.

reconocimiento de la independencia de Tejas”.²⁷ En su visión, y a partir del total discernimiento de la política de intriga que caracterizaba a los vecinos del norte, Santa Anna para Bustamante fue una víctima de sus carceleros. Por ello, en vez de criticarle le exime de culpa y señala el error que cometió el general Vicente Filisola, segundo general en jefe de dicha contienda, al haber acatado sus órdenes y retrocedido. Porque no podía negarse que en su condición de prisionero el general presidente careció “de libertad para mandar”.²⁸

Como ha podido observarse, Bustamante estaba consciente de la situación. Posteriormente, ni para él ni para ningún político de las altas esferas del poder era oculto que a Santa Anna, como a muchos otros de sus conciudadanos, se les ofreció dinero para negociar el reconocimiento de la independencia de dicha provincia. Así lo consignó Bustamante cuando denunció las proposiciones “deshonestas” que le hicieron al caudillo los norteamericanos, vía el ministro inglés, Ricardo Pakenham, en febrero de 1842. Asegurando que Santa Anna contestó de manera atinada reprochando el insulto de suponer que él pudiese “vender los intereses de la patria”.²⁹ En resumidas cuentas para Bustamante, Santa Anna era una víctima, como lo era la república en sí, de los intereses expansionistas de Estados Unidos.

El relato que hace Bustamante en los *Apuntes para la historia* nos muestra cómo, a pesar de haber guardado resentimientos en contra del caudillo a consecuencia de sus acciones y su arribismo político tras la caída de la república central, todavía hacia mediados de 1843, por intereses personales —como abogar por los jesuitas— siguió plasmando la idea de que Santa Anna era un héroe. Incluso nos deja leer la forma como él mismo le

²⁷ *Ibid.*, t.1., p. 22.

²⁸ *Ibid.*, p.23, t. 2, p. 25. Cabe señalar que Bustamante hace una aclaración importante con respecto a la falsa idea que tenían los tejanos de que Santa Anna había sido el responsable del viraje al centralismo, cuando en realidad fue el Congreso. Quizá ni él mismo se daba cuenta que en mucho había contribuido a presentar esa imagen cuando pintó al caudillo como el héroe que destruyó el federalismo. Empero es un hecho que Santa Anna renunció, a principios de 1835, al percatarse de que la tendencia al sistema central era inevitable. Sin embargo, fueron los hombres de bien-conservadores quienes no le aceptaron dimitir. En cambio, le concedieron una licencia y nombraron como presidente interino a Miguel Barragán, mientras él se hizo cargo de los asuntos castrenses. *Vid.* Reynaldo Sordo, *El congreso en la primera república centralista*, México, El Colegio de México/ITAM, 1993.

²⁹ Carlos María de Bustamante, *Apuntes para la historia del gobierno del general Santa Anna, desde principios de octubre de 1841, hasta el 6 de diciembre de 1844, en que fue depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación*, México, J.M. Lara, 1845, ed. facs., México, FCE/Centro Cultural Helénico, 1986, p. 42 (Clásicos de la Historia de México). Le ofrecieron a Santa Anna cinco millones de pesos y doscientos mil para el ministro que le ayudase a lograr el reconocimiento de la independencia de Tejas.

aduló alimentando su ego al recordarle todas sus hazañas militares haciéndole notar su parecido con Napoleón para lograr de él, favores, en este caso, el restablecimiento de la Compañía de Jesús.³⁰ Le miraba como un hombre magnánimo y generoso y pedía a Dios por la conservación de su vida por considerarle un ser providencial designado por el Señor para proteger a los mexicanos y a su Iglesia. Al tiempo que le consignaba como “árbitro de la nación”. Entonces recordaba con coraje la manera ultrajante e ignominiosa en la que había sido tratado Santa Anna, según su juicio, durante su prisión en San Jacinto, en la que permaneció con grillos en los pies. Asimismo, exaltó su figura militar mostrándole como un valiente, intrépido y osado general siempre dispuesto a defender a la nación movido por sinceros sentimientos patrióticos, como a continuación puede leerse:

Llévome después a su despacho, donde recordamos la historia del triunfo de Tampico, y no le desagradó que le recordase ciertos pasajes en que supo poner en ejercicio su peculiar astucia para burlarse de los enemigos, recordéle también, que al emprender su marcha para Tampico, un general francés que estaba en Veracruz no se lo aprobó, la tuvo por temeraria y concluyó diciéndole... Si V. logra su intento, le digo que le acompaña la misma fortuna que a Napoleón cuando marchó para Egipto. Recordéle asimismo, que la noticia de su triunfo la trajo él mismo en persona a Veracruz, cuando allí se ignoraba: admiró mi exactitud, y la felicidad de mi memoria. Muy largo rato estuve meditando sobre el aspecto y modales de este hombre verdaderamente raro, y de este soldado intrépido. A mi imaginación ocurrieron mil pasajes de su vida pública: acordéme de que con ingratitud y mano intrépida osó levantar la voz contra Iturbide, cuando apenas lo tenía a 25 leguas rodeado de tropas de esplendor y prestigio, proclamando la república. Figurémelo [...] en el Álamo triunfante, y luego derrotado y prisionero en San Jacinto: cubierto allí de ignominia con una barra de grillos en los pies, y restablecido a su antiguo esplendor haciendo enmudecer a toda la América, ofreciendo regenerarla en Veracruz, substrayéndose a las garras francesas que lo asaltaron en su posada; finalmente, hoy constituido el árbitro de la nación y recibiendo inciensos y elogios sin tasa; querría haber poseído los conocimientos frenológicos del Dr. Gall, para describir a este hombre con exactitud.³¹

Es interesante considerar, la vanguardista y modernizada sugerencia que hace Bustamante respecto a realizar un estudio psicológico del personaje, dado que para esa fecha los

³⁰ *Ibid.*, p. 153.

³¹ Los puntos suspensivos que no están entre corchetes son de Bustamante *Ibid.*, pp. 79-80. Cabe señalar que *Phrenós* es un prefijo griego que refiere inteligencia. En el terreno de la psicología puede entenderse la frenología como el “estudio de la relación que existe entre la conformación anatómica del cerebro y la configuración externa del cráneo y los caracteres psíquicos de los individuos”. *Cfr.* María Moliner, *Diccionario de uso del español*, 2ª edición, 2ª reimpresión, vol. I, Madrid, Editorial Gredos, S.A., 1999, p. 1333.

estudios de esa índole eran incipientes. No hay duda que, en ese hombre terriblemente carismático y extraordinario, comenzó nuestro autor a notar algo extraño y anormal y lamentó carecer de herramientas para estudiar su psique.³² Más adelante, le llamará loco y consignará en su historia que Santa Anna fue un hombre de “cabeza delirante” que sacrificó los intereses de la patria por su ambición desmedida.³³

En vista que Bustamante estaba escribiendo al ritmo de los acontecimientos, podemos advertir que cuando se percató de que los militares habían consolidado su posición de predominio y en especial, el caudillo carismático Santa Anna, su lenguaje comenzó a cambiar de tono y su crítica fue siendo cada vez más aguda, a medida que transcurría el año de 1844. Hasta que finalmente, acusó a los militares de trabajar en conjunto con los agiotistas en el despilfarro de la hacienda. Entonces sí, Bustamante tocó el tema de Tejas y culpó al general Santa Anna de haber sangrado al país económicamente, con el pretexto de organizar una campaña de reconquista que en realidad nunca llevó a cabo, pero que sí generó la creación de innumerables impuestos e incluso préstamos forzosos.³⁴

Además, acabó con la representación nacional y estableció una dictadura. Hasta que felizmente el pueblo volcó su odio en contra del general, el celebrado 6 de diciembre de 1844, y lo hizo caer. Bustamante dice que en ese entonces, desplegó toda su actividad para lograr que le formaran a Santa Anna un consejo de guerra y lo fusilaran “por uniforme voluntad de la nación”. Mas sin embargo, tristemente y con coraje miró cómo algunos políticos no valoraron la dimensión de la afrenta, que ese hombre “raro” cometió en contra de la soberanía del pueblo, y compadeciéndose de él, le permitieron salir del país.

Otro sentido tuvo la caracterización que hizo del militar en *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* en la trama de la tragedia que Bustamante construyó para contar la historia de la guerra con Estados Unidos, Santa Anna se convirtió en el personaje principal al

³² Parece ser que fue muy difundida esa teoría, que pudiéramos denominar como “seudopsicológica”. A mediados de la década de los años treinta la *Revista Mexicana* publicaba un anuncio informando al público la obra por entregas de Ramón Pacheco, *Exposición sumaria del sistema frenológico del doctor Gall*; interesante porque podía servir de base para la educación de la juventud. Fue editada por la imprenta de Ignacio Cumplido y Mariano Galván y se vendía en la alacena de Antonio de la Torre en el Portal de Mercaderes. *Cfr. Revista Mexicana*, ciudad de México, 1º de enero de 1835, p. 3.

³³ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, t. 2, p. 36.

³⁴ Bustamante denunció la creación de plazas innecesarias en diversas oficinas y en el ejército. Refirió que existía una porción de individuos, entre ellos varios santannistas, a los cuales se les pagaban sumas enormes, algunos percibían su sueldo por triplicado. *Ibid.*, pp. 275-276.

representar el papel del villano que dio una estocada de muerte a la República. Le pintó como un hombre carente de principios políticos, éticos y morales, poseedor nada más de los que le guiaran al poder, siendo éstos crueles y depravados. Le odia porque regresó como bandera de los “puros” y porque se sintió personalmente traicionado por él. Recuérdese que otrora, él reivindicó su imagen de héroe benemérito y le mostró a su sociedad como un ser providencial y extraordinario. Sin embargo, tras la caída de las Siete Leyes y del gobierno del Supremo Poder Conservador, la admiración que tuvo por el caudillo se fracturó y a partir de ese momento sus juicios fueron cambiando de color hasta tornarse contrastantes. Podemos constatarlo así con la trama que entretejió en torno al tema de Texas.

En este punto de la investigación cobran sentido los señalamientos que hace Hayden White, respecto a que precisamente en lo que se queda fuera del entramado de los hechos es posible identificar la implicación ideológica del historiador. Asimismo, que precisamente por la selección que se hace de los acontecimientos para construir una narración histórica es posible hablar de ésta como de una metáfora extendida porque atañe a una estructura simbólica. Es decir, que la narrativa no reproduce tan sólo los hechos en sí, sino que nos da pautas para saber en qué dirección pensarlos además de mostrarnos la existencia de valores emocionales, por parte del que escribe con la intención de evocar imágenes.³⁵ En el caso de Bustamante, como ha podido observarse, es claro el contraste de sus juicios con respecto a la conducción de Santa Anna en el conflicto texano. Lo que nos remite a la importancia que para él tenía el ejército como pilar de la sociedad y por ende, la imagen de Santa Anna como militar.

En 1846, año en que se desató la guerra con Estados Unidos, Bustamante puso el grito en el cielo cuando el general veracruzano regresó del exilio al poder, como bandera de los liberales. En su visión, porque lo utilizaron como instrumento para restablecer el federalismo y la constitución de 1824. Además, el binomio Santa Anna y Valentín Gómez Farías, le produjo un gran enojo y le llevó a recordar aquéllas reformas liberales impuestas en 1833 que tanto afectaron a la Iglesia y además la afrenta que el caudillo llevó a cabo, en un pasado reciente, contra la soberanía del pueblo, al impedir la reunión del congreso. Entonces le declaró traidor y afirmó que la invasión fue pactada por Santa Anna,

³⁵ Hayden White, “*El texto historiográfico como artefacto literario*”, trad. de José Ortiz Monasterio, *Historia y Grafía*, núm. 2, México, Universidad Iberoamericana, 1994, p. 23.

en Texas. Fue tanto el odio y coraje con el que escribió, que se olvidó de tomar en cuenta lo que él ya había pronosticado años atrás, respecto a que los estadounidenses no descansarían en su empeño por adueñarse de las tierras que ambicionaban, incluso hasta ver ondear la bandera de las trece estrellas en el podio mexicano.³⁶

En *El nuevo Bernal Díaz del Castillo* Bustamante construyó un entramado distinto, seriamente afectado por cuestiones de índole política e incluso por resentimientos personales en contra de ese “héroe benemérito”, “salvador de la patria”, “protector de la Iglesia”, que él había creado con su pluma. Finalmente su héroe, se trocó en el villano traidor más grande que se hubiese podido tener en la historia de México porque, según su juicio, en Velasco Santa Anna firmó un tratado secreto para entregar la ciudad de México a los angloamericanos.

De tal forma, que confiesa lamentar mucho que en el pasado, siendo facultado por el Congreso de 36 y como miembro del Supremo Poder Conservador, contribuyera a borrar toda sospecha de que Santa Anna hubiese podido realizar tratados secretos en Washington respecto a Texas.³⁷ Porque sinceramente no lo creyó (o lo ignoró intencionalmente); mas al momento en que escribía esas líneas Bustamante manifestaba relatar la “verdad” y “nada más que la verdad” y ésta era, que Santa Anna había traicionado a la nación y merecía la horca porque desde que regresó de su prisión en San Jacinto trabajó en concierto con los angloamericanos para abrirles camino a la conquista de México por la ruta que siguió Cortés, burlándose así de los mexicanos.³⁸

Bustamante alza la voz, y habla sobre lo otrora “no dicho”, con la firme intención de denigrar la imagen de Santa Anna como militar a fin de demostrarles a sus contemporáneos que fueron unos “bobitontos que se prometieron tener en él un salvador de la patria”,

³⁶ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t.2, p. 34.

³⁷ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, p. 113.

³⁸ *Ibid.*, t.1, p. 43. Al respecto, entreteje una subtrama en donde demuestra cómo Santa Anna fue tratado con todas las consideraciones por parte de los norteamericanos cuando fue su prisionero. En 1837, habilitaron un bergantín para llevarle custodiado en su regreso a Veracruz y le dejaron éste bajo sus órdenes, por varias semanas, dado que tenía como tarea prender la mecha de la revolución en México. Según dice Bustamante, en ese entonces sus intenciones se vieron frustradas porque no pudo contar con el apoyo de su cuñado, el general Ángel Toro, porque había sido destituido de su cargo en Yucatán, ni de Ciriaco Vázquez que había sido alejado de Veracruz. En consecuencia, Santa Anna se mostró hipócrita ocultando el verdadero designio que le había marcado la política de Washington. Tuvo que esperar algunos años hasta que James Polk, una década después le recordó el pacto en el que ofreció tres millones de pesos para asegurar su conquista.

cuando en realidad era un general torpe e inexperto, así lo había demostrado durante su campaña en Texas.³⁹ Así puede leerse en el siguiente párrafo:

¡*Consumatum est*, podemos decir; consumose la obra de iniquidad! Debe su origen a la derrota de Santa Anna en San Jacinto, desde donde datan todos nuestros males. A su impericia, a su indolencia en echarse a dormir la siesta a vista del enemigo y a su ignorancia, pues cuando lo buscaba lo tenía a retaguardia, habiendo mandado destruir un puente que tenía a este lado, y por cuya medida él mismo se imposibilitó su fuga y retirada, y cayó prisionero...¿Pero qué linaje de males no debemos a este hombre nacido para servir de azote a los mexicanos? Una nueva escena de horror va a presentarse a nuestros ojos ¡ciérramelos Dios en el sepulcro, antes que vea consumada la ruina de mi patria!⁴⁰

Como puede observarse, hasta ese momento crucial Bustamante decidió criticar a Santa Anna respecto a su vocación militar. Recordemos que, ni aún cuando se mostró en contra de la dictadura osó nuestro autor opacar esa imagen. En cambio en *El nuevo Bernal*, el desempeño de Santa Anna como general, se convierte en su principal objetivo. Para Bustamante el origen de la guerra dejó de tener su explicación en los males heredados del antiguo régimen y lo ubicó entonces en San Jacinto. A partir de allí, entretejió otro entramado, que a pesar de ser un drama escrito a manera de tragedia tiene toques de irónica comicidad; mismos que serán rescatados más tarde para caracterizar al militar veracruzano como el corrupto personaje sin igual en el discurso liberal. Además de constituirse ese tipo de pasajes, en hilos idóneos para jalar y urdir tramas novelescas y de ficción literaria.

Así lo hizo Bustamante cuando persiguió desvirtuarle en el terreno de lo ético y lo moral. Para tal efecto, relató una historia que aseguró fue verdadera sobre una de las bajas pasiones y vicios por los que, según él, se distinguió el general: la lujuria. A través de su narrativa Bustamante transporta al lector a esos días en los que andaba Santa Anna de campaña, en los campos de Tejas, con el supuesto cometido de hacer entrar en orden a los rebeldes tejanos, cuando se encontró en el camino con una “payita” a quien engañó enamorándola y haciéndole creer que la había convertido en la “señora presidenta”.

Para denigrar su imagen, en el drama novelesco Bustamante apela enfáticamente a la moral cristiana. En su visión, parecía que volvería a repetirse lo acontecido en 1833, cuando se pusieron en marcha algunas reformas contra el poder económico de la Iglesia.

³⁹ *Ibid.*, t.2, p. 127.

⁴⁰ *Ibid.*, t.1, p. 48.

Concebía a la sociedad, de nueva cuenta, al borde de la disolución social y por ende interpretó los hechos a partir del influjo de la tonalidad de esa creencia que le servía como estrategia para atacar a los liberales. De tal manera, en forma tendenciosa y con el objetivo de mancillar su figura en el terreno de lo ético, pintó a Santa Anna como un sacrílego que se burló de las “ceremonias rituales de la Iglesia Católica” y de la “santidad del matrimonio”, haciéndole creer a la pobre muchacha y a su abnegada madre, que por designio de Roma la doncella había sido escogida para ayudarle a procrear “hijos varones sucesores del imperio que iba a fundar”. Uno de los “pícaros que le hacían la corte” se fingió párroco y ayudó al general lujurioso a crear las condiciones propicias para que pudiera éste “dormir con aquella infeliz víctima”.⁴¹

Bustamante asegura que esto fue un hecho público y aprovecha la ocasión para reiterar que le consideraba en contubernio con el enemigo estadounidense, desde su prisión en Velasco. Le acusa de traidor a la patria y en un lenguaje metafórico le consigna en la historia nacional como el Judas que entregó a Jesús; en analogía con lo que él creía sucedía entonces: Santa Anna había consagrado a la nación al enemigo norteño y quizá, hasta en concierto con los liberales. Como a continuación se lee:

En nuestra historia pública no se presenta un hombre que de este modo se haya burlado entre los mexicanos de la religión católica; hablo de un hombre público, a la cabeza de un ejército, y rodeado con esplendor y magnificencia de un príncipe...más tal ha sido su recompensa, una prisión en Velasco, ocho meses de arresto implorando la protección de Washington, y comprometiendo a los mexicanos para hacerlos hoy esclavos, realizando sus depravadas intenciones y pasando al juicio de la posteridad de su patria por un digno hermano de Judas sin que se recuerde el nombre de Iscariote, sin que le acompañe el de un hijo de maldición y primogénito de Satanás. ¡Puros! Mirad vuestro tipo, y participad del anatema de que se ha hecho digno vuestro amado general Santa Anna.⁴²

Dicen que del amor al odio hay un paso y eso denota el lenguaje de Bustamante. A continuación, valiéndose de su propio testimonio y de toda información que llegó a sus manos, en especial de periódicos españoles y estadounidenses, delineó la personalidad del primer actor de la intriga durante la guerra con Estados Unidos.

Bustamante describe al general como un ser de carácter vengativo. Nos da cuenta que durante su exilio el caudillo no perdió contacto con sus adictos, quienes fueron el

⁴¹ *Ibid.*, t. 2, p. 224.

⁴² *Ibid.*

principal instrumento que Santa Anna utilizó para regresar a cobrarles a los mexicanos, la humillación que sintió a causa del ultraje recibido por su honorable pie, ese fatídico 6 de diciembre de 1844, en que el pueblo se levantó en su contra. Bustamante pinta al militar veracruzano como un oportunista y plasma imágenes de su conducta incongruente pues carecía de principios políticos fijos. Asegura que durante su estancia en La Habana, como no podía mostrarse republicano, desempeñó el papel de monarquista. Deja leer en su texto que por adelantarse y querer ser mejor que Mariano Paredes Arrillaga, desde allí Santa Anna envió manifiestos a las cortes europeas asegurando que la mayoría de los mexicanos estaban decididos por la monarquía y que él cooperaría gustoso a su establecimiento. Al tiempo que se hallaba en “íntimo contacto con los Estados Unidos y pactando el modo de entregarnos a ellos” así como en íntima comunicación con los liberales en México.⁴³

Con un dejo de ironía Bustamante consigna que la sociedad aguardó su llegada cual si fuese la del Mesías, cuando en realidad era como el hijo de Satán.⁴⁴ Para imprimir todavía un tono más dramático a su narrativa y conducir al lector en la percepción de lo extraordinariamente “perverso” y “criminal” que era Santa Anna en su opinión, confiesa haberle considerado por un momento —en ese tiempo una vez más— como el salvador de la patria, pero al haber visto de cerca su desempeño durante la invasión, no tenía más que reiterarles que el militar actuó con felonía, dado que fue de su conocimiento que cuando Santa Anna desembarcó en Veracruz custodiado por el enemigo, arregló a su conveniencia en El Encero los preliminares de paz que debían firmarse, después de cumplir su misión de convertir a la república en “esclava y feudataria de los Estados Unidos”.⁴⁵ Por ello el objetivo principal de su escrito fue, según afirmó, “probar que Santa Anna ha hecho traición a su patria, viniendo de acuerdo a México con los Estados Unidos para entregarnos a ellos en vez de defendernos”.⁴⁶

Sumado a esta tragedia estaba el hecho de que el caudillo regresara al poder bajo el influjo de Valentín Gómez Farías. Entonces, con toda intención de atacarlos, escribió una parodia del binomio, como se lee a continuación:

Ambos pueden parodiarse; el uno en lo libertino, y el otro en lo anti-eclesiástico; no hay más diferencia, que el que Gómez Farías tiene alguna lectura que ni la ha

⁴³ *Ibid.*, t.1, p. 60.

⁴⁴ *Ibid.*, t. 2, p. 47.

⁴⁵ *Ibid.*, t.1, pp. 18, 90-91.

⁴⁶ *Ibid.*, t. 2 p. 89.

entendido ni puede digerir; y el otro se lisonjea de no haber leído en su vida ninguna obra: cuantas maldades habrá cometido de muchas especies, que son incalculables, lo ha hecho por un instinto brutal: y Farías lo que la leído lo ha colocado en la clase de un tinterillo político y romántico! La suerte de la nación se puso en manos de este par de pichones.⁴⁷

Define a Santa Anna como un hombre rudo de instinto animal del cual podía surgir cualquier conducta inesperada. Y aunque en esos días, según su visión, se mostraba el caudillo como “un verdadero maniquí de la voluntad de Gómez Farías”, afirmaba que él, le había escuchado decir cuánto odiaba a Valentín y estaba seguro de que en cualquier momento sobrevendría el desaire porque Santa Anna, era vengativo y nada más cuidaba de sus propios intereses.⁴⁸ No obstante, era un hecho que ambos “andaban en la maroma” y le parecía execrable.⁴⁹

Interesante es conocer la descripción que Bustamante hizo de Santa Anna cuando le vio entrar a la ciudad en compañía del liberal, recordando que lo único que había hecho para recibir tantos inciensos, había sido pasar a La Habana a jugar gallos con el dinero de los mexicanos para regresar a exigirles más:

Mis ojos buscaban a un general vestido de gran uniforme pero solo vieron un hombre ennegrecido, cano, robusto y vestido como se ha dicho, con una cachucha negra en la mano; y me pareció que nos decía... “No necesito arreos lujosos, que aumenten mi prestigio. Soy Santa Anna, esto me basta para ser temido y respetado, así como bastó a César, el que dijese al barquero que temía al mar borrascoso ‘no temáis porque lleváis a César’” [...] He dicho que Santa Anna traía a su frente a Gómez Farías, y a su derecha en un asta la constitución de 24 como enseña, o pendón, y causa de su venida, dando a entender que por ese pacto nuevamente celebrado, los puros lograrían su objeto. Esto es para mi es lo mismo que buscar la salud y la vida en un cementerio.⁵⁰

Bustamante intenta convertirse en un escrupuloso cronista de todos aquellos pasajes con los cuales podía vituperar la imagen de Santa Anna en sus acciones como militar. En primer término, se burla en forma irónica de la inconsciencia que mostraron sus conciudadanos al considerar que el caudillo podía servirles como soldado, ¿cómo? sí le faltaba una pata. Dado que buscaba cubrirlo de ignominia le delinea como un hombre “traicionero” y

⁴⁷ *Ibid.*, p. 87.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 86.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 91.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 95-96.

“vengativo”, “cobarde” y “engreído”, “caprichoso”, “ególatra” y “cruel”. Al tiempo que describe con todo detalle la manera en que a su entender Santa Anna, fue dejando libre el camino a los norteamericanos. Se ocupó, muy especialmente, de las batallas de la Angostura y Cerro Gordo; dejando consignado que en la primera, Santa Anna menguó sus fuerzas al exponer al ejército a todo tipo de calamidades haciendo que recorriera inmensos desiertos en busca del enemigo y que entonces ya fatigado, éste se batió con denuedo hasta que el general veracruzano ordenó la retirada. Como así, según afirma, lo había pactado de antemano con Zacarías Taylor. En su opinión, tampoco hizo nada Santa Anna cuando Winfield Scott tomó Veracruz, siendo el principal punto que debió haber defendido.⁵¹ En Cerro Gordo, desatendió a los ingenieros que le aconsejaron sobre la necesidad de fortificar el cerro de la Atalaya, porque era engreído y se creía superior. No le gustaba que nadie contraviniera sus órdenes y queriéndolos ridiculizar ante sus sugerencias les expresó que los cobardes en ninguna parte se sentían seguros y que se percataran que por ese lugar ni un conejo podía llegarles.⁵²

Le retrata como un soldado inepto y pésimo estratega que antepuso sus rivalidades personales a los intereses de la guerra. En su opinión, Santa Anna no quería que su personalidad se opacara porque un “excesivo amor propio” le caracterizaba. Así que imposibilitó el desempeño de los generales, Gabriel Valencia, Manuel Rincón, Nicolás Bravo, entre otros. A este último lo abandonó a su suerte en Chapultepec. Por otro lado, con órdenes desatinadas inutilizó fortificaciones y todo cuanto instrumento bélico de defensa pudo, como cuando mandó al general Parrodi arrojar al río los pertrechos en Tampico, o lo que sucedió en Cerro Gordo.⁵³

Para Bustamante Santa Anna terminó siendo el soldado más cobarde que hubiese podido existir en la historia del México independiente, cuando, el 13 de septiembre de 1847 abandonó la ciudad, después de dispersar al ejército para convertirse en un “guerrillero saltador”, que no olvidó llevarse consigo el dinero de los mexicanos que se reservó, como siempre, para satisfacer sus bajas pasiones.⁵⁴ Finalmente, consignó que ese hombre estaba “loco de remate”, no podía considerársele mexicano porque había llevado a cabo una obra

⁵¹ *Ibid.*, p. 198-199.

⁵² *Ibid.*, p. 130.

⁵³ *Ibid.*, pp. 91-92.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 92.

de traición al dejar en franquicia el camino de Veracruz, para que los Estados Unidos pudiesen consumir “la conquista de toda la República”. Así Bustamante concluyó expresando lo siguiente:

Va a repetirse la época de 1521 en que enseñoreado Cortés de todo el imperio de Moctezuma, despojó a los indios de todas sus propiedades, y los distribuyó a su antojo entre quienes quiso. Esto es lo que acaba de hacer D. Antonio López de Santa Anna, y estos los principales artículos de acusación que no deberá perder de vista el tribunal que debe juzgarlo y hacerlo morir en un suplicio, sin echar manos de indultos, ni amnistías que hasta aquí le han servido para impunidad y fomento de escandalosos crímenes.⁵⁵

Bustamante no pudo presenciar el final que tuvo el caudillo en la política nacional porque murió al poco tiempo de la guerra. Es posible pensar, que de no haberse verificado de ese modo, Carlos María de Bustamante hubiese podido ser un verdadero obstáculo para que Santa Anna regresara a gobernar de nueva cuenta, como lo hizo en 1853, cuando decidió apoyar el proyecto de nación que le propuso Lucas Alamán.

No obstante, con su pluma cumplió su cometido: dar muerte al héroe de su pluma. Al paso del tiempo y a través de las innumerables reinterpretaciones de las que ha sido objeto este general, puede decirse que son los juicios de Bustamante los que dieron lugar al mito original del personaje histórico Santa Anna, como héroe y como felón.

El militar en el discurso de Alamán

Difícil y casi imposible es separar la figura militar del político Santa Anna, ambas caracterizaciones van de la mano y son las investiduras que nos permiten hablar del caudillo mexicano. Aunque autores como Carlos María de Bustamante, se empeñaron en señalar que la independencia debía contemplarse como un proceso revolucionario que dio comienzo con el levantamiento de Hidalgo, para Alamán, la independencia fue obra de los militares que formaron el Ejército Trigarante. Por ello, como institución, era un pilar del Estado. Sin embargo, en el transcurso de la historia independiente, las distintas facciones se habían estado disputando el apoyo de los generales más audaces, porque sólo a través de su fuerza era posible acceder al poder. Esta situación era una de las nefastas consecuencias, que a su entender, trajo consigo el hecho de haberse independizado a destiempo.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 142.

Como ya se dijo, el objetivo del quinto volumen de su *Historia de Méjico* se centró en ocuparse del pasado inmediato —de manera general aunque sustantiva— para dilucidar las causas que habían llevado al país hasta el estado en el que se encontraba en 1852. Aunque sin duda, en ese momento a Alamán no le convenía poner en entredichos a Santa Anna porque le necesitaba para concretar su proyecto político, puede decirse que de él nada ocultó. Le pintó con sus cualidades y defectos, tratando de ser lo más objetivo e imparcial posible; tal y como lo prometió a su público lector. Para él, Santa Anna como personaje histórico, era significativo. Reconoce en su *Historia* que desde que el ejército logró consumir la independencia el militar siempre figuró en primer término en todos los sucesos políticos del país, involucrado en los distintos pronunciamientos que caracterizaron esos años, aunque movido únicamente por miras personales, porque careció de principios fijos debido a su ignorancia. Era algo así como el símbolo de la inestabilidad, la inconsecuencia y desorientación, mas era el producto de su historia y el mejor ejemplo para explicarla.

Es interesante advertir el tácito reconocimiento del personaje como el “caudillo revolucionario” que signó su historia contemporánea, precisamente por haber abanderado a los distintos “partidos” políticos sin pertenecer a alguno y haber sido el principal promotor de los disturbios que caracterizaron el periodo:

La historia de Méjico desde el periodo que ahora entramos, pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Ana. Ya promoviéndolas por sí mismo, ya tomando parte en ellas excitado por otros; ora trabajando para el engrandecimiento ajeno, ora para el propio: proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando a un partido para oprimirlo y anonadarlo después levantar al contrario, teniéndolos siempre como en balanza: su nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del país, y la suerte de este ha venido a enlazarse con la suya, a través de todas las alternativas que algunas veces lo han llevado al poder más absoluto, para hacerlo pasar enseguida a las prisiones y al destierro.⁵⁶

Indudablemente que fue Alamán, quien bautizó al periodo de las tres primeras décadas de la vida independiente como la “era santanista” y dio al general veracruzano el papel del primer actor en la vida política e histórica del país. La importancia crucial que otorgó a su figura explica por qué más tarde sería él, el elegido para dar legitimidad a su propuesta. En primer término, le delinea como el principal defensor de México en diversas acciones en las

⁵⁶ Lucas Alamán, *Historia de Méjico...*, vol. V, p. 687.

que el país tuvo que enfrentar a los enemigos del exterior. Así puede leerse en el siguiente párrafo:

Pero en medio de esa perpetua inquietud en la que ha mantenido incesantemente a la república; con toda esa inconsecuencia consigo mismo, por la cual no ha dudado sostener cuanto ha convenido a sus miras, ideas enteramente contrarias a sus opiniones privadas; entre los inmensos males que ha causado para subir al mando supremo, sirviéndose de este como medio para hacer fortuna; se le ve también cuando los españoles intentaron restablecer su antiguo dominio desembarcando en Tampico en 1829, presentarse a rechazarlos sin esperar órdenes del gobierno y obligarlos a rendir las armas; correr en 1835 a las colonias sublevadas de Tejas y llevar las banderas mexicanas hasta la frontera de los Estados Unidos, para asegurar la posesión de aquella parte del territorio nacional, como lo habría logrado si la desgracia que en la guerra es casi siempre efecto de la imprevisión y del descuido, no lo hubiese hecho caer en manos del enemigo ya vencido, y al que no quedaba más que el último ángulo de terreno que pretendía usurpar. Si los franceses se apoderan del castillo de San Juan de Ulúa e invaden la ciudad de Veracruz en 1838, Santa Ana les hace frente perdiendo una pierna en la refriega, y por último, en la guerra más injusta de que la historia puede presentar ejemplo, movida por la ambición, no de un monarca absoluto sino de una república que pretende estar al frente de la civilización del siglo XIX, cuando el ejército de los Estados Unidos penetra en las provincias del norte, Santa Ana combate con honor en la Angostura; traslada con increíble celeridad el ejército que había peleado en el estado de Coahuila a defender las gargantas de la cordillera en el de Veracruz, y derrotado allí, todavía levanta otro ejército con que defender la capital, con un plan tan acertadamente combinado como torpemente ejecutado, y mereciendo el elogio que el senado romano dio en circunstancias semejantes al primer plebeyo que obtuvo las fasces consulares, de no haber desesperado nunca en la salvación de la república.⁵⁷

Como puede advertirse, Alamán reconoce en el veracruzano defectos en su personalidad que minimiza ante su siempre sincera disposición a defender al país. Lo muestra como un valiente general dispuesto a dar la vida por México, dado que siempre se le había visto actuar desinteresadamente y con apasionada entrega cuando de salvar a la patria se trataba aunque su desempeño no siempre hubiese sido el mejor; porque en su opinión era Santa Anna un soldado intrépido, capaz de organizar un ejército de la noche a la mañana, pero era un pésimo estratega, porque nunca dirigió bien una batalla. Sin embargo y a pesar de todos

⁵⁷ *Ibid.*, p. 688. Algo que resalta en los textos de Alamán y que contrasta con las formas de escritura de la mayoría de sus contemporáneos, es la manera como escribe el apelativo Santa Ana. Cabe apuntar que como para mí siempre ha sido familiar leer el nombre con dos “n” tanto que opté desde hace mucho tiempo a escribir el calificativo “santannista”, también con doble “n” y por supuesto igual el apellido. Casi me podría atrever a afirmar, que Alamán es el único autor de ese tiempo que así lo hizo. Porque incluso, en los manuscritos donde quedó registrado su ingreso al ejército y en documentos tan personales como su testamento, se asienta el apellido con doble n.

sus defectos, reconoce en él una actitud comprometida con su vocación militar. Le presenta como el principal defensor de México y uno de los más fuertes obstáculos con los que se enfrentaron los estadounidenses para el logro de sus propósitos.

En la trama de Alamán vuelve a ser de suma importancia “lo no dicho”. Es el desempeño de la vocación castrense de Antonio López de Santa Anna lo que se dice de distintas formas. Lo importante es discernir la intención discursiva y el significado que tiene el decir las cosas de una manera determinada, dadas las circunstancias y los intereses políticos de quien discurre. En este sentido podemos decir, que Lucas Alamán no contempla en su narración histórica comentario alguno que pudiese manchar gravemente a la figura del militar que pretende utilizar para llevar a cabo sus fines políticos. En esta ocasión, quizá para algunos de sus contemporáneos fue una sorpresa que Alamán no se ocupara en discurrir más específicamente y en concreto, sobre el fracaso de sus estrategias en contra del invasor estadounidense, ante todo después de las acusaciones de traición a la patria, lanzadas en su contra por don Carlos María de Bustamante y el diputado Ramón Gamboa. No obstante, lo que le interesaba a Alamán, era demostrar que para él los errores no podían recaer en un sólo hombre sino que era imprescindible ir más allá, en la búsqueda de explicaciones para comprender la trayectoria que había seguido México como país independiente y conocer los porqués de muchos acontecimientos vividos, entre ellos, la invasión sufrida por parte de los estadounidenses.

De tal manera que, para justificar la intencionada omisión sobre dicha temática, aclaró en su escrito, que no había sido su objetivo el seguir puntualmente la historia de la guerra con Estados Unidos, dado que los acontecimientos estaban tan “frescos en la memoria de todos” que no tenía caso ocuparse de ellos. Esta actitud encierra la intención de no recordarlos para no remover malos tiempos. No obstante, según pudimos advertir, Alamán elogió la actividad que desplegó el general contra los invasores y le señaló como uno de los principales obstáculos para firmar la paz. Asimismo apuntó, que Santa Anna terminó siendo un blanco de persecución por parte de la sucia política estadounidense, que pretendía “apoderarse de su persona”.⁵⁸ Con esta aseveración Alamán, permite suponer que efectivamente el general fue objeto de una intriga y que las acusaciones que se le hicieron de traición en ese tiempo, fueron consideradas por nuestro autor, como parte de los rumores

⁵⁸ *Ibid.*, p. 688.

creados por los vecinos nortños y los enemigos de casa. De lo contrario, hubiese sido difícil que el ministro se atreviera a negar evidencias contundentes al respecto.

Prefirió poner énfasis en señalar la actitud expansionista de Estados Unidos, país que —en su opinión— pretendía erigirse como el más poderoso de su tiempo y en su presente constituía una real y constante amenaza a la seguridad nacional e incluso para la independencia de México. La demostración que llevaron a cabo los estadounidenses de su fuerza y superioridad en el terreno militar, además de su ambición territorial, hicieron temer a Alamán el advenimiento de la posible disolución social. Y externó sus miedos ante la magnitud del problema con la siguiente aseveración, sobre la situación que guardaba el país es ese año de 1852:

Su territorio ha sido considerablemente cercenado y corre el riesgo de ser nuevamente invadido: ‘esta’ para hacer uso aquí de las propias palabras de un documento oficial, ‘es una cuestión de vida o muerte para la nación porque, no se trata solamente de usurparle su territorio, sino de suplantar en él otra raza, sea exterminando la raza hispano-americana, sea reduciéndola al estado humillante de extranjera en su propia tierra’.⁵⁹

Con una llamada de alarma, Alamán quiso crear conciencia de la necesidad de fortalecer el país para hacer frente a los ataques del imperialista vecino del norte. Pero más allá era contrariar al sistema republicano y era reivindicar a Europa de alguna manera. Para ese tiempo, Estados Unidos ya había agregado a su territorio —por medio de la fuerza de sus bayonetas— las extensiones que hasta la ribera del Río Bravo siempre ambicionó poseer.⁶⁰ Era posible que repitiera sus acciones y lograra sus objetivos, si los mexicanos permanecían en total desunión y continuaban inmersos en sus luchas intestinas sin poner atención en la necesidad de crear un ejército fuerte e incluso una fuerza naval.

Cabe señalar que Alamán no era ajeno a la política de intriga y de sobornos que los estadounidenses habían practicado entre los mexicanos para comprar Tejas, incluso desde que llegó Joel R. Poinsett como un simple y amistoso visitante extranjero. Conocía muy bien el problema de las concesiones y de la especulación de tierras, además había vivido la

⁵⁹ *Ibid.*, p. 924. Cita Alamán una frase del decreto de 2 de octubre de 1846 emitido por José Mariano Salas.

⁶⁰ Nuestro autor asienta que con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, en 1848, se le “cedieron” a Estados Unidos los territorios de Nuevo México, la Alta California y parte de los estados de Chihuahua, Coahuila y Tamaulipas. Eso significaba que México había perdido más de la mitad del territorio que poseía al hacerse independiente y por ello recibió la insigne cantidad de 15 millones de pesos, suma que, en opinión de Alamán, para nada resarcía los inmensos males morales que provocó en la República. Indiscutiblemente que el más fuerte de ellos, fue el miedo a la disolución social. *Ibid.*, pp. 875-876.

experiencia de sufrir el asedio innoble de los diplomáticos norteamericanos solicitando posibilidades para concretar un pacto.⁶¹ Incluso, alguna vez hasta él mismo acarició la idea de vender territorio cuando necesitó recursos para enfrentar la rebelión santannista que dio término a la hoy llamada “administración Alamán”.⁶²

Con la finalidad de eximir a Santa Anna en el presente recurre al pasado y explica que el gobierno independiente, en forma equivocada, ratificó las concesiones que le otorgó el gobierno colonial a Moisés Austin para colonizar Tejas —con familias “emigradas de las Floridas”— porque efectivamente, los colonos violaron todas las normas y estipulaciones que el gobierno mexicano les impuso. De tal manera que el territorio pronto se pobló de gente extranjera que no compartía nuestra cultura. Además, cuando se estableció la federación en 24, dicha reglamentación quedó bajo el criterio de cada uno de los estados del norte y en consecuencia, las concesiones se multiplicaron sin control porque las obtuvieron “aventureros extranjeros” y “especuladores mejicanos” quienes las fueron enajenando a ciudadanos estadounidenses hasta el grado de quedar establecido en Nueva York un banco que se dedicó a la venta de tierras. Luego entonces, la pérdida de dicho territorio estuvo condicionada en gran parte a los errores cometidos por el gobierno federal. Además de haber carecido del efectivo control sobre aquellas lejanas tierras.⁶³

Así, después de haber echado mano del discurso histórico para explicar en qué medida los errores cometidos desde la independencia los habían colocado en la trágica situación en la que se encontraban, además de demostrar que Santa Anna fue el único soldado que siempre se presentó al escenario de la guerra, Alamán no criticó en su *Historia*

⁶¹ En su función como secretario de Relaciones Exteriores, durante los de 1830-1832, Lucas Alamán puso en vigor una Ley de Colonización que prohibió la entrada de nuevos colonos estadounidenses a Texas y estructuró una política poblacional para la frontera norte con el propósito de fortificar los límites territoriales y establecer industrias. Según su opinión, estas disposiciones enojaron a Lorenzo de Zavala —a quien señaló como infiel a los intereses de México porque enajenó tierras tejanas y trabajó en conjunto con los especuladores norteamericanos — y por venganza contra quienes le obstaculizaron el camino para seguirse haciendo de más fortuna promovió la revolución que hizo caer la administración de Bustamante, en 1832. *Ibid.*, p. 875.

⁶² Vid. Miguel Soto Estrada, “Texas en la mira: política y negocios” en Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante (coords.), *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, México, Instituto Mora/Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1997 (Serie Historia Moderna y Contemporánea de México; 27). El autor asegura que Alamán recibió la ayuda y protección del ministro norteamericano Anthony Butler cuando necesitó salvaguardar a su familia y propiedades tras la caída de Anastasio Bustamante.

⁶³ Lucas Alamán, *op.cit.*, p. 876.

la imagen del héroe salvador de la patria que los hombres de bien-conservadores alimentaron para la salvaguarda de sus intereses, pero tampoco dejó de señalar sus defectos.

El general en la trama histórica de Payno

En su *Compendio* de historia patria Payno criticó las peculiaridades de la personalidad y el carácter de Santa Anna. A través de sus lecciones, Payno les dibuja a las nuevas generaciones de estudiantes —de la Escuela Nacional Preparatoria— al personaje como un militar indisciplinado e irresponsable, que siempre actuó buscando su conveniencia personal. Oportunista, atrevido e ingenioso, arrogante, egoísta y envidioso, quien se valía de “mil ardides” para no sucumbir, por lo que a veces era cruel y vengativo. Como un militar inclinado más hacia las actividades castrenses que a ejercer el poder. Sucedió que desplegaba tal energía en sus actividades, que contagiaba de entusiasmo a sus seguidores, por lo cual pudo adquirir la fama de ser un gran constructor de ejércitos.

Respecto al tema de Texas, en su discurso Manuel Payno se muestra como un liberal, defensor del federalismo. En primer término, enfatiza la idea de que la provincia se sublevó y decidió ser independiente a causa del establecimiento de la república central. Su intención es señalar las terribles consecuencias que trajo consigo la guerra civil, aunque no por ello deja de hacer notar que los colonos sublevados eran extranjeros y se molestaron principalmente por las limitaciones que tenían para especular con las tierras.

En su lenguaje Payno se nota parco y encaminado sólo a resumir, en unas cuantas líneas, esas contradictorias imágenes que finalmente construyó respecto a Santa Anna. En el entramado que hizo de los hechos para explicar lo sucedido, en el año de 1836, le mostró primero como un militar exitoso, que “marchó triunfante por todo el interior” de Texas; tomó el Álamo, después el Fuerte de Harrisburg hasta que fue sorprendido en San Jacinto. A continuación, a través de sus líneas Payno permite deducir a sus jóvenes lectores que Santa Anna se comportó como un cobarde durante su prisión en Velasco cuando al temer por su vida ordenó la retirada al general Vicente Filisola. Señaló en él faltas a la ética y a la moral, por las cuales sufrió consecuencias. Como haber estado a “punto de ser asesinado por los texanos que trataban de vengar la crueldad que había usado en la campaña fusilando a prisioneros”. Luego, sin entrar en detalles informa que fue conducido a Estados Unidos y

después de regreso a la república, donde arribó para recluirse en su hacienda Manga de Clavo y permanecer alejado por un tiempo de su actividad política y militar.⁶⁴

Hasta que “la triste historia de nuestras guerras civiles” condujo a tener conflictos con Francia. El relato de Payno denota que una de sus fuentes para interpretar lo acontecido durante la primera intervención francesa y la actuación de Santa Anna en Veracruz fue indudablemente, Carlos María de Bustamante. Sin embargo, Payno no le exalta como un héroe ni dramatiza la pérdida de la pierna del vástago nacional; pero sí reproduce algunos juicios bustamantinos sobre el personaje y adopta la forma de su entramado romántico para la explicación de los males que sufrió la república durante ese tiempo. Al igual que él, resalta la idea de que la república fue víctima de las naciones poderosas y urde una trama novelesca, con toques de ficción, para discurrir sobre la actuación del hijo de Luis Felipe de Orleans, el príncipe Joinville quien se encaprichó con el deseo de aprehender al caudillo mexicano Santa Anna. En su relato, Payno se ocupa muy especialmente, de referir con ironía, la reclamación —“injusta” y “monstruosa”— que hicieron los galos a causa del llanto de un pastelero francés que decía que “le habían sido robados pasteles por valor de ¡60 a 80 000! pesos”.⁶⁵ Revelando con ello, que el fenómeno de la conformación de los mitos, implica reinterpretar hechos inverosímiles con una fuerte carga de ficción. Así, la primera intervención francesa, a consecuencia de las numerosas reinterpretaciones terminó siendo más popularmente conocida, como la guerra de los pasteles, como la bautizó don Carlos.

Por otra parte, la interpretación de la guerra con Estados Unidos que presenta Payno a sus alumnos es crítica y realista. Reconoce que el país careció de recursos para enfrentar la invasión, dado que evidentemente las fuerzas enemigas fueron superiores en armamento, logística, disciplina y en muchos otros aspectos. En cambio, el ejército mexicano era un cuerpo dividido cuyos generales al mando se ocuparon más de sus rencillas políticas que de organizarse para la defensa. Además de contar con tropas nutridas por medio de la leva que por lo tanto desconocían la actividad militar.

Cuando Santa Anna enfrentó al invasor estadounidense, Payno no le delineó como un soldado valiente pero tampoco como un cobarde. Sobre todo, destacó en él, la forma como

⁶⁴ Manuel Payno, *Compendio...*, p. 173.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 175.

alentó el espíritu patriótico entre los contingentes que formó tras de sí. En su opinión, el caudillo abandonó la ciudad cuando ya era materialmente imposible la resistencia. Lamentó que las rivalidades que existieron entre él y Gabriel Valencia hubiesen ocasionado consecuencias fatales, como la derrota en Padierna y el abandono de los alumnos del Colegio Militar en el asalto a Chapultepec, entre otras. Se ocupó de manera superficial de Santa Anna, cuyas acciones desvirtuó para elogiar el desempeño “de verdadero patriotismo” que tuvieron las Guardias Nacionales formadas por “gente acomodada y de muy buena posición social”, como él mismo.⁶⁶

Finalmente en definitivo contraste con Bustamante, Payno consigna que Santa Anna pudo haber tenido muchos defectos pero sin duda alguna debía reconocérsele como uno de los mexicanos más destacados por los servicios que prestó a la patria. Manifestó Payno a sus alumnos que a la historia tocaría calificar a los “héroes con la justicia e imparcialidad necesarias”, mientras tanto debía honrarse su memoria.⁶⁷

Puede decirse que en su trama reconoció a Santa Anna como un patriota y no existió sospecha alguna de que hubiese podido cometer traición a la patria. El militar conservó el *status* de héroe, aunque su desempeño como militar no haya cumplido con las expectativas de sus contemporáneos.

Prieto y el general Santa Anna

Guillermo Prieto fue uno de los principales constructores del discurso liberal con el que se explica a Santa Anna. No obstante, hablar de un discurso puramente liberal es una falacia, como lo es pensar que existe una verdad absoluta. A través de sus líneas, Prieto demuestra cómo su pensamiento, así como el de sus contemporáneos, resulta ser también una mezcla de ideas conservadoras y liberales, dado que nadie se salva de los prejuicios, de la tradición y de las leyes generacionales de la transmisión del conocimiento.

Para explicar la historia de esos años, Prieto construyó un drama a manera de romance donde la república sufrió los ataques de las naciones extranjeras, Francia y Estados Unidos. En su estructura y contenido denota una gran influencia bustamantina por la forma cómo interpretó los hechos. El legado cultural de esa arista “liberal” de don

⁶⁶ *Ibid.*, p. 185.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 158.

Carlos, es parte vital de su ideología y de su creatividad artística en el arte del lenguaje y de las bellas letras. Sin embargo, no hay duda de que Fidel como individuo fue único y por ende, también su peculiar escritura, determinada ésta por su propia experiencia vital.

Es un hecho que al interpretar el pasado Prieto no dejó de lado sus intereses políticos e ideológicos. Ni tampoco la aversión que sintió por el caudillo veracruzano. En consecuencia, al tocar el terreno de la ficción y evidentemente por escribir guiado con el firme propósito de destruir al personaje Santa Anna, en ocasiones su discurso pierde el sentido de decir verdad, exigido en las narraciones históricas. Por ejemplo, respecto al desempeño que tuvo el militar en la campaña de Texas, observamos que redactó los hechos bajo una óptica partidista, incluso utilizó algunas frases equivocadas que han dado lugar a erróneas interpretaciones y contribuido a imprimir falsos conceptos en la memoria histórica colectiva sobre dichos acontecimientos y las acciones del general veracruzano. Por ejemplo, en las *Lecciones de historia patria* que Prieto utilizó para educar a varias generaciones de jóvenes estudiantes del Colegio Militar, “se olvidó” intencionalmente de explicar históricamente la forma como Texas se pobló de gente extranjera y la manera en que los norteamericanos tejieron sus redes de intriga a fin de lograr adquirir ese territorio que siempre ambicionaron. Para consignar en cambio, que dicha provincia se declaró independiente a consecuencia de que Santa Anna había establecido una “dictadura” en sus manos.⁶⁸ Sí bien, más adelante afirma que el Congreso elaboró una nueva Constitución con la cual se estableció la primera república central, finalmente no aclara que fue la instauración del centralismo lo que utilizaron como pretexto los texanos para declararse en rebeldía. En su interpretación, señala a Santa Anna como el “destructor del federalismo” y termina cargándole la culpa de haber sido él, el causante de la pérdida de Texas.⁶⁹

Con sus líneas quiso desvirtuar sus méritos militares y mancillarle en el terreno de lo ético, señalando en él una conducta inmoral. Refirió que Santa Anna no marchó solo a Texas, lo hizo en compañía de varios generales con quienes en conjunto combatió a los tejanos obteniendo victorias en los fuertes del Álamo, Harrisburg, Goliad y El Refugio, lugares donde bajo sus órdenes llevaron a cabo una feroz guerra sin cuartel, eliminando a

⁶⁸ Guillermo Prieto, *Lecciones...*, p. 350.

⁶⁹ Así lo señaló también Carlos María de Bustamante, cuando escribió movido por intereses y resentimientos personales.

mansalva a sus ocupantes.⁷⁰ Finalmente, cuando el caudillo fue sorprendido en San Jacinto y tomado prisionero, le pintó como un cobarde que salvó su vida a merced de la firma de un “convenio ignominioso” para México, a pesar de no haber estado facultado para ello.

En lo tocante a la guerra con Francia, Prieto reprodujo con algunas variantes aquella inverosímil historia, de corte novelesco escrita por Bustamante en *El gabinete*, en la cual secuestrar a Santa Anna se convirtió en el principal objetivo del caprichoso príncipe Joinville. Sin embargo, su interpretación contrasta con la anterior, por la manera en que describe la actuación del general, en ese 5 de diciembre de 1838, en que el general fue herido. En su relato, Santa Anna no fue alcanzado por una metralla que lanzaron los franceses en su retirada, sino que combatió con “bravura extremada” a los franceses hasta que los obligó a retirarse. En la lid, el caudillo perdió una pierna y esa situación de inválido, así como el “elocuente” manifiesto que le redactó el licenciado Lázaro Villamil, “le abrieron más tarde las puertas del poder”.⁷¹

Abordar el tema de la guerra entre México y Estados Unidos, fue para Prieto ingresar en el campo del recuerdo de la experiencia vivida y una manera de encontrar motivos para atacar la figura de Santa Anna. Por lo tanto su relato se vuelve rico en testimonios. En sus *Memorias* manifiesta que fue ese el tiempo, cuando las circunstancias se concatenaron de tal forma que inició su etapa de madurez. Después de haber sido partícipe en la rebelión de los polkos y percatado allí del egoísmo con el que actuaron los prelados de la Iglesia, Prieto radicalizó su postura y abandonó para siempre las filas de los moderados. Decidió ser un actor político y dirigir sus acciones en pos del curso y destino de la vida nacional. Como miembro del Congreso de Querétaro destacó por defender la idea de que era necesario continuar la guerra hasta expulsar al invasor.⁷²

Así, tras esa amarga experiencia de haber sido un polko, se alineó bajo las órdenes del general Gabriel Valencia, jefe del Ejército del Norte.⁷³ Esto le permitió situarse en la esfera del alto mando militar y conocer muy de cerca al terrible Santa Anna, actor principal de esa historia. Gran consternación le causó su primer encuentro-desencuentro con el

⁷⁰ Guillermo Prieto, *Lecciones*, p. 350.

⁷¹ *Ibid.*, p. 352.

⁷² Por su parte, Manuel Payno quien también desplegó una gran actividad durante la invasión estableciendo un servicio de correo secreto entre México y Veracruz, adoptó la postura contraria: consideró mejor rendirse y firmar la paz con las condiciones que impuso el invasor.

⁷³ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, vol. 2, p. 224.

general y le describe como un hombre iracundo y arbitrario. Como testigo directo de los hechos narró cómo Santa Anna abandonó a su suerte al general Valencia y a las fuerzas bajo su mando. Recuerda, que después de haber mantenido comunicación durante todo ese día, 19 de agosto de 1847, con el general veracruzano, de repente sintieron en la oscuridad al invasor, casi susurrándoles al oído. ¡Santa Anna había desaparecido de Padierna, dejándolos en la boca del lobo! Entonces Valencia le comisionó a él y a Luis Arrieta para que se presentaran ante Santa Anna y le informasen sobre su difícil situación. Prieto afirma que el general en jefe se encontraba en San Ángel, en la casa del general Ignacio Mora y Villamil, rodeado de toda clase de gentes: políticos, soldados, jefes, agiotistas, arrieros, chimoleras, sirvientes, mujeres de dudosa reputación y sobre todo de sus favoritos, a quienes daba órdenes. Le recuerda sentado en una “mesita redonda alumbrada por un quinqué y rodeada de escribientes”. Relata que penetraron en la estancia él y Arrieta que “era muy pulcro y bien hablado”, éste último le expuso al caudillo las circunstancias en las que se encontraba Valencia. Según apuntó Prieto, Santa Anna contestó lo siguiente:

—No me diga Ud., no me diga Ud., ese es un ambicioso insubordinado que lo que merece es que lo fusilen...¡Borrachón!

—Señor, V.E. hará lo que crea justo; pero ese ejército no puede sacrificarse...

—Ud. no debe darme lecciones...¡estamos! no empiece yo mis escarmientos por Uds...¡Auxilio! ¡auxilio! y exponer yo mis tropas a la lluvia, al desvelo...por un (aquí no es posible repetir las palabras que saltaron a los labios de S. A.) mis soldados a la intemperie...¿qué dicen uds.? (dirigiéndose a mí)

—Es que aquellos soldados no están bajo techo...ni divirtiéndose —observé yo, y entonces Santa Anna reaccionó furioso gritando]

—¡Eh silencio! Lárguense uds. de aquí...fuera...malditos...y nos salimos llenos de rabia y de dolor.⁷⁴ [*sic.*]

Prieto manifiesta que al tener conocimiento de lo sucedido el general Valencia, se puso como un loco y desencajado, en medio de una tempestad de ira, gritaba a los cuatro vientos que Santa Anna era un traidor, que los había vendido y entregado al enemigo. En ese escenario y en esas circunstancias la derrota se consumó. Los soldados huyeron en desbandada, se escucharon gritos de terror, mujeres que corrían, balas que cruzaban y caballos desbocados se desbarrancaban por la ladera hacia Churubusco.⁷⁵

⁷⁴ *Ibid.*, p. 226. Los puntos suspensivos son de Prieto.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 227.

Otros actos violentos presenció por parte del general Santa Anna que le dejaron verdaderamente impresionado. Le miró “en uno de sus arrebatos brutales que deshonran a un hombre” cuando con la villanía de su fuste cruzó la cara de un gran número de compatriotas.⁷⁶ Sin embargo y a pesar de profesar un gran odio hacia Santa Anna Prieto no deja de hacer justicia a la verdad cuando le reconoce también ciertas cualidades, como su valor. Le recuerda cruzándose entre las balas de manera temeraria en la batalla de Molino del Rey y desplegando toda su energía en la defensa de la ciudad de México. Consideró que Santa Anna no fue un buen estratega y nunca se supo ubicar en su papel de general en jefe; por haber querido estar en todo, nada hizo de atinado. A continuación se lee la descripción que de él hizo en su desempeño castrense durante la guerra:

Parece que le veo con su sombrero de jipijapa y su fuste en la mano, su paletó color haba y su pantalón de lienzo blanquísimo. Despilfarraba su actividad, desafiaba temerario el peligro, y así como no podía llamársele traidor, no podía sin injusticia considerársele como buen general, ni como hombre de Estado, ni como personaje a la altura de la situación.⁷⁷

Esta descripción tan detallada que hace Prieto en sus *Memorias* contrasta con la parquedad con la que explicó el tema de la guerra a sus alumnos del Colegio Militar. En sus *Lecciones* Guillermo Prieto denota otra intención encaminada sobre todo a exponer que Estados Unidos demostró superioridad en todos aspectos e hizo evidentes las carencias de México, sobre todo de la falta de fuerzas armadas bien organizadas bajo la dirección de jefes capacitados e instruidos. Era vital para el ejército tener memoria de las condiciones del pasado para superar los errores. En contraste, con sus anteriores escritos Prieto trata de no atacar a Santa Anna sino al contrario destaca el papel que desempeñó durante la guerra, aunque no deja de reconocer y dar a conocer sus errores. El objetivo de su texto era principalmente didáctico.

Se valió de la recién publicada obra de José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana*, para explicar a sus alumnos militares que si Santa Anna ordenó la retirada en la Angostura fue porque efectivamente se careció de víveres. También que el ejército que combatió bajo su mando en esa ocasión, lo hizo con denuedo, valentía y en

⁷⁶ *Ibid.*, p. 236.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 237.

concierto con la actitud que mostró el general en jefe.⁷⁸ Asimismo, Prieto les señaló que a medida de poder llegar a un juicio imparcial era necesario tomar en cuenta que las fuerzas estadounidenses demostraron superioridad en todos aspectos. En ellas se notó “unidad de acción”, “inteligencia directiva”, “disciplina perfecta”, “exactitud y violencia en sus movimientos”, y sobre todo abundancia de recursos en armas, municiones, víveres y asistencia a los heridos.

Quizá pudiera pensarse que la visión que dio Prieto a sus alumnos, estuvo condicionada por el hecho de haber sido militares de las nuevas generaciones a quienes el Estado debía educar bajo nuevos preceptos morales, así como cultivar sentimientos nacionalistas y patrióticos. Prieto expuso que el general desplegó toda su actividad para defender la ciudad en 1847, sin embargo sus rencillas con los otros jefes cegaron su intención. Así, en sus *Lecciones* consignó que Santa Anna a pesar de sus faltas, mereció por su fe y energía, ser considerado como uno de los primeros defensores de México.⁷⁹

Santa Anna, el gobernante

Así como Bustamante fue el creador de la imagen de Santa Anna como héroe y como villano en la historiografía, también lo es, en gran parte, de su retrato como dictador. Por tal motivo, iniciaré con el análisis de la figura del personaje en su trama, como lo hice para conocer el discurso de Santa Anna como militar, a fin de que el lector pueda adoptar una opinión al tiempo de juzgar mis hipótesis.

En la trama bustamantina

Hemos visto que es en el contexto de la patria amenazada en el cual Bustamante nos presenta a Santa Anna como un héroe. Jala los hilos justos para explicar los hechos que le son útiles para tejer su trama histórica. Así, prefirió no juzgar el fracaso de la campaña en

⁷⁸ Cabe señalar que Roa Bárcena fue uno de los historiadores miembros de la generación que le siguió a la de los revolucionarios de Ayutla, la de los tuxtepecadores como diría Luis González, que se abocó a la investigación de fuentes primarias norteamericanas y con ellas demostró que los invasores se enfrentaron en la Angostura a un enemigo decidido a terminar con su existencia y que por un momento creyeron haber sido derrotados. Por ello consignó Roa en su historia que en esa batalla “no hubo vencedor”. *Vid.* José María Roa Bárcena, *Recuerdos de la invasión norteamericana, 1846-1848 por un joven de entonces*, México, Juan Buxó, 1883.

⁷⁹ Guillermo Prieto, *Lecciones...*, p. 362.

contra de los sublevados tejanos, expresando que los sucesos estaban tan frescos que le era imposible juzgarlos a fin de poder invitar a los mexicanos en 38 a olvidar todos sus errores pasados y reconocerle como el defensor de la patria porque lo consideró como el hombre fuerte que requería el cuarto poder para mantener y legitimar su dominio.⁸⁰

A los pocos días de la mutilación que sufrió Santa Anna, de manera privada y con carácter legal el Supremo Poder Conservador le premió por sus acciones, dotándolo de facultades extraordinarias para “establecer la constitución y los supremos poderes” en dado caso de que el gobierno fuese trastornado. Esto a consecuencia de los siguientes acontecimientos. En diciembre de 1838, según refiere Bustamante, de manera inesperada renunciaron los ministros de Guerra y Hacienda, que lo habían sido Manuel Paredes y Arrillaga y Pedro Echeverría, respectivamente. Para asombro y turbación de los centralistas, el presidente Bustamante nombró en su lugar a Manuel Gómez Pedraza y Juan Rodríguez Puebla, conocidos federalistas moderados quienes aceptaron sus cargos y enseguida el nuevo ministro de Guerra lanzó una iniciativa para reformar la constitución. A los pocos días, se manifestó en las calles y el populacho al grito de federación le siguió a Santo Domingo a liberar de la prisión a Valentín Gómez Farías y a José María Alpuche e Infante.⁸¹

Esta situación fue para los hombres de bien-conservadores, como nuestro autor, un signo del posible advenimiento de la temida disolución social, de tal forma que para contrarrestar la fuerza de los federalistas decidieron rehabilitar políticamente a Santa Anna y utilizarlo como un instrumento de su poder. El miedo que sentían por el desbordamiento de las chusmas instigadas por los liberales, era mayúsculo. El saqueo del Parían, en 1829, había sido una enseñanza para todas las facciones políticas, sobre lo peligroso que era dejar participar a las masas, porque desbordadas y sin control constituían un amago para el sentido del orden y estabilidad que había defendido la clase política criolla desde que accedió al poder, en 1821; amenaza para la propiedad y el sentido de la representación soberana que se tenía. Unos, eran los representantes del pueblo y otra cosa muy distinta era el pueblo que se representaba. Existía la idea de las diferencias sociales por cultura y *status* económico, además de todo lo que se deriva de ello, como los principios morales, etc.

⁸⁰ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t.1, p. 21.

⁸¹ Dice Bustamante con cierta ironía, que al primero lo llevaron triunfante a su casa no sin antes despojarlo de su reloj en señal de afecto, dado que son “¡¡¡Cariñosísimos estos pelados!!!” *Ibid.*, p. 149

Puede decirse que para los centralistas, los ciudadanos que representaban al pueblo y tenían un curul en las cámaras, eran los propietarios o los que tenían una percepción de dinero seguro fruto del trabajo honrado, además era necesario ser ilustrado y patriótico, estar ligado o pertenecer a ese círculo político cultural de los grupos dominantes, en resumidas cuentas ser un “hombre de bien”.

De tal manera que reinó entre los hombres de bien-conservadores la idea de evitar a toda costa el influjo de la doctrina del *sansculotismo* que muchos jóvenes liberales defendían e impedir la entrada de la baja democracia a los órganos representativos. En ese pueblo había diferencias de clase y el populacho era para ellos, el estrato social más denigrado e inmoral. Les asustaba cuando era azuzado por quienes con pretensiones políticas daban otro sentido al concepto de igualdad. Porque no eran partidarios de compartir con la baja democracia el poder. Cabe señalar, que también los liberales consideraron a los léperos de igual manera. La idea de no permitir la intromisión del pueblo en asuntos de Estado fue una cuestión de élite; por parte de esa minoría rectora formada por miembros de la clase media y alta poseedores de la cultura y el poder político. Sin embargo, por la forma como Bustamante atacó a los léperos, se devela no como un liberal, sino como un tradicionalista y reaccionario conservador.⁸² Así lo demuestra cuando afirma que su función en el Supremo Poder Conservador fue vigilar el orden social y contener la marcha del “sansculotismo, el más desarrapado y soez”.⁸³

Al comenzar el siguiente año estas circunstancias y la decisión de Bustamante de marchar a sofocar el pronunciamiento de José Urrea y José Antonio Mejía en Tampico, dieron lugar a que el Supremo Poder Conservador decidiera nombrar al general jalapeño, presidente interino. Incluso hasta le hicieron viajar en litera, recién amputado, de Veracruz a la ciudad de México, porque el caudillo les serviría para mantener su poder y enfrentar al enemigo de casa, que era precisamente, a juicio de nuestro autor, el presidente Anastasio Bustamante y el partido de la “demagogia”.⁸⁴ Al respecto, de haber elevado precisamente al general veracruzano, expresó lo siguiente:

⁸² William Fowler, “Carlos María de Bustamante: un tradicionalista liberal” en _____ y Humberto Morales (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Saint Andrews University, 1999, p. 71.

⁸³ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t. 2, p. 140-141.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 76.

El conservador eligió y prefirió a Santa Anna para ese caso posible, porque era el único jefe que por entonces reunía el prestigio de la nación y acababa de exponer su vida en Veracruz, y aun tornado en amigos suyos y admiradores, a los que pocos antes eran sus más encarnizados enemigos por las aberraciones políticas que él mismo confesaba en su parte oficial que había tenido. Parece por tanto que nuestra conducta en su elección fue legal, prudente y loable.⁸⁵

Bustamante expresa en su texto que se sentía orgulloso de sí mismo y del lugar que ocupó en el Supremo Poder Conservador. Creyó que su tradición insurgente legitimaba su autoridad para hablar y expresar su punto de vista sobre los males que sufría la república. Así, según nos explica en su texto, en sesión secreta sugirió considerar a Anastasio Bustamante incapacitado moralmente para continuar al frente del gobierno del país. Escribió en un tono trágico, pues consideraba a México al borde del abismo. Sufría amenazas de todos puntos y “la sedición excitada a favor de la federación” estaba a punto de conducirlos a “la total disolución de la república”, si no hubiese entrado en acción Santa Anna, para “serenar la tormenta”.⁸⁶ Era él, el único instrumento que podía garantizar el cuidado de una economía nacional respaldada por una serie de medidas proteccionistas, a fin de poder conservar la libertad y la “verdadera independencia”.⁸⁷

En ese tiempo, Bustamante acusó a los redactores de *El Cosmopolita* de atacarle; y, él, que siempre había defendido la libertad de imprenta, en esos momentos creyó de vital importancia suspenderla, porque la política del régimen central era constantemente criticada por los periódicos, no le importó incluso transgredir los principios constitucionales que decía defender. A través de su instrumento Santa Anna, el Supremo Poder Conservador se manifestó autoritario y con toda seguridad ordenó al general mandar el cierre de los periódicos que le atacaban.⁸⁸ Como a continuación puede observarse:

Postrado en una cama, y con la herida de la amputación muy mal curada, comenzó a dictar providencias terribles, pero eficaces. Mandó por bando 8 de abril que se persiguiese y arrestase a toda persona y escritor que turbase la tranquilidad pública sin distinción de fuero; así es que enmudecieron por entonces *El Cosmopolita*, *El*

⁸⁵ *Ibid.*, t.1., p. 150.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 179.

⁸⁷ *Ibid.*, t 2, p. 215.

⁸⁸ En este punto me parece pertinente destacar mi desacuerdo con la apreciación que hace William Fowler sobre Bustamante cuando afirma, dos veces en la página 69 de su artículo ya citado con anterioridad, que a lo largo de su vida don Carlos María siempre defendió la libertad de imprenta. Es claro que ya siendo parte de ese Estado centralizado y además miembro del Supremo Poder Conservador, Bustamante se olvidó de haberla defendido, precisamente porque afectaba el ejercicio del poder.

Restaurador, El Voto Nacional, y otros periódicos; medida sin duda alguna anticonstitucional, pero necesaria en aquellos momentos.⁸⁹

Bustamante aseguró considerar que “esa medida *anticonstitucional* salvó entonces la patria” como después lo hizo también Santa Anna, cuando resolvió salir a batir a los pronunciados. Finalmente, el caudillo se inclinó por sus actividades castrenses y después de haber logrado dar un duro golpe a los federalistas se retiró a su hacienda con el pretexto de que necesitaba reponer su salud y ocuparse de sus intereses en Veracruz.⁹⁰ La rehabilitación política que vivió Santa Anna en ese tiempo fue total. Volvió a colocarse en el escenario de la intriga. Así lo permite leer Bustamante en el siguiente párrafo:

Santa Anna [...] llegó al apogeo de su gloria: su casa parecía la morada de un príncipe por su decencia y concurrencia, de las primeras personas que lo felicitaban por su triunfo. Sin embargo no le faltaban enemigos que lo censurasen, ni podía lisonjearse de haber restablecido la paz de todo punto, faltaba que sofocar otras revoluciones suscitadas en lo interior, y para cuyo fomento salía el oro de México, foco de la maldad que atizaba la discordia.⁹¹

Enseguida describe —de una manera tan natural y familiar que denota su acuerdo con ello— escenas cotidianas de ese entonces en las que sus contemporáneos y compañeros de generación le rindieron grandes honores a Santa Anna y establecieron códigos de comportamiento para con él, como el hacer repicar las campanas a su paso cuando recorría la ciudad custodiado por sus escoltas de caballería, adornar los edificios por los que cruzaba en sus trayectos, así como contar con muchedumbres que le vitorearan.

Por otro lado, continuaron las luchas intestinas y pronto se hizo evidente el predominio del ejército en la contienda política. Según Bustamante, la muerte de la primera república central se debió a la alianza que establecieron los agiotistas con los militares. En su trama un incidente desencadenó el enfrentamiento. El Congreso centralista había decretado la prohibición de introducir hilaza extranjera como una medida proteccionista para la industria nacional. No obstante contraviniendo esta disposición legal, el ministro de

⁸⁹ *Ibid.*, t.2, p. 215. Payno y Guillermo Prieto se iniciaron en el terreno periodístico en la redacción de *El Cosmopolita*. En ese tiempo comenzaron a incursionar activamente en el terreno político y en el ámbito cultural, interactuando y aprendiendo de la generación de los contemporáneos de Santa Anna pero también creando lo propio en el ámbito literario, periodístico e historiográfico.

⁹⁰ Bustamante refiere que la amputación que le hicieron a Santa Anna fue mal practicada dado que los cirujanos calificados que le debieron asistir, por orden del general Gabriel Valencia, llegaron demasiado tarde.

⁹¹ *Ibid.*, t.2, p. 185.

Guerra, Juan N. Almonte autorizó al general Mariano Arista en septiembre de 1840, la penetración de una gran cantidad de hilaza de origen inglés por el puerto de Matamoros. El conocimiento de este hecho, a mediados del siguiente año causó un gran estruendo en la opinión pública y trastorno al gobierno. Según Bustamante, Almonte se comportó prepotente al manifestar “*que por encima del congreso y de cuantos se opusiesen*” la mercancía sería introducida, porque en ello estaba comprometido su honor. Finalmente, Arista se salió con la suya y “burlándose de todas las autoridades no sólo permitió la entrada a hilazas en valor de quinientos ochenta mil pesos, sino que en esta cantidad se incluían trescientos mil, cuya suma se obtendría cuando y como quisiesen los interesados, para que a sombra de estas circunstancias pudieran importarse mayores cantidades”.⁹² Finalmente la hilaza se introdujo y provocó un gran golpe a la incipiente industria mexicana.⁹³ Los militares justificaron su acción bajo pretexto de necesitar dinero para la campaña de Texas. Lo más criticable para Bustamante fue la impunidad del acto y lo peor que las cámaras absolvieran el caso. Entonces sí juzgó que la constitución de 36 tenía defectos y que era mejor no tener Congresos si éste no era numeroso dado que con poca asistencia y con la diferencia de solo un voto se dio carpetazo al tema, lo que coadyuvó a que los militares consolidaran su predominio y establecieran alianza con los intereses extranjeros para fraguar una conspiración en contra del gobierno y su política económica de carácter proteccionista.

En su entramado una “nueva revolución” de “carácter mercantil” se dio en 1841. A su decir, el plan fue “*extranjero*” y de él “se valieron los comerciantes” para hundirlos en una “revolución sangrientísima”. En agosto, Manuel Paredes y Arrillaga se pronunció en defensa de los intereses de los empresarios de Guadalajara quienes se negaban a pagar impuestos y exigían reformas a la constitución. Tras bambalinas, Antonio López de Santa Anna orquestaba la intriga, sin embargo no dejó notar su injerencia hasta mucho tiempo después. Primero, como era su costumbre, manifestó su adhesión al gobierno y se colocó como mediador —como podrá apreciarse en la siguiente cita— para después actuar en su

⁹² *Ibid.*, p. 101.

⁹³ Cabe apuntar, que Lucas Alamán también escribió un texto al respecto. *Vid.* Lucas Alamán, *Observaciones sobre la cuestión suscitada con motivo de la autorización concedida al general Arista para contratar la introducción de hilaza y otros efectos prohibidos en la República*, México, Ignacio Cumplido, 1841.

contra, dejando observar la cínica conducta que había tenido durante el tiempo en que Bustamante le creía instrumento del Cuarto Poder:

El general Santa Anna, según consta de una carta suya que corre agregada al expediente, manifestó que era injusta la pretensión de que se quitase la contribución del 15 por 100, y por tal prenda el gobierno de Bustamante no creyó que aprobase la revolución de Guadalajara, y lo mismo indicó en el oficio dirigido al ministro de la guerra Almonte, [...] donde concluye con estas palabras: Conocidos por este relato los sentimientos de que estoy animado, sírvase V.E. transmitírseles al Sr. Presidente, de cuyo buen juicio no espero otra cosa que una conducta circunspecta y digna; en este concepto (repito) puede *contarse con mi inutilidad*.⁹⁴

Con estas palabras el gobierno confió en la adhesión de Santa Anna y le consideró ocupado de los intereses nacionales con su misión de reducir al orden las provincias de Yucatán y Tabasco, sin embargo a los pocos días el pueblo veracruzano aclamó en gran alboroto a los generales Paredes y Santa Anna, quienes acordaron la abolición de los impuestos, el estanco del tabaco, la reforma de aranceles y aduanas así como de todo recurso económico que tenía el gobierno para subsistir. Este hecho fue, para nuestro autor, lamentable. En su discurso manifiesta haber narrado con “lágrimas de indignación” la “transacción inicua y vergonzosa” que en su visión, realizó el presidente Anastasio Bustamante con el ejército bajo la égida de Santa Anna, en septiembre de 1841. Pues finalmente, el héroe a quien él había ayudado a rehabilitar políticamente por medio de su pluma, con la celebración de los convenios de la Estanzuela y la firma de las Bases de Tacubaya dio fin al gobierno centralista de las Siete Leyes. Se nombró al caudillo, presidente interino y se prometió formar un nuevo congreso. Este fue el final del drama que Bustamante entretejió para explicar la historia de la república centralista, de 1839 a 1841, y que calificó como cómico-trágico.

En los *Apuntes* el objetivo de Bustamante fue narrar la “verdad histórica” sobre la administración santannista de 1841 a 1844. Los juicios con los que nos pintó a Santa Anna como gobernante en esa obra, también están coloreados con la tinta de sus intereses personales. Éstos van cambiando de tono a medida de que el autor interpreta su historia inmediata. Así, de considerar en un primer momento a Santa Anna, como un hombre extraordinario y “ser providencial” porque protegió los intereses de los hombres de bien-

⁹⁴ Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t. 2, 134-135.

conservadores y de la Iglesia, terminó señalándolo como un traidor a los intereses del pueblo, porque según consigna, disolvió el Congreso y se erigió como dictador.

Esto se explica por la manera en la que Bustamante concebía al ejército y su mundo, dentro de un orden tradicional. Pero a medida que pasó el tiempo y los hechos transcurrieron, Bustamante se percató de su autoridad desmedida y del predominio militar sobre la sociedad civil y los órganos representativos. Entonces la querrela se tornó personalmente en contra de Santa Anna, a quien buscó cubrir de ignominia porque traicionó sus expectativas y las de los hombres de bien-conservadores, que depositaron en él su confianza cuando aprobaron la reivindicación de su imagen de héroe para elevarlo al poder, en 1839.

A través de sus líneas, Bustamante se mostró resentido porque por obra de los militares y en virtud de las Bases de Tacubaya, la constitución centralista dejó de regir. Evidentemente el instrumento Santa Anna que otrora creyó poder manejar, se le salió de las manos. Luego entonces, ese hombre que fue presentado por él, primero como elegido por la voluntad soberana de la nación, resultó ser todo lo contrario cuando llegó a la cúspide por obra de la fuerza “brutal de las armas”. Lo primero que hizo Santa Anna, fue reunir el mando militar y político en los gobernadores de los departamentos e investidos con ese “doble poder”, obligaron a los pueblos a obrar según los caprichos de su “delirante cabeza” que le hizo creer que estaba “legítimamente autorizado para emprenderlo todo y obrar a su placer”.⁹⁵

En consecuencia, a ese hombre al cual en un inicio le consideró un poco raro, le terminó señalando como un hombre trastornado del cerebro digno de un estudio psiquiátrico por su conducta. Creyó que mantuvo a la sociedad como hipnotizada bajo el hechizo de un brebaje del cual él mismo bebió. Por ello, a fin de justificar su propia “inconsciencia” al haber contribuido a su gloria, prefirió dejar plasmado en sus escritos los ápices y pormenores de “lo que realmente sucedió”, a pesar de que seguramente las generaciones posteriores se preguntarían atónitos “¿Cómo pudieron nuestros mayores soportar a hombre tan dañino? ¿Cómo proclamarlo padre de la patria y libertador benemérito de ella, y aun algo más, regenerador? Sin duda que estaban locos, o que el cielo indignado mandó sobre ellos su vara terrible para enderezarlos cuando se desviaban de la

⁹⁵ Carlos María de Bustamante, *Apuntes...*, p. 11.

senda de la virtud”.⁹⁶ Como puede observarse, para Bustamante, lo ético, lo moral y el camino de la virtud tienen un lugar preponderante. Es en esos terrenos, en los que pondrá mayor énfasis para desacreditar a Santa Anna en el ámbito político.

Por otro lado, Bustamante nos demuestra en sus *Apuntes* que mientras le guió el interés de conducir su conducta le aduló, comparó su fortuna con la de Napoleón y le mostró ante su sociedad como un hombre excepcional. Así lo hizo cuando, solicitó permiso a Santa Anna para que los jesuitas reingresaran al país. En esa ocasión incluso, hasta olvidó las rencillas políticas que entre ellos se dieron en el pasado y participó en el festejo del 13 de junio de 1843, día en que fueron sancionadas las Bases Orgánicas y en que se celebró asimismo el cumpleaños del general.⁹⁷ A continuación puede leerse la descripción que hizo del personaje en esa fecha:

La edad le ha puesto un aspecto grave y sañudo; su voz, el tono y las maneras con que habla a los jefes no es común, es imponente, y sus palabras tienen un no sé que de inexplicable superioridad, anda con pena por la falta de un pié; pero esta falta la suple con un modo de mandar de fuerza irresistible. Yo concluí pidiéndole por gracia hiciese colocar el nombre de D. Ignacio Rayón en el catálogo de los héroes de la patria que se registran en el salón del Congreso y me lo concedió; pedí también el restablecimiento de la Compañía de Jesús; mas entonces me dijo: ¡Jesuitas! Y dio un suspiro... Bien quisiera, me respondió; pero absolutamente se me resiste mi ministerio... Al verle lanzar este suspiro, mi corazón se llenó de una dulce esperanza... Ah, dije entre mí, este corazón abriga cierto fondo de piedad mamada con la leche de una educación cristiana! Tu los repondrás dije... ¡Vive Dios que no me equivoque! Otórgame esta gracia el día 13 de junio de 1843, día de su cumpleaños... Y esta gracia, y este hecho a la patria, y este honor a la religión, serán un mérito grande ante el eterno [...] que al juzgarlo, olvide sus aberraciones de hombre, y solamente se acuerde de que ha contribuido en esta parte a exaltar su gloria en esta América. ¡Válgate Dios por hombre tan extraordinario!⁹⁸

Con lo dicho, Bustamante demuestra un genuino reconocimiento a ese hombre singular que sin duda fue Santa Anna y ofrece elementos para argumentar que si el general llegó a poseer una gran autoridad fue porque se la otorgaron sus contemporáneos. Fueron ellos quienes lo elevaron al poder en varias ocasiones, le consideraron árbitro de sus destinos y propiciaron que se desarrollara en él un acendrado egocentrismo. Ha podido observarse que Bustamante desempeñó un papel importante en el ámbito de la sociedad política, como su

⁹⁶ *Ibid.*, p. 378.

⁹⁷ Cabe recordar que el militar veracruzano nació el 21 de febrero de 1794, no obstante, prefirió festejar su cumpleaños en el día de San Antonio de Padua, como así nos lo refieren sus contemporáneos.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 80. Los puntos suspensivos que no están entre corchetes son de Bustamante.

redentor; fomentó la idea de olvidar sus errores y darle oportunidad de reivindicarse, una y otra vez, porque se le miró como el hombre de fuerte presencia que se necesitaba para consolidar una unidad nacional. Así, a pesar de que Bustamante va a comenzar a ser implacable en su crítica contra Santa Anna, sobre todo cuando delinea su personalidad, sus textos seguirán mostrando el reconocimiento de su autoridad y la necesidad de situarse él mismo, en un punto estratégico del círculo del poder para lograr influir en el curso de los acontecimientos. Ahí el pragmatismo de su interpretación. No obstante, Bustamante ya había quedado fuera de ese ámbito del poder en el cual se colocó Santa Anna desde que dejó de existir el Cuarto Poder y los militares tomaron las riendas del Estado. Mas quedó situado a manera de vigía intrigante después de haber rehusado, según afirmó, ser parte de su Consejo de Gobierno.⁹⁹

De tal manera, que podemos decir que sus juicios irán cambiando de tono hasta denostar completamente al héroe de su pluma. En un primer momento es constante en su redacción el considerarle como un protegido de la Providencia, quien no había reparado en acciones para salvaguardar el bien de la república porque protegió a la Iglesia. Así con frases como: “El Dios del cielo no ha olvidado los servicios que prestasteis a la religión cuando en 1833 se veía perseguida”, “en el fondo de vuestra alma jurasteis darle paz a la Iglesia”, “os colmasteis de gloria [cuando defendiste] el tesoro de la Iglesia...en brevísimos días sucedió la paz a la guerra, el orden a la anarquía y la piedad al desenfreno”, entre otras; Bustamante mostró su propósito de conducir la conducta del gobernante para proteger los bienes del clero y el dominio espiritual de la Iglesia. Y por un tiempo fue condescendiente con esa sociedad enloquecida que lo encumbró.

Sin embargo, la personalidad que mostró el militar, dejaba de estar en concordancia con la moralidad cristiana que regía la visión que del mundo tenía Bustamante. Pero dado que su consigna fue relatar todo lo que vio, sin reparar en que sus escritos revelaran contradicciones, pudo demostrar en sus líneas la expectación gradual que tuvo ante los hechos hasta que lo llevaron finalmente a declarar y a consignar así en la historiografía, que Santa Ana se convirtió en un dictador opresor, árbitro del destino nacional e incluso de la vida personal de los mexicanos. Así a través de sus líneas se conforma en nuestra imaginación ese hombre macho, mujeriego, tramposo, infiel, omnipotente, cruel que se

⁹⁹ *Ibid.*, p. 206.

enriqueció a costa de la nación y al que debía mandarse a la horca por haber traicionado los intereses del pueblo.

A principios de enero de 1843 Bustamante recordaba como era que Santa Anna había festejado el fin del año de 1841 y celebrado el inicio del otro. Con ironía expresó, que nunca antes se había presentado entre ellos “más desarrollada la aristocracia”, aun cuando se jactaban de ser “republicanos populares”, dado que había tenido lugar un espectáculo nunca antes visto en la ciudad de México. A la usanza de las cortes europeas Santa Anna fue felicitado por el cuerpo diplomático, tribunales y corporaciones, con motivo del año nuevo. En su honor se rindió un banquete “fastuoso y regio. En frente de su mesa se colocaron sus pajes, y detrás de su silla sus ayudantes que cuidaban de su persona, y respetuosos y humildes procuraban adivinar sus deseos”.¹⁰⁰

Durante su gobierno, Santa Anna favoreció a los agiotistas y especuladores quienes le apoyaron en realizar edificaciones, obras de ornato y mercados, como el de la Plaza del Volador, en el cual Santa Anna colocó la primera piedra en ceremonia fastuosa. Al relatar ese hecho, Bustamante se ocupó de hacer algunas rectificaciones como historiador dado que sobre la lápida que se colocó, quedó inscrito que Santa Anna “había puesto los fundamentos de la libertad de la patria y de sus obras de ornato”, y por supuesto Bustamante aclaró que no había sido él, sino el cura Hidalgo.¹⁰¹

En medio de toda esa majestuosidad y comportamiento digno de un soberano, Santa Anna no dejó de mostrar los vicios que le caracterizaban. Uno de ellos fue su pasión por el juego. En los palenques de San Agustín de las Cuevas (hoy Tlalpan), durante las fiestas de Semana Santa o de su cumpleaños a Santa Anna se le veía perder la figura cuando cruzaba apuestas al contender con sus gallos, como así lo expresa el autor en las siguientes líneas:

Mi caro amigo.- El placer del general Santa Anna fue amargado en estos días con la noticia que tuvo de haberse fugado del hospital de San Andrés dos oficiales prisioneros en Acajete [...] pero la cólera le pasó yéndose a solazar a los gallos de San Agustín de las Cuevas, y a gozar de la pascua de Espíritu Santo; lugar donde enloquecen las gentes, juegan montones de oro, pierden muchos su honor y su fortuna, y arruinan a sus pobres familias. La lid de gallos enajena a Santa Anna, y cierto que hace en aquel palenque un papel tan desairado como lo hace brillante a la cabeza de un ejército.¹⁰²

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 32.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 31.

¹⁰² Carlos María de Bustamante, *El gabinete...*, t.1, p. 186.

El anterior texto aún no contiene la carga de rencor que caracteriza a los párrafos de *El nuevo Bernal* con los que Bustamante quiso denostar a Santa Anna en ese aspecto. Es en este último escrito donde, al desplegar todo su coraje, delinea la imagen que se tornará en mito sobre su pasión por los gallos y todo el mundo de locura que giraba en torno a él. Bustamante le pinta rebajando su dignidad hasta la de un lépero tramposo, como a continuación puede leerse:

Aquí se reunía a este capricho el deseo de vivir con libertad para entregarse a los placeres, y principalmente al juego de gallos que se tenía en el palenque de aquella villa, y a donde concurría todos los días festivos seguido de una turba de léperos y con zánganos, haciendo apuestas y cobrando como el más ruin tramposo hasta el último real de la ganancia. La corte que tenía allí era formada por amarradotes de gallos, gente ruin y odiada como lo son los fulleros de un garito: entonces se olvidaba de la dignidad de su empleo, y solo se acordaba de ella cuando cobraba como un lépero cobra a otro que pretende trampearle, y hallando oposición ocurre a las injurias o a la fuerza.¹⁰³

En el entramado que teje Bustamante para delinear ese tiempo de locura y la “cabeza delirante”, que en su visión fue, recurre a la construcción de anécdotas con cierto grado de ficción, a fin de recrearle al lector lo amoral que podía ser Santa Anna cuando anteponía un gallo a los intereses nacionales, como así se lee a continuación,:

Su venida a México se anunciaba con la de estos animalitos, y nadie se equivocaba en asegurar que estaba a punto de llegar este personaje cuando ya habían llegado los gallos. No sé por qué motivo se tardó la venida de un famoso gallo llamado cola de plata. Santa Anna estaba en junta de ministros en Tacubaya cuando se le avisó la llegada de este animalito, y aunque el asunto que se trataba era de bastante gravedad, Santa Anna lo interrumpió diciéndoles...Soy con ustedes, ha llegado cola de plata, presto vuelvo...Bajose al patio, examinó el gallo y todos los demás de la gallera, discutió con el pastor de ella, Mora, sobre dicho gallo, y como si hubiesen pasado cerca de dos horas sin volver a la junta, despachados los ministros por la tardanza de Santa Anna no sabían a qué atribuir aquella demora la había causado cola de plata.¹⁰⁴

Bien puede intuirse que Bustamante escribió estas líneas para establecer una analogía con el comportamiento que juzgó del caudillo veracruzano durante la guerra con Estados Unidos. No obstante, estos pasajes han sido considerados como interpretaciones de lo que en verdad sucedió y de cómo fue el personaje histórico Santa Anna.

¹⁰³ Carlos María de Bustamante, *El nuevo Bernal...*, t.2, p. 217.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 219.

Por otro lado, lo señaló como el hombre que más gastos había costado a la nación por tener que sofocar las revoluciones que había causado, además de haberse enriquecido a su costa y despilfarrar en “juegos de albuces y gallos millares de onzas”. En esos días de fiesta en San Agustín de las Cuevas, según narró Bustamante, Santa Anna mandaba cerrar todas las oficinas y convidaba a las gentes de todas clases sociales a disfrutar del gozo del placer, “como un borracho gusta que todos beban”.¹⁰⁵ En su función de portavoz de los intereses de los hombres de bien-conservadores, Bustamante le acusó de haber realizado convenios lucrativos con agiotistas mexicanos y extranjeros en detrimento de la industria nacional. El arrendamiento de la Casa de Moneda de Zacatecas a los ingleses pactado con Francisco Morphi y Lorenzo Carrera.¹⁰⁶ Además de haberse apoderado del control económico del estado de Veracruz y enriquecido a su costa, como lo dice en el siguiente párrafo:

La cámara sabe que desde Veracruz a Jalapa, todo el suelo que se pisa es propiedad de Santa Anna; que cuanta carne y leche se expende en la plaza es de sus esquilmos y de donde ha sacado tanta riqueza, no de su sueldo, pues no pasa de \$6000 pesos anuales como general de división, y de \$36000 como presidente.¹⁰⁷

Además acusó a Santa Anna de haber sido autor intelectual de una política fiscal absurda compuesta de numerosos y ridículos impuestos (como el real que se cobró por cada rueda de un coche) porque quería vituperarlo y denunciarlo como un gobernante que robó a la nación, a pesar de saber que esas disposiciones habían sido aprobadas por los hombres de bien conservadores que consideraban este medio como la única forma posible de poder subsanar la economía.¹⁰⁸ Otro hecho que Bustamante reprobó y denunció con escándalo fue la demolición del antiguo Parián de México. Le consideró un atropello en contra de los comerciantes y de sus fortunas. Al respecto comentó lo siguiente:

Estaba reservado a la cabeza volcanizada y alma de un soldado terrible, cual es Santa Anna, decretar, como lo hizo [...] la demolición del antiguo Parián de México, para ungir en medio de la plaza mayor un monumento de ornato público, que emulando las ahujas de Cleopatra o las pirámides de los faraones de Egipto, perpetuasen su nombre en nuestra posteridad.¹⁰⁹

¹⁰⁵ Carlos María de Bustamante, *Apuntes...*, p. 53.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 81.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 275.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 81.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 201.

Según dice Bustamante, en ese sitio se iba a erigir una columna para perpetuar la memoria del triunfo en Tampico sobre el general Barradas. Cuando se colocó la primera piedra, en medio de una gran solemnidad, Santa Anna brilló por su ausencia, “porque dizque se hallaba enfermo de catarro”. Para conmemorar el hecho se hicieron grabar medallas cuya inscripción en latín Bustamante tradujo en su obra. Instalado en su papel de historiador, señaló los errores en su redacción y por su parte, compuso la suya.¹¹⁰ No obstante, en su afán de consignar la “verdad” sin importarle que después se le señalara como un personaje que había estado ligado al caudillo y condescendido con él, recuerda que para él, ese día fue especial dado que en los cimientos que soportarían el emblema quedaron depositados, en una caja, los cinco volúmenes de su *Cuadro histórico*.¹¹¹

Bustamante le dibujó como un gobernante corrupto y arbitrario quien desde su hacienda Manga de Clavo hizo bailar a todos, al son que les tocase porque al general no le gustaba permanecer en México.¹¹² Nicolás Bravo y Valentín Canalizo fueron sus maniqués o títeres “cuyas pititas” movió desde su lugar de residencia. Contra éste último, Bustamante descargó toda su saña, sobre todo por haberse prestado, según él, a ser “instrumento ciego de las malignas intenciones de Santa Anna”.¹¹³

Por otro lado, con la figura de Canalizo construyó relatos o pequeñas historias chuscas y divertidas que merece la pena mencionar aunque sea sólo una. Para que con ella,

¹¹⁰ Su composición dice a la letra: Antonio López de Santa Anna, presidente por tercera vez y Primer General de la República Mexicana. Arrasó, y dio nueva forma a esta plaza del mercado. Año 1843. El que se imprimió decía: Antonio López de Santa Anna, A quien son deudas la patria de su libertad, la paz de su estabilidad, México de su hermosura; Destruído el horrible Parián Erigió a la independencia este monumento”. [sic.] *Ibid.*, pp. 241-242.

¹¹¹ Cabe señalar, respecto a esto último, algo que puede parecer inverosímil, mas es del todo cierto, y un acierto para fundamentar lo propuesto en esta tesis. Después de agradecer a Ignacio Trigueros la impresión de la segunda edición de su obra, corregida y aumentada, Bustamante admite lo siguiente: “Acerca de varios pasajes interesantes del *Cuadro histórico*, que quisiéramos se hubiesen omitido, porque presentan un carácter novelesco y fabuloso, que solo vendrán bien en un poema épico que apenas es dado escribir hasta pasados cien años que se califica de bastante para dar lugar a la ilusión que no puede excitarse a presencia de los testigos sincronos y contemporáneos de los hechos”. [sic.] *Ibid.*, p. 242.

¹¹² Santa Anna ocupó la presidencia interina del 10 de octubre de 1841 hasta el 26 de octubre de 1842, dejando en su lugar a Nicolás Bravo, quien ocupó el cargo en sustitución, hasta el 4 de marzo de 1843; fecha en que regresó Santa Anna al gobierno. En octubre, el caudillo volvió a pedir permiso para separarse del cargo y el día 4 fue nombrado Valentín Canalizo presidente sustituto. Éste último, ejerció el poder hasta junio del siguiente año, que regresó Santa Anna a prestar juramento como presidente constitucional de la República. En septiembre, el militar veracruzano pidió de nueva cuenta una licencia para separarse del cargo y retirarse a su hacienda. Canalizo le sustituyó hasta que estalló la revolución del 6 de diciembre de 1844 contra su gobierno, al cual calificaban como de una dictadura militar. En consecuencia, José Joaquín de Herrera fue nombrado presidente interino. Santa Anna, fue tomado prisionero y después desterrado. Se dirigió a La Habana y junto con su familia fue huésped del Capitán General Leopoldo O’Donell.

¹¹³ Carlos María de Bustamante, *Apuntes...*, p. 245.

reiteremos una vez más la idea de las imágenes por él plasmadas en la historiografía, han sido puntal para la construcción de tramas cómicas y novelescas sobre el periodo santannista y el militar veracruzano. Narró Bustamante que, el 1º. de mayo del año de 1842, el general Canalizo quiso recibir en Puebla con toda pompa a la señora Inés García, esposa del general Santa Anna, y que por un momento don Antonio estuvo a punto de no volverla a ver jamás porque la carretela en la que le hizo entrar Canalizo, fue tirada por cuatro briosos caballos desbocados. El carruaje se hizo pedazos y la señora y sus hijos salieron contusos. A los pocos días la doña enfermó gravemente y se temió estuviese contagiada de la epidemia “llamada *Pata de cabra*” pero como se le diagnosticó pulmonía “fue preciso sacramentarla más que de trote”. Enseguida Bustamante recrea todo el ceremonial, las plegarias y los rezos en todas las iglesias —incluso en la Catedral de México y Santo Domingo— al tiempo que celebró que todo eso hubiese acontecido porque, según señaló, “frustró la asonada que estaba dispuesta para proclamar *dictador* a Santa Anna”.¹¹⁴

Ni que decir del relato que hizo del entierro del muñón del general Santa Anna; es divertido y de enérgica sátira. No obstante recordemos que según nos dejó leer en sus líneas, él fue uno de los autores intelectuales del proyecto de homenajear al pie. En la historia que escribió en los *Apuntes*, Bustamante señaló como responsable de la idea al jefe de la comisaría de México, Antonio Esnaurrizar quien mandó erigir una columna sobre una alta gradería y en cuyo dorado capitel se colocaría la urna. En un lenguaje irónico Bustamante relató que por la “rareza de la función” que era el entierro “del miembro de un *hombre vivo*”, la ceremonia fue muy concurrida. Puso énfasis en que el pueblo y la gente más ilustre de México compartieron tan “singular espectáculo”. Destacó que el licenciado Ignacio Sierra y Rosso, “apoderado y favorecido de Santa Anna”, pronunciara oraciones en honor a su héroe y recordara sus hazañas, para terminar expresando, con la mezcla de su ironía y sus prejuicios cristianos lo que a continuación puede leerse, y que a mi juicio puede considerarse como un párrafo capaz de, al menos, arrancar al lector una sonrisa:

Por la tarde fue [Santa Anna] en un magnífico coche acompañado de gran comitiva de tropa y oficiales para ver aquel monumento, a donde ha de ir lo restante de su cuerpo el día de la resurrección universal a recoger su pie para presentarse íntegro en el tribunal de Dios, y a presencia de todas las naciones del mundo, a responder públicamente de cuanto bueno o malo haya hecho durante su agitada vida, y hasta de sus más secretos pensamientos, a un Dios que sabe lo que juzga, que penetra

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 52.

hasta los riñones del hombre, y para quien están presentes todos los siglos y generaciones.¹¹⁵

Enseguida, copió a la letra una de las muchas composiciones punzantes —de esas que saben hacer aún hoy los mexicanos, que se burlan de su propia muerte y que a cualquier suceso le encuentran la forma de satirizar— para dejar memoria de ello en su historia. Sin dejar de recordar, por supuesto, que dicho zancarrón fue “sacado por el pueblo enfurecido, y dado en espectáculo de burla la memorable tarde del 6 de diciembre de 1844, cuando México rompió las cadenas de su esclavitud”. Ese fue el final de la tragicomedia que Bustamante tramó para explicar el gobierno del dictador Santa Anna.

Con otros emolumentos más fue lisonjeado Santa Anna. Un teatro que llevó su nombre y que al caer fue renombrado como Teatro Nacional. Una estatua de bronce dorado, en la plaza del Volador, que hizo Rafael Oropeza, quien según Bustamante, bastantes miles de pesos le redituó. Interesante es conocer también la pequeña sub-trama que construyó Bustamante, para hacer un retrato fiel de la ceremonia con la que se colocó esta última. Por la forma en como lo dice, con un lenguaje que quizá pudiera calificarse como vaticinador de augurios, marca un estilo en su escritura. Relató el autor que en dicho ceremonial —cuyos padrinos fueron el general Valentín Canalizo y el escultor— al descorrer la sábana que cubría la estatua, ésta se quedó atorada en el pescuezo “anunciando que su original moriría ahorcado” dado que aquel fatídico día para Santa Anna, el pueblo la echó abajo con sogas atadas al cuello. Asimismo, dibuja con sus letras el brillante festejo con el que se celebró su puesta en escena. Casi toda la “gente de pro se trasladó a Tacubaya a felicitarlo” y a obsequiarle presentes. Se vieron muchos militares de “nueva creación” sobre quienes Bustamante juzgó, que sus uniformes ridículos les hacían ver como San Antonio, con un par de pistolas. En la noche se quemaron castillos y se dio un gran baile en el Nuevo Coliseo, lugar en donde “se presentaron sobre trescientas mujeres que no todas eran señoras”. Las esposas de los agiotistas lucieron en sus cuellos diamantes, fruto de la rapiña de sus consortes. Asimismo, mencionó que en esa ocasión los amigos de Santa Anna recolectaron una gran suma de dinero para regalar al festejado.¹¹⁶

¹¹⁵ *Ibid.*, p. 85.

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 266.

De los adictos santannistas Bustamante destacó al licenciado Ignacio Sierra y Rosso quien, según expresa, se encargaba de hacer todos los arreglos para adular al “árbitro”. Como preparar los arcos triunfales a su paso u organizarle un festines con “musas para coronarlo de laureles”, no siempre de buena nota. Asimismo, se ocupó de tener siempre disponible la paga de todos aquellos léperos, pueblerinos y gente de toda clase que contrató para vitorearle.¹¹⁷

Le llamó el “Terrible Júpiter de los mexicanos” porque, a su decir, Santa Anna anunciaba con rayos y truenos su llegada a la ciudad de México; manifestando su “omnipotencia” y “dictando desatinadas providencias”¹¹⁸ desde el palacio Arzobispal — lugar donde generalmente habitó.¹¹⁹ Sin embargo, su permanencia en la ciudad era tan solo por cortas temporadas y por ello le nombraron el “Cometa de Tacubaya”.¹²⁰

Bustamante destacó además de su crueldad, su ignorancia porque según afirma en su texto, Santa Anna confesaba “sin rubor no haber leído en su vida una obra larga y seria”. En su narrativa Bustamante se encargó de dibujar esa brutalidad característica de Santa Anna, como un elemento de su carisma, como lo fue también su general comportamiento, que por un momento la sociedad toleró hasta que hombres como él, por intereses políticos y personales, le juzgaron un mal ejemplo para la sociedad por su falta de moral.

A propósito de esto último, Bustamante criticó incisivamente al general porque contrajo nuevas nupcias con la quinceañera Dolores Tosta, a las pocas semanas de haber fallecido su esposa Inés de la Paz García y de haber derramado lágrimas de dolor para

¹¹⁷ *Ibid.*, pp. 251, 262.

¹¹⁸ *Ibid.*; Madame Calderón de la Barca hace la misma referencia al respecto. *Vid.* Fanny Calderón de la Barca, *Life in México during a residence of two years in that country*, Boston, 2 vols., Charles C. Little and James Brown, 1843.

¹¹⁹ Quiero comentar, que en recientes fechas leí un artículo en donde Guadalupe González Gamio, afirma muy a la ligera que Santa Anna ocupó las habitaciones del Palacio Nacional. Dice: “Y por supuesto, Antonio López de Santa Anna, quien lo sentía como su casa, por las innumerables veces que lo habitó”. Yo quiero aclarar que en la historiografía de sus contemporáneos no he encontrado mención alguna al respecto. En general concuerdan con la idea de que Santa Anna, cuando vivió en la ciudad de México, siempre prefirió ocupar el palacio arzobispal de Tacubaya. *Cfr.* Ángeles González Gamio, “El Palacio Nacional”, *La Jornada*, domingo 23 de abril de 2006.

¹²⁰ Como puede observarse, durante el periodo de 1841 a 1844 Santa Anna acostumbró resguardarse en Veracruz durante el otoño y el invierno para reaparecer en el escenario político de la ciudad de México, durante la primavera y el verano. A decir de Bustamante, se le hizo costumbre argumentar la necesidad de separarse del cargo por razones de salud, dado que el clima de la ciudad le provocaba terribles dolores en su pierna amputada. Carlos María de Bustamante, *Apuntes...*, p. 125.

después trocarlas en gozo.¹²¹ El 3 de octubre de 1844, a su decir la “jovencita preciosa” Dolores Tosta, se casó “por poder” —dada la ausencia de Santa Anna— con el licenciado Juan de Dios Cañedo, quien otrora había presentado a la niña en la pila bautismal; los apadrinó Canalizo, que fungía como presidente interino y la ceremonia según su juicio “tuvo no poco de teatral y cómico” porque Cañedo la hizo de “*Cicerone*” para presentar al pueblo a “su nueva presidenta”.¹²² Según consigna, dicho matrimonio fue mal considerado por el pueblo ya que el caudillo no guardó el tiempo de luto que exigían las leyes cristianas o las mínimas de la ética, al haber perdido un ser querido y cercano, como lo es el padre, la esposa o el amigo.¹²³

En ese tiempo adquirió Santa Anna la hacienda El Encero, y en ella recibió gustoso a su virginal esposa, homenajeándole también con un gran convite. Ese lugar, como Manga de Clavo, según palabras de Bustamante, se convirtió en un “antro terrible” en donde Santa Anna vivió “en el seno de los placeres” y con sus gallos jugó “cantidades de onzas pagaderas por la nación”. Allí acudieron multitud de “pillos fulleros a la husma del festín, sin quedarse atrás los fonderos, taberneros y toda clase de alimañas gravosas a la sociedad”.¹²⁴

Hasta que finalmente cayó del poder Santa Anna por “uniforme voluntad de la nación”. Sin dejar de mencionar lo por él vaticinado, Bustamante consignó en su historia que dos días antes de que estallara el movimiento popular, la estatua de Santa Anna amaneció “con una caperuza blanca de ahorcado en la cabeza, una sogá al cuello, y unos inmundos trapos en los pies”.¹²⁵ Como testigo presencial y en su calidad de miembro del Congreso disuelto, Bustamante narró en su muy peculiar lenguaje cargado de analogías, lo que vivió. A continuación un pequeño párrafo que nos trasmite un poco de la animación

¹²¹ La señora murió en Puebla, en casa de Antonio Haro y Tamariz, el 23 de agosto de 1844. El funeral que se le hizo en México, según Bustamante, fue digno de un “soberano”. La pira se iluminó y músicos y cantores deleitaron al auditorio. El arzobispo celebró el rito religioso con el cuerpo presente y Santa Anna pagó cien misas más. *Ibid.*, p. 294.

¹²² *Ibid.*, p. 300.

¹²³ Por algo decía Bustamante que el tiempo en el cual vivía podía considerarse como el “siglo de las hipérboles”. Según noticia de Victoriano Salado Álvarez, Alamán escribió en una semblanza biográfica que de él hizo, que también Carlos María, a los setenta y tres años y a los pocos meses de morir su fiel esposa — quien fuera su compañera en todas las tribulaciones que vivió durante la lucha insurgente y la que le acompañó hasta ser anciano— contrajo nupcias con una jovencita, que crió y educó, apellidada Castilla Portugal. *Vid.* Victoriano Salado Álvarez, *La vida azarosa y romántica de Don Carlos María de Bustamante*, Madrid, Espasa-Calpe, 1933, p. 258 (Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX; 33).

¹²⁴ Carlos María de Bustamante, *Apuntes...*, p. 249.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 360.

que su alma sintió al presenciar los hechos, que marcaron el fin de la dictadura del otrora héroe de su pluma:

Presenció la discusión de si deberíamos trasladarnos al salón de palacio como lo exigía el decoro del congreso: acordóse sin dificultad, y marchamos; pero sin poder conservar el orden procesional que quisiéramos, pues la multitud de gentes nos impedía el paso y no nos oíamos, porque la *grita de muera Santa Anna* era inmensa: tardamos más de una hora en llegar a palacio: por todas partes recibíamos sinceros aplausos, veíamos en los semblantes de toda clase de gentes pintada la alegría: las lindas mexicanas desde los balcones nos repetían los saludos con los pañuelos, y nos mostraban tanta alegría, cual pudieran las israelitas pasando el mar Rojo acompañadas de María, cuando vieron que la mano poderosa que las acababa de salvar, acababa de hundir en el profundo del mar, y aplomado en él a los caballos y los caballeros que perseguían al pueblo que acaudillaba Moisés...Al entrar en palacio, confieso que no lo hice por mi pie, sino en brazos de gente para mí desconocida y que me prodigaba expresiones de benevolencia que no merecía. Al entrar en aquel salón de que poco antes nos habían lanzado con ignominia, se redoblaron los aplausos; jamás había yo visto tan concurrido aquel lugar: yo participé del entusiasmo común, subí a la tribuna y felicité a la cámara por su vuelta: no se lo que dije, y solo me acuerdo que tomé aquellas palabras de un poeta.

*Vox diversa soñat
Populorum vox tamen una;
Cum verus patriae dixeris esse pater.*¹²⁶

Finalmente para Bustamante, la historia tuvo un feliz y esperanzador desenlace mientras que el villano, o el héroe caído que fue Santa Anna, descendió a la fatalidad merecida. En su visión, Santa Anna corrió la misma suerte que por lo general había acompañado en la historia a los tiranos. En su caso fue delatado por unos indios y procesado por haber traicionado a la patria y a sus leyes.

En vista de que en esos días recién había llegado la noticia a México de que el regente Baldomero Espartero se había fugado de España después de haberla “dominado con cetro de hierro”, Bustamante concluyó considerando, que sobre ese tipo de personalidad parecía formado en general Santa Anna y que necesitaban desengañarse sus contemporáneos de que los mexicanos no eran otra cosa más que “hijos legítimos de los españoles [e] imitadores suyos hasta en las aberraciones y desgracias.”¹²⁷

Antonio, el prospecto de Alamán

¹²⁶ *Ibid.*, p. 363.

¹²⁷ *Ibid.*, en nota al pie p. 243.

En noviembre de 1852, año en que Alamán fechó la introducción del quinto volumen, la república se encontraba en una situación crítica y ardiente por las luchas intestinas. Los santannistas habían estado intrigando para posibilitar el retorno del caudillo y a mediados de ese año estalló la rebelión de José María Blancarte en Guadalajara. A ella le secundaron otras más, hasta que mediante el Plan del Hospicio se desconoció al presidente Mariano Arista y se exigió el retorno de Santa Anna. Las circunstancias fueron aprovechadas por liberales y conservadores quienes organizados, cada uno por separado, intentaron seducirle para lograr su apoyo y acceder al poder. Finalmente, Alamán fue autor del plan político al que se acogió el veracruzano para venir a ejercer su último gobierno. No obstante, cuando se publicó la obra nada de esto se había concretado. Alamán era senador y con suma discreción trabajaba para traer de vuelta al caudillo veracruzano y poner en marcha su proyecto de nación. En 23 de marzo de 1853 está fechada la carta que Alamán envió a Santa Anna por medio de Antonio Haro y Tamariz, quien le visitó en el exilio para darle a conocer el ideario y plan de los conservadores.

Si de esta forma se dieron los hechos, ¿cómo nos presenta Alamán a Santa Anna, el gobernante en su trama, tres meses antes que se hiciera evidente el interés que tuvo en su persona como arma política? Obviamente, no le convenía ensombrecer la figura del hombre carismático que el partido conservador requería. Así como Carlos María de Bustamante lo juzgó en su momento, Alamán sabía que Santa Anna tenía un carácter dócil y de fácil manipulación, y le necesitaba de su lado en la política. Es interesante advertir esto, sobre todo en ese tiempo en que era un hecho que Santa Anna se había convertido en el objeto de deseo de todos los partidos que se disputaban el poder, e incluso en el único vehículo que el mismo político conservador tenía para tomar las riendas de la dirección del Estado.¹²⁸ No obstante, en la introducción de su obra prometió presentar al personaje Santa Anna de manera imparcial y objetiva, en sentido figurado advirtió haberle juzgado de manera crítica y sin apasionamientos. Así lo podemos leer a continuación:

He pintado a los hombres tales como los he conocido, y referido las cosas como he visto que pasaron. No he presentado por lo mismo colosos, como algún otro escritor lo ha hecho en estos días, porque no he encontrado hombres más que de estatura ordinaria, ni he atribuido a grandes y profundas miras, sucesos que se explican

¹²⁸ *Vid. Infra* cita 223.

naturalmente por otros contemporáneos y que no solo no presentan nada de heroico, sino que más bien fueron originados en causas poco nobles.¹²⁹

Alamán ofrecía al lector la expectativa de encontrar en su historia a Antonio López de Santa Anna como un hombre común y corriente, con defectos y cualidades. Y no desaprovecha la ocasión de ventilar que uno de sus contemporáneos recién le había pintado en sus escritos como un ser extraordinario. Mas lo deja leer entrelíneas porque evita consignar nombres, y sólo quienes estaban inmiscuidos en el ámbito político podían entender bien el sentido de sus palabras. En esta ocasión, se refirió a José María Tornel y Mendívil, santannista, proclive a lo liberal, por lo tanto, adversario de Alamán en el terreno político y autor también de una obra historiográfica.¹³⁰

Puede decirse que la imagen de Santa Anna como gobernante en la trama de Lucas Alamán, no sufre ningún vituperio. Sobre él escribió poco, pero lo esencial para lograr concretar sus propósitos. En primer término, señaló que el Congreso renovado de 1835-36 —por supuesto el responsable del viraje al centralismo— le declaró libertador de la opresión, le nombró benemérito de la patria y depositó en sus manos la suerte del país, cuando aceptó su decisión de abandonar la silla presidencial para salir a combatir a los texanos.¹³¹

Alamán, reconoció que cuando Santa Anna tuvo “por segunda vez la suerte de la nación en sus manos”, de 1841 a 1844, tomó medidas eficaces para evitar que la economía del país declinara.¹³² Gracias al uso de las facultades extraordinarias de las que fue investido por las Bases de Tacubaya, prohibió la circulación de la moneda de cobre, sustituyó ésta por el papel sellado y reconoció el importe como crédito nacional. Según nos permite leer Alamán en su escrito, estas medidas reportaron al Estado un mayor control del

¹²⁹ Lucas Alamán, *Historia de Méjico...*, vol. V, p. X.

¹³⁰ José María Tornel y Mendívil, *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana, desde el año de 1821 hasta nuestros días*, México, Ignacio Cumplido, 1852. Es pertinente señalar que la historia que publicó Tornel se ocupa del acontecer hasta el año de 1830 y por supuesto Santa Anna aparece en él como un héroe.

¹³¹ Lucas Alamán, *op.cit.*, p. 865.

¹³² *Ibid.*, pp. 869-870. Cabe señalar que para Alamán, el nombramiento que se hizo de Santa Anna como presidente interino, en 1839, no cuenta como otro ejercicio de gobierno. El primero, fue en 33, el segundo, ya lo señalamos y el tercero, a consecuencia de las Bases Orgánicas, en 43. Quizá por las distintas variantes de los autores al juzgar las veces en que Santa Anna estuvo al frente del gobierno, aún hoy se comete el error de decir que el militar veracruzano fue presidente de la República once veces, cuando solo fueron seis ocasiones las que ocupó la silla. Al respecto, la Dra. Josefina Vázquez ha trabajado arduamente para erradicar este mal concepto, sin embargo aún es un dato desconocido para muchos, incluso entre los académicos.

erario. Por otro lado, también creyó que los fondos producidos por las contribuciones y los préstamos forzosos que se llevaron a cabo, aún por medios violentos, llegaron a ser cuantiosos y de haberse sabido invertir, se hubiera podido lograr un cierto progreso. Sin embargo, en su opinión, se gastaron en la “máquina costosa e inútil del sistema representativo” y en el ejército.¹³³

Dado que su intención era demostrar que el sistema federal y los congresos constituían los principales males que debían erradicarse, anotó enseguida las elevadas sumas que representaron para el país, sin dejar de expresar severas críticas al respecto; las cuales de hecho minimizan las que pudo haber expresado sobre el ejército. En cambio, manifestó que desde ese tiempo se hicieron bastantes esfuerzos por lograr tener una marina militar, punto por demás importante en su propuesta política.

Alamán celebró que durante el periodo de 1841 a 1844, habiendo permanecido vigentes las reformas religiosas introducidas por el Congreso de 33, excepto las tocantes al ejercicio del Patronato, Santa Anna no hubiese atentado contra los privilegios de la Iglesia.¹³⁴ Además que hubiese conservado el sistema centralista y legitimado el mismo, con la Constitución de las Bases Orgánicas, en 1843, cuando fue nombrado presidente constitucional, por tercera ocasión.

Alamán no mancilló la figura de Santa Anna como gobernante, en ningún momento e incluso evadió el tema de la “revolución” que le hizo caer y evitó expresar comentario alguno sobre su destierro. Le muestra como un hombre fuerte, capaz de conducir al país, con los perfiles del gobernante atinado. Incluso hasta incluyó en el volumen de su *Historia*, el grabado de un retrato del caudillo en donde se lee al calce: “D. Antonio López de Santa Anna, General de División, varias veces Presidente de la República Mejicana”.¹³⁵

No obstante, recuérdese que en el gran párrafo que le dedicó Alamán en su obra, deja leer que Santa Anna fue un presidente que se enriqueció a costa del erario nacional, que fue inconsecuente con sus principios porque abanderó a las distintas facciones no por convicción política sino por interés personal. Lo define como un hombre ignorante, “sin cultivo moral ni literario” y deja interpretar que los grupos que se disputaron el poder no eran ajenos a este hecho no obstante necesitaban de su apoyo para lograr controlar las

¹³³ *Ibid.*, p. 898.

¹³⁴ *Ibid.*, p. 866.

¹³⁵ *Ibid.* Se incluye entre las pp. 686-687, un grabado del retrato de Santa Anna, sin firma.

riendas del gobierno. Finalmente, en su visión Santa Anna era más militar, que político, además un hombre enérgico y con espíritu emprendedor.

Puede decirse que a diferencia de Bustamante, Alamán no vio con malos ojos la relación que tuvo Santa Anna con los agiotistas, especuladores y los empresarios mexicanos. Para él, las obras públicas que se llevaron a cabo durante su gobierno, como fue la construcción de mercados, plazas, edificios suntuosos como el Teatro Santa Anna, los Almacenes de Veracruz o el de la Aduana, fueron ejemplo de prosperidad. Finalmente para él, Santa Anna fue un buen gobernante. En su discurso, que es retórica hay un sentido teleológico.

Impresiones del moderado Payno, sobre el gobernante Santa Anna

Manuel Payno escribe sobre Santa Anna en dos momentos, en sus años mozos y en su madurez. En su juventud delineó al gobernante Santa Anna a través de una poética más literaria que histórica, pero sin perder de vista lo segundo. Sin embargo, pudiera decirse que los juicios que expresó concretamente sobre su persona, son pocos; prefirió hacer analogías para dejar al lector sacar sus propias conjeturas. Sus escritos nos permiten leer que cuando Payno contaba con tan solo veintitrés años, viajó a Londres en compañía de Cayetano Rubio y José de Garay con el fin de “colectar acciones para la empresa de la comunicación de los dos mares por el Istmo de Tehuantepec”, quizá movido por el propósito de concretar negocios en grande que trajesen progreso a la nación y por qué no, a él mismo también. Dado su espíritu empresarial y el ambiente social en el cual se movió, Payno era como un pequeño burgués. En dicho viaje Payno tuvo la oportunidad de conocer en persona al general Antonio López de Santa Anna”, cuando le visitó en su recién adquirida “casa de campo”, El Encero, antes de arribar al puerto para partir al extranjero junto con sus compañeros de viaje.¹³⁶

A través de su rica narrativa creadora de imágenes, Payno pinta el fresco de la exuberancia de Jalapa, con sus plantíos de plátanos, sus naranjales, su olor a guayaba y a

¹³⁶ En marzo de 1842, durante el gobierno de Santa Anna se le concedió a José de Garay el derecho exclusivo para la construcción de una comunicación interoceánica por medio de la navegación y de los ferrocarriles. Se le fijó un plazo de dieciocho meses para poner manos a la obra y ejecutar el proyecto que le beneficiaría con el privilegio de obtener para sí, los derechos de peaje durante cincuenta años. Carlos María de Bustamante, *Apuntes...*, pp. 50-51.

tierra fértil y nos describe con su poética, el paisaje pintoresco que envolvía a aquélla “linda casa pintada de encarnado, con su pequeña portalería y su mirador de cristales”. Allí les recibió sin “ceremonia alguna”, el general Santa Anna, quien dejó impresionado a Payno por su sencillez. Le pareció una persona distinta a la que comúnmente se dejaba ver en la ciudad, como a continuación se lee:

El general Santa Anna se ocupaba en ver un plano de una de sus haciendas; estaba solo sin soldado y sin la pompa que en el palacio de México, y en compañía de su secretario y de uno o dos de sus ayudantes. Saludónos con agrado y examinó los mapas que le presentaron los comisionados; admitió la delicadeza del dibujo y la importancia de los trabajos, y prometió a los empresarios un constante apoyo por parte del gobierno.¹³⁷

La visita fue tan rápida que Payno reconoció haberse quedado con ganas de pedirle un favor al presidente para ayudar a la familia de un amigo difunto, empleado del Colegio de Minería y que había trabajado arduamente en la elaboración de los planos que le mostraron; mas el tiempo no se los permitió. A través de la crónica de su viaje Payno nos permite intuir que Santa Anna le impactó de alguna manera, sin embargo no se detuvo a escribir una apología sobre su personalidad sino que hizo una reflexión sobre la importancia del Puerto de Veracruz en la historia del país, desde los tiempos de la conquista, así como de sus habitantes, los veracruzanos. Apuntó que el estado había sido cuna de hombres célebres como Guadalupe Victoria, a quien consignó como un héroe de la independencia y de la libertad, así como de otros veracruzanos, que en su presente ocupaban distinguidos puestos en la República y ejercían su “influencia y dominio en los asuntos políticos y mercantiles”.¹³⁸ De esta manera, sin mencionar concretamente al general Santa Anna, explicó el “enigma” que descubrió en el ser de los veracruzanos y cuya característica los colocó siempre en las altas esferas del poder político y económico. Al respecto, expresó lo siguiente:

Los veracruzanos son activos, de carácter ardiente y emprendedor, de maneras francas y políticas; y además poseen un grado superior de ilustración; con esas dotes, y una nobleza y comodidades tradicionales, es natural que sean llamados a ocupar elevados destinos.¹³⁹

¹³⁷ Manuel Payno, “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843” en *Crónicas de viaje*, p. 120.

¹³⁸ *Ibid.*, p. 142.

¹³⁹ *Ibid.*

El caudillo Santa Anna se caracterizó, no por su ilustración sino por ser un hombre activo y “emprendedor”, poseedor de una autoridad carismática y por ejercer una gran influencia sobre los llamados “jarocho”, quienes formaron un considerable porcentaje de su séquito. Interesante es conocer cómo Payno los dibujó:

Valentones y jametes como los andaluces, no gustan de exponer mucho la integridad de su piel, y guardan el machete y dan la vuelta con el mayor donaire del mundo en el momento en que se acerca el peligro; sin embargo en la guerra, el primer ataque de los jarocho es terrible e impetuoso como el de un rayo; después si la tropa es disciplinada y se sostiene, logra desordenarlos y ponerlos en fuga.¹⁴⁰

Payno manifestó estar convencido de que “los veracruzanos y veracruzanas aman a México, admiran las bellezas de su suelo y la dulzura de su clima y radican en él “sin dejar sus pronunciadas afecciones por su terruño”.¹⁴¹ Santa Anna, fue uno de ellos y quizá el que más demostró apego por la tierra veracruzana. Todos sabían que al general presidente no le agradaba la capital y prefería gobernar o mover los hilos de la política, desde su hacienda Manga de Clavo.¹⁴²

En su artículo titulado *Los pretendientes de café* Payno se muestra crítico al juzgar al Ejército. Deja leer entre líneas sus opiniones con respecto al militar gobernante y los vicios que caracterizaban a los miembros de la clase tradicional a la que perteneció, permitiéndonos interpretar por ende, sus opiniones sobre la personalidad del caudillo así como de la política nacional. El texto nos da una idea clara del predominio que guardaban los militares en la sociedad, del valor de sus influencias y sobre todo de la vertiginosa carrera que podían emprender en la escala social a consecuencia de los constantes

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 145.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 142. Las líneas precedentes son tan actuales que parece como si estuviésemos escuchando a los políticos de hoy. El hecho de que Payno enfatice el papel de las mujeres en la sociedad, es progresista y revolucionario. Lo fue también en su tiempo, la sensualidad y el erotismo que románticos como él, pusieron en boga cuando reencontraron al “bello sexo” y lo amaron a través de sus escritos. Payno, manifiesta una vibrante voluptuosidad cuando describe a las jarochitas, esas mujeres bonitas de acento andaluz, morenas, de “aseo extremado”, con vestidos hermosos y cuyas cabezas eran adornadas con flores silvestres de excitantes aromas.

¹⁴² En recientes estudios, Michael Costeloe hace una interesante observación respecto a las relaciones personales entre Santa Anna y la élite criolla de la ciudad de México. Según su opinión, el hecho de que sus encuentros fueran esporádicos y de poca duración representó un importante aspecto que le permitió al militar veracruzano mantener el poder durante tantos años, dado que el grupo elitista y culto pudo tolerar sus diferencias con Santa Anna, quien era un ignorante. En cambio, no sucedió lo mismo con Mariano Arista, quien fue poco aceptado por la sociedad capitalina, ésta corazón de la vida política del país. *Vid.* Michael Costeloe, “Mariano Arista y la élite de la Ciudad de México, 1851-1852” en William Fowler y Humberto Morales (coords.), *op.cit.*, pp. 187-212.

pronunciamientos en los que se enrolaban. Así, nos habla y pone de ejemplo al dependiente de una tienda que por haberse integrado a las filas del ejército en el año de 1833, bajo las órdenes del general Santa Anna; casi al cumplir una década, el antiguo tendero, era ya un “teniente coronel” que asiduamente se encontraba en el Ministerio de Hacienda, exigiendo sus pagos atrasados.¹⁴³ Lanza agudas críticas en contra de los usureros y de la llamada empleomanía,¹⁴⁴ “mal” que sufrían todos aquellos pretendientes a obtener cargos en la administración, quienes eran arribistas dispuestos a cambiar de bando político según conviniese a sus intereses particulares. En su concepto, hasta en las iglesias pululaban esa clase de hombres que se convertían en “opositores de las administraciones” y se las daban de “íntegros y patriotas” cuando sus “descabelladas solicitudes” no salían a la medida de sus deseos.¹⁴⁵

En la crítica que hizo Payno a *Los Ministerios* destacan los párrafos en los que se refiere al de Guerra y su fisonomía particular.¹⁴⁶ Precisamente porque en él, manifiesta su vena de historiógrafo entremezclada con las arterias envolventes de su poética literaria. En ese lugar, dice Payno, era todo “actividad” y “movimiento”. Pululaban militares de rostro severo con “sendos bigotes” y sus cuerpos adornados con bandas distintivas y medallas, siempre aspirando a más, los tenientes querían ser capitanes y los capitanes, comandantes de escuadrón o tenientes coroneles. Casi todos, reclamaban les fueran reconocidos “con premios” los servicios que habían prestado al país. Además solicitaban fondos y medios para subsistir, no sólo del Ministerio de Guerra sino también de Hacienda. De tal manera, que en ambos lugares se reunían militares que pedían su paga, con agiotistas que aprovechaban el momento para prestar, a quienes no podían cobrar. Eran tantas las solicitudes, que Payno consideró que “se debían pasar a un historiador”. En primer lugar, porque según su visión a partir de dichos documentos que poblaban los archivos, era posible analizar los “hechos heroicos” de la historia nacional. Con ironía, refiere que allí podía observarse el “patriotismo depurado” y las “virtudes” que “no soñaron conocer los

¹⁴³ *Ibid.*

¹⁴⁴ La empleomanía que ya Mora había criticado tiempo atrás por lo que puede decirse que Payno sigue la tradición liberal. *Vid.* José María Luis Mora, *Obras sueltas*, t. 1, París, Librería de Rosa, 1837, CCXCIX-468 pp. (Revista Política-Crédito Público).

¹⁴⁵ Manuel Payno, “Los pretendientes de café” en *Costumbres mexicanas*, pp. 21-25. Originalmente publicado en *El Siglo Diez y Nueve*, el 3 de enero de 1842.

¹⁴⁶ Manuel Payno, “*Los Ministerios*” en *Ibid.*, pp. 53-57. Originalmente publicado en *El Siglo Diez y Nueve*, el 25 de febrero de 1842.

atenienses o espartanos”. En segundo término, servirían para comprender la “fisonomía de la revolución” y de las luchas intestinas. Enseguida hace una puntual mención de los acontecimientos verificados desde la caída de Guerrero hasta el presente en el que escribió, como a continuación puede leerse:

Los solicitantes del 28 alegaban los méritos contraídos en la Acordada; los de 31 y 32 en el Plan de Jalapa y campaña del sur; los de 33 a favor de la Federación; los de 36 contra de la Federación; los de 39 en el 15 de julio en la Ciudadela, y los del 41 todos, todos cooperaron con sus *débiles esfuerzos* a la regeneración política.¹⁴⁷

Las cursivas de Payno nos permiten intuir que con ironía hace notar que la “regeneración política” no podría ser obra de los militares y que si estaban en la cumbre del poder era porque tanto el federalismo y el centralismo habían dejado de ser las formas ideales para lograr una estabilidad política. Efectivamente, el “ilustre veracruzano” general Santa Anna había logrado instituir un gobierno unipersonal sobre “legítimas bases” porque no existía ninguna fuerza opositora estructurada.

Para hablar sobre ese hombre de las revoluciones, Payno parafrasea. En estos tiempos —dice— la gente se siente amenazada por los disturbios que los militares pueden organizar en cualquier momento. Porque —reitera— “cuando los generales se enojan, ahí te quiero ver. Ya se ve, entonces balazos y bombas”.¹⁴⁸

Como ha podido observarse, en los textos de juventud Payno interpreta su historia inmediata. Dice lo que “verdaderamente” aconteció en un lenguaje poético que entremezcla la ficción y la ironía de su crítica. Sin embargo, no podemos negar que su escritura le devela a sí mismo, en ese tiempo como el mozuelo que aprehende de los viejos y que es idealista con los principios liberales en los que se está formando como miembro de la generación vanguardista o del cambio social. En su discurso los conceptos de libertad, igualdad, democracia, etcétera van adquiriendo otra dimensión simbólica en el ideario de los que serán más tarde los revolucionarios de Ayutla. Asimismo, respecto a Santa Anna y la interpretación del acontecer nacional. A medida que pasó el tiempo y ciertamente después de la disolución del Congreso, el ilustre general ante los ojos de Payno se tornó en el tirano que gobernó bajo el dominio de las bayonetas. Lo cual llevó a Payno a tomar conciencia de la importancia de su protagonismo en la historia del país. Puede decirse que

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 54.

¹⁴⁸ *Idem.*

adoptó una postura liberal comprometida y se mantuvo como miembro de la élite de intelectuales del mundo político y cultural del país.

En julio de 1845, fue comisionado por el ministro de Instrucción Pública, Mariano Riva Palacio para estudiar el sistema penitenciario norteamericano y sugerir sus posibles aplicaciones en la República.¹⁴⁹ En su tránsito por La Habana —para llegar finalmente a la ciudad de Nueva York— Manuel Payno escribió sus reflexiones en torno a la figura del caudillo y sobre la opinión que de él se tenía en la isla, celebrando su caída como un paso firme en la historia de México en su marcha hacia el “progreso”.¹⁵⁰ En el escrito, además de ocuparse de Santa Anna, elogió la independencia del país al comparar su situación con la de los cubanos que seguían sujetos a España. En sus líneas, nos permite interpretar que se sentía orgulloso de ser mexicano y de tener una historia de la cual se reconocía como actor y protagonista clave, sobre todo porque en un pasado reciente con sus escritos contribuyó a la agitación del pueblo en contra del gobierno opresor. Por ello se sintió obligado entonces a contarles a los cubanos la verdadera historia de la “última revolución” llevada a cabo por los mexicanos, porque a sus ojos, la caída de Santa Anna era un hecho histórico de gran trascendencia.

En el texto informa que el artículo que quiso publicar fue censurado porque el gobierno cubano ocultaba información fresca sobre México. Procuraba hacer creer que la antigua Nueva España “permanecía materialmente en combustión”, que reinaba en ella la “anarquía” y que por consiguiente caminaba hacia “su completa ruina”. Se prohibía hablar de “independencia” y “democracia”. Mas Payno estaba embriagado de orgullo y quería gritar a los cuatro vientos que México era un país libre y soberano, donde la voluntad del pueblo se hacía valer efectivamente. Prefería “mil veces más la guerra civil” que se vivía y “los desórdenes de una república, que tener el entendimiento avasallado de una manera

¹⁴⁹ Visitó la Penitenciarías de Wetherfield (Connecticut) y Charlestown (Massachusetts). De ambas cárceles norteamericanas escribió cosas muy interesantes e hizo críticas reflexiones sobre las causas de los crímenes en Estados Unidos. El artículo titulado “Estudio sobre prisiones” fue publicado por primera vez en *Revista Científica y Literaria de México*, t. I, México, por los antiguos redactores de *El Museo Mexicano*, 1845, pp. 14-19. *Apud.* Boris Rosen Jélomer, “Compilación, presentación y notas” en Manuel Payno, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, p. 149 (Obras Completas; I).

¹⁵⁰ El texto titulado “Censura de periódicos” forma parte de una serie de ejercicios en donde Payno se ocupó de guardar memoria de su viaje y estancia por La Habana. Diversos temas plasmó con su pluma: descripciones de paisajes, de cuadros de la sociedad y sus costumbres, de sus hombres y sus mujeres, entre otros que caracterizan su escritura. También fueron publicados en la *Revista Científica y Literaria de México*, t. I, pp. 193-199. Manuel Payno, *Crónicas de Viaje ...*, pp. 209-212.

neicia y servil”, como así permanecían los cubanos.¹⁵¹ Por ello, el hecho de que Santa Anna, el ex presidente de la República, hubiese sido aprehendido y llevado a juicio era un acontecimiento digno de memoria, como a continuación puede leerse:

Les aseguré que Santa Anna se hallaba efectivamente preso en Perote y sujeto a una causa, no lo querían creer, mas a poco los periódicos confirmaron las noticias. La parte sana, inteligente, juiciosa, calcula que con este hecho la República Mexicana ha dado un paso gigantesco hacia la felicidad, presentando al mundo un ejemplo de que las bayonetas y la fuerza armada no son nada ante la opinión de un pueblo; mas para otros es un ejemplo de inmoralidad el tener al presidente y a los ministros presos y encauzados. Ya se concibe bien que estos ejemplos no son muy convenientes para la isla de Cuba, o mejor dicho para los intereses de España.¹⁵²

Finalmente expresó Payno que en su opinión, Santa Anna gozaba de una gran simpatía entre el partido peninsular cubano porque en esencia, en su modo de existencia política el prototipo del dictador encajaba. El capitán General de Cuba era un tirano y un opresor, al igual que lo fue Santa Anna, hasta el 6 de diciembre de 1844, en que el pueblo lo derrocó. Cabe señalar que el artículo fue publicado en la *Revista Científica y Literaria de México*, en 1845, lo que nos da cuenta del gran compromiso que sintieron —para con el país— los jóvenes de la generación de Ayutla.

Escribir sobre el suceso, plasmar sus testimonios, criticar la conducta de Santa Anna, se constituyó en uno de los muchos temas que habría que tocar para lograr crear una conciencia nacional y un sentimiento nacionalista en el pueblo mexicano. De entre sus escritos de juventud, es éste el último en donde su pluma delinea al caudillo, como ya se dijo, más tarde sufrió consecuencias por ello y seguramente adoptó el anonimato para denostarle —mientras trabajó en armonía con sus compañeros de generación durante los años de 1856 y 1857.

En otro tono Payno redactó, casi cuatro décadas más tarde, su libro de texto. En él, juzgó al personaje histórico Santa Anna dentro de los cánones que supone la retórica de la historia. En su entramado, les pintó a sus alumnos a Santa Anna como un gobernante irresponsable, oportunista, opresor y vengativo; quien actuó siempre por conveniencia personal e “intereses egoístas”. Sin embargo le explicó como un hombre producto de su tiempo y circunstancias que compartía los vicios de una sociedad enfrascada en las luchas

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 212.

¹⁵² *Ibid.*, p. 211.

partidistas y en la guerra civil. No le señaló como el único arribista, corrupto o inmoral sino que le mostró como fruto de un pasado dramático, referente a la “triste historia de nuestras guerras civiles”, pero el único camino posible para llegar hasta ese momento de progreso, adelanto y evolución en el cual se encontraban en su tiempo, tras el triunfo de la república restaurada, como a continuación se lee:

Los hombres subían al poder, peleaban, destrozaban campos, acababan con la moral, con las rentas y con todo; perdían, se marchaban a pasear a Europa, y al cabo de cierto tiempo volvían, y de nuevo se apoderaban del poder, o eran elevados por sus partidarios, y tal vez por el mismo partido que los derrocó. Así se explica la variación continua de presidentes y las diferentes ocasiones que ejerció el poder una misma persona, especialmente Santa Anna.¹⁵³

Payno definió sus administraciones (1841-1844 y 1853-1855) como “periodos borrascosos” que terminaron, las dos ocasiones, a consecuencia de movimientos populares que debían considerarse célebres en la historia. Sobre todo el último, porque permitió el cambio social y fue llevado a cabo por los hombres de su generación. Según interpretó, Santa Anna se había declarado a sí mismo como “dictador perpetuo” porque era un hombre envidioso y enfermo de poder, que no había hecho otra cosa más que conspirar contra la República. Al sentirse derrotado por la popular aceptación del movimiento revolucionario de Ayutla, el gobernante militar “se fugó”, en 1855, dejando al pueblo de México en grave estado de peligro e incertidumbre, hasta que Juan Álvarez retomó las riendas del Estado.

Posteriormente, le describió como un hombre desesperado por volver al país a ejercer el poder y pintó el trágico final que tuvo a consecuencia de sus vicios, que le perdieron. Sin embargo, juzgó que su actuación no era condenable, sino que había sido necesaria para la evolución de México. Nos da noticias importantes sobre su vida en el exilio así como de los numerosos intentos que llevó a cabo para poder regresar a morir a México. En su texto, Payno les hace saber a sus alumnos que en el exilio Santa Anna vivió en Cuba, en Turbaco, Colombia, en las islas de Saint Thomas y Nassau, en las Bahamas y en Estados Unidos.

Le responsabilizó de haber conspirado en contra de la república involucrándose en las gestiones que hicieron José María Gutiérrez de Estrada, Juan Nepomuceno Almonte y José María Hidalgo para establecer una monarquía en México en manos de un príncipe

¹⁵³ Manuel Payno, *Compendio de historia...*, p. 174.

extranjero, que devino, finalmente, en el imperio de Maximiliano de Habsburgo. Explicó que por ello, Santa Anna se sintió con derecho de escribir una carta al emperador, con fecha 15 de junio de 1864, felicitándole y sin más, se presentó en Veracruz queriendo ingresar al país para prestar sus servicios al gobierno de la intervención, las expectativas que se había figurado se rompieron cuando el emperador no aceptó sus propuestas y en consecuencia “se convirtió en un decidido enemigo del imperio” y regresó a su hogar en las Bahamas ¹⁵⁴

Dos años más tarde, Santa Anna recibió una visita de cortesía que le hizo el diplomático norteamericano William H. Seward. Payno no especuló sobre lo que pasó en ese encuentro. Sin embargo manifestó que al poco tiempo, Santa Anna se dirigió a Nueva York y fijó su residencia en Elizabeth Port desde donde publicó un *Manifiesto*, excitando a Benito Juárez y a González Ortega a una reconciliación, además de comunicarles la decisión que había tomado de unírseles para combatir a los franceses. Subrayó Payno en su escrito, que Benito Juárez rechazó su ofrecimiento porque lo tuvo por mal visto, como así lo hicieron los integrantes del Club Liberal de mexicanos expatriados que residían en Nueva York, encabezado por Francisco Zarco y Juan José Baz.

Santa Anna enfureció y dada su personalidad vengativa “no pensó ya sino en conspirar contra la república”. Como siempre aprovechó las circunstancias —que eran de transición en el país después de la caída de Maximiliano— y se acercó a las costas mexicanas dirigiéndose a las playas de Yucatán. Payno asegura que sus adictos le habían hecho creer que encontraría muchos partidarios dispuestos a brindarle apoyo, sin embargo fueron tan pocos, que los liberales lograron controlar la situación. El 12 de julio de 1867, en Sisal, fue aprehendido y puesto a disposición del gobierno que ordenó fuera juzgado y procesado conforme a las leyes. En consecuencia fue trasladado en el pailebot “Juárez” a la prisión del Castillo de San Juan de Ulúa.¹⁵⁵

Payno calificó este intento de Santa Anna como una “aventura descabellada” de la cual, finalmente, no salió tan afectado pues al menos pudo conservar su vida gracias a la defensa que hizo de él, el licenciado Joaquín Alcalde y a la ayuda de sus amigos, que “movieron en México todos los resortes posibles” para salvarlo. En su opinión, le favoreció en mucho la “templanza” del gobierno y el “recuerdo de los antiguos servicios hechos a la

¹⁵⁴ *Ibid.*, p. 220.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 220.

patria en Tampico, Tejas y Veracruz”. Así, el 9 de octubre de 1867, el Consejo de Guerra lo condenó a ocho años de destierro.¹⁵⁶

En su reflexión, Payno expresó que en el carácter de Santa Anna, así como en el de cualquier mexicano, se percibe la herencia española, porque es constante y altivo y más aún cuando las derrotas le sirven “de estímulo y de aliento para seguir el combate”.¹⁵⁷ No obstante Santa Anna, para esas fechas estaba ya viejo y enfermo. Tras sucumbir en la última batalla por reingresar al país, se fue entonces a la isla de Saint Thomas en donde con el curso del tiempo se vio “falto de recursos y cargado de años” hasta que se decidió a regresar a México, a principios del año de 1874, cobijado por una ley de amnistía que dictó el Congreso durante la administración del presidente Sebastián Lerdo de Tejada.

Para concluir la trama de la vida de Santa Anna, Payno desplegó sus dotes literarias y culminó su historia, con el fin trágico del personaje. Relató que sus últimos días fueron “amargos y tristes”, se había quedado ciego a causa de las cataratas que invadieron sus ojos y un enorme pesar le embargaba porque se tenía en el olvido “sus pasados servicios a favor de la independencia”. Murió solo en su casa de la calle de Vergara, siendo un viejo de más de ochenta años de edad.¹⁵⁸

Manuel Payno, que era un hombre sensible y justo, consignó en su texto que Santa Anna fue un “hombre activo, valiente y afortunado”. Consideró que aunque “dispuso muchas veces de los destinos de México y vio sucesivamente postrados a sus pies a todos los partidos” debía considerársele como uno de los ciudadanos más notables por sus empresas útiles a la patria. Por esta razón, lanzó una crítica mordaz al gobierno en turno, que a su deceso no hizo “como debía, los honores que reclamaba el rango que había ocupado en sus servicios en las guerras extranjeras”. Su cadáver fue sepultado en la Villa de Guadalupe acompañado sólo de unos cuantos amigos.¹⁵⁹

Finalmente, como para Payno todas las etapas de la historia de México habían sido determinantes y necesarias para alcanzar el grado de civilización y de progreso en el que se encontraban, la experiencia vital de Antonio López de Santa Anna no era condenable.

¹⁵⁶ *Idem.*

¹⁵⁷ *Ibid.*, p. 232.

¹⁵⁸ *Ibid.*, p. 250.

¹⁵⁹ *Ibid.*, p. 317. Payno se equivoca al consignar la fecha en que murió Santa Anna, quizá porque para concluir la última parte de su *Compendio* decidió apuntar los sucesos por “el orden que llegaban a su conocimiento” a través de las noticias que extrajo de los periódicos y del *Diario Oficial*. Anota pues que murió el 22 de junio de 1877, cuando en realidad murió el 21 de junio de 1876.

Había servido para un aprendizaje necesario en el desarrollo de la conciencia histórica de los mexicanos. Su virtud radicó, en enseñar que los errores vividos y experimentados a flor de piel son justos y necesarios en la conformación de todo ser. Por lo tanto, la nación mexicana era lo que era, al tiempo en el que él escribía, precisamente por haber existido un hombre como Santa Anna. Sin embargo, reconocer esto no le condujo a justificar el periodo de inestabilidad política que se vivió en México. En su concepto, la “tristísima historia de nuestras revoluciones”, era un drama trágico cuya “historia fatal” se le debía al personaje Santa Anna, quien por su actitud egoísta, su ambición de poder, de dinero y por obtener honores y reconocimiento se había lanzado a la arena de la discordia acaudillando los distintos pronunciamientos. La guerra civil empobreció al país y fue obstáculo para su desarrollo económico y cultural; además de haber “agriado [el] buen carácter” de los mexicanos, “relajado la moral y viciado las costumbres del pueblo”. Sin embargo y a pesar de ello, “las revoluciones” debían ser consideradas como “evoluciones necesarias en la marcha de la civilización”, mismas que habían permitido a los mexicanos llegar “a un estado moral de adelanto” de gran magnitud si se comparaba con los horrores que en su presente vivían otros países europeos, que con pretexto de la religión o la política mantenían al continente convulso.¹⁶⁰

Finalmente como pudo observarse, para Payno, Santa Anna fue un militar con defectos pero sin duda, un patriota que amó a su país.

El discurso fideliano de Santa Anna el dictador

Al igual que Payno, Guillermo Prieto delineó la personalidad de Santa Anna, en dos momentos de su vida. En los *Viajes de orden suprema* —escrito en su juventud— Fidel interpretó su historia inmediata y dibujó, a través del texto, al dictador del periodo de 1853 a 1855. Tres décadas después reflexionó sobre el pasado y en sus *Memorias*, plasmó sus remembranzas para retratar al caudillo que gobernó, de 1841 a 1844. Así, para analizar a la figura de Santa Anna como gobernante a través de su historiografía en el presente apartado, respetaremos dicho orden de elaboración y publicación aunque no corresponda cronológicamente con la trayectoria del caudillo.

¹⁶⁰ *Ibid.*, p. 253.

En las imágenes que Prieto proyectó sobre Santa Anna y la historia de su tiempo a través de sus *Viajes*, encontramos múltiples similitudes y concordancias con las que dibujó Carlos María de Bustamante en sus escritos. Lo que nos lleva a afirmar que sin duda éste último, el más viejo de los autores estudiados, sentó precedentes como representante de su generación y de él aprehendieron mucho las que le sucedieron: los compañeros de Santa Anna y la de los revolucionarios de Ayutla. El pensamiento de Prieto puede percibirse notablemente como la síntesis de esas tres generaciones a través del discurso que hizo del general veracruzano, como podrá observarse a continuación.

Al igual que Bustamante, Prieto entretejió una trágicocomedia para explicar la historia de México bajo la dictadura de Santa Anna y presentó el cuadro de una sociedad inmersa en la dimensión de la locura. Su lenguaje y la intención discursiva son, sin duda, semejantes. En su gran trama el pueblo, personaje de gran importancia en sus historias, permaneció postrado mientras las clases dirigentes se sumergieron en una alucinación. La sociedad le pareció como enfebrecida cuando en su “delirio” consideró a Santa Anna como el “padre de los pueblos” y “el elegido para hacer la dicha nacional y lo llamó para que gobernara”. ¿Cómo era posible que México se olvidara tan rápido que ese hombre vivía en el destierro porque se había ganado a pulso dicha condición, dado su criticable desempeño como militar y como estadista, en el pasado reciente? Él estaba allí para recordárselos y refrescar su memoria, en todos y cada uno de los puntos por los cuales era execrable su retorno. Por ello, con toda intención de desacreditar su figura ante la opinión pública en su discurso Prieto le nombró el “desterrado de Turbaco”.¹⁶¹

Como Bustamante, Prieto interpretó su historia inmediata con una fuerte carga de resentimientos políticos y personales y se ocupó en denigrar a Santa Anna en el terreno de lo ético y moral. No obstante, la agudeza de su crítica y el tono de su lenguaje irónico al pintar lo absurdo, permitió que sus líneas grabaran en la memoria colectiva, mitos de una historia que se mira como algo que “realmente pasó”, aunque presente escenas caricaturescas e inverosímiles.

Con sus letras, Prieto arremetió contra los santannistas y los conservadores porque —según su visión— ellos fueron quienes finalmente sustrajeron del exilio a Santa Anna para traerlo de regreso a gobernar el país, por considerarle como un salvador y

¹⁶¹ Guillermo Prieto, *Viajes...*, p. 64.

“regenerador” de la patria. En su trama, Prieto nombra al caudillo como el “árbitro ausente” porque aún antes de que desembarcara en Veracruz, como así lo hizo en abril de 1853, la sociedad presentó un cuadro lamentable de enajenación hacia su persona. Según su juicio, parecía que “el señor que venía era el dueño de la casa, y todo se refería a halagarle y monopolizar su afecto”. A pesar de que “los conservadores le aborrecían” y “los suyos le acusaban de ingrato” se unieron para “tenderle capas y cantarle hosannas”. Prieto por su parte, que era la voz de un liberal, confesó que siempre le detestó.¹⁶² Según él, “Santa Anna era semejante a ciertas mujeres de malos hábitos, que entregándose a devociones piadosas exteriormente, cultivan en reserva sus malas costumbres y peores instintos”.¹⁶³

En esa “dictadura de prólogo” que el autor tramó para explicar el estado en el que se encontró la sociedad política mexicana en espera de la llegada del “desterrado de Turbaco”, —desde el 6 de febrero que José María Lombardini subió al poder hasta el 1º de abril en que el militar jalapeño, arribó al puerto de Veracruz— Fidel nos permite percibir que efectivamente Santa Anna fue un caudillo cuya autoridad dependió más del carisma de su personalidad que de los dotes de un gobernante, porque de eso nada tuvo. Le consideraron como el único instrumento para tomar las riendas del Estado por su investidura militar y por la imagen de héroe defensor que le habían forjado, porque en realidad a los ojos de todos, Santa Anna era un ignorante, mas utilizarlo fue el medio tradicional de los partidos para llegar al poder. Fue ese un momento coyuntural, en el cual desmoralizada la sociedad por el curso de los acontecimientos y con miedo a la idea del posible advenimiento de la disolución social, se pensó en Santa Anna como el hombre fuerte y necesario para sacar al país avante de la crisis, dado que finalmente fue llamado por todos los partidos para colocarlo al frente del gobierno. En ese entonces, el partido conservador era el único grupo que tenía bien definido un proyecto, porque los liberales estaban divididos. Así, con una narración cargada de ironía, Prieto relató ese mal sueño en el que se sumieron los políticos mexicanos, en un delirio al considerar a Santa Anna, como “padre de los pueblos” y el “elegido para hacer la dicha nacional”.¹⁶⁴

En la imagen que pintó Fidel de esa “dictadura de prólogo”, la nación colocó sus ojos fijos en el mar de Veracruz y comenzó el “sainete del cambio”. La sociedad se

¹⁶² *Ibid.*, p. 79.

¹⁶³ Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2, p. 404.

¹⁶⁴ Guillermo Prieto, *Viajes...*, p. 88.

sobresaltó, las estampas del héroe se desempolvieron, los sastres militares reaparecieron con todo su brillo, por doquier brotaron parientes y amigos de los políticos, se puso de moda hablar con acento jarocho, fumar tabaquillo y decir picardías, incluso entre la gente del pueblo. Mientras —según expresó Prieto en su texto— “los oficiales mayores de los ministerios gobernaban en medio de tantas revueltas y aspiraciones, y como ya se presentía otro orden de cosas, otros ministros, aquel gobierno de obertura, aquélla dictadura de prólogo, parecía de chanza por más que se deseaba formalizar”.¹⁶⁵ Era Santa Anna, por tanto el “árbitro ausente” porque aún aposentado en lejanas tierras, puso a bailar a su ritmo a la sociedad mexicana.

A partir de aquel cuadro —previo a la llegada del actor principal de su relato— Prieto quiso desmadejar la intriga que dio lugar a la caída de Mariano Arista y, finalmente, al retorno del general. Nos da noticia sobre los personajes que comenzaron a estar entre voces por considerárseles cercanos al militar. Ellos eran: Antonio Haro y Tamariz, a quien ya sospechaban como ministro de Hacienda, Teodosio Lares, José María Tornel y Mendívil, Manuel Diez de Bonilla y Juan Suárez y Navarro. Sin embargo, se sabía que quien realmente tenía el poder sobre el héroe en ese tiempo y a quien efectivamente Santa Anna debía su rehabilitación política, era Lucas Alamán. Quien más cauto e inteligente, esperaba el momento oportuno para salir a escena.¹⁶⁶

Mientras tanto, sólo se pensó en recibir a Santa Anna. Se hicieron cuantiosos gastos en el proyecto de su recepción. El Palacio Arzobispal de Tacubaya se amuebló. Construyeron arcos del triunfo. Prieto narra que “los empresarios de teatros, los coheteros, los capataces de los barrios, todos se empeñaban en los preparativos de la recepción”. Por doquier se colocaban los retratos del “proscrito”, se sentían bienaventurados todos aquellos que tenían “cartas del tío”, agraciados los que recibían algún encargo. Tanto en México como en Veracruz, sus parientes más lejanos eran mimados y agasajados por los pretendientes de algún empleo en la nueva administración, hasta que finalmente llegó el militar veracruzano lanzando una proclama en la que decía que “a todos tendía una mano amiga, que su misión era de reconciliación y de bien, de concordia y amor”.¹⁶⁷

¹⁶⁵ *Ibid.*, p. 78.

¹⁶⁶ *Ibid.*, p. 87.

¹⁶⁷ *Ibid.*, p. 90.

Activo en el terreno periodístico Fidel trabajó sin fatiga denotar la imagen del caudillo, a través de *El Monitor Republicano*. Según afirma, se ganó la persecución y el destierro por haber escrito, junto con Ponciano Arriaga, un artículo titulado *Arcos triunfales*, donde recordó la acusación de traición que le lanzaron al caudillo durante la guerra con Estados Unidos y denunció el advenimiento de un gobierno militarista. En sus *Viajes de orden suprema* Prieto insertó un fragmento del artículo para dar cuenta a la posteridad de los motivos por los cuales Santa Anna descargó su ira sobre ambos y los proscribió. A continuación, un fragmento del fragmento:

Pero, ¿de qué se trata? ¿Trae el general Santa Anna banderas y pendones conquistados en el campo enemigo, viene a redimir a la nación del yugo de la esclavitud, le anuncia un código de instituciones sabias y justas que hagan su dicha y felicidad? [...]

¿Es Washington que forma una república inmortal, Bonaparte que da a la Francia un código admirable, Carnot que salva a la república de la conjuración de los tronos, Bolívar que triunfante respeta la libertad de su patria, Iturbide que en su rápida y feliz campaña deja sobre la tierra dos naciones independientes?

Nada de esto: es el general Santa Anna que en los momentos de anarquía y disolución para la desdichada México, piensa en el perverso Arista y en la acusación del licenciado Gamboa.¹⁶⁸

Como puede observarse en las anteriores líneas, Prieto al igual que Bustamante, expuso la idea del caudillo vengativo. Para él, Santa Anna regresó sediento de venganza, a causa de las recriminaciones que se le hicieron por su desempeño durante la guerra con Estados Unidos. La alusión de Fidel a Mariano Arista no es más que la proyección de su enojo, por la caída de esa administración en donde él, como ministro de Hacienda había interferido para que se llevaran a cabo reformas dentro del Ejército. La forma como se desencadenaron los sucesos le afectó drásticamente de manera personal; de un día para otro, se quedó sin trabajo y fuera del ámbito de la dirección del Estado. Por eso quiso destruirle y dar cuenta a sus conciudadanos de la farsa que montaron unos cuantos, quienes se adjudicaron en esa ocasión la representación de los intereses del pueblo. Con ese propósito —y también con la intención de ir formando una lista de “mártires” próceres que debían ser recordados por la valentía que demostraron al enfrentar a Santa Anna— refirió que en la ceremonia de recepción que se le hizo al general en Veracruz, destacó un licenciado llamado Joaquín Ruiz, quien presidió la comisión que encontró “a su excelencia” en la hacienda El Encero.

¹⁶⁸ *Ibid.*, pp. 88-89.

Narra Prieto, que Santa Anna confundió a los modestos personajes con algunos sacristanes y al momento “se dispuso a llorar y a hacer sus admoniciones de dómine ofendido, que fue el papel que más le había salido de inclinación”. Mientras Ruiz, “muy tiesecito”, inició una desconcertante arenga en la cual le decía que era una falacia que se afirmara que viniese aclamado por la “voluntad del pueblo”, que su advenimiento al poder era producto de un descabellado motín de soldados que “en medio de la ruina del orden legal” utilizaron su nombre para dar lugar al Plan de Jalisco, y, que para ocultar su influjo a la opinión pública, sus partidarios hicieron notar que el caudillo ignoraba todo lo que se hizo a sus espaldas.

Santa Anna se retorció, mientras “aquella estatua humana de hablar hilado continuaba implacable”. Su discurso duró más de una hora, en la cual cayeron sobre el caudillo infinidad de “verdades aterradoras”.¹⁶⁹ Para Fidel, este licenciado poblano, — quien en su opinión fue un hombre singular por el amor que profesó a la libertad— se comportó como un “apóstol enfrente de los emperadores romanos” y da noticia de que fue él, la primera víctima de la ola de persecución que desató el rencoroso general.¹⁷⁰

Por otro lado, en vista de que Prieto finalmente radicalizó su postura liberal cuando durante la guerra con Estados Unidos miró de cerca la actuación egoísta de la Iglesia e incluso la actitud servil que adoptó la institución frente al invasor, tampoco perdió ocasión para señalar la estrecha relación de la Iglesia con el Ejército, como parte de un orden perjudicial para el bienestar nacional. Así, enseguida relató que después de algunos días de permanecer Santa Anna en su hacienda, se dirigió a Puebla —entidad cuya mayor parte de la población odiaba al caudillo por la conducta antipatriótica que mostró durante la invasión— en donde fue recibido por el obispo quien “salió al encuentro del dictador, recomendándole por toda política la *virga férrea* (la vara de hierro) para el pueblo, porque era lo que merecía [y] el angelito no echó el consejo en saco roto”, nos aclara Fidel.

Cabe señalar, que si bien el relato de Prieto va encontrando puntos de similitud con el tipo de trama que entretejió Bustamante, tanto por el lenguaje cuanto por la forma de denostar al dictador, también se perciben las distintas marcas ideológicas de sus

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 91.

¹⁷⁰ Dice Prieto que Santa Anna siempre preguntaba por el paradero de este personaje y ordenaba que se le enviara más lejos. Además en varias ocasiones, los espías del caudillo confundieron sus señas con las de un diputado de Puebla, Manuel Zetina Abad y entonces se dieron los “lances más cómicos” por esa “malhadada confusión”. *Idem.*

interpretaciones. Diferentes significados tuvieron para ellos los roles del ejército y la Iglesia y por lo tanto los juicios respecto a dichas instituciones y las imágenes que plasmaron. Respecto a esto último quiero destacar la manera en que Prieto se burló de Santa Anna por la devoción que siempre mostró hacia la Virgen de Guadalupe. Apuntó Prieto que Santa Anna era su fiel creyente quizá solamente por “tradición virreinal” y no por verdadero sentimiento.

Para describir a Santa Anna, en ese acto de presentación a la virgen que hace al momento de llegar a la capital, de nueva cuenta el autor hace gala de su pluma y pinta no sin ironía, el movimiento que tomaron los preparativos para la ocasión. Mientras el Ayuntamiento enloquecía, burócratas y militares sacaban sus mejores ropas; sastres, frailes, coheteros, tapiceros, artesanos de distintos barrios no encontraban quietud; los alquileres de coches hacían su agosto, los talleres se animaban, “en los cuarteles se prodigaban palos sobre reclutas y soldados” y todo esto sólo por un fin: adular a “Su Excelencia”.¹⁷¹

Finalmente llegó Santa Anna entre expresiones de júbilo a la Villa de Guadalupe acompañado por el agiotista Manuel Escandón. Se le miraba, dice Prieto, “vestido sencillamente coqueteando con la pierna trunca, daba señales de recogimiento y santidad, porque todo su anhelo era arrodillarse delante de la Virgen María”. Mientras el arzobispo entonaba un cántico, Santa Anna lloraba —según Fidel, era algo que hacía con gran facilidad y esa actitud fascinó al auditorio. Al terminar la ceremonia, convinieron todos en “que su excelencia estaba más gordo, más cano y con la tez más renegrida”.¹⁷²

Este tipo de cuadros que pintó Prieto sobre el personaje han dado pie a innumerables reinterpretaciones, de tipo novelesco y cómico. Porque como ha podido observarse, su relato es jocoso y divertido además de haber sido tramado de manera idónea para la representación teatral. Imagínese, al brillante militar intentando ponerse de rodillas frente a la virgencita de Guadalupe con una prótesis de palo. Sin embargo, también puede decirse que el autor entretejió en el drama juicios serios e interesantes sobre el hilo conductor de la tragedia que fue la política. Además de perfilar a muchos de los personajes de todos los partidos que se situaron alrededor del general, como los empresarios Cayetano

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 92.

¹⁷² *Ibid.*, p. 95.

Rubio, Manuel Escandón e Ignacio Trigueros, o los militares Juan Suárez y Navarro, José María Tornel y Mendívil, entre otros.¹⁷³

Mas como su principal intención fue describir al tirano, a él dedicó la mayor parte de sus líneas. Según se deja leer en su texto, efectivamente, después de la muerte de Lucas Alamán, Santa Anna perdió toda dirección y se convirtió en un autócrata. Construyó entonces Prieto el entramado de la escena caricaturesca que denominó como la “dictadura de vaudeville”. Según su concepto, los santannistas comenzaron a soñar con establecer una monarquía quizá con la posibilidad del advenimiento de un borbón al trono de México, pero al no tenerlo a su alcance la realizaron a “la mexicana”, con Santa Anna en el trono. Sus consignas fueron: un gobierno fuerte, centralizado y con el predominio de la Iglesia y el Ejército.

Caracterizó Prieto al caudillo como un enfermo de poder quien se hizo llamar “Su Alteza Serenísima” y resucitó a la distinguida Orden de los Caballeros de Guadalupe, hechos que permitieron al autor, construir una parodia porque —según consigna en su historia— se “exhumaron los títulos de nobleza y peluquines” y algunos políticos mexicanos creyeron realizar sus más hermosos sueños. “El mundo político ese círculo fantástico que habían formado alrededor de Santa Anna, los que se le agrupaban sumisos para oprimirle astutos y lisonjearlo sagaces, y vigilarlo desconfiados, presentaba sainetes animados, caricaturas risibles”.¹⁷⁴

En ese drama trágico-cómico por un lado estaba el dictador, quien era un loco alucinado sintiéndose Napoleón y gastando el dinero del erario en vestir a su ejército. Era hilarante ver —dice Fidel con ironía— a “señores aztecas vestidos a la Luis XIV” con aquellos uniformes, con aquel “tratamiento tan imperiosamente exigido” que parecían payasos haciendo de personajes y era tan ridículo todo, que hicieron de México “la capital más pintoresca y más cómicamente guerrera de la tierra”.¹⁷⁵ Y por el otro; la “dictadura ministerial” formada por sus ministros, que trabajaban para adularle y quienes finalmente eran los que gobernaban. Pues al árbitro lo único que le interesaba era pensar en sí mismo, era un ególatra, vivía del recuerdo de las glorias pasadas, parecía como si transitara por una

¹⁷³ Igual que Carlos María de Bustamante, Guillermo Prieto fue protegido de Ignacio Trigueros. *Cfr.* Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2, p. 143.

¹⁷⁴ Guillermo Prieto, *Viajes...*, p. 466.

¹⁷⁵ *Ibid.*

especie de demencia senil. Aunque para ese año tenía el general tan sólo cincuenta y nueve años. Don Fidel pinta el cuadro de la siguiente manera:

El carácter de Santa Anna se presta admirablemente a este recurso palaciego; ignorante hasta la barbarie, pero con pretensiones de un hombre de Estado, su feliz memoria le abastece de fragmentos brillantes de las conversaciones de los hombres ilustrados con que se comunica: el primero de sus admiradores y el más fecundo de su biógrafos como el capitán Chinchilla del Gil Blas, sólo piensa en sus propias hazañas y se complace en aparecer con la viveza del ladrón ratero, llamando golpes de Estado a su agilidad de manos, y rasgos de genio a sus fechorías de cadete y a su completa falta de principios. Los ministros que conocían esta debilidad de su carácter, anunciaban en las juntas cualquier negocio descabellado. Combatíanlo el Señor Santa Anna, otros ministros se mostraban adheridos; entonces había un episodio de Tampico, de la invasión americana, etcétera, el general Santa Anna al momento tomaba la palabra por dos, tres o cuatro horas, y había lamentaciones por el caballo muerto, se traía el paletó con sangre y otras prendas con que se acredita a sí mismo el César y el Napoleón; cuando la conversación caía se le atizaba a las piezas interiores, dejando a los ministros la facultad de arreglar el asunto pendiente en los términos que les pareciese. He aquí el secreto de la dictadura ministerial.¹⁷⁶

Para Prieto era indignante ver las humillaciones a las que se sometieron quienes formaron la clientela santannista. Hombres, los más “capitalistas con semillitas en el bolsillo para las macetas de su alteza” que adulaban al general y esperaban sus favores. Le recordaban compadrazgos y las relaciones tomaban el camino de “la florida senda de los afectos y de los obsequios”. Por su parte, los agiotistas, aspirantes a enriquecerse y a obtener gracias o mantener las ya dadas, se agrupaban alrededor de su alteza y de su mujer y les servían; “compraban su favor con humillaciones asquerosas” como hacerle ya de payasos para disipar el malhumor del general o incluso convirtiéndose en cómplices de la inmoralidad indigna, cuando muchas veces se prestaban a cuidar “las puertas, mientras el general conversaba con alguna princesa seductora, pretendiendo hacerse amar de orden suprema”.¹⁷⁷

Respecto a los santannistas, dice el autor que era un grupo formado por gente ociosa que vivía del erario, los llama “vagos y bribones”, aduladores y fanfarrones, de esos que “hilvanan un soneto en que llaman su padre al presidente, y lo comparan hasta con Nuestro Señor Jesucristo”, como lo hizo según él, en aquellos días cierto “cleriguillo” fervoroso del general Santa Anna. Prieto los abomina, los deshace con insultos, los califica con

¹⁷⁶ *Ibid.*, p. 470.

¹⁷⁷ *Ibid.*, p. 471.

desprecio, les llama “mugrosos”, “parásitos sociales”, refiere que parecían “perros rabiosos” haciéndose la guerra entre sí. De entre ellos destacó, como así lo hizo Bustamante, al licenciado José Ignacio Sierra y Rosso — el “chatito” como así le decía el general— quien era un jalapeño estilo “*bon vivant*” que se declaró “fanático adorador” de Santa Anna. Según dice Prieto, le escribía panegíricos, los recitaba en público, se desvivía por atenderle hasta llegar al servilismo. El general le premiaba con altos cargos pero también le trataba mal. A su decir empleaba con él, el lenguaje soez y cuartelero hijo de su depravada educación. “¡Bruto! ¡poetastro! ¿Cuándo se va usted del Ministerio? Sierra callaba y cuando Santa Anna se alejaba, decía: ¡qué chanzas tiene el señor presidente! Me quiere como a un hijo”.¹⁷⁸ Al pintar este tipo de cuadros, Prieto perseguía un único objetivo: desvirtuar al caudillo —en lo ético y lo moral— y mostrarle como el ser más insensible de la tierra e igualmente a sus aduladores, en este caso Sierra.

En lo que puede reconocerse como la parte media de la construcción de esa historia, Prieto nos deja leer que gracias a que el dictador colocó al país en un “verdadero estado de terror y sobresalto” —inmerso en un ambiente de delación y espionaje— fue posible que la oposición, tomara forma y el partido liberal se fortaleciera. Cabe señalar que entre las intrigas o subtramas que Prieto contempló para explicar ese tiempo, destaca una, en la que surge al escenario la joven esposa del dictador, Dolores Tosta. Nace dentro de las divisiones del partido santannista en un ambiente de corrupción en donde los que se sentían desheredados sedujeron a la ingenua y quizá idealista consorte del general, al grado que se declaró públicamente en contra de las arbitrariedades del régimen y en defensa de la libertad. Irónicamente esta situación de “infidelidad” y descomposición permitió, según su concepto, el resurgimiento de la oposición. Así puede leerse en las siguientes líneas:

El partido santannista, excluido de los negocios tenazmente, declarado amistades peligrosas para el señor Santa Anna, se había organizado hostil pero pérfido, temible pero cuitado, ganando terreno en confidencias íntimas y apoyando sus ramificaciones sutiles en la esposa del señor Santa Anna, y de algunas otras afecciones íntimas.

Este partido, desheredado de la revolución, expuesto a todos los rencores en un cambio, y perseguido sordamente en los días que deberían ser de su triunfo, trabajaba incesante, buscaba indirecto apoyo en sus atenciones al partido liberal, del que afectaba para cubrir con algo su desaire, las aspiraciones y los principios.

¹⁷⁸ Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 1, p. 189.

En la mesa, en el solaz, en las tertulias íntimas y hasta en el lecho, lo seguía esta oposición que espiaba todas las coyunturas para monopolizar al general Santa Anna.¹⁷⁹

Prieto describe a Dolores Tosta como una joven hermosa cual ángel interpuesto “entre los rencores del ministerio y la desdicha de los vencidos”.¹⁸⁰ En su opinión, ella fue el principal enemigo y a la vez la primera víctima del ministerio, porque se opuso a su conducta y a la de su viejo consorte. Fidel reconoció deberle “mil atenciones delicadas”, aunque aclara que él nada solicitó. Los viejos amigos de Santa Anna la procuraron e incluso utilizaron su persona como una barrera de impunidad para alimentar un movimiento disidente. Así, Dolores Tosta (*la primera dama*) cobró popularidad. “Se le suponían desaires a los ministros, reproches a su esposo mismo” que la señora no desmintió, pues en más de una ocasión se mostró ante la opinión pública en contra de las arbitrariedades y crímenes del gobierno. En su visión, ella amaba la libertad y temía que la juzgasen como cómplice de la opresión.¹⁸¹

Dibujó Prieto a Santa Anna como un árbitro que tuvo todo bajo su control con ayuda de la represión policíaca. Según expresa, se vivió en ese entonces en un ambiente de delación tal, que la capital se colocó en un “verdadero estado de terror y sobresalto”. Así, con la finalidad de denostar la imagen del otrora héroe benemérito, Prieto refirió varios casos de represión. Denunció las crueldades de su gobierno e incluso insertó varias anécdotas, como la de un viejecillo que se expresó mal de Santa Anna al compararlo con Napoleón y por ese motivo fue condenado a la zanja cuadrada; otra, la de un señor Mota que fue castigado con el grillete porque expresó que del “cráneo de Santa Anna se debía hacer un tintero”. De la primera, a continuación inserto unos párrafos porque dan cuenta de juicios con los que caracterizaba al general la opinión pública: como un ignorante, mujeriego y jugador. Según consignó en su escrito, estaba un viejecillo admirando unas estampas cuando expresó lo siguiente:

Napoleón y Su Alteza igualitos. Si, como dos gotas de agua. La sola diferencia que encuentro —decía— es que el primero ganaba las batallas, el segundo las perdía; el

¹⁷⁹ Guillermo Prieto, *Viajes...*, p. 469.

¹⁸⁰ Dolores Tosta y Guillermo Prieto nacieron en el año de 1818 en la ciudad de México, eran coetáneos. Para ese entonces tenían alrededor de veinticinco años.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 471 El subrayado en paréntesis es mío para llamar la atención, sobre el papel que desempeñó ante la opinión pública, según Prieto, esa primera dama. No podemos negar que esa imagen de la mujer como activista política y sobre todo en las filas de la oposición, es del todo vanguardista.

primero era todo sabiduría, el otro decía independencia y sólo había leído la *Casandra*; el francesito era poco dado a las mujeres y al juego, el segundo andaba siempre con su escolta de prostitutas, tahúres y galleros.

El infeliz no dijo más: cayó sobre su hombro una mano unida a un sayón aparecido allí de repente, derribó en el suelo al anciano, golpeó con sus pies su cuerpo y su rostro, hasta hacerlo brotar sangre por los ojos, por los oídos, por las narices; y desgarrado, ensangrentado y a empujones lo llevó a la diputación. Entonces le pusieron a abrir con otros la zanja cuadrada donde hundido en el agua hasta la cintura, al rayo del sol cayó rendido, y lo condujeron al hospital.¹⁸²

Con otros ojos le miró Prieto, tres décadas más tarde en sus *Memorias*; aunque no por ello dejó de aborrecerle. En su opinión, a Santa Anna le caracterizaron más vicios que virtudes, sin embargo, no podía negar, que era un hombre seductor, como a continuación puede leerse:

Aunque iliterato de todo punto hasta el extremo de empedrar de barbarismos su lenguaje y sin más lectura que la *Casandra*, tenía una conversación chispeante, animada por poderosísima imaginación y percepción clara como la luz del día. Cuando estaba de broma daba cierto acento *jarocho* a su palabra que caía en gracia; sus grandes y penetrantes ojos negros persuadían más que sus palabras y sus ademanes prontos y desembarazados le hacían seductor e irresistible.

No era gastrónomo, ni menos glotón Santa Anna; pero como gran parte de los veracruzanos afecto a la buena mesa a hablar de guisos delicados, a encarecer las preparaciones del ostión, del robalo de manteca, del pulpo y del cazón a la yucateca.¹⁸³

Con la intención de remarcar esa ignorancia característica del caudillo, Guillermo Prieto afirmó que en lugar de decir la palabra demagogos, decía demagos, dracma por drama o sesión, en vez de sección. Asimismo apuntó que sus amigos y ayudantes solían aleccionarlo para que no se pusiera en evidencia cuando el caso lo ameritaba.¹⁸⁴

¹⁸² *Ibid.*, p. 489.

¹⁸³ Guillermo Prieto, *Memorias*, vol. 1, p. 83. Cabe señalar que Prieto fue quien le hizo fama a Santa Anna de ser un seductor y no podemos negar que esa imagen sigue vigente hoy en día. Recuerdo haber leído que Enrique Serna pidió permiso a Enrique Krauze para titular su novela sobre Santa Anna como *El seductor de la patria*, en la creencia que había sido él, quien así había bautizado al personaje en su *Siglo de Caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*. Ya sabemos que fueron sus contemporáneos quienes así le caracterizaron.

¹⁸⁴ Guillermo Prieto, *Viajes...*, p. 411. Con respecto a la obra *La Casandra*, debo confesar que me he cansado de buscar el título sin encontrar algún hallazgo, por lo cual me atrevo a decir que Prieto utiliza en varias ocasiones esta palabra como metáfora quizá, haciendo alusión al personaje de la mitología griega, Casandra, hija de Priamo y de Hécuba, quien recibió de Apolo el don de predecir el futuro, pero como ella lo rechazó fue condenada a que nadie creyera en sus palabras. Porque, según nos deja leer en su texto Fidel, él nunca creyó en su persona. También le llamó "Proteo", porque tomó partido por las distintas facciones, sin atender a sus principios. Guillermo Prieto, *Memorias...*, vol. 2, p. 160.

Cuando el militar veracruzano fue nombrado presidente interino en virtud de las Bases de Tacubaya, en 1841, Guillermo Prieto renunció a su empleo como redactor del *Diario Oficial* en manifestación de su “odio a la dictadura y a los procederes de Santa Anna”.¹⁸⁵ Según recuerda en sus *Memorias*, durante ese gobierno, combatió al régimen a través de sus escritos en el *Siglo Diez y Nueve* y, en concierto con los liberales moderados. En su texto Fidel afirma que Manuel Gómez Pedraza, Luis de la Rosa, Manuel Alas y Llaca, entre otros fueron los principales instigadores de la “revolución del 6 de diciembre”. Aún cuando la oposición se estaba gestando ya en las Cámaras, no fue hasta que Valentín Canalizo cerró las puertas del recinto del Congreso y les impidió su reunión, que todos pusieron manos a la obra con respecto a los disturbios de ese día, en contra del “sátrapa”.

Al analizar lo dicho por Prieto en sus *Memorias* sobre la historia de esos años de 1841 a 1844, no me queda la menor duda que además de haber plasmado sus reflexiones utilizó en mucho como fuente principal, la obra de Carlos María de Bustamante. No sólo para apuntar algunos datos, sino también para describir imágenes y denostar al dictador. Sin embargo, cabe señalar que Prieto concordó con él, sólo en simbolismos que atañían a la ideología liberal, pues reprobó sus ideas con respecto al clero. Asimismo, ambos coincidieron en definir que el dictador cayó por obra y voluntad del pueblo. Por ello, consignó a Domingo Revilla como un mártir de esa lucha, dado que en esa pequeña subtrama de la historia del país, el pueblo fue el personaje principal.¹⁸⁶

La voz de Bustamante se deja oír también a través de Prieto por la forma en que éste último se expresó de Nicolás Bravo y Valentín Canalizo, a quienes definió como títeres y maniqués del déspota, como así lo hizo el primero; o también a través de los innumerables epítetos con los que calificó al general y pintó el escenario del drama. Asimismo por la forma en que delineó la imagen del caudillo arbitrario, macho, jugador, tramposo, acompañado siempre de su corte de prostitutas y quien se divertía de lo lindo en las famosas fiestas de San Agustín de las Cuevas, donde se entregaba a sus bajas pasiones que lo eran el juego y las apuestas en las peleas de gallos. Le acompañaba todo tipo de gente sin distinción social desde los más eminentes personajes del clero y el ejército, hasta “soldados

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 66.

¹⁸⁶ Según dice Prieto, Domingo Revilla era un rico minero que se había convertido en protector de los pobres y necesitados quien al ser denunciado ante Santa Anna fue castigado con azotes, que soportó con dignidad sin hablar una sola palabra sobre el movimiento opositor. *Ibid.*, p. 170.

matones”, “tahúres insolentes”, “galleros provocativos”, y “cuanto puede tener de más asqueroso una sociedad corrompida”.¹⁸⁷ El centro de la orgía era la plaza de gallos en donde se apostaban cuantiosas sumas, las más de las veces salidas del erario de la nación y en donde Santa Anna se degradaba y convertía en “alma del emporio de desbarajuste”, como así puede leerse en el siguiente párrafo:

Era de verlo en la partida, rodeado de potentados del agio, dibujando el albur, tomando el dinero ajeno, confundido con empleados de tres al cuarto y aun con oficiales subalternos; pedía y no pagaba, se le celebraban como gracias las trampas indignas, y cuando se creía que languidecía el juego, el bello sexo concedía sus sonrisas y acompañaba a Birjan en sus torerías.

En el juego de gallos era más repugnante el cuadro, con aquellos léperos desaforados, provocativos y drogueros, aquellos gritos, aquellas disputas y aquel circular perpetuo de cántaros y cajetes con pulque.

Allí presidía Santa Anna, diciendo que proclamasen la chica o la grande, cuidando de que estuvieran listos los mochileros y de que saliera vistosa la campaña de moros y cristianos.

Conocía al gallo tlotalpeño y al de San Antonio el Pelón o Tequisquiapam, daba reglas para la pelea de pico, y revisaba la botana para que estuviesen en orden las navajas de pelea.

Había momentos en que cantor de gallos, músicas, palmadas y desvergüenzas se cruzaban, en que los borrachines con el gallo bajo el brazo acudían al jefe supremo, y éste reía y estaba verdaderamente en sus glorias en semejante concurrencia.¹⁸⁸

Asimismo en un lenguaje irónico, dibujó el cuadro cómico de la sociedad que quiso imitar una grandeza monárquica con su corte de aristócratas. Criticó los contrastes; el boato y el lujo con el que vivían los agiotistas, negociantes y los oportunistas que se enriquecieron de la noche a la mañana, bajo la protección de Santa Anna, amasando grandes fortunas ya por recibir el privilegio de una contrata o por ser compadres del general; mientras que el pueblo vivió subyugado y sumergido en la miseria más atroz, pero a la vez “amontonando combustible” para salir a la escena. Prieto consignó en sus *Memorias* que la maledicencia, llamó al “César” “*quince uñas*” en alusión a su amor al dinero y a la falta de una pierna. En reiteradas ocasiones comenta que quienes le hicieron la corte, regalaron a Santa Anna fuertes sumas de dinero con las que amasó una gran fortuna, burlándose así de los intereses nacionales y ocupándose tan sólo, de sus intereses personales, pues era un ególatra.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 144.

¹⁸⁸ *Ibid.*, pp. 153-154.

Como ha podido observarse, la aversión que sintió Guillermo Prieto por el personaje Santa Anna no se redujo ni un ápice de la que sintió por él durante sus años de juventud. Cabe señalar, que debido al odio que siempre le profesó abiertamente es de llamar la atención que en su libro de texto haya dedicado pocas líneas para explicar el papel que desempeñó como jefe de Estado y como dictador. Sobre todo porque fueron confeccionadas con la intención de instruir a las jóvenes generaciones sobre un pasado pernicioso donde existieron fueros y privilegios de la Iglesia y el Ejército. En relación a esta última institución, y dado que el escrito estuvo dirigido especialmente para educar a los militares, es claro que finalmente, no desvirtuó su imagen como uno de los principales defensores de la nación pero sí le delineó como un gobernante estúpido, como se lee a continuación:

Como era natural, los tahúres, los balandrones, las mujeres perdidas, los agiotistas y la gente más viciosa, formaron parte de la corte íntima del dictador.

Por supuesto, en esa corte los de la *familia* eran corredores de toda clase de negocios y convertían en lucro su sumisión y *lealtad al jefe*.

Para apoyar tal situación se aumentó el ejército; ingresaron a él deshechos de todos los partidos, postergando y humillando a los hombres de mérito.

Como era de esperarse, se aniquiló la libertad de prensa, formaron parte de la política el espionaje, las delaciones y las intrigas de baja ley.

Se decretaron, al instalarse la dictadura, los destierros de Joaquín Ruiz, don Melchor Ocampo, don Miguel Buenrostro, don Guillermo Prieto, se estableció la Orden de Guadalupe y se hizo llamar Santa Anna Gran Maestre y Alteza Serenísima.

Como sucede siempre con este conjunto de indignidades y adulaciones, Santa Anna creía que todo lo podía y todo lo sabía. Síntoma de perdición de todos los gobernantes estúpidos.¹⁸⁹

Para dar fin al análisis de la figura de Santa Anna en la trama fideleana, es preciso advertir cómo definitivamente el autor terminó creando un nuevo discurso del dictador en la trama liberal. Las palabras resaltadas con cursivas en el párrafo anterior nos permiten formar innumerables conjeturas. Mas baste señalar, la manera en que trató al ejército de antaño y le deslindó del que en su presente estaba él formando, leal al gobierno, republicano federal, emanado de la Reforma. La imagen que finalmente proyectó Fidel a este respecto fue que el Ejército del pretérito fue corrupto y estuvo formado por milites carentes de moral y vocación porque fue fruto de un orden tradicional y retrógrado que impidió casi por medio

¹⁸⁹ Guillermo Prieto, *Lecciones de historia patria...*, p. 373.

siglo, que México se consolidara como una nación libre, soberana e independiente, como lo era ya en su presente.

Como pudo observarse, no hay ninguna duda que Prieto reinterpreto lo dicho por Bustamante y con ello, puede afirmarse que ambos fueron creadores del mito original de Santa Anna, el seductor.

REFLEXIONES FINALES

Ciertamente en definitiva don Carlos, el apasionado escritor de su historia inmediata fue el creador del personaje histórico Santa Anna como caudillo nacional y como felón. Por el sentido maniqueísta de sus historias se le ha definido como el padre de la “historia oficial” de México dado que convirtió a ésta, en un panteón de héroes y villanos.¹ Como así lo siguieron haciendo las generaciones posteriores que aprendieron y se formaron bajo la educación de esa élite integrada por los hombres de su generación y la de los compañeros de Santa Anna.

Me parece importante retomar la idea de la herencia cultural que se transmite de generación en generación y que este movimiento humano en el tiempo es el motor de la historia, del cambio y del progreso social, porque considero que la conciencia histórica de Prieto puede ser considerada como una síntesis de las tres generaciones. En su discurso liberal se palpa la educación, las enseñanzas transmitidas por las generaciones que le precedieron y lo más importante, revela la aprehensión de símbolos o significados. Pudiera decirse que fue la tercera generación de los románticos mexicanos de la primera mitad del siglo XIX quienes construyeron la estructura simbólica definitiva del discurso liberal y dado que Prieto se distinguió entre ellos por su radicalidad, el de Santa Anna y la historia de esos años puede mirarse como un ejemplo de la síntesis de ese tipo de pensamiento.

Si consideramos en el engranaje de las genealogías a Bustamante como el abuelo, a Lucas Alamán, como el padre y a Payno y Prieto como los hijos o los descendientes de la tercera generación, podemos decir entonces que a través del análisis realizado hemos vislumbrado cómo en el discurso de Santa Anna construido por los jóvenes revolucionarios de Ayutla se manifiesta lo aprehendido o retomado intencionalmente por ellos, del padre o del abuelo para explicar la realidad histórica y, por ende, al personaje. En el caso de Prieto, es innegable la presencia del eco constante de la voz de Bustamante. Los discursos que elaboraron ambos sobre el caudillo, presentan similitudes en la manera de tramar y sobre todo en las imágenes que pintan al caudillo arbitrario, así como en las caracterizaciones de su personalidad. Los dos podrían ser considerados como los constructores del mito original

¹ Vid. Virginia Guedea, “Introducción” en _____, (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, 1ª. reimp., coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, pp. 11-32 (Historiografía Mexicana; III); Álvaro Matute, *México en el Siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, 4ª ed., México, UNAM., 1984 (Lecturas Universitarias; 12).

del dictador Santa Anna porque no podemos negar que los cuadros trágico-cómicos que dibujaron han quedado impresos en la memoria colectiva.

El impacto que han tenido sus escritos se debe sobre todo a la rica utilización del lenguaje. Ambos explicaron esa historia mediante un drama escrito en una forma novelesca y dando pie a la comicidad. Manifiestan su ironía con el absurdo y pintan a Santa Anna como un loco y a la sociedad, hipnotizada por el influjo de ese hombre carismático. A la vez, convergen en significados y simbolismos de corte liberal, como es el caso de la defensa de la representatividad nacional o el papel que desempeña el pueblo en sus historias; aunque difieren en la forma de concebir al clero y al ejército. Para Bustamante, eran pilares del Estado y para Prieto las clases tradicionales a las que debían restarse privilegios. En este caso no cabe la pregunta sobre ¿qué fue primero, el huevo o la gallina? En definitiva, Bustamante fue la fuente donde abrevó Guillermo Prieto para construir el discurso sobre Santa Anna porque, como vimos, Prieto nunca negó el odio que por él profesaba ni el interés que tenía de destruir al personaje. Por ello, considero que el discurso con el que quedó consignado por ambos en la historiografía, fue fruto del resentimiento, como ya vimos, de carácter político y personal. Quiero manifestar, que mi intención no es defender al general veracruzano, sino tan sólo aclarar lo anterior.

Dado que ese es el discurso original, la fuente primaria —si así puede llamarse— que heredamos de sus contemporáneos y mediante la cual se le ha reinterpretado hasta la fecha, quizá por esa carga emocional, por el lenguaje que utilizan y por la manera caricaturesca con la que delinean la personalidad del caudillo —como la de un macho, mujeriego, vengativo, engreído, que sojuzgó a los mexicanos a los caprichos de sus bajos instintos, que robó a la nación, y todo lo que ya leímos con anterioridad— el mito Santa Anna, se haya quedado en el terreno historiográfico a partir de un discurso cuya “verdad” es relativa y atañe únicamente a las circunstancias de ese tiempo y a la perspectiva de sólo un lado de la moneda. Por otra parte, desde el momento en que ese discurso novelesco, ese drama cómico trágico de tinte satírico es valorado como histórico por su contenido de verdad, por narrar lo que realmente pasó, se redimensiona cuando es tema de la literatura y entra en juego el papel de la ficción.

En la actualidad, muchos mexicanos desconocen la posibilidad de interpretar de otra forma ese pasado que los ideólogos liberales convirtieron en historia oficial, porque como

vimos, sólo así pudieron legitimar su poder y un nuevo orden. Son muchas las aristas de las cuales podemos ocuparnos al considerar el análisis de los textos de los contemporáneos de Santa Anna. Antes de pasar a unas reflexiones más profundas sobre algunos de los puntos que traté en la presente investigación quiero decir que la pregunta inicial que me hice durante mis años preparatorianos quedó contestada. Cabe señalar, aunque Guillermo Prieto se abocó a la tarea de denostar al personaje Santa Anna, no le consignó como un traidor a la patria en el sentido que lo hizo Carlos María de Bustamante e incluso nunca le juzgó de esa manera. Como pudimos observar, Alamán, Payno y Prieto, le consideraron como un defensor de México por su actuación durante la guerra a pesar de que su desempeño no hubiese sido el atinado o cumplido con las expectativas que muchos mexicanos sembraron en su persona. El único contemporáneo que consignó categóricamente en la historiografía nacional que el general veracruzano actuó en complicidad con los invasores, fue Bustamante, y lo hizo —como así lo analicé— motivado principalmente por resentimientos políticos y otros muy personales. El hecho de que los autores miembros de la generación de Ayutla no le juzgaran de esa forma y que mantuvieran tal criterio, incluso cuando a décadas de distancia reflexionaron sobre dicho acontecimiento, es un dato por demás interesante sobre todo porque puede afirmarse que todos ellos estuvieron conscientes de que el vecino país del norte tomó por la fuerza los territorios que ambicionó porque nunca ocultó sus fines y aunque no lograron explicar con mayores fundamentos la política expansionista de los norteamericanos sí la intuyeron cabalmente.

Con esta afirmación no busco, como pudiera pensarse defender al personaje, simplemente confirmar que cuando regresó a gobernar en 1853, llamado por sus contemporáneos, fue porque le consideraban la persona idónea para establecer un gobierno legítimo en manos de un hombre fuerte, que podía garantizar una estabilidad al permitir ser conducido por políticos y estadistas serios, como lo fue Alamán. Considero que si don Lucas hubiese tenido alguna sospecha sobre la connivencia de Santa Anna con los estadounidenses, no lo hubiese elegido para llevar a cabo su utopía o proyecto de nación. Pues como nos dejó leer en sus textos, Estados Unidos representó una verdadera amenaza para el país y después de las terribles experiencias vividas durante la invasión y sus consecuencias, ese miedo incluso, pánico, que se sentía por la posibilidad de extinguirse como cultura y sucumbir ante la llamada “disolución social”, se acrecentó. Y me parece

inconcebible que un hombre tan inteligente como Alamán pusiera en peligro la realización de su sueño —lograr el orden y estabilidad del país para gestionar la instauración de una monarquía— con un militar ignorante que se hubiese confabulado con el enemigo. Además, como ya tuvimos oportunidad de analizar, las acusaciones de traidor en ese tiempo eran lanzadas fácilmente cuando afectaban intereses “de partido” o simplemente por ofender y atacar al contrario por despecho, como así lo hizo en su momento Carlos María de Bustamante, cuando destruyó al héroe de su pluma.

Entonces puede decirse que finalmente para los contemporáneos del caudillo (exceptuando a Bustamante) la culpa de haber perdido la guerra no recayó en un individuo como lo hizo ver más tarde la “historia oficial”, que alimentó en la memoria colectiva esa idea del Santa Anna traidor y responsable de la pérdida de más de la mitad del territorio nacional en manos de los norteamericanos así como de la venta de La Mesilla, sino en las circunstancias que vivió México como una nación débil y heterogénea frente a un coloso poderoso y bien constituido como lo era ya la República vecina del Norte.

Respecto a lo anterior, cabe destacar que ni Manuel Payno ni Guillermo Prieto ahondaron sobre el asunto de la Mesilla en relación con Santa Anna. A pesar que, como todos sabemos, su venta se realizó durante su último gobierno, en sus textos solamente mereció si acaso su mención. Serán generaciones posteriores quienes volverán sobre dichos asuntos y culparán a Santa Anna de traición, con los fundamentos y la validez de otras muy diversas fuentes a las que tuvieron acceso. Por el momento no nos interesa referir nada sobre tales alocuciones que sobrepasan el tema de la presente tesis, ni tampoco dar a entender que se puede afirmar lo contrario, sino que señalar esta peculiaridad es necesario, tan sólo para hacerla patente, como una de las especificidades que tendrá finalmente el discurso sobre Santa Anna que elaboraron sus contemporáneos.

Por otro lado, acerca del tema central de la presente tesis, que ha sido el discurso de tres generaciones sobre la historia de 1836 a 1855 y la figura del caudillo en la trama nacional, puede decirse que fue en la imagen del gobernante Santa Anna y en la caracterización de su personalidad donde las interpretaciones de Bustamante y Prieto guardan una mayor conexión. Podemos argüir que los miembros de la generación de los revolucionarios de Ayutla o de la Reforma, legitimaron su posición como la nueva minoría rectora que suplantó a la generación de los compañeros de Santa Anna cuando elaboraron

un nuevo discurso histórico, pero en base a la estructura simbólica liberal “tradicional”. Sabiamente O’Gorman conceptualizó esos dos sueños utópicos que se gestaron en Apatzingán y en Iguala y vislumbró que se fueron mezclando hasta confundirse al grado de no poder hablar de liberales y conservadores en el sentido estricto de sus definiciones, porque en el México decimonónico quienes fueron dando forma a una conciencia histórica nacional se manifestaron invariablemente como tradicionalistas conservadores-liberales y liberales-conservadores.

En los discursos de Payno y Prieto sobre la historia nacional y de su caudillo es perceptible lo heredado y aprehendido de las generaciones con las que se formaron, así como lo que agregaron con el espíritu vanguardista de su propia generación y que, por supuesto, fue lo que suscitó el choque y enfrentamiento entre los viejos y los jóvenes. Es decir, en su discurso liberal los revolucionarios de Ayutla han dejado leer que retomaron el ideal democrático liberal del que fue portador Bustamante, el sueño personalista que se gestó en Iguala y que abrazaron tanto éste último como el de Alamán, quien representó a la generación de los compañeros de Santa Anna, así como la propia innovación de su proge, manifiesta en su diferente visión y acción respecto al clero y al ejército. En este último punto, sobre las distintas maneras de concebir dichas instituciones, fue donde se generó el toque de piedra que disparó el enfrentamiento o la discrepancia entre las generaciones. De esta manera nos lo dejó leer Payno, con sus agudas críticas al militarismo, así como a los rancios políticos liberales considerados como exaltados quienes toleraban el predominio del poder de los militares sobre la sociedad civil. Más sin embargo, fue Prieto —el radical— quien construyó finalmente ese discurso liberal característico de los revolucionarios de la Reforma, al arremeter por parejo en contra de la Iglesia y el Ejército como instituciones. Recuérdese que Payno manifestó temor a los cambios drásticos y tendencias “conservadoras” cuando no actuó en concierto con los puros promotores de las leyes anticlericales.

Finalmente, pudimos apreciar cómo Guillermo Prieto retomó en sus escritos elementos de Bustamante, que son significativos para la construcción de un discurso cuya estructura simbólica es de signo liberal y la figura de Santa Anna en específico, fue uno de ellos. Para dar legitimidad al cambio social que dio inicio tras su caída, obra del triunfo de

la revolución de Ayutla era necesario denostar la imagen del dictador así como el orden que privó en ese antiguo régimen que quisieron transformar.

Por otro lado, quiero apuntar que me fue de gran utilidad utilizar como herramienta las hipótesis planteadas por Hayden White, para comprender la forma en la que fue construido el discurso de Santa Anna. La idea de que en lo “no dicho”, se traduce la ideología de quien interpreta o elabora un relato me sirvió para comprobar que efectivamente la historia es un discurso y por lo que respecta al presente estudio, también la idea del personaje Santa Anna, se debe a uno.

A través del análisis de los textos nos pudimos percatar que “lo no dicho” en el entramado que urdieron los autores para explicar las acciones de Santa Anna, se dio respecto al tema de su desempeño militar y quienes manifestaron efectivamente esta “omisión” fueron Bustamante —cuando soslayó la actuación del militar veracruzano en la campaña de Texas para utilizarle como instrumento en el terreno político— y Lucas Alamán —cuando prefirió no ahondar en el tema de la guerra con Estados Unidos, para no afectar la figura del general que tuvo en la mira poner en marcha su proyecto de nación, con él a la cabeza. Esto corrobora la importancia que para ellos tuvo el Ejército en su sociedad y nos manifiesta su pensamiento más inclinado hacia lo conservador y tradicionalista, además de subrayar su interés en el personaje. En contraste, Payno y Prieto tocaron la crítica a la milicia con mayor agudeza, lo que nos comprueba también una implicación ideológica distinta, que se ha aceptado en clasificar como liberal.

Vuelvo otra vez a la importancia de lo señalado por O’Gorman y a las nuevas teorías revisionistas respecto a que en el siglo XIX no existieron “conservadores” y “liberales” puros, sólo podemos hablar de conservadores liberales y de liberales conservadores porque en función de todo proceso dialéctico es un hecho que la síntesis de los contrarios contienen ambos la semilla de cada uno de ellos. Porque debo confesar que por esta razón, en un primer momento consideré que el esquema planteado por White para el análisis del lenguaje y la imaginación histórica era sorprendentemente inteligente, pero inadecuado para el estudio del pensamiento de los autores de los que trató la presente tesis, a razón de no cuadrar cabalmente con los textos que yo iba analizando. Pretendía de manera ortodoxa, coincidir con sus propuestas para definir la implicación ideológica que reflejaban las interpretaciones, por el modo de las tramas y la argumentación y como no lograba

ubicarlas juzgué el esquema de su teoría válido únicamente para el estudio de la conciencia europea. Hasta que me percaté, que dicha herramienta me fue dando la pauta para enriquecer el conocimiento de ese eclecticismo que caracteriza a la conciencia histórica de los mexicanos.

En ese sentido podemos decir que al haber tenido una aprehensión romántica del mundo, los autores concibieron a la historia como un proceso y la explicaron unos, como Payno y Prieto, por medio de una tragicomedia; otros, como Alamán, con una trama trágica o también en forma de romance, como lo hizo Bustamante, además de haber sido éste último, el creador del mito Santa Anna que plasmó a partir de un drama cómico-trágico, como el mismo lo definió.

Para Bustamante y Alamán, quienes escribieron con un carácter pragmático su historia inmediata, finalmente la historia de México fue una tragedia porque el país, que es el héroe que la encarna, después de lograr su independencia se quedó enfrascado en sus luchas intestinas. Ellos no pudieron mirar en ningún momento una reconciliación, un final feliz o cómico, como sí lograron hacerlo, por un instante, los liberales Payno y Prieto, a quienes su propia existencia les permitió ser protagonistas de un cambio histórico-social y llevar a cabo un ejercicio reflexivo sobre el pasado cuando interpretaron el periodo santannista, como un drama que permitió la epifanía de la ley y el orden, por la que trabajaron.

Puede decirse que a través del análisis de los textos de los cuatro historiadores se perfilaron univocidades y equivocidades sobre creencias, maneras de explicar el mundo, así como en las formas de concebir los cambios en la historia y los distintos conceptos como libertad, igualdad, propiedad, entre otros. Cabe hacer notar que todos ellos abrazaron una tradición cultural hispánica y, por ende, reconocieron a España como la madre patria. No obstante, el discurso de Lucas Alamán se distingue de los tres especialmente por la evidente unidad de su pensamiento tradicionalista y conservador, además de su lenguaje y metodología. Su historia es una propuesta política clara donde no tuvo cabida la intención de jugar con las bellas letras, como sí lo hicieron Bustamante y los revolucionarios de Ayutla que parecen concordar en el estilo de su enigmático lenguaje. Evidentemente la retórica de Alamán guardó una intención definida y fue preparar el terreno para poner en práctica su proyecto de nación.

Al analizar su discurso a través de las herramientas teóricas propuestas por White, quedó claro que por tener Alamán una visión general del proceso histórico semejante a la de un organismo, la implicación ideológica de su pensamiento es de tinte conservador. Pero como ya vimos que efectivamente la conciencia histórica de los mexicanos es ecléctica, podríamos interpretar que dado su tradicionalismo e ideas conservadoras Alamán es más conservador que Bustamante. Como pudo observarse, este último fue un apasionado de la escritura y en su discurso develó un pensamiento peculiar donde se mezcla la tradición, los prejuicios, las ideas democrático-liberales y las conservadoras. Utilizó las cuatro maneras de tramar, valga la redundancia, las distintas subtramas que escribió para conformar su gran drama cómico-trágico.²

Con relación a lo anterior, si quisiéramos utilizar el cuadro teórico propuesto por White —para definir el estilo historiográfico de los autores— al pie de la letra, Bustamante se develaría, por sus modos de tramar (romántico, trágico, cómico, satírico) como un anarquista, radical, conservador y liberal. Parecería ser entonces exponente de una conciencia caótica si se le interpretase de manera ortodoxa bajo dicha conceptualización, construida por White a partir del pensamiento europeo. Mas no olvidemos que Bustamante es un caso único tan sólo por su experiencia de vida y el hecho de haber sido un mexicano de principios del XIX, inmerso en una sociedad heterogénea en la que fue actor e intérprete de su historia inmediata. Por ello es interesante que el esquema del teórico estadounidense, trasluzca efectivamente su peculiaridad. Respecto a Payno puede decirse lo mismo. Por la forma cómica de tramar y el modo de argumentación organicista se le puede considerar conservador, pero también liberal porque es satírico y contextualista. Su lenguaje es abundante en analogías, pero su tono es irónico. En su pensamiento se acentúa ese tradicionalismo que se confunde con conservadurismo o ciertamente podemos definirle como un liberal conservador por el miedo que mostró a los cambios radicales.

Respecto a Prieto, se observa a través de sus textos una mayor coherencia en su conciencia histórica de implicación liberal. A pesar de haber urdido al igual que Bustamante una tragicomedia, el lenguaje irónico y modo satírico que utilizó para tramar, así como su argumentación contextualista, le devela como el liberal radical que fue.

² O bien, tomando en cuenta a Bajtín puede decirse que su escritura carnavalesca nos indica un modo “trágico/serio” de tramar.

Por último quiero agregar, que confieso que por muchos años estuve empeñada en buscar la manera de demostrar que los anteriores textos de Prieto analizados, por la riqueza que encierran, debían ser considerados como historiografía. En vista de que algunos estudiosos consideran que los trabajos autobiográficos o las efemérides no pueden ser concebidos como tales porque el que escribe no se somete necesariamente a un rigor metodológico para construir el escrito y porque el carácter subjetivo es el alma del texto. Así, en la búsqueda de lograr mi objetivo descubrí que José Gaos refirió en sus *Notas sobre la historiografía* que “las memorias son una de las formas primordiales de la Historiografía al mismo tiempo que una de sus primordiales fuentes de conocimiento”.³ En consecuencia, decidí cobijarme con sus ideas para lograr argumentar que las obras de Guillermo Prieto podían ser consideradas como historiografía.

Sin embargo, a medida en que me fui adentrando en la elaboración del presente estudio, me di cuenta que es imposible medir el grado de ficción que utilizaron, primero Bustamante y después Prieto que abrevó de sus fuentes, para contar la historia, aunque como ya sabemos, siempre será ésta un tanto inventada, como encontrada. Y que efectivamente, es más conveniente juzgar sus textos como “parahistoriográficos” porque en su intención al escribirlos, además de decir verdad sobre lo acontecido, guardó también el entrañable deseo de ejercitar ese don que tuvo de hacer literatura, sin restar por ello el gran valor que tienen sus escritos como fuentes para el estudio de la historia de la primera mitad del siglo XIX. No podemos saber qué tanto exageró para lograr el matiz de su sátira política, ni qué tanta dosis de ficción tienen sus líneas; mas lo que sí queda claro es que las imágenes que logró transmitir quedaron impresas en la memoria histórica e historiográfica en torno al personaje, y, actualmente, son elemento primordial de las tragicomedias con las cuales se sigue representando al personaje.⁴ Sus escritos son una fuente primordial para el estudio de la imagen del caudillo en la historiografía a partir de la óptica de sus

³ José Gaos, *op.cit.*, p. 79.

⁴ Como ha podido observarse, una de las peculiaridades de este escrito de carácter parahistoriográfico es precisamente la estrecha relación que existe entre la historia y literatura. Prieto retoma el mito tradicional que atañe a la historia, y además construye una fábula a través de su tragedia. Es poeta e historiador, o quizá lo mismo en uno solo. La interpretación que hizo de ese *mythos*, se ha considerado cabalmente como algo que realmente pasó, por ello afirmo que el discurso de Santa Anna se quedó en el terreno del no lugar, en el de la ficción y a partir de esa ficcionalidad es que se le ha reinterpretado y reinterpretado hasta la actualidad, con el propósito de decir la “verdad” histórica.

contemporáneos, pues como ya se mencionó anteriormente, Prieto fue un creador de mitos y promotor de un nuevo discurso de la historia bajo los principios de la ideología liberal.

FUENTES CONSULTADAS

Fuentes Primarias

- Alamán, Lucas, *Defensa del exministro de Relaciones D. Lucas Alamán. En la causa formada contra él y contra los exministros de Guerra y Justicia del vicepresidente D. Anastasio Bustamante, con unas noticias preliminares que dan idea del origen de ésta*, Méjico, Imprenta de Galván, 1834, XXII-126 pp.
- _____, *Observaciones sobre la cuestión suscitada con motivo de la autorización concedida al general Arista para contratar la introducción de hilaza y otros efectos prohibidos en la República*, México, Ignacio Cumplido, 1841, 26 pp.
- _____, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, 5 vols., México, J.M. Lara, 1849-1852, ed. facs., México, FCE/Centro Cultural Helénico, 1985, 959-149 pp. (Clásicos de la Historia de México).
- _____, “[Carta a Santa Anna] 23 de marzo de 1853” en Álvaro Matute, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1984, pp. 284-286 (Lecturas universitarias; 12).
- _____, “Examen imparcial de la administración del general vicepresidente D. Anastasio Bustamante. Con observaciones generales sobre el estado presente de la República y consecuencias que este debe producir” en *Documentos diversos; inéditos y muy raros*, t.3, Compilación de Rafael Aguayo Spencer, México, Editorial Jus, 1946, pp. 161-199 (Colección de Grandes Autores Mexicanos).
- Alcaraz, Ramón, *et al.*, *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Tipografía de Manuel Payno (hijo), 1848, ed. facs., México, Siglo XXI Editores, 1977, 405 pp.
- El Año Nuevo*, 4 vols., estudio preliminar de Fernando Tola de Habich, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1994.
- Biografía del general Santa Anna*, México, Vicente García Torres, 1849, 20 pp.
- Biografía del general Santa Anna. Aumentada con la segunda parte*, México, Vicente García Torres, 1857, 35 pp.
- Bustamante, Carlos María de, *Cuadro histórico de la revolución de la América mexicana, comenzada el 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla*, 5 vols., México, Imprenta del Águila, 1823-1827.
- _____, *Memorias para la historia de la invasión española sobre la costa de Tampico de Tamaulipas, hecha en el año de 1829 y destruida por el valor y prudencia de los generales D. Antonio López de Santa Anna y D. Manuel Mier y Terán en el corto espacio de un mes y quince días*, México, C. Alejandro Valdés, 1831, 30 pp.
- _____, *El gabinete mexicano durante el segundo periodo de la administración del exmo. señor presidente D. Anastasio Bustamante, hasta la entrega del mando al exmo. señor presidente interino D. Antonio López de Santa Anna, y continuación del cuadro histórico de la revolución mexicana*, 2 t., México, Imprenta de José M. Lara, 1842, ed. facs. México, FCE/Instituto Cultural Helénico, 1985, 216-406 pp. (Clásicos de la Historia de México; 7-8).
- _____, *Apuntes para la historia del gobierno del general Santa Anna, desde principios de octubre de 1841, hasta el 6 de diciembre de 1844, en que fue*

- depuesto del mando por uniforme voluntad de la nación*, México, J.M. Lara, 1845, ed. facs., México, FCE/Centro Cultural Helénico, 1986, III-460 pp. (Clásicos de la Historia de México).
- _____, *Continuación del cuadro histórico. Historia del emperador D. Agustín de Iturbide hasta su muerte y sus consecuencias; y establecimiento de la república popular federal*, México, Ignacio Cumplido, 1846, VII-293 pp.
- _____, *El nuevo Bernal Díaz del Castillo o sea la historia de la invasión de los angloamericanos en México*, 2 t. en 1 vol., México, Vicente García Torres, 1847, 235 pp.
- “Compendio histórico de la vida del general D. Antonio López de Santa Anna”, *Calendario de Pedro de Urdimalas para el año de 1856*, editor responsable José María Barbosa, México, Imprenta de M. Murguía y Cía., Portal del Águila de Oro, 1855, pp. 40-63.
- Calderón de la Barca, Fanny, *Life in México during a residence of two years in that country*, Boston, 2 vols., Charles C. Little and James Brown, 1843.
- Larrainzar, Manuel, “Algunas ideas sobre la historia y la manera de escribirla en México, especialmente la contemporánea, desde la declaración de independencia, en 1821, hasta nuestros días” en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos en torno a la historia de México*, notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, pp. 133-241 (Serie Documental; 8).
- López de Santa Anna, Antonio, “Mi historia militar y política, 1810-1874” en Genaro García, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, 3ª ed., México, Editorial Porrúa, S.A., 1991, pp. 1-122.
- Mora, José María Luis, *Obras sueltas*, t. 1, París, Librería de Rosa, 1837, CCXCIX-468 pp. (Revista Política-Crédito Público).
- _____, *México y sus revoluciones*, 3 vols., 3ª ed., edición y prólogo de Agustín Yáñez, México, Porrúa, 1977, XXV-479 pp. (Colección de Escritores Mexicanos, 59-61).
- _____, *Obras completas*, 4 vols., investigación, recopilación, selección y notas de Lillian Briseño Senosian, Laura Solares Robles y Laura Suárez de la Torre, pról. Eugenia Meyer, SEP/Instituto Mora, 1986.
- Payno Cruzado, Manuel, *Bosquejo biográfico de los generales Iturbide y Terán escrito por...*, México, Ignacio Cumplido, 1843, 35-421 pp.
- _____, “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843” en *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. Blanca Estela Treviño, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, pp. 46-144 (Obras Completas; I).
- _____, *Crónicas de viaje por Veracruz y otros lugares*, compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. Blanca Estela Treviño, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1996, 250 pp. (Obras Completas I).
- _____, *Costumbres mexicanas*, compilación, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. Jorge Ruedas de la Serna, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1998, 204 pp. (Obras Completas IV).
- _____, “Memoria sobre la revolución de diciembre de 1857 y enero de 1858” en *Memorias de México y el mundo*, compilación, presentación y notas de Boris Rosen

- Jélomer, pról. de Marcos T. Águila Medina, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2000, pp. 83-96 (Obras Completas VIII).
- _____, *Compendio de la historia de México. Historia nacional*, compilación, presentación y notas Boris Rosen Jélomer, pról. de Nicolás Cárdenas, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2002, 590 pp. (Obras Completas XII).
- Paz, Irene, *Su alteza serenísima*, México, SEP/FCE, 1982, 310 pp. (SEP 80; 30).
- Portilla, Anselmo de la, *Historia de la revolución de México en contra de la dictadura de Santa Anna, 1853-1855*, México, Vicente García Torres, 1856, 335 pp.
- Prieto, Guillermo, *El romancero nacional*, México, Secretaría de Fomento, 1885, XLIV-805 pp.
- _____, *Lecciones elementales de economía política: dadas en la escuela de Jurisprudencia de México en el curso de 1871 por...* México, Imprenta del Gobierno en Palacio a cargo de J.M. Sandoval, 1870, 659 pp.
- _____, *Memorias de mis tiempos, 1828 a 1853*, 2 vols., México, Librería de la Vda. de Ch. Bouret, 1906.
- _____, *Viajes de orden suprema (1853-1855). Crónicas de viajes I*, Presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, pról. de Francisco López Cámara, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994, 559 pp. (Obras Completas IV).
- _____, *Lecciones de historia patria*, presentación de Boris Rosen Jélomer, pról. de Ernesto de la Torre Villar, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1999, 500 pp. (Obras Completas; XXVIII).
- _____, “Polémica Prieto-Rébsamen” en Juan A. Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia*, Notas bibliográficas e índice onomástico por Eugenia W. Meyer, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, pp. 282-309 (Serie Documental; 8).
- Roa Bárcena, José María, *Recuerdos de la invasión norteamericana, 1846-1848 por un joven de entonces*, México, Juan Buxó, 1883, II-686 pp.
- Rosa Oteiza, Luis de la, “Utilidad de la literatura en México” en *Periodismo y obra literaria*, recopilación, prólogo, introducción y notas de Laura Beatriz Suárez de la Torre, México, UNAM/Instituto Mora, 1996, pp. 375-391 (Obras; I).
- Segundo calendario de Pedro de Urdimalas con un opúsculo titulado: Santa Anna a la faz de sus compatriotas adornado de una estampa con veinte cuadros para el año de 1857*, México, Imprenta de Leandro J. Valdés, Calle de la Chiquis núm. 6, [1857], [pp. 27-64].
- Suárez y Navarro, Juan, *Historia de México y del general Antonio López de Santa Anna. Comprende los acontecimientos políticos que han tenido lugar en la nación desde el año de 1821 hasta 1848*, México, Ignacio Cumplido, 1850, 457 pp.
- _____, *El general Santa Anna burlándose de la nación en su despedida fecha en Perote. Artículos publicados en el Siglo XIX*, México, Ignacio Cumplido, 1856, 291 pp.
- Tornel y Mendivil, José María, *Sentimientos y heroísmo del general de la provincia de Veracruz*, Puebla, impreso en la oficina de Pedro de la Rosa, 1821, 15 pp.
- _____, *Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la nación mexicana, desde el año de 1821, hasta nuestros días*, México, Ignacio Cumplido, 1852, 424 pp.

Zavala, Lorenzo de, *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830*, 2 vols., París, vol. 1, P. Dupont et G. Languionie, 1831, vol. 2, Nueva York, Elliot Palmer, 1832.

Fuentes Secundarias

- Abbagnano, Nicola, *Diccionario de Filosofía*, 2ª reimp., trad. de Alfredo N. Galletti, México, FCE, 1206 pp.
- Aristófanes, “La asamblea de las mujeres” en *Las once comedias*, versión directa del griego con introducción de Ángel Ma. Garibay K., 19ª ed., México, Editorial Porrúa, 2006, pp. 291-317 (Sepan Cuantos; 67).
- Arteta, Begoña, “Guillermo Prieto” en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación mexicana, 1848-1884*, coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, 1ª reimp., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1996, pp.35-54 (Historiografía Mexicana; IV).
- Bataillon, Marcel y Edmundo O’Gorman, *Dos concepciones de la tarea histórica. Con motivo de la idea del descubrimiento de América*, México, Imprenta Universitaria, 1955, 117 pp.
- Beristáin, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, 8ª edición, 5ª reimp., México, Editorial Porrúa, 520 pp.
- Blázquez, Carmen, *Miguel Lerdo de Tejada: un liberal veracruzano en la política nacional*, México, El Colegio de México, 1978, 203 pp.
- Camus, Albert, *El hombre rebelde*, trad. de Joseph Escué, 1ª reimp., Madrid, Alianza Editorial, 2002, 351 pp. (Biblioteca de autor; 664).
- Castro, Miguel Ángel, *Poliantea periodística. Homenaje a Guillermo Prieto*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1997, 152 pp. (30º Aniversario. Seminario de Bibliografía Mexicana Siglo XIX).
- Certau, Michel de, “La operación histórica” en Françoise Perus (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 31-69.
- Costeloe, Michael P., *La primera república federal de México (1824-1835)*, trad. de Manuel Fernández Gasalla, México, FCE, 1975, 492 pp. (Sección de Obras de Historia).
- _____, “Mariano Arista y la élite de la Ciudad de México, 1851-1852” en William Fowler y Humberto Morales (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, Puebla, BUAP/Saint Andrews University, 1999, pp. 187-212.
- _____, *La república central en México, 1835-1846. “Hombres de bien” en la época de Santa Anna*, trad. de Eduardo L. Suárez, México FCE, 2000, 407 pp. (Sección Obras de Historia).
- Curiel Defoseé, Fernando, *Ateneo de la Juventud (A-Z)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2001, 207 pp.
- Chartier, Roger, “Cuatro preguntas a Hayden White”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, núm. 3, 1994, pp. 231-245.
- Chevalier, François, *América Latina. De la independencia a nuestros días*, trad. de José Esteban Calderón, colaboración de Yves Saint-Geoms, México, FCE, 1999, 767 pp.
- _____, “Conservadores y liberales en México”, *Secuencia 1. Revista Americana de Ciencias Sociales*, Instituto Mora, marzo 1985, México, pp. 136-149.

- Danto, Arthur C., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, trad. de Eduardo Bustos, introducción de Fina Birulés, Barcelona, Paidós, 1989, 157 pp. (Pensamiento Contemporáneo).
- Di Tella S., Torcuato, *Política nacional y popular en México 1820-1847*, trad. de María Antonia Neira Bigorra, México, FCE, 1994, 330 pp. (Sección de Obras de Historia).
- Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y caciques: Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez, frente a frente*, México, El Colegio de México, 1972, VIII-354 pp. (Centro de Estudios Históricos. Nueva Serie; 15).
- Duclas, Robert, *Bibliografía de Manuel Payno*, edición preparada por Miguel Ángel Castro y Arturo Gómez, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 1994, 160 pp. (Serie Bibliografías del Siglo XIX Mexicano).
- Duque, Félix, "Historia e historicidad en el existencialismo y la hermenéutica" en Manuel Reyes Mate, *et al.*, *Filosofía de la historia*, Madrid, Ediciones Trotta, 1993, pp. 139-166 (Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía; 5).
- Escandón, Patricia, "La historia antigua de México en los textos escolares del siglo XIX", *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, Instituto Mora, núm. 10, ene-abr., 1988, México, pp. 33-42.
- Florescano, Enrique, *El poder y la lucha por el poder en la historiografía mexicana*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1980, 80 pp.
- _____, *Etnia, Estado y nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, 2ª. reimp., México, Editorial Aguilar, 1998, 512 pp.
- _____, *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus, 2000, 530 pp. (Pasado y Presente).
- Fowler, William, "Carlos María de Bustamante: un tradicionalista liberal" en William Fowler y Humberto Morales (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Saint Andrews University, 1999, pp. 59-86.
- _____, y Humberto Morales (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, Puebla, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Saint Andrews University, 1999, 338 pp.
- Gaos, José, "Notas sobre la historiografía" en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México, 1940-1973*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, (Sepsetentas; 126), pp. 66-93.
- Giron, Nicole, "Manuel Payno: un liberal de tono menor", *Historia Mexicana*, El Colegio de México, vol. XLIV, núm. 1, Julio-Septiembre, 1994, México, pp. 5-35.
- _____, "Historia y literatura: dos ventanas hacia un mismo mundo", en Fernando Curiel, *et al.*, *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000, pp.61-106 (Serie Divulgación; 3).
- Glantz, Margo (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*, 1994, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1997, 254 pp. (*Ida y regreso al Siglo XIX*).
- González Navarro, Moisés, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, México, FCE/El Colegio de México, 1952, 178 pp.
- González y González, Luis, "De la múltiple utilización de la historia" en Carlos Pereyra, *et al.*, *Historia ¿Para qué?*, 3ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1982, pp. 53-74.

- _____, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989, pp. 125-210.
- Gramsci, Antonio, *La formación de los intelectuales*, trad. de Ángel González Vega, México, Ed. Grijalbo, 1967, 159 pp. (Enlace-Iniciación; 2).
- Guedea, Virginia (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*, 1ª. reimp., coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, 468 pp. (Historiografía Mexicana; III).
- Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, 3ª. ed., México, 2000, 407 pp. (Sección de obras de historia. Modernidad e independencias).
- Jiménez Moreno, Wigberto y Alfonso García Ruiz, *Historia de México. Una síntesis*, México, INAH, 1962, 133 pp. Apéndice incluye: “La crisis de la conciencia mexicana del siglo XVIII a la Revolución. Las generaciones y los cambios socioculturales”, pp. 123-132.
- Jiménez Moreno, Wigberto, *El enfoque generacional en la historia de México*, México, Ediciones del Seminario de Cultura Mexicana, 1974, 19 pp.
- Koselleck, Reinhart y Hans-Georg Gadamer, *Historia y hermenéutica*, introducción de José Luis Villicañas y Faustino Oncina, Barcelona, Ediciones Paidós/ICE de la Universidad Autónoma de Barcelona, 1997, 125 pp.
- Krauze, Enrique, *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI Editores, 1976, 340 pp.
- _____, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810-1910)*, 9ª reimp. México, Tusquets Editores, 1995, 349 pp. (Colección Andanzas. Biografía; 207)
- Kristeva, Julia, *El genio femenino. La vida, la locura, las palabras. I. Hannah Arendt*, trad. de Jorge Piatigorsky, Buenos Aires, Paidós, 2000, 287 pp. (Género y cultura; 7).
- Lemoine, Ernesto, “1821: ¿Consumación o contradicción de 1810?”, *Secuencia. Revista Americana de Ciencias Sociales*, Instituto Mora, núm. 1, marzo, 1985, México, pp. 25-35.
- _____, *Estudios historiográficos sobre Carlos María de Bustamante*, edición, introducción, selección y presentación de textos por Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva, México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1997, 399 pp.
- Madrazo Salinas, Casilda, “De calamar a cortesana, de bailarina a espiga. Un cuento histórico. Reflexiones sobre la historia y la literatura” en Casilda Madrazo Salinas, et al., *Historia y literatura. Dos realidades en conjunción*, México, Universidad Iberoamericana, 2006, pp. 3-32.
- Mannheim, Karl, *Diagnóstico de nuestro tiempo*, trad. de José Medina Echavarría, México, FCE, 1959, 235 pp. (Colección Popular; 9).
- _____, “El pensamiento conservador” en Paul Kecskemeti (ed.), *Ensayos sobre la sociología y psicología social*, trad. de Florentino M. Torner, México, FCE, 1963, pp. 84-183.
- Marías, Julián, *Generaciones y constelaciones*, Madrid, Alianza Editorial, 1989, 238 pp.
- _____, *Historia de la filosofía*, pról. de Xavier Zubiri, epílogo de José Ortega y Gasset, 3ª. reimp., Madrid, Alianza Editorial, 2001, 515 pp. (Manuales/Filosofía y Pensamiento. El libro Universitario).
- Matute Aguirre, Álvaro, *México en el siglo XIX. Antología de fuentes e interpretaciones históricas*, México, UNAM, 1984, 565 pp. (Lecturas Universitarias; 12).

- _____, *El Ateneo de México*, México, FCE, 1999, 95 pp. (Fondo 2000. Cultura para todos).
- _____, *Pensamiento historiográfico mexicano del siglo XX. La desintegración del positivismo (1911-1935)*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM/FCE, 1999, 478 pp.
- _____, *El historicismo en México. Historia y antología*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 2002, 337 pp.
- Noriega, Alfonso, *El pensamiento conservador y el conservadurismo mexicano*, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 1972 (Serie C. Estudios Históricos; 3-4).
- O’Gorman, Edmundo, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, 1951, 417 pp. (Ediciones del IV Centenario de la Universidad de México).
- _____, *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1960, 220 pp. (Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras; 7).
- _____, *Guía bibliográfica de Carlos María de Bustamante, trabajo realizado por el seminario de historiografía de la Facultad de Filosofía y Letras, bajo la dirección de ...*, México, Fundación Cultural CONDUMEX, 1967, 277 pp.
- _____, *La supervivencia política novohispana, Reflexiones sobre el monarquismo mexicano*, México, Fundación Cultural CONDUMEX, 1969, 93 pp.
- _____, “Precedentes y sentido de la revolución de Ayutla”, *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales. Nueva Época*, Instituto Mora, núm. 16, enero-abril, 1990, México, pp. 63-96.
- _____, *México. El trauma de su historia. Ducit amor patriae*, México, CONACULTA, 1999, 120 pp. (Cien de México).
- _____, *Ensayos de filosofía de la historia*, selección y presentación de Álvaro Matute, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2007, 109 pp. (Serie de Teoría e Historia de la Historiografía; 8).
- Ortega y Gasset, José, *La rebelión de las masas. Con un prólogo para franceses, un epílogo para ingleses y un Apéndice: Dinámica del Tiempo*, 20ª ed., México, Espasa Calpe Mexicana, 1976, 213 pp. (Colección Austral; 1).
- _____, *El tema de nuestro tiempo*, 14ª ed., Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1980, 156 pp. (Colección Austral; 11).
- _____, *¿Qué es filosofía?. Unas lecciones de metafísica*, pról. de Antonio Rodríguez Huéscar, 5ª. ed., México, Editorial Porrúa, 2004, 263 pp. (Sepan Cuantos...; 499).
- Ortega y Medina, Juan A., “El historiador don Carlos María de Bustamante ante la conciencia histórica mexicana” en *Estudios de tema mexicano*, México, SEP, 1973, pp. 7-64 (Sep-Setentas; 84).
- Ortiz Monasterio, José, *Historia y ficción. Los dramas y novelas de Vicente Riva Palacio*, México, Instituto Mora/Universidad Iberoamericana, 1993, 327 pp.
- _____, *México eternamente. Vicente Riva Palacio ante la escritura de la historia*, México, Instituto Mora/FCE, 2004, 407 pp.
- Perales Ojeda, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, México, Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1957, 276 pp.

- Pérez-Salas, María Esther, “Los secretos de una empresa exitosa: la imprenta de Ignacio Cumplido” en Laura Suárez de la Torre (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003, pp. 101-182 (Historia Social y Cultura.).
- Pi-Suñer Llorens, Antonia, “La generación de Vicente Riva Palacio y el quehacer historiográfico”, *Secuencia. Revista de Historia y de Ciencias Sociales. Nueva época.*, Instituto Mora, núm. 35, mayo-agosto, 1996, México, pp.83-108.
- _____, (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación mexicana, 1848-1884*, coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, 1ª reimp., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1996, 588 pp. (Historiografía Mexicana; IV).
- _____, “Entre la historia y la novela: Ireneo Paz” en Belem Clark y Elisa Speckman Guerra (coords.), *La república de las letras: asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, México, UNAM, Coordinación de Humanidades/Programa Editorial: Instituto de Investigaciones Bibliográficas, Instituto de investigaciones Filológicas, Instituto de Investigaciones Históricas, Dirección General de publicaciones y Fomento Editorial, 2005, pp. 379-392 (Galería de escritores; 3).
- Plasencia de la Parra, Enrique, “Lucas Alamán” en Virginia Guedea (coord.), *El surgimiento de la historiografía nacional*. 1ª reimp., coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, pp. 307-348 (Historiografía Mexicana; III).
- Reyes, Aurelio de los, “Precisiones sobre el fistol del diablo de Manuel Payno” en Margo Glantz (coord.), *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, 1994*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1997, pp. 185-192 (*Ida y regreso al Siglo XIX*).
- _____, “Manuel Payno: el aprendizaje del oficio de escritor” en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.), *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, edición de Miguel Ángel Castro, México, Instituto Mora/Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 2001, pp. 637- 655.
- Ricoeur, Paul, “Hacia una hermenéutica de la conciencia histórica” en Françoise Perus (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 70-122.
- _____, “Mundo del texto y mundo del lector” en Françoise Perus (comp.), *Historia y literatura*, México, Instituto Mora, 1994, pp. 222-261.
- _____, *Tiempo y narración; configuración del tiempo en el relato histórico*, trad. de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1995, 371 pp.
- _____, *Ideología y utopía*, compilado por George H. Taylor, 3ª reimp., Barcelona, Editorial Gedisa, 1999, 335 pp. (Serie CLA DE MA. Filosofía).
- _____, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, trad. Pablo Corona, 2ª ed., México, FCE, 2002, 380 pp.
- Roldán Vera, Eugenia, “Los libros de texto en la historia de México” en Antonia Pi-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación mexicana, 1848-1884*, coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, 1ª reimp., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1996, pp. 491-526 (Historiografía Mexicana; IV).
- Rubial García, Antonio, “¿Historia ‘literaria’ versus historia ‘académica’?” en Fernando Curiel Defossé, et al., *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*,

- México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000, pp. 41-60 (Serie divulgación 3).
- Ruedas de la Serna, Jorge, *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*, organización y presentación de Jorge Ruedas de la Serna, colaboración de Margarita Alegría de la Colina *et al.*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1996, 417 pp. (Ida y regreso al siglo XIX).
- _____, *Historiografía de la literatura mexicana*, México, Facultad de Filosofía y Letras. División de estudios de Posgrado, UNAM, 1996, 415 pp.
- _____, “In medias res. Haberes literarios de la historia” en Fernando Curiel, *et al.*, *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2000, pp. 143-150 (Serie divulgación 3).
- _____, *La tradición retórica en la poética y en la historia*, México, CONACyT/UAM Azcapotzalco, 2004, 138 pp. (Cuadernos de Debate; 3).
- Ruiz Castañeda, María del Carmen y Sergio Márquez Acevedo, *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, 2000, 916 pp.
- Salado Álvarez, Victoriano, *La vida azarosa y romántica de Don Carlos María de Bustamante*, Madrid, Espasa-Calpe, S.A., 1933, 266 pp. (Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX; 33).
- Sófocles, “Edipo Rey” en *Las siete tragedias*, versión directa del griego con una introducción de Ángel María Garibay K., 31ª ed., México, Editorial Porrúa, 2007, pp. 157-198 (Sepan Cuantos...; 14).
- _____, “Electra” en *Las siete tragedias*, versión directa del griego con una introducción de Ángel María Garibay K., 31ª ed., México, Editorial Porrúa, 2007, pp. 79-118 (Sepan Cuantos...; 14).
- Sordo Cedeño, Reynaldo, *El congreso en la primera república centralista*, México, El Colegio de México/ITAM, 1993, 472 pp.
- Soto Estrada, Miguel, *La conspiración monárquica en México, 1845-1846*, México, Editorial Offset S.A. de C.V., 1988, 286 pp.
- _____, “Texas en la mira: política y negocios” en Ana Rosa Suárez Argüello y Marcela Terrazas Basante (coords.), *Política y negocios. Ensayos sobre la relación entre México y los Estados Unidos en el siglo XIX*, México, Instituto Mora/Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1997, pp. 19-63 (Serie Historia Moderna y Contemporánea de México; 27).
- _____, “Manuel Payno” en Pi-Suñer Llorens (coord.), *En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884*, coordinación general de Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo, 1ª reimp., México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2001, pp. 55-70 (Historiografía Mexicana; IV).
- Stone, Lawrence, *El pasado y el presente*, trad. de Lorenzo Aldrete Bernal, México, FCE, 1986, 292 pp. (Sección Obras de Historia).
- Suárez de la Torre, Laura (coord.), *Constructores de un cambio cultural: impresores-editores y libreros en la ciudad de México, 1830-1855*, México, Instituto Mora, 2003, 554 pp.
- Tola de Habich, Fernando, *La crítica de la literatura mexicana en el siglo XIX, 1836-1894*, México, Coordinación de Difusión Cultural. Dirección de Literatura, UNAM, 1987, 144 pp. (La crítica literaria en México; 2).

- _____, “Altamirano y la teoría de las generaciones en el siglo XIX”, *Sábado. Suplemento de Uno más uno*, número 1156, México, 27 de noviembre de 1999, pp. 1-3.
- Tozzi, Verónica, “Introducción” en Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario*, trad. de Nicolas Lavagnino y Verónica Tozzi, Barcelona, Buenos Aires, México, Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona/ Ediciones Paidós, SAICF/Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2003, pp. 11-42.
- Trejo, Evelia, “La objetividad quimera de la historia”, *Históricas*, IIH-UNAM, núm. 55, mayo-agosto, 1999, México, pp. 16-31.
- _____, *Los límites de un discurso. Lorenzo de Zavala, su “Ensayo histórico” y la cuestión religiosa en México*, México, FCE/UNAM/INAH, 2001, 453 pp. (Sección de Obras de Historia).
- _____ y Álvaro Matute, “Manuel Payno: de la historia inmediata a la perspectiva histórica” en Margo Glantz (coord.), *Del fístol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte, 1994*, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 1997, pp. 115-121 (*Ida y regreso al Siglo XIX*).
- Valadés, José C., *Alamán, estadista e historiador*, México, Porrúa, 1938, 576 pp.
- Vernant, Jean-Pierre y Pierre Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, vol. I, trad. de Mauro Armíño, 2ª. ed., Barcelona, Paidós, 2002, 199 pp.; vol. II, trad. de Ana Iriarte, 265 pp.
- Vico, Giambattista, *Elementos de retórica: El sistema de los estudios de nuestro tiempo y principios de oratoria*, edición de Celso Rodríguez Fernández y Fernando Romo Feito, Madrid, Editorial Trotta, 276 pp. (Clásicos de la Cultura).
- Weber, Max, *Economía y sociedad*, trad. José Medina Echavarría, 7ª reimp. de la 2ª ed., México, FCE, 1984, 1245 pp.
- _____, *El político y el científico*, 1ª reimp., introducción de Raymond Aron, trad. Francisco Rubio Llorente, México, Alianza Editorial Mexicana, 1989, 231 pp. (Sección Humanidades; 71).
- Walsh, W. H., *Introducción a la filosofía de la historia*, trad. de Florentino M. Torner, 8ª ed., México, Siglo XXI Editores, 256 pp.
- White, Hayden, “El peso de la historia”, *Nexos*, México, mayo de 1980, pp. 23-33.
- _____, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, trad. de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Ediciones Paidós, 1992, 229 pp. (Paidós Básica; 52).
- _____, “El texto historiográfico como artefacto literario”, *Historia y Grafía*, trad. de José Ortiz Monasterio, Universidad Iberoamericana, núm. 2, 1994, México, pp. 9-34.
- _____, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, 2ª reimp., trad. de Stella Mastrangelo, México, FCE, 2002, 432 pp.
- Xirau, Ramón, *Introducción a la historia de la filosofía*, 5ª reimp. de la 13ª edición, México, Coordinación de Humanidades, UNAM, 2003, 572 pp. (Textos Universitarios).